

TIEMPO DE SABER

PRENSA Y PODER EN MÉXICO

JULIO SCHERER GARCÍA

CARLOS MONSIVÁIS

**NUEVO
SIGLO
AGUILAR**

TIEMPO DE SABER

PRIMERA Y ÚNICA EDICIÓN

JUAN CARLOS GARCÍA
CARLOS MONTAÑA

1988

TIEMPO DE SABER

PRENSA Y PODER EN MÉXICO

JULIO SCHERER GARCÍA
CARLOS MONSIVÁIS

NUEVO
SIGLO
AGUILAR

TIEMPO DE SABER

D.R. © Julio Scherer García, 2003

D.R. © Carlos Monsiváis, 2003

De esta edición:

D.R. © Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V., 2003

Av. Universidad 767, Col. del Valle

México, D.F., 03100, Teléfono 5420-7530 y 5604-9209

www.taurusaguilar.com.mx

- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Calle 80 No. 10-23. Santafé de Bogotá, Colombia.
Tel. 635 12 00.
- Santillana, S.A.
Torrelaguna 60-28043, Madrid.
- Santillana S.A., Av. San Felipe 731, Lima.
- Editorial Santillana, S.A.
Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1er. piso.
Boleíta Nte. Caracas 1071. Venezuela.
- Editorial Santillana Inc.
P.O. Box 5462, Hato Rey, Puerto Rico, 00919.
- Santillana Publishing Company Inc.
2105 N. W. 86th Avenue Miami, Fl., 33122, E.U.A.
- Ediciones Santillana S.A.(ROU)
Javier de Viana 2350, Montevideo 11200, Uruguay.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860, 1437. Buenos Aires.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
Dr. Aníbal Aristía 1444, Providencia, Santiago de Chile.
Tel: 600 731 10 03.
- Santillana de Costa Rica, S.A.
La Uruca, 100m Oeste de Migración y Extranjería,
San José, Costa Rica.

Primera edición: septiembre de 2003.

Primera reimpresión: noviembre de 2003.

ISBN: 968-19-1252-7

D.R. © Cubierta: Fernando Ruiz Zaragoza, 2003

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Índice

Prólogo	9
Tiempo de saber , Julio Scherer García	11
Señor Presidente, ¿a usted no le da vergüenza su grandeza? , Carlos Monsiváis	99
I. El primer lector de los periódicos	101
II. La Era de Santa Anna	104
III. La prensa liberal	107
IV. Porfirio Díaz	112
V. La prensa en la Revolución Mexicana	119
VI. De cuando los mejores reportajes	124
VII. El presidencialismo	134
VIII. Los gobernantes en el tiempo	138
IX. Miguel Alemán Valdés	143
X. La Era del PRI	149
XI. Adolfo Ruiz Cortines	157
XII. Instituciones	161
XIII. Gustavo Díaz Ordaz	168
XIV. ¿Qué es “la prensa nacional”?	182
XV. La caricatura	191
XVI. Luis Echeverría	205
XVII. Contextos	214
XVIII. José López Portillo	220
XIX. Los códigos compartidos	226

XX. Miguel de la Madrid.....	232
XXI. Temas diversos y complementarios.....	240
XXII. Carlos Salinas de Gortari.....	247
XXIII. La Era de Salinas.....	258
XXIV. 1994.....	265
XXV. El extravío de las certezas.....	277
XXVI. Ernesto Zedillo.....	283
XXVII. Los derechos humanos.....	294
XXVIII. Las vicisitudes de la prensa.....	299
XXIX. México, 2 de julio de 2000.....	310
XXX. El 2 de julio.....	315
XXXI. Fox y la prensa.....	326
XXXII. El ritmo de las transformaciones.....	330
Epílogo.....	338

Prólogo

El periodismo, alma vociferante, fue acallado por el priismo que tanto daño causó de Miguel Alemán a Ernesto Zedillo. Durante el extenuante periodo, el poder acumuló pruebas de su trato vil con el oficio de informar. Primero fue el halago, luego la corrupción y, consumada la derrota moral del llamado cuarto poder, la humillación.

Carlos Monsiváis da forma a un texto que va del siglo XIX a los días que vivimos. Por mi parte, narro un suceso, ejemplo del tiempo padecido: la alta política al servicio de la mendacidad y el atropello.

Hoy brotan los datos que atañen al gobierno panista en la materia. El Presidente Fox se marginó de la prensa escrita, producto de segunda en sus discursos y actitudes. Así es y así tenía que ser. Fox creció en el marketing que, como se sabe, anula toda grandeza.

JULIO SCHERER GARCÍA

TIEMPO DE SABER

JULIO SCHERER GARCÍA

Introducción

La calumnia desde el poder es un crimen a mansalva. Requiere de la alevosía para mantener en la sombra a su autor; requiere también del abuso, la disputa desigual. Traiciona, además, porque finge cercanía o amistad por la víctima.

Calumnia el débil moral, al margen de su cultura o su sapiencia. Calumnia el vencido sin energía para un enfrentamiento real. A todos puede rondar en algún momento la idea de herir mortalmente a su adversario, pero si la calumnia nace en el ámbito presidencial, el delito alcanza todo su hedor.

Hace algún tiempo inicié una amistad a fondo con Jorge Velasco. Me fue contando de su vida, le fui contando de la mía. En *Excélsior* fuimos enemigos, al parecer irreconciliables. Fue expulsado de la cooperativa en 1965 y yo once años después. Habíamos peleado con todo, excepto con la maledicencia. Nos repugnaba su caldo de cultivo, el golpe por la espalda. No recuerdo de él una ofensa personal y estoy cierto de que nunca la tuve para él.

Hablamos de nuestro encarnizamiento y de las circunstancias que lo rodearon. Jorge y el grupo al que perteneció se entregaron al gobierno, en la cúspide el presidente Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, alfil de Díaz Ordaz y luego presidente, y Mario Moya Palencia, para siempre un delfín.

Hombre de orden, Jorge Velasco conservó los documentos de la época y la bitácora de aquellas jornadas. Algún día servirá todo esto, pensaba. Y así lo expresó, como al azar, en nuestras conversaciones insólitas.

Le pedí que detallara los acontecimientos. Me dijo que sí. Precisé, para escapar a cualquier equívoco, que me contara para hacer públicas sus palabras y reflexiones. Me dijo que sí. Le ofrecí lo que tenía para él, lealtad.

Trabajamos juntos y atamos cabos. El trío —Díaz Ordaz, Echeverría y Moya— minó *Excélsior*. No veía con buenos ojos su desempeño y jugó el juego perverso del poder en su propio tablero: fomentar el desánimo, sembrar la discordia, destruir paulatinamente.

Por aquella época circularon libros sin madre, nacidos del viento, sin registro ante la ley, sin derechos de autor, sin una editorial responsable, anónimos. Su difusión fue limitada, pero llegaron adonde debían llegar, al corazón de los conflictos envenenados: la libertad de expresión, la guerrilla, la matanza del 2 de octubre. El lenguaje brutal en que fueron concebidos y escritos acusa un ánimo de linchamiento. Pululan por ahí seres despreciables que deben ser destruidos, transmitía su lenguaje falsamente sibilino.

Los libros se llaman: *El "Excélsior" de Scherer, Danny, el sobrino del Tío Sam. Biopsia de un cínico; El Móndeigo y Qué poca Ma... dera la de José Santos Valdés*. Los firmantes: Efrén Aguirre, Eugenio Ibarra, "El Móndeigo" y Prudencio Godines Jr.

El relato de Jorge Velasco me conduce y las palabras se van haciendo a sus recuerdos. Ocurrió algo parecido a una simbiosis entre dos antiguos contendientes. No hay una idea de más ni de menos en la crónica, un invento, alguna conjetura gratuita, acaso la luz cargada o disminuida en alguna escena o algún personaje. La historia aquí reseñada es historia en la vida de Velasco.

[Habla Velasco]

Hace 50 años, a mis 17 de edad, yo era monaguillo en la catedral del periodismo en México. *Excélsior*, letra fiel de los sucesos del mundo, sobresalía en el medio como único e indiscutible.

Dos portones se abrían al interior del templo. Uno daba a Bucareli y otro al Paseo de la Reforma: Bucareli 17 y Reforma 18. Por Bucareli entraban los trabajadores de talleres y los oficinistas. Me impresionaban los obreros y ninguno como el maestro Benigno Gallegos, formador de la primera plana. Entre el índice y el pulgar de su mano derecha, extendidas las tenazas a todo lo que daban, el maestro Gallegos apresaba los linotipos de fierro y los manejaba como viruta. También llamaba mi atención “El Negro” Escobedo, carbón hasta los ojos. Jefe de Rotativas, sabía de la amistad y se erguía desde los pies cuando hablaba de su única fidelidad: el erotismo, suelto en su cuerpo como animal de caza.

Por Reforma entraban directivos, reporteros, fotógrafos, editorialistas, escritores, caricaturistas, líneas y ángulos del rostro del periódico. Visitantes los había a toda hora: señoras, amigos, colegas de los templos deslucidos, confidentes de buena y mala fe, personas interesadas en los sucesos incesantes, a punto la noticia todavía en las rotativas.

Circulaban historias divertidas y atroces sobre las vidas públicas, privadas, íntimas, secretas, y había tiempo y espacio para los relatos truculentos, los crímenes y la corrupción. El morbo creaba una atmósfera y mantenía la ten-

sión entre hombres y mujeres dedicados a la reseña de la fiebre cotidiana. El escenario nacional era vasto y su centro lo ocupaba el escándalo permanente de la política, por norma silenciado. Un periódico de la fuerza de *Excélsior* no estaba para divulgarlo todo.

El gobierno cohesionaba al país y al presidente de la República había que protegerlo contra la insidia y aun contra cualquier incomodidad. Sabíamos que su investidura era resguardada por el ejército, sostén de las instituciones, y por la iglesia, salvaguarda de la moral. Ejército e iglesia, también intocables.

Era la época de Miguel Alemán; del arzobispo Luis María Martínez, que bendecía tiendas de ropa íntima; del olímpico capitán Humberto Mariles y "Arete", su caballo tuerto; de Jorge Negrete, Cantinflas, Agustín Lara, María Félix, Acapulco y sus playas transparentes; del Día de las Madres con la bendición directa del Papa a las cabecitas blancas. Era el tiempo de la gloria. Como México no hay dos.

Yo pertenecía a la rama de administración, futuro cooperativista con el destino en sus manos. *Excélsior* era una garantía y la nación marchaba, líder de América Latina y ejemplo de estabilidad y pujanza en el mundo. Me mantenía despierto, interesado en una realidad que dejaba de ser inédita. A los compañeros afines les contaba lo que observaba, la pequeña intriga disfrazada de sigilo.

Don Rodrigo de Llano, el director general, la figura pública, la personalidad mítica, descendía por elevador del tercer piso al primero y se acomodaba ante el escritorio de don Gilberto Figueroa, el gerente general. Dispuesto a escuchar, a don Rodrigo le notaba cara de mal humor. El que manda, manda, manda Administración, pensaba yo.

Resultaba llamativo el contraste entre los pontífices, pareja para un dramaturgo. Don Rodrigo era alto, esbelto, de piel blanca; don Gilberto era obeso, moreno, sin lujo en el traje y un ostentoso anillo de piedra roja en el anular de la mano izquierda. Uno tenía los aires de un aristócrata de Monterrey, su ciudad natal, fiel a la cristiana distancia de las clases, la mano que no se puede dar a cualquiera. El otro, don Gilberto, subrayaba las formas sencillas de un hombre nacido en el medio rural de Puente de Ixtla, en el estado de Morelos, poblado que sin descanso fue haciendo suyo. (Como muchos años después diría Luis Echeverría acerca de su predio en San Jerónimo: un jardincito que se fue haciendo rancho.)

Gozaba mi tiempo, privilegiado. *Excélsior*, la excelencia, lo más alto, me aseguraba el camino ascendente en el escalafón y la consiguiente mejoría en el salario. (Lo llamábamos “percepción”. Éramos cooperativa, no sindicato.) Me casaría y haría de mi vida una vida completa. En unión con la joven amada tendría hijos; me desarrollaría con mis amigos y compañeros. Hasta escribiría un libro.

Mi novia era Teresita, auxiliar de la Gerencia de Producción. Se había ganado el respeto por su enérgica amabilidad. Su frescura la hacía aún más bonita. La conocí recién llegada de Chicago, ciudad de sus estudios. Era la hija mayor del doctor Efrén Villafuerte, responsable de los servicios médicos de la cooperativa.

Bucareli, mi calle, era fulgor y bullicio. Todas las voces y todos los colores se fundían en una sola voz y un solo color. Los gritos se hacían lenguaje y los rojos, los grises, los verdes y los azules se unían en una efímera y constante obra de arte. Circulaban tranvías amarillos en ambos sentidos, los automóviles se disputaban el espacio mezquino y las enor-

mes plataformas de los tráilers que descargaban toneladas de papel para los periódicos *Excélsior* y *El Universal* complicaban aún más el tráfico. No eran casuales las peleas a puño limpio. “Éntrale, cabrón”, era expresión familiar.

Había un tono de locura del que nadie escapaba. Los voceadores, casi todos niños y muchachos, corrían, chiflaban, se comunicaban con alburas y se enredaban en interminables mentadas de madre. Se odiaban, se amaban. Había en su existencia una conmovedora alegría.

Me gustaba detenerme ante el frontispicio de Bucareli 17. Las nueve letras de *Excélsior* resplandecían como oro puro. Rafael Alducin, hombre de biografía opaca y ojo certero para los negocios, había fundado el diario el 18 de marzo de 1917. La primera piedra de la futura empresa fue *Revista de Revistas*, hoy cadáver en busca de un sepulcro que no encuentra.

Un día, no sé qué día y desconozco si se trató de una impresión violenta o un instante de helada lucidez, percibí venenosas líneas azules bajo la piel del robusto cuerpo de la cooperativa. Sentí la boca pastosa, el humor ácido. Imagino que sufrí algo parecido a la sacudida del marido a quien susurran: “Tu mujer, mira... Yo en tu lugar...”. En aquella ocasión, aún sin claridad, crucé la línea que separa la certidumbre del recelo.

Afloraban signos de malestar, tanto en Bucareli como en Reforma. Se hablaba por lo bajo de prebendas y malos manejos. Un vocablo duro ganaba terreno: corrupción. Batallé internamente para hacer a un lado la sospecha. “Será cuestión de los mandos intermedios”, me dije. “Los pontífices no pecan.”

Sabría que *Excélsior* participaba entero de los vicios del poder priista. Además, don Rodrigo de Llano rendía consideraciones desproporcionadas a los Estados Unidos. Era un asiduo de su embajada, reservado para él un trato de ple-

nipotenciario. Los vecinos del norte lo deslumbraban. Nueva York, por ejemplo, acogía el Año Nuevo con las luces encendidas de sus grandes edificios, las avenidas, las calles céntricas, muchas de sus casas. Por la gran urbe se confundía la noche con la luz solar inventada por el hombre. De manera semejante, don Rodrigo pretendía que nos abriéramos al porvenir, como ellos. Nuestra ciudad debía ser toda luz, afirmación de fe, abundancia.

En Manhattan, sus nichos para Marilyn Monroe, Joe Dimaggio, Elizabeth Taylor, Frank Sinatra, los héroes del deporte y la guerra, don Rodrigo tenía su propia agencia de publicidad. Interamerican Publications contratava anuncios que aparecían desplegados en las páginas de *Excélsior*. No era un secreto en la cooperativa, pero del asunto no se hablaba.

Así era. Don Rodrigo representaba el presente y el futuro, la claridad que da confianza. No importaba que se emborrachara en el Ambassadeurs al medio día y bebiera algo más por la noche. Sus risotadas a todo pulmón eran signo de salud, la vitalidad de un hombre afortunado. Don Rodrigo era personaje de vicios menores y cualidades rotundas.

Movía a su reportero estrella, “el reportero de México”, como pieza central del talento periodístico y político de la Dirección. Carlos Denegri contaba con los recursos del diario, y a través del gobierno, con los servicios que hicieran falta. Desde las embajadas de México le eran concertadas las citas con personajes de Europa, la distante América del Sur, África o donde fuera. Era ese el mundo del señor Denegri, inaccesible para los periodistas batalladores, los de la talacha, los que cubrían los sucesos de poco calado, los que soñaban.

Genio engendrado desde el poder, Denegri manejaba una redacción anónima. Todos para uno, el grupo se debía a las entrevistas históricas y al fulgor de los reportajes. Maltrecha su intimidad, tóxica la sangre, “el periodista de las ocho columnas” vivió para el triunfo y el escándalo. Hubo en su vida mujeres humilladas que cayeron en un desencanto cruel.

Emilia Téllez Benoit, grácil y graciosa, querida por todos en la Oficialía Mayor de Relaciones Exteriores, fue víctima de arrebatos que podrían confundirse con la sevicia. Su matrimonio había sido anunciado con la profusión que precede a un gran acontecimiento. Ella confiaba. “Lo conozco, va a cambiar”, decían que decía. Denegri llegó a la parroquia de San Jacinto, en San Ángel, con las luces para todo un pueblo y las flores para una peregrinación a la Villa de Guadalupe. Vestido de charro, había obtenido permiso para un segundo enlace con todas las leyes de la fe.

Sufrió golpizas. Se decía que le habían llegado a causa de las mujeres. También se decía que en un mal momento había ofendido a la esposa del presidente Ruiz Cortines más allá de lo tolerable. Nunca supimos. Ni los reporteros estaban al tanto de los caudalosos rumores que circulaban en *Excélsior*.

En una prolongada ausencia de don Gilberto, cercado el subgerente Jesús García de Honor por trabajadores y lambiscones, “El Negro” Escobedo buscó a don Rodrigo para gestionar un préstamo urgente. Ya en el tercer piso se topó con Carlos Denegri, quien, bebido y bromista, le dijo “mugroso”. Para Denegri era un gesto de los buenos, pero no lo entendió o no quiso entenderlo así el “El Negro” y lo lanzó escaleras abajo. Lo vio rodar y desde su altura le gritó: “Cabrón, aquí sólo eres un hijo de la chingada.”

Hacia el exterior, la redacción de *Excélsior* era imbatible. En escala inferior a Denegri, periodistas cuajados bri-

llaban por méritos propios, orgullosos de pertenecer a uno de los grandes rotativos del mundo.

Don Gilberto era el dueño real de la cooperativa. Sólo él autorizaba las generosas cartas de crédito, los préstamos excepcionales, el dinero entregado en confianza, la discreta comprensión frente a la parranda; sólo él intervenía en los enredos con la señora y el segundo frente, y era un maestro al hacer sentir su halagadora y sorpresiva presencia en el duelo de los trabajadores del aseo. No viajaba, como don Rodrigo. Carecía del mundo que a éste le sobraba.

Don Gilberto se hizo de una sombra, Jesús García de Honor. Subgerente de *Excélsior*, su poder descansaba en el automático “Sí, señor. Sí, señor”, repetido por si alguna duda cupiera.

Entre tanto, yo crecía en experiencia y ambición. Fui egresado con promedio de 9.2 en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. El derecho civil y el derecho administrativo, bien estudiados, me confirieron autoridad en el espacio de los contadores públicos y privados. Aceptado por don Gilberto, ascendí a la Comisión de Control Técnico, órgano del Consejo de Administración: fui vocal, luego secretario.

Tuve acceso a todo. Intervine en la aceptación de los nuevos cooperativistas y en el portazo a los rechazados, revisé los expedientes que me representaban información novedosa y supe de la burocracia, marea baja. Observaba el entorno. García de Honor era una vaguedad y el despacho de don Gilberto mostraba los trofeos y diplomas ganados por *Excélsior* en su venturosa existencia.

¿Don Gilberto enfermo? Bastaba tenerlo cerca para saber que en su enorme corpulencia había orden. Los años pen-

diente de él me habían dado la clave de su gobierno sin oposición en la cooperativa. Las percepciones eran bajas. ¿Qué tanto importaba, si al fin de cuentas el pan estaba asegurado de por vida? *Excélsior* era también un sueño.

Por la vía de las comisiones, el trabajo extra, don Gilberto hacía circular el dinero fuerte. Los jefes y subjefes, impensable una voz rebelde en la Gerencia, administraban los recursos bajo consigna. Era dinero limpio y dinero manchado, era dinero para el trabajo y dinero para el poder. Representaba atadura con los de arriba y componenda para con los de abajo.

Había oscuridades en esta manera de hacer las cosas. El tipógrafo Catarino Gallegos, de Formación, y Sóstenes Rodríguez, de Rotativas, sustraían centavos a las extras y se hacían de sus propias cajas de ahorro. Prestaban.

Don Gilberto se agravaba y hube de pensar en la muerte, incapaz entonces de comprender que es un acontecimiento y no una tragedia. La tragedia es el azar, el rayo que fulmina a un niño que juega, la agonía de la víctima sometida a pruebas que llamamos inhumanas. Don Gilberto murió a los 65 años y su vida fue para él un gozo que compartió con quien le dio la gana.

Lo sepultamos en el Panteón Jardín el 12 de noviembre de 1962. Lloré lágrimas verdaderas y conocí la ausencia, el hueco del nunca más. Don Gilberto provocó en mí sentimientos de admiración, la certeza de su singularidad, pero no despertó la emoción filial, ese amor que se vuelca sin recelo.

En la primera plana, a tres columnas el texto necrológico y de igual medida la fotografía de don Gilberto, el diario despidió a su hijo predilecto igual que a un hombre en el límite de la perfección. No obstante la vibración dolorosa de la coo-

perativa y la sacudida del mundo periodístico y político por la muerte sorpresiva de este hombre aún con energía para vivir, la nota principal fue para Internacionales: “Estados Unidos hará hoy una demostración de fuerza en Guantánamo.”

La oración final decía: “Fue [don Gilberto] un profesor de energía, un carácter orientado hacia los más altos fines de ser útil a su familia, a su ciudad natal, a sus compañeros de trabajo, a la cooperativa de *Excélsior* que fue la pasión de su existencia, a la patria mexicana y a la Humanidad en general.” El remate condensó la frase más sentida: “Murió del corazón: no podía ser de otra manera en quien fue todo corazón.”

El mar estaba picado, crecido el oleaje, pero aún era navegable su inmensidad. Así percibo la asamblea que llevó a Jesús García al puesto de mando que había pertenecido a don Gilberto. Un grupo objetó a García: ni como administrador, ni como innovador, ni como dirigente estaba preparado para representar a una empresa de la complejidad y la envidia de *Excélsior*. El licenciado Bernardo Ponce, el editorialista de lujo del diario, habló a nombre de don Rodrigo y acabó con nuestra moral, no con nuestros argumentos. Había algo que se llamaba continuidad, dijo don Bernardo. Había algo que se llamaba reconocimiento a la lealtad. La gratitud existía.

Desde el primer día de la nueva época se hizo sentir la pesantez en la Gerencia General. Al buen humor de otro tiempo seguiría un ánimo amargoso. No habían favorecido los dones de la naturaleza a don Jesús: manchas albinas resaltaban en su cara redonda y nada agregaba el bien cuidado bigote rectangular a su personalidad desmayada.

Dio todo lo que podía dar: una labor rutinaria que hacía de todos los días un solo día. Sensibles los trabajadores al vacío del gran personaje que aliviaba sus pesares, se apar-

taron del hombre menudo que gobernaba sin tino. En el trato cotidiano parecía que cobraba las cuentas de una vida descolorida.

En un principio sólo algunos harían caso de las hendiduras que se abrían en la doble estructura de Talleres y Administración. No preocupaba mayormente que de su cohesionada armazón se desprendieran los primeros hilos de polvo fino que anuncian fisuras mayores.

Quedaba don Rodrigo, la figura. Llamado el “Skipper”, timonel sin rival, respondía espontáneo al sobrenombre en inglés que mucho le gustaba. Cambió algunos de sus hábitos: ahora el gerente general ascendía del primero al tercer piso. Don Rodrigo se ponía de pie sólo hasta el momento en que tenía enfrente a su disminuido par en la cooperativa.

Con el tiempo, la debilidad de don Jesús lo afectaría en el reino completo. Alzado como era el director general, no se dio la oportunidad de conocer a los trabajadores de Bucareli 17, los de overol y camisa arremangada. Don Rodrigo decidió apoyarse en don Jesús, pero no eran pesos equiparables, completo uno, liviano el otro. Lo que no resiste, no apoya.

El ritmo de la cooperativa cambiaba, su espíritu era otro. El descontento se abrió paso, franca la pugna contra el gerente general. Aumentaba el número de cooperativistas que hablaban de una jubilación inaplazable. No llegaban las voces airadas hasta don Rodrigo, que moraba alto. Con el “Skipper” bastaba. Y qué más si la publicidad fluía como siempre y la primera plana era un lujo del periódico.

Mi animosidad contra don Jesús era beligerante. Temprano sufriría represalias.

Una mañana, el doctor Efrén Villafuerte, afable en su 1.90 de estatura, médico laureado y maestro de generaciones, mi suegro muy querido, se vio sorpresivamente detenido a las puertas de Bucareli 17. Gustavo Vargas, de músculos endurecidos en la riña, diestro en el descontón, lo enfrenó directo:

—Le digo que no entra.

—¿Usted me lo dice?

—Son órdenes.

—¿De quién?

—Del Consejo de Administración.

—¿Y con qué me vas a impedir el paso? ¿Con la mano que te salvé después de tu accidente o con la otra? ¿O ya no te acuerdas?

—Con el estómago, doctor, para no lastimarlo. Pero de que no pasa, no pasa.

Sorpresivamente, golpazo en la nuca, don Rodrigo de Llano murió el 31 de enero de 1963, casi tres meses después del fin de su compañero. La primera plana se le rindió, una gran foto bajo el gran titular a ocho columnas que daba cuenta del suceso. Líneas editoriales valoraban su obra: “Estamos de luto en *Excélsior* y está de luto el periodismo de México y de América Latina porque ha muerto don Rodrigo de Llano. Un hombre que consagró su existencia al apostolado de la prensa y ejerció su profesión con celo ejemplar. Con pasión creadora, con sacrificio renovado en sus desvelos y afanes por servir al país y a la Humanidad.”

No bastaba: “Con su vida se apaga una antorcha que iluminó la ruta de las causas limpias, el cumplimiento del deber, con ilimitado criterio y respeto a todos los pareceres, pero inflexible en la defensa de la verdad, la justicia y los derechos humanos.”

La sucesión tenía destinatario, don Manuel Becerra Acosta, el subdirector. Hombre de Chihuahua, de temple, con el olfato

perruno del reportero, cuentista en sus ocios, el periodista de toda la vida carecía del talante de don Rodrigo. Le faltaba ese “algo” interno que algunos llaman seducción y otros carisma.

Don Manuel era jefe sin la emoción que hace del trato un privilegio. Le gustaban las reuniones y los toros, bailaba a distancia, los ojos en las piernas y en la cintura de las muchachas. Fundador y director de la carrera de periodismo en la Universidad Femenina de México, abrió el diario a las primeras reporteras que dieron el paso de la sección de sociales a la de información general.

Gran periodista sin dotes de liderazgo y dos pisos abajo un hombre torpe, el gerente, las ausencias de don Gilberto y don Rodrigo provocaron una rajadura en la catedral. Había que acabar con ambos, con don Manuel y con don Jesús. *Excélsior* merecía su transformación. La fortaleza de tantos años había cumplido con excelencia. A corto plazo, la historia podría ir para atrás.

Brotaron las ambiciones. Bernardo Ponce, el viejo panista entrenado en la oratoria política, despreocupado de una dolorosa miopía por la pasión de su alma extremosa, consideró que sólo él comprendía a don Rodrigo, fiel como ninguno al Skipper. Asiduo al *Ambassadeurs*, se carcajeaba en el tono y fuerza de su mentor. No en vano escribió en una biografía de Adolfo Ruiz Cortines: “A Rodrigo de Llano, por tantos pensamientos comunes en bien de México.”

Propalaba, además, que Becerra Acosta daba juego a Scherer, de clara tendencia comunista. Un error así no lo habría cometido nunca el señor De Llano. Don Bernardo unía a sus palabras la prueba que no dejaba duda: el 6 de agosto de 1960, don Rodrigo se había dirigido a la Comisión de Control Técnico del periódico en estos términos:

Esta Dirección General de *Excélsior* ha suspendido a partir de mañana 7 de agosto y por el término de quin-

ce días, a los redactores Eduardo Deschamps, Miguel López Azuara y Julio Scherer García en virtud de que, mostrando una clara posición al lado de conocidas figuras que desarrollan una campaña subversiva de carácter comunista, han firmado y publicado en el diario *Novedades* una protesta en defensa de los trastornos del orden público.

Los miembros de esa H. Comisión notarán que la protesta a que se alude está firmada por conocidos agentes comunistas que nunca han negado su filiación como tales, y que la actitud que en ella se asume, es de reto al Gobierno de la República. El hecho de que redactores de *Excélsior* firmen tal documento, los identifica claramente como seguidores de esos agentes comunistas, y parciales, por lo tanto, en sus opiniones y pensamientos periodísticos.

Esta Dirección General ha respetado siempre las creencias e inclinaciones políticas de cada quien, y nunca ha transgredido tal regla de conducta; pero en el caso presente se trata de una protesta pública, insertada en un diario competidor, con lo que se señala que algunos miembros de la redacción de *Excélsior* tienen una visible militancia comunista.

Si se permitiese para lo futuro esta militancia pública de un bando que forzosamente tendrá que estar en constante oposición y choque con el Gobierno de la República, llevaríamos el camino de tener que variar la política tradicional del periódico y sus características de imparcialidad, y asumir graves riesgos que para ustedes no pueden pasar inadvertidos.

Atentamente,
Rodrigo de Llano

c.c. Sr. Gilberto Figueroa

Firmaron el desplegado:

Lic. Alonso Aguilar, Ing. Santos Bárcena, Lic. Clementina Batalla de Bassols, Fernando Benítez, Lic. Fernando Carmona, Dr. Jorge Carrión, Rosario Castellanos, Olga Costa, José Luis Cuevas, Rodolfo Dorantes, José Chávez Morado, Héctor Dávalos, Eduardo Deschamps R., Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Juan García Ponce, Alberto Gironella, Henríque González Casanova, José Luis González, Ricardo Guerra, Pedro Guillén, Eli de Gortari, Ernesto Guajardo Wong, Efraín Huerta, Miguel López Azuara, Margo López Cámara, Alfonso Magallón, Manuel Marcué Pardiñas, Manuel Meza Andraca, Sara Moirón, Carlos Monsiváis, Guillermo Montaña, Janitzio Mújica, José Emilio Pacheco, Armando Pareyón, Carlos Pellicer, Antonio Pérez Elías, Matilde Rodríguez Cabo, Pedro Rojas, Samuel Salinas, Julio Scherer García, Jorge L. Tamayo, Elvira Vargas, Elena Vázquez Gómez y León K. Wainer.

Yo, de otro nivel, comprometido con Bernardo Ponce, “don Bernardo”, había recorrido a tiempo los laberintos del periódico. Estaba preparado. Podría medirme sin dificultad con el gerente general. Lo desdeñaba.

A don Bernardo se unieron figuras notables. Enrique Borrego, director de la Segunda Edición de *Últimas Noticias*, la *Extra*, la edición que nació con la Segunda Guerra Mundial, fue una de ellas. Gozó una época impecable en el desempeño de su oficio. Sus textos eran maliciosos, sutil el veneno que filtraba. Algo pasó con él, que su hombría se vino abajo. El día de su matrimonio, el presidente Adolfo Ruiz Cortines le regaló la concesión de la Lotería Nacional en Ciudad Juárez, negocio sin sobresaltos. Trastornado por una

hermosa bailarina y cantante de Chihuahua, Yolanda de Anda, en días de alcohol y algo más quemaba vestidos de seda y arrojaba al excusado pulseras y collares que reponía en los amaneceres del amor.

Al cinco para las doce de la noche del viernes 9 de septiembre de 1966, Borrego se suicidó de un balazo. Sobre el buró de su recámara dejó escrito mi nombre y una palabra: "Avísenle".

Un año antes, su hijo, también Enrique, se había lanzado a la muerte desde un sexto piso. Alguna que otra vez aparecía por *Excélsior*. Recuerdo al muchacho, flaco, de ojos azorados.

Los hermanos del periodista, Armando y Salvador, don Bernardo, Oliverio Duque y yo nos trasladamos a Cuernavaca con la determinación, a la postre inútil, de evitar la autopsia, traumático el destazamiento, el cuerpo tratado como despojo.

Contrastaban Armando y Salvador. Ni disfrazado del gigante Gulliver en la tierra de los enanos habría llamado la atención el primero de ellos. Salvador era de otra madera. Escribió *Derrota mundial*, visión del Apocalipsis. El suicidio de Hitler y el triunfo de Stalin se combinaban para que el comunismo se hiciera del orbe. En junio de 1968 habían circulado 34 ediciones del libro. Una de sus portadas muestra al Führer con el brazo recto hacia el futuro y la esvástica del exterminio en el antebrazo izquierdo.

Escribió también *Batallas metafísicas*, que se ocupa del sexenio de Echeverría y la víctima que cobró: Eugenio Garza Sada. El gobierno había degradado el ambiente, devaluado el sentido de la vida, alterado los valores de los mexicanos. Echeverría y Garza Sada disputaron por la cadena García Valseca y sus 37 periódicos en la República. El gobernante la quería para entregarla a sus amigos. No aceptaba que Garza Sada pudiera salvar de la quiebra a tan vasta red edito-

rial. Debía 168 millones y Banca Somex los cobraba a nombre del acreedor, el gobierno. Garza Sada pugnaba en sentido opuesto. Aportaría el dinero que hiciera falta para mantener a flote el frágil emporio periodístico. Hacía falta su red informativa para evitar que los proyectos izquierdizantes del régimen avanzaran a un paso todavía más rápido.

A punto de cerrarse la operación, el 13 de septiembre de 1973, el empresario cayó abatido por un comando guerrillero. La operación financiera quedó deshecha mientras un velo oscuro descendía sobre Monterrey. El luto fue real, dramático. Garza Sada era considerado por los suyos como ejemplo de hombre y empresario, admirado y querido como ningún otro, pilar de la industria, certeza moral.

Despejado el camino, Mario Vázquez Raña, amigo de Luis Echeverría, pudo anunciar “a nombre de un grupo de empresarios” que había adquirido la Cadena. Desde entonces, 1976, se le conoce como Organización Editorial Mexicana.

Ya en 1972, Julio Sánchez Vargas, director de Somex y más tarde procurador de la República, había nombrado interventor de los bienes de García Valseca al doctor en derecho David Vega Vera. Nos conocíamos de tiempo atrás y me contaba: recibía instrucciones de Fausto Zapata, el cerebro de Echeverría en los asuntos de la información; de Juan Francisco Ealy Ortiz García, hoy multimillonario con cartera para comprarlo todo, y de Gabriel Alarcón Chargoy, de fortuna paralela a la de su ex socio Miguel Espinosa Iglesias.

Vega Vera los escuchaba como quien oye llover. Tenía un jefe, Mario Vázquez Raña, su compadre. A su antojo, éste hacía y deshacía. Él llevó en 1976 a Mario Moya Palencia a la Dirección de *El Sol de México*, la avanzada periodística de la empresa.

Los Marios, así eran conocidos en la Organización, se querían y juntos disfrutaban de la vida. Un día del doble onomástico, la fiesta tuvo una culminación entusiasta. Ma-

rio Moya Palencia se casaría pronto. Los presentes lo festejaron como se halaga a un novio feliz. Se hicieron bromas. El gran escándalo del momento era el secuestro de Moya Palencia: una mujer hermosa —dichoso él— se había apoderado su corazón.

A finales de 1976, el grupo Sayrols, del que yo era director, encomendó al publicista Silvio García Patto una campaña en forma. Se trataba del lanzamiento espectacular de una revista ambiciosa: *Ser Padres*.

A la cita para la presentación del proyecto, García Patto llegó con una hora de retraso. Sudoroso, jadeante, se deshacía en caravanas y ofrecía disculpas. Se explicó, finalmente: En Los Pinos y del “mismísimo presidente Echeverría”, había recibido instrucciones para diseñar una “campaña de suscripciones agresiva, convincente y poderosa” para hacer de *El Sol de México* el diario más influyente del país. Impresionado, García Patto comentó que vio en el presidente a un gran empresario convencido de su producto. A Fausto Zapata debería entregarle el proyecto para la campaña del más brillante de los soles, el sol sobre la República.

El 6 de febrero de 1965 acabaríamos con las ambigüedades, resueltos a la lucha frontal. Terminaríamos con el gerente y pondríamos al director contra la pared.

Nos reuniríamos en un teatro de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, cercano a Reforma 18. Alfonso Martínez Domínguez, el líder de la central priista, había ofrecido el recinto para nuestro cometido. A última hora, por razones que nunca conocimos, retiró su ayuda. No importaba.

En bloque, poseídos por nuestra propia energía, planeamos una primera escaramuza en el archivo del periódico, es-

pacio enorme que podía acoger hasta mil personas. Improvisamos mesas de trabajo que de nada servirían y redactamos proclamas sin sentido. Escuchamos impacientes a los reporteros Eduardo Deschamps y Miguel López Azuara, fieles al director, verticales. Nos arengaban. Nos pedían que miráramos el futuro con ojos de hombre limpio de ambiciones personales. La cooperativa, más allá de la zozobra interna, mantenía incólume su prestigio. Eran momentos para la reflexión. ¡Al carajo! Que se fueran, gritamos algunos. Armando Camacho, jefe de Cables, elegante, flemático, un estirado inglés, nos sorprendió: habría que tomar el espacio de los reporteros, el de Becerra Acosta. Descendimos alborotados del archivo, del cuarto piso al tercero.

Nos sentíamos muchos y mirábamos con hambre la puerta hermética de la Dirección General. Golpeamos la madera. Nada. “¡Abra!” Silencio. A patadas irrumpimos en el santuario que fue de Rodrigo de Llano.

No se detuvo en contemplaciones el director general. Nos retó con los ojos, de un verde que no acababa de ser oscuro, como las aceitunas. ¡Largo de aquí!, expresaba su cuerpo tenso. Vi sus manos, grandes y oscurecidas como las del maestro Gallegos.

“¡Tírenme!”, lo recuerdo cerca de uno de los dos balcones que daban a Paseo de la Reforma y El Caballito, el mágico paisaje de aquel tiempo.

Don Bernardo se perdió en el sarcasmo, quizás a la defensiva: “Nadie te va a hacer nada, Manuel. Piensa y lárgate cuanto antes, que ya nos has dañado mucho.”

Salimos y descendimos a la Gerencia. En estado febril reclamamos trato humano a García de Honor, cuentas cables de su administración medrosa. Se iría o lo echaríamos, fue nuestro lenguaje de vencedores.

Pequeño como era, lo noté altivo, no tan menudo. Algo, no sé qué, lo transformaba. Ignoraba nuestros ojos, pero su

voz era seca, sin la vibración del miedo. Tieso, permanecía adherido a su escritorio.

Afuera nos aguardaban las compañeras de Encuadernación. Parecían contentas. Bajo sus delantales habían llevado consigo las plecas de acero con las que doblaban los pliegos de *Revista de Revistas*, *Jueves de Excélsior*, trabajos comerciales, *Policía del Lunes*, ingreso marginal.

“No se vayan a rajar”, nos alentaban las mujeres.

La maestra Manuela, de 60 años, chaparra y maciza, arengaba: “Cuando nos digan, les partimos la madre.”

Se cobraban los agravios, sueltos los rencores. De la Dirección y los reporteros apenas recibían abrazos distantes en los aniversarios tumultuosos. Los trabajadores de talleres eran un mundo aparte y sólo se ocupaban de ellas sus amigos de la administración. Yo era particularmente solícito. Las quería y me hacía querer. Las reconocía una por una.

Así nos comportábamos algunos, deseosos de una cooperativa real. Debíamos poner en su lugar a los aristócratas de la pluma. Los días navideños, por ejemplo, sólo eran para ellos. Les llegaban canastas en fila, paquetes pesados y ligeros, grandes y pequeños, cuadros, esculturas, botellas, corbatas, plumas, libros, dulces, perfumes, sedas, casimires, cartas, tarjetas de felicitación, sobres cuidadosamente cerrados.

El tiempo se nos fue, irrecuperable, como a los *ardientes* a los que faltó la última palabra. Levantamos actas inútiles e hicimos el recuento de los daños: una puerta quebrada, pedazos de vidrio por el suelo, diminutas y brillantes agujas blancas dentro y fuera de la oficina del director. Nos perdimos en minucias y fuimos advertidos suavemente, sin escándalo: de un momento a otro podrían llegar los granaderos.

Abandonamos la plaza. Los que mandaban, aún mandaban. Fueron días decisivos. Nada hicimos. Ellos sí: decretaron la primera lista de expulsados.

Los primeros en tomar el rumbo de la calle fueron Bernardo Ponce, Enrique Borrego, Rafael Freyre, Oliverio Duque, Raúl Beethoven Lomelí, de la Redacción, Carlos Álvarez (Encuadernación), Octavio Figueroa (Contabilidad), Fernando Aguilar (Publicidad), Félix y Rafael Escobedo (Rotativas), mi hermano Guillermo (Administración) y yo.

Sacramento Gálvez, “El Campeón”, corpulento y amenazante, me decía: “Yo lo cuido, licenciado” y la maestra Consuelo, de Encuadernación, me miraba con ojos que transmitían el fulgor de la ira y la opacidad del azoro. El dibujante Jesús Moreno, pequeñito (fumaba al ritmo de su respiración, “Chucho Colilla”, le decíamos), nos lanzaba al abordaje en alta mar, seguro él en la playa distante, sudoroso.

Desempleado de un día para otro, esa misma tarde concerté la venta de mi automóvil, Ford 49, dos puertas: nueve mil pesos.

Casi tres años después, la elección de Julio Scherer García como director general nos sería adversa. Había sido el auxiliar más cercano de Manuel Becerra Acosta y ganó una reñida votación a Víctor Velarde, el subdirector. Inspirado, el señor Velarde fue el autor de la cabeza vertiginosa que haría historia en el periodismo: “Ya”, anuncio de la muerte largamente esperada de Stalin. Por aquellos días se dijo que la ascensión de Scherer había sido fraudulenta. Supe que no era cierto.

Scherer se había hecho de una carrera y un nombre: reportero de la *Extra*, reportero de *Excélsior*, reportero de asuntos especiales, jefe de información, auxiliar de la Dirección, subdirector editorial.

Avanzaba septiembre de 1968. Se aproximaba el duelo: Tlatelolco.

La vida se oculta en el futuro. Apenas algunos tienen ojos para la niebla cerrada. Nuestro caso fue dramático: llevábamos los ojos en la nuca.

Expulsados, echados de *Excélsior*, salimos a la calle reueltos a lo que fuera. No nos vencería la pandilla. Desdeñamos las voces que nos aconsejaban cautela: habían menguado las agallas de las señoras de Encuadernación y en Rotativas la temperatura iba a la baja. Ahora lo que importaba era ganar.

Frente al portón magnífico de Reforma 18, en los labios los rayos y centellas de un lenguaje detonante, enfrentábamos nuestra realidad: expulsados de *Excélsior*, iniciábamos la vida de la incertidumbre. Arriba el sol peleaba con las nubes. Era mediodía: 29 de diciembre de 1965.

Desde las nueve de la mañana, personas que nos parecieron sospechosas habían ocupado las primeras filas del salón de suscripciones y circulación para asistir a una asamblea que sería definitiva en el futuro de la cooperativa. A las once, centenares de trabajadores poblaban el escenario.

Decididos algunos a malograr la reunión, habíamos recorrido los departamentos de Encuadernación, Rotativas, Formación y Administración. Arengamos a todos hasta perder la voz. Fracasamos. A las doce dio principio la reunión.

Veinte o treinta inconformes, pasara lo que pasara, nos habíamos congregado en la sala de juntas del Consejo de

Administración. Prendidos del tiempo, pasivos y expectantes, nos mirábamos las caras. Hacia las dos de la tarde, un estrépito que sentí como un disparo llegó hasta nosotros. Del tercer piso corrimos al segundo. En medio de un alboroto, la asamblea votaba nuestra expulsión. Los desatinos fueron todos. “¡Hasta la cárcel!”, gritó un loco.

Por aquellos días (18 de septiembre de 1969, jueves), a un año de la matanza del 2 de octubre y de la fiesta oscura de la Olimpiada, una bomba cimbró el edificio de Reforma 18. No hubo consecuencias dolorosas, sólo el hipócrita desfile de la preocupación oficial. Investigaría, ofreció el gobierno. A fondo, como dice siempre. Lamentable, afirmó el presidente Díaz Ordaz y con él, todos. A las declaraciones seguiría el silencio, cal sobre el cadáver.

La historia habló a través del general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa en el tiempo aciago. Dejó escrito, bajo su firma, entregado el pliego a su hijo Javier, que el bombazo a *Excélsior* fue ordenado por el general brigadier Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial. Eran signos, las sombras que en pocos años cobrarían forma y volumen.

Luis Echeverría, el secretario de Gobernación, estaba en lo suyo. Maestro del doble rostro, se hizo de una imagen: el deber. Entrada la madrugada mantenía el cuerpo inclinado sobre los documentos de una administración al gusto del presidente. Horas después, aún tibio el sol, volvía al trabajo como si la fatiga le fuera ajena.

Sus siete hijos eran muy unidos y su esposa, doña Esther Zuno, que enseñaba a bailar a grupos de niñas, era considerada un ejemplo de buen trato y armonía interior. Era, además, la celosa cuidadora de un huerto hermoso. Su pa-

dre, el general José Guadalupe Zuno, era la antítesis del yerno: el viejo jalisciense entregaba los ojos a sus interlocutores y peleaba de frente. Había sido de izquierda y mantenía una actitud escandalosa.

Echeverría abrió el juego para nosotros, los expulsados de *Excélsior*. Habría dinero para mantenernos en la lucha contra la pandilla hasta su destrucción final. Recuperaríamos nuestro patrimonio y salvaríamos un periódico a la deriva sin la mancuerna inolvidable: Gilberto y Rodrigo, que así empezábamos a llamarlos, sin el Don, porque eran nuestros.

Como primera medida alquilamos una oficina en el décimo piso, despacho 1013, del edificio San Antonio (polvo por el temblor de 1985), marcado con el número 64 de la Avenida Juárez, a unas cuadras de *Excélsior*. Gobernación cubriría la renta, el sueldo de la secretaria, el teléfono, la papelería, el alcohol cuando hiciera falta, que no hay como un trago para humedecer el alma.

Los viernes, días de pago en la caja de la cooperativa, serían también días de pago en el despacho de San Antonio. Todo proveería Gobernación: percepciones, vacaciones, gratificaciones trimestrales, licencias por enfermedad, la recompensa de fin de año. El licenciado Rojo Reyes, funcionario a la orden del titular de Gobernación, se encargaba hasta donde podía de nuestro bienestar.

De los 37 expulsados, 13 no cobraban, 24 sí.

Éramos del no: Carlos Álvarez, Armando Borrego, Oliverio Duque, Félix Escobedo, Octavio Figueroa, Carlos Freyre, Raúl Beethoven Lomelí, Jesús Moreno, Bernardo Ponce, Arnulfo Rodríguez, Aurelio Silva, Guillermo Velasco y Jorge Velasco.

Teníamos recursos o nos sobraba el dinero, como a don Bernardo, propietario de una mansión en Tecamachalco; o contábamos con influencias como Arnulfo Rodríguez, “Vi-

borillas” y Raúl Beethoven Lomelí; o nos iniciábamos en un nuevo trabajo, como Oliverio Duque, mi hermano Guillermo y yo.

Eran del sí: Martha E. Alarcón, Fulvio Baroni, Salvador Cedeño, Ricardo Chávez, Alfredo Domínguez, Rafael Escobedo, Luis Garamendia, Tomás García, Alberto Gutiérrez, Raúl Gutiérrez, Óscar Guzmán, Enrique Jiménez, Evodio López, Guillermo López, Pablo López, Héctor Minués, Adolfo Ortega, Gilberto Rodríguez, Raúl Rodríguez, Luis Rojas, Pedro Salinas, Ladislao Santoyo, Juan Tenorio y Luis Urrutia.

No hubo problema, reclamo alguno por las listas antagónicas. O cobraban los del “sí” o el grupo se desintegraba. No había de otra. Nos unía una causa y un impulso: la salvación de la cooperativa.

A Rojo Reyes yo le llamaba “el perfecto secretario”. De corta estatura, rebasado por la moda, sin un rasgo propio, la voz confidencial era su habla. Presuroso, los minutos marcaban su tiempo. Susurraba: “Son instrucciones, señor...”

Por un elevador llegábamos hasta la puerta marcada con el número 1013 del edificio San Antonio, abierto de las 10 de la mañana a las 8 de la noche. Nos dolían las Rotativas de Bucareli y, sobre todo, el pórtico majestuoso de Reforma 18.

En los ratos vacíos, nos contábamos historias nostálgicas.

—¿Supiste cómo se hicieron amigos?

—No.

—Un día le dijo don Gilberto a don Rodrigo: haga un buen periódico y yo se lo vendo.

—Haré un buen periódico, el mejor.

La memoria destapa escondrijos. Me han dicho que es selectiva y se ocupa sobre todo de los buenos momentos. Lo creo. Pero también nos lleva a mirar y escuchar lo que no siempre quisiéramos mirar ni escuchar.

El 2 de julio de 1971, a las ocho y media de la mañana, entregué al “perfecto secretario” un comunicado para la Superioridad. Don Bernardo me habló cerca de las diez. “Nos espera Moya dentro de una hora”, me dijo.

Nos recibió en punto de las once. Tenía en sus manos el “Mensaje a la Superioridad”, subrayado con lápiz rojo el siguiente párrafo: “Tenemos la bien fundada certidumbre de que en una Asamblea Legal, la mayoría de los socios repudiará a los que de hecho se han adueñado de la Cooperativa *Excélsior*. Reiteramos que el momento es más que nunca propicio para que *Excélsior* retorne a la legalidad, a la independencia y al funcionamiento cooperativo.”

Moya, tieso y amable:

“Vean a Fidel Velázquez. Los recibirá a las doce.”

A pie fuimos a las oficinas del líder, senador de la República por tercera vez. A las once cuarenta y cinco nos anunciamos. Pasamos a su oficina casi de inmediato. Nos dijo, claridoso: “Me dicen que tienen ustedes mucha fuerza con los trabajadores. Yo los voy a apoyar con gente para que esta noche tomen ustedes y su grupo las instalaciones del periódico. Los espero a las ocho y media para que les presente a la persona que coordinará las acciones, ya que el periódico deberá seguir publicándose. Piensen en la estrategia y la hora adecuada.”

De inmediato convocamos a nuestros compañeros a una reunión en el edificio San Antonio. Al atardecer, ya juntos, bromeábamos sin ganas, atentos al reloj. Nos encontrábamos tensos, dicen que estirados los músculos, porque a algunos nos dolía el cuerpo. Transcurrieron dos horas lentas, arrastradas.

A las ocho y veinte llegamos a la oficina de Fidel Velázquez. Nos recibió veinte minutos después. Don Bernardo le explicó la estrategia, impecable:

A las tres de la madrugada los repartidores llenaban la calle de Bucareli en las dos aceras, la de *Excélsior* y la de *El Universal*. Se trataba de una pequeña muchedumbre que oscilaba entre sombras cargadas y luces difusas.

Julio Zetina, inconforme con la política editorial de *Excélsior* y jefe de todos ellos, facilitaría la operación en lo que hiciera falta. El periódico dormitaba del portón de la calle hacia adentro. Superados desórdenes menores, la “toma” podría ser pacífica. Otras horas vendrían después.

Don Fidel estuvo de acuerdo con la explicación de don Bernardo, que escuchó sin interrupción. Informaría al presidente. Desapareció.

En el intervalo que siguió sentí el estómago pegado al espinazo. El presidente dejaría el poder, pero no Fidel Velázquez. Quedaríamos en sus manos, en las del “coordinador” que nos impondría en ese momento.

Regresó el líder: “Por ahora todavía no”, dijeron su voz contrariada y la negrura de sus anteojos.

“Buenas noches.”

Víctimas de una esperanza que despegaba cada vez más del suelo, aceptábamos las humillaciones como parte de la lucha. Así lo comprendo ahora. Nos preocupaba el tono de *Excélsior*, que se apartaba del coro uniforme de otro tiempo y ganaba espacio. Eso no debía durar más. Pronto el gobierno tomaría cartas en el asunto. Y ahí estaríamos nosotros para el rescate. Íbamos a todas.

El 26 de mayo de 1972, gritamos y levantamos los puños frente a Reforma 18. Gobernación había planeado el mitin.

Exhibimos mantas, mezclados como estábamos con un contingente de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares. Las llevaron grupos de Ciudad Nezahualcóyotl. Vociferamos bajo un cielo intensamente azul y prometimos nuestro regreso a los linotipos, a la redacción, al departamento de publicidad, a los talleres. Juramos justicia. Allí mismo, sobre Reforma, decidimos caminar hasta el monumento a Benito Juárez, casi frente a nuestro cuartel, San Antonio. Prolongaríamos nuestro mitin, creceríamos, muchos nos observarían desde sus automóviles. Ya en el Hemiciclo, dispuestos a una larga jornada, algunos policías nos recomendaron que regresáramos tranquilos a nuestras actividades, las de todos los días. Aceptamos, dóciles.

Frente al periódico habíamos esperado a Scherer. Cara a cara le reclamaríamos su desvergüenza. Supimos después que el teniente Figueroa, agente de tránsito encargado de la seguridad de los automóviles estacionados frente a *Excelsior*, lo había prevenido. Scherer llegó a su oficina por la entrada de Bucareli.

No fueron ocasionales mis conversaciones con Manuel Berra Acosta Jr., a mano el alcohol. Me desagradaba su padre, tosco sin necesidad, pero admiraba su carácter. Ausente del futuro, una manera de no alzar la vista, era hombre del presente. Le apasionaban los días, los de carne y hueso, los que se mastican, los que tienen sabor.

Hacia finales de 1984 circuló *Dos poderes*, testimonio de su hijo sobre el 8 de julio de 1976 (Echeverría en *Excelsior*, abierta la puerta de la traición) y algunos apuntes de los años setenta. El libro sostiene que Scherer, sobrado de sí mismo, no tuvo la generosidad ni el talento que se requerían para salvar el periódico. Soberbio, optó por su gloria ínfima.

Hablamos Manuel y yo de ese tiempo, quebradas las vidas de muchos. Hablamos también de 1984. Los primeros boquetes de lo que fue un gran diario ya se perfilaban. El desorden imperaba en el interior de la cooperativa, el asalto al dinero, el asalto a la adulación, el placer por los relajantes que consumen.

(Después del golpe a *Excélsior* fraguado por el presidente Luis Echeverría y ejecutado por Regino Díaz Redondo, el periódico había ido de traspies en traspies. No bastó la protección de los presidentes priistas en línea para salvarlo de la debacle. De José López Portillo a Ernesto Zedillo, pasando por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas, la cooperativa se fue deshaciendo hasta llegar a la orfandad en que hoy vive: sin lectores, sin influencia, sin dinero, sin futuro.)

Me atraía la inteligencia de Manuel, como a tantos. Poseía una original manera de pensar. El mismo nombre del periódico que fundó, *unomásuno*, el lector de uno a uno, o tú y yo, de dos en dos, da cuenta de esa rareza que se encuentra en hombres peculiares. Manuel lo fue. Heredó de su padre un apego desconsiderado por el presente. No el rigor personal.

Sé —lo supimos muchos— que Becerra Acosta y Scherer García se trataron como enemigos y se quisieron como hermanos. Peleaban siempre y se abrazaban. Su coincidencia era la primera plana, al cuidado de Becerra Acosta desde que se hizo cargo de la Subdirección de *Excélsior*. Cada noche se reunían en la Dirección General para revisar las cabezas y los textos fundamentales.

El golpe de Echeverría los apartó sin separarlos. Se maltrataron y a *Dos poderes* siguió *Los presidentes*. Cada uno en su camino, Manuel en un periódico y Julio en una revista, se medían como periodistas, una manera de estar juntos, que juntos y distantes vivieron.

Becerra Acosta entregó a *Proceso* los recuerdos íntimos que antecedieron a su muerte. Contó, y de qué manera, cómo

el guante mierdoso, de mierda, de Gobernación le entregó un millón de dólares. La exigencia fue terminante: cortaba sus raíces con *unomásuno* y abandonaba el país, o las duras consecuencias se harían sentir.

El pago se hizo en dos partidas de quinientos mil dólares. Relata el propio Becerra Acosta:

Pagó directamente la Secretaría de Gobernación. Los dólares me fueron entregados en la biblioteca de mi casa. Dólares en efectivo. El pago se hizo el primer día de marzo del presente año [1989], en la calle de Sacramento. Un antiguo policía de apellido Estrada Ojeda, enviado de Gutiérrez Barrios, llegó con un representante del “comprador” efímero, Ángel Borja, y un portafolios retacado de dinero. Entre todos ellos contaron el dinero. Estrada Ojeda preguntó: “¿Y usted no cuenta?” Le dije que no.

Falleció Manuel en la Cantabria española, en el pueblo de Hinojedo, el viernes 23 de junio de 2000. Poco antes se abrazó en México con Julio en el restaurante La Cava. Tocaron el punto: se merecían una larguísima conversación, que nunca llegó. La vida son minutos.

Me dijo, la barba gris, los ojos cansados, un vago desánimo en la actitud del cuerpo: “Igual que muchos compañeros de entonces [1976], caí en la manipulación de Echeverría. Fui testigo de su intromisión en la cooperativa. Viví como pocos ese tiempo de sucia locura. Siguió en mi vida *unomásuno* y una historia ya contada. Terminé en el exilio voluntario.”

El 18 de marzo de 1970, al término de una ceremonia en el Palacio de Bellas Artes, el presidente Díaz Ordaz y el licen-

ciado Bernardo Ponce conversaron sin trabas. Ese mismo día me precipité a la casa de don Bernardo para conocer el resultado del encuentro. Llegó jubiloso. Díaz Ordaz estaba al tanto del malestar en *Excélsior*. Comprendía y actuaba. Dispuso que sin dilación nos reuniéramos con el secretario de Gobernación.

Echeverría nos dijo que era difícil continuar la lucha, que estábamos desmantelados, que de 1965 a la fecha habíamos perdido fuerza en la cooperativa, si en verdad alguna vez la habíamos tenido. Le dijimos que podríamos hacer expulsar del periódico a un número significativo de trabajadores y rehacernos rápidamente. Diez, se dijo en un principio. Cuarenta, acordamos. A la postre fueron veintidós.

Expuso Echeverría que con decisión e inteligencia en poco tiempo podríamos restablecer la ley y el orden en la casa editorial. ¿Bajo qué condiciones?, le pregunté. ¿Quién se haría cargo de los excluidos, para hablar claro? Gobernación, respondió, los ojos semicerrados, las rendijas del falso misterio. Nos pidió que le hiciéramos llegar los nombres de los trabajadores a los que se pagaría lo que hiciera falta. Nadie saldría perjudicado, expresaba la semisonrisa de sus labios delgados. Provocamos la exclusión de nuestros compañeros, como habíamos acordado. Puestos al tanto de la conversación con Echeverría, agredieron a los dirigentes formales de la cooperativa y se dijeron agredidos, la vieja táctica de la provocación. A través de inserciones pagadas en *El Universal* y en *El Heraldo de México* difundimos los sucesos, en verdad sólo un mensaje a los cooperativistas.

Nuestro asunto marchaba. Reviviríamos *Excélsior libre*, publicación efímera en su origen. En su segunda época resonaría el arma de propaganda. Ya verían los periodistas espurios el poder de nuestra palabra.

Me negué a la claridad, neurótica mi ceguera. Gobernación pagaba y Gobernación nos marcó el alto cuando lo juz-

gó oportuno. La negativa a que reeditáramos nuestra débil arma de propaganda fue terminante. El logotipo pertenecía a los cooperativistas y a sus órganos de gobierno, reales o virtuales.

Aurelio Silva y yo habíamos comprobado en la Dirección General de Registro de Derechos de Autor que el sello del periódico, el logotipo, era insubsistente, esto es, que no tenía propietario. Pero la empresa era tan poderosa y sus autoridades antiguas y presentes tan influyentes, que nadie se había detenido en semejante minucia.

Exigimos a la Dirección de Asuntos Jurídicos de la Secretaría de Educación la licitud correspondiente. La registraríamos y la inscribiríamos en la Dirección General de Correos. Fueron sueños. Fracasamos de nuevo. Gobernación mandaba.

Don Bernardo escribió en uno de los editoriales de *Excélsior libre*:

Algún día ha de relatarse lo que parece una fábula si los hechos escuetos que constan en actas, expediente, actuaciones judiciales y, sobre todo, en la memoria y conciencia de centenares de cooperativistas y más de cien socios que fueron excluidos (renunciados o jubilados) no estuvieran gritando en legítima protesta que todo ha sido realidad: audacia, impudor, mentiras, ambiciones [...].

Si Maquiavelo, en el sentido peyorativo que se le da al antiguo secretario de la señoría de Florencia, lo hubiese planeado, no hubiera salido mejor. Pero todo tiene una explicación en este mundo, muy realista, espieron la muerte de Rodrigo de Llano, y se valieron

del más idiota de los ambiciosos rústicos y torpes, o sea, de García de Honor, gerente general a duras penas.

Los amos y enriquecidos tiemblan porque saben que su caída está próxima, que es inexorable. En pie de lucha, como hasta ahora, amigos y compañeros de la cooperativa.

Mierda y locura, me había dicho Becerra Acosta, y así fue, tiempo sucio, los pies apresados en una argamasa chiclosa. Ni para atrás ni para adelante, sometidos al tiempo del poder, el tiempo inasible, el tiempo de Kafka.

Echeverría anhelaba mandar adonde fuera. No le atraían los escritores, le atraían los escribanos; no quería periodistas, quería gacetilleros. No miraba con nobleza a los hombres y mujeres independientes y se inclinó por los cómplices. Así, detuvo al país en una mala senda.

Conservo los papeles amarillentos de esa época. Siempre supe que algún día serían públicos. Me parecía indebido reservarme una historia de muchos.

Revivo el papeleo y las gestiones que lo acompañaban, el tiempo gastado en las antesalas, los adversarios, los abogados, los funcionarios, la sonrisa a cambio de una palmada, la paciencia que se nutre a cambio de lo que sea.

Desde el punto de vista de la ley nuestra posición era sólida, no así desde la razón ética. Nos habíamos lanzado a una batalla limpia para hacer de *Excelsior* una sociedad equitativa, una cooperativa real. Sin embargo, el tiempo infértil, infectado, todo lo había echado a perder.

Afuera éramos pocos, pero adentro formábamos mayoría. Sería indispensable establecer puentes de comunicación para formar un solo grupo, definitivo. La televisión nos per-

mitiría dominar el silencio y llegar ahí, a la entraña de la cooperativa, a todo Bucareli y a todo Reforma.

Ya era absoluto en la televisión el soldado del PRI, Emilio Azcárraga Milmo, dispuesto en todo momento para servir al mariscal del PRI, el presidente de la República. La jerarquía vertical despedía un tufo fascistoide, la voz del que manda y las vocecillas de los que obedecen.

A través del perfecto secretario hicimos llegar nuestras ideas a Gobernación y pronto obtuvimos resultados. El martes 23 de febrero de 1971 conversamos con el licenciado Miguel Alemán Velasco en su oficina de Telesistema Mexicano. El ambiente fue claro y la reunión provechosa. Filmaríamos un programa de sesenta minutos con Jorge Saldaña, conductor de *Anatomías*, espacio reservado para los grandes temas nacionales. Participarían dos abogados, un contador público, un líder sindical y algunos de nosotros para difundir la realidad de *Excélsior*, “el antro”, como lo llamábamos.

Nuestros compañeros, los leales de “adentro”, instalaron dos aparatos de televisión en el departamento de Rotativas, uno más en Linotipos, otro en la redacción. No hubo resistencia a operación tan sencilla y a la vez tan bien urdida. Se trataba de conducir nuestro Caballo de Troya hasta los cabecillas, pero sobre todo de arrancar el velo a los trabajadores sometidos a las exageraciones de una bonanza endeble. Más allá de los 170,000 ejemplares de venta diaria, de los que 50,000 eran suscripciones, el despilfarro en el periódico dirigido por Scherer García era irracional. *Plural*, la corona de Octavio Paz, apenas vendía; *Revista de Revistas*, la R de R inventada por Vicente Leñero, colocaba la mitad del tiro; *Jueves de Excélsior*, dirigida desde siempre por Manuel Horta, yacía en el remoto pasado; *Ja Ja* y *Lunes de Excélsior* habían sido engendrados artificialmente. Se trataba de hacer llegar las “extras” a los incondicionales.

Releo en mis apuntes: la resonancia del programa *Anatomías* fue enorme. Recibimos muchas llamadas y creo que el objetivo se cumplió. A lo dicho y mostrado en cadena nacional siguieron comentarios en los noticieros televisivos. Pienso que había quedado claro que el conflicto de *Excélsior* no se debía a cuestiones políticas o a un enfrentamiento por la libertad de expresión. El origen había que buscarlo en la ambición de quienes se habían adueñado de la cooperativa. Algunas personas opinaron que el fin de la disputa se veía cercano. De otra manera no habría pasado un programa como el de este domingo.

Jorge Saldaña vive en Veracruz y hace unos días conversé con él. Mi propósito fue claro y explícito: quería que me contara de sus *Anatomías* — fueron dos los programas — dedicadas a *Excélsior*. Aceptó mi proposición. Ya hablaríamos en México, se despidió afectuoso. Pasaron los días. Intermitentes nuestros diálogos, apenas algo más que un saludo. Finalmente, el 4 de marzo me envió el siguiente correo electrónico:

Estimado tocayo:

Muchas veces me he dispuesto a escribir lo que recuerdo y otras tantas desisto. No me lo va a creer, pero son épocas que la memoria se resiste a conservar. Había que seguir caminos predeterminados; no había lugar para la dignidad ni para la opinión personal.

En esa inmensa cueva — inmensa, pero cueva — que era la televisión, reinaba como gigantesco Buda un dios de piedra. La ley que imperaba era sólo su voluntad. Una mirada o un gesto hacía la felicidad o la ruina de miles de vasallos.

Me consuela un poco que no era de los que lo vivían como una bendición, como una distinción divina que daba jerarquía de ser superior. Muchos así lo vivían.

Lo único que me sometía era mi vanidad para salir en las pantallas. Por ello se sacrifica todo, se tolera y acepta lo intolerable. No hay humillación u ofensa que no se olvide o minimice por continuar con el programa.

Por eso me cuesta recordarlo y escribirlo.

¿Le parece que hagamos un ejercicio periodístico y grabemos una charla de la cual se podrá extraer lo que recuerdo?

Saludos afectuosos a D. Julio.

Su amigo

Saldaña

Tuvimos una segunda junta con el licenciado Alemán Velasco, que tanto empeño ponía en todo esto. Nos reunimos con tiempo para tratar de coordinar lo que seguiría. “Estaremos en contacto”, nos ofreció.

No se hicieron esperar las represalias en el interior de la cooperativa. Los seis compañeros que participaron en el programa de televisión fueron citados en la sala de comisiones del llamado Consejo de Vigilancia. Se trataba de Héctor Minués, “El Pollo”, que más bien debiera ser “La Ardilla” por su velocidad para la acción; Guillermo López, subjefe de suscripciones; Alberto Gutiérrez, de Empaque, Ladislao Santoyo de Linotipos, Juan Tenorio y Pedro Salinas, los dos de Intendencia.

De acuerdo todos, resolvimos: se negarían al ajuste de cuentas y en un escrito desconocerían la legalidad de los órganos de la cooperativa.

El destinatario de nuestros comunicados debía quedar en la ambigüedad. Gobernación así lo había dispuesto. Nos dirigíamos, simplemente, a la Superioridad. La Superioridad podía ser el titular, Echeverría, o su segundo, Moya, o alguna otra autoridad. No sabíamos. Tampoco importaba. La certeza de nuestros envíos quedaba bajo la custodia del perfecto secretario. A cambio, podíamos firmar o no nuestros mensajes.

El primero de marzo de 1971 nos dirigimos a la Superioridad con estas palabras:

La moral de todos los partidarios ha subido enormemente dentro y fuera de la cooperativa con la ofensiva por T.V. *Excélsior* se ha convertido otra vez en un campo de concentración. Nuestros adversarios pierden los estribos y viven en continuo cabildeo. Es un deber informarle a la Superioridad que también hay impaciencia del lado de nuestros partidarios por lo prolongado de la lucha y porque estiman que hay elementos más que suficientes en la Secretaría de Industria y Comercio, que difiere la convocatoria para una asamblea de cooperativistas que dirima de una vez por todas nuestras diferencias. Este breve informe lleva, fundamentalmente, la expresión de nuestra profunda gratitud por la extraordinaria ayuda recibida.

En esta batalla algunos de nosotros sentíamos que el fracaso mancharía nuestro honor, difícil de recuperar la dignidad lejana.

El 8 de marzo suscribimos otro apremio a la Superioridad:

“Dentro de la cooperativa sigue funcionando un tribunal de inquisición contra otros compañeros partidarios de la causa de la legalidad. Se trata de Adolfo Ortega, Orlando Urru-

tía y Salvador Carreño, quienes se han sostenido en lo que dijeron por T.V. con el riesgo inminente de que los suspendan. Es también el caso de Oscar Guzmán, compañero jubilado.”

Todo estaba listo para tender el cerco a nuestros enemigos. Nada ocurría, sin embargo. Otra vez el tiempo sin tiempo. Bastaría el fallo del juez en nuestro favor para que terminara el litigio emprendido en 1965, año de nuestra expulsión. ¿Por qué no se aceptaba, si el derecho nos asistía? Habíamos demostrado la ilegalidad de las asambleas a partir del 6 de febrero de 1965, celebradas con la complicidad del gerente general y Jesús García de Honor. También había quedado clara la alteración al libro de actas, “Libro 17”, que daba cuenta del trabajo de los órganos de la cooperativa. No aceptábamos la llamada soberanía de la asamblea, el voto vivo de los trabajadores, como afirmaba la contraparte. Tampoco admitíamos que se valiera de subterfugios para sostener el argumento viciado de la voluntad libremente expresada. Nuestros adversarios querían el libro en sus manos para emprender peritajes que les hicieran ganar tiempo. Ignoraban que nosotros tampoco teníamos el libro, que alguien lo había ocultado. Estábamos ciertos de su contenido. Algunos de nosotros lo habíamos visto.

Más aún, el 26 de agosto de 1965, el secretario de Industria y Comercio, Octaviano Campos Salas, se dirigía a la Procuraduría General de la República en estos términos:

Parece que el acta del consejo de administración de *Excelsior*, Cía. Editorial S.C.L., de octubre de 1965, se encuentra alterada al final de la página 21 y frente al principio del reverso de la misma, precisamente en la parte que se asegura que el consejo de administración tomó el acuerdo de convocar a asamblea para el día 29 de diciembre de 1965 para solicitar la expulsión de los socios.

Como quizá se esté en presencia de un hecho delictuoso, solicito a usted que se sirva realizar la averiguación correspondiente, en forma estrictamente confidencial, ya que se trata de un órgano periodístico.

El gobierno absorbía a la sociedad y existía para sí mismo. Era el novio y la novia, narcisismo real y metafórico. Primero el régimen, luego el régimen, siempre el régimen, en gozosa contemplación de sí mismo. Desde 1965, Industria y Comercio sospechaba de la ilegalidad en *Excélsior* y nada hizo entonces para saber de qué se trataba. Dejó dormir la bien fundada presunción del delito. No tenía caso emprender un litigio desagradable y ruidoso si en el banquillo estaba el primer periódico del país.

Pero el diario había dado algunos pasos a favor de la independencia, malestar de toda autocracia. Era un buen momento para recurrir a una de las armas de la política sucia: el amedrentamiento.

Frente a estos datos y estas armas, me irritaba la pasividad de nuestros aliados cooperativistas. Seguramente a algunos de mis compañeros les ocurría igual, pero de eso no hablábamos. En silencio nos habíamos prohibido la mínima fractura entre nosotros.

No se me ocultaba que el periódico avanzaba en el ánimo de la gente, que la publicidad se mantenía en alto y en calidad profesional, que superaba ampliamente a la competencia. Me fastidiaban los escritores eminentes e independientes de *Excélsior*, los reportajes que eran hallazgos, la pulcritud y vigor de la primera plana que armaba Becerra Acosta. Me irritaba que Abel Quezada fuera superior a Rafael Freyre, de los nuestros. A mi pesar admiraba a Daniel Cosío Villegas, que se burlaba del presidente Echeverría con su demagógico "arriba y adelante". Alguna vez oí decir a un conocido que, cuando pensaba en su enemigo, lo oía respirar. Así me ocurría con *Excélsior*.

La intervención del maestro Salvador M. Elías en el programa de Jorge Saldaña había sido notable. Fue puntal de *Anatomías*. Su voz salida de muy adentro y su corpulencia lo hacían crecer en la pantalla. Fue de él la frase que aludió a Reforma y Bucareli como una “sociedad anónima prostituida”. Fui a verlo. Platicamos serenos esas dos horas en que estuvimos juntos. “Abra los ojos” me dijo, “los están usando, Jorge. El gobierno los deja volar y luego les corta las alas.” Me habló de la leyenda de Sísifo, que cuenta cómo a punto de llegar a la montaña con la piedra que conduce, ésta se viene abajo. Y otra vez a empezar. Y otra y otra vez. “El duro trabajo de vivir”, como decía don Alejandro Gómez Arias.

A través de Aurelio Silva, Enrique Borrego convocó a una primera junta. Sería en el Hotel Francis, a una cuadra de *Excelsior*. Empezamos bien. Pelearíamos con los argumentos de la ley. Afirmábamos que teníamos el Libro 17 en nuestras manos, y con él la prueba de los datos falsos que asentaba, así como alteraciones que no podían pasar inadvertidas para un ojo atento. Se trataba, decíamos, de agravios sustantivos al derecho. Más allá de las formas, exigiríamos la nulidad de la asamblea del 29 de diciembre, y a partir de ella, de todas las subsecuentes.

El coronel José García Valseca, dueño de la cadena que llevaba su nombre, observaba complacido el golpe que preparábamos contra sus rivales, hasta entonces invencibles, para su soberbia. Me habilitó como reportero de la fuente de finanzas, al fundar un vespertino en la ciudad de México. Fue el mío un trabajo ingrato. Poco sabía de la búsqueda de noticias y de la elaboración de reportajes. No importaba. Pregonaba que en una lucha como la nuestra, el rigor y el escrúpulo debían presidir nuestras decisiones.

Me bastaba saberme personalmente honrado, sin dinero ajeno. No me pasaba por la cabeza o no quería aceptar que el gobierno, de palabra hipócrita, manchaba lo que tocaba. Y que con sus dádivas a todos salpicaba.

Fueron cinco años en el penumbroso laberinto de los tribunales. Todo costaba o dinero o la sonrisa torpe al personaje intermedio que abría puertas y concertaba citas. Nuestros enemigos batallaban con igual denuedo. Ahí estaban las firmas de los asistentes a la asamblea, ahí las discusiones libres, ahí las votaciones abrumadoras. Exigían, además, el Libro 17 y la corroboración de nuestros cargos a través de peritos insospechables. El tiempo que ellos ganaban, nosotros lo perdíamos. Entre tanto, *Excélsior* crecía. Se notaba.

[Habla Scherer]

—La historia me la contaste tú, Julio.

—Así fue —respondo a Jorge en uno de nuestros encuentros, tan vivo el pasado como el presente

Le dije, en efecto: El juego del poder pasa por la rueda de la fortuna, ahora abajo, mañana arriba; pasa también por el cuento de la zanahoria, que no hay carrera vana. El juego del poder es el juego de los dioses.

Supe que Angélica Arenal, la mujer de Siqueiros, no desmayaba, en juego su vehemencia para abrir a su marido las puertas de hierro de Lecumberri. No tenía más proyecto en la vida. En Los Pinos la recibía Humberto Romero, secretario particular del presidente Adolfo López Mateos. Ella argumentaba, protestaba, amenazaba. Romero le pedía paciencia:

—Las cosas marchan bien. Ya pronto, Angélica.

—¿Cuándo?

—Pronto, no es asunto fácil.

—¿Cuándo?

—Tú sabes de la admiración del presidente por tu marido.

Pasaba el tiempo, páramo, tierra amarga. Angélica sentía en su sangre oscura las vueltas en círculo de su impaciencia y lanzaba un artículo furibundo en la revista *Siempre!* No tardaba el telefonema del licenciado Romero:

—Las cosas iban bien, Angélica.

Así nosotros. Era abrumador el peso de los escritos y largo el tiempo de las audiencias, el ir y venir de cargos y descargos,

marea alta, marea baja. Nos dirigíamos a Octaviano Campos Salas, secretario de Industria y Comercio, y también a su director de Fomento Cooperativo, Jorge Montúfar, bajito, disminuido aún más frente a su jefe.

Campos Salas hacía sentir su vaga fama de izquierdoso. Sonreía cuando se tocaba el tema, asentía discreto. Lo ayudaba su prestigio de hombre honrado en los pesos y hasta en los dólares. Su asepsia frente al dinero, no se correspondía con el comportamiento público. Actuaba en zigzag, tortuoso.

[Habla Velasco]

El 18 de marzo de 1970 tuvo lugar la sucinta conversación entre el presidente Díaz Ordaz y el licenciado Bernardo Ponce, en el Palacio de Bellas Artes. Ese día, festejo en *Excélsior* por su aniversario, nos llegó la buena nueva, a modo para nuestra fiesta. Y a tiempo. Aún nos sobraba energía.

Las instrucciones de Díaz Ordaz a Echeverría para que interviniera en el conflicto eran una clara señal de que el gobierno alentaba la posición de la legalidad. Veíamos cercana la expulsión de los usurpadores del periódico y también saldrían los escritores y reporteros irrespetuosos con la investidura, bien superior de una patria en orden.

Mario Moya sería nuestro interlocutor y a él me dirigí por escrito el 24 de junio de 1970. Lo traté con el celo que se debe a un jefe reconocido. A sus decisiones seguiría nuestro acatamiento. Era evidente que nuestra fuerza había pasado de los cooperativistas al gobierno. Esta fue la carta, bajo el encabezado "Conflicto *Excélsior*":

1.- Hoy a las catorce tuve en mi poder el oficio de Industria y Comercio, cuya copia fotostática tengo el gusto de acompañarle, reiterándole mi gratitud. Por ahora la conservo dentro de la mayor discreción, en tanto no apruebe usted lo que paso a exponerle: con el oficio de la SIC dirigirme a la Procuraduría solicitando copias certificadas de las actas relativas del Libro 17 del Consejo de Administración de *Excélsior*,

para que tengan que contestar que hay alteraciones en esas actas; claro que si contestan que hay falsificación comprobada del dictamen que dejó establecido el perito Quiroz Cuarón, pues miel sobre hojuelas. No presentaré el escrito a la Procuraduría solicitando las copias certificadas hasta que usted tenga la bondad de avisarme al respecto con un telefonema: "Hágalo usted".

2.- No escapan a usted, por supuesto, las consecuencias positivas para la causa legal de la Cooperativa, que puede traer la respuesta de la Procuraduría. Este oficio de la SIC es una carta de triunfo, porque de la contestación del Procurador se comprobará la ilegalidad de la llamada asamblea del 29 de diciembre de 1965 en que se excluyeron a Ponce y demás compañeros. El efecto será doble: de inmediato, en lo administrativo, acelerará la convocatoria para la asamblea extraordinaria. Las demás repercusiones con los socios de adentro y con la opinión pública, ya usted las supone de sobra. La atención en la SIC fue inmediata al telefonema de usted. Mil gracias por todo.

La Dirección General de Fomento Cooperativo de la Secretaría de Industria y Comercio hizo llegar a nuestras manos un oficio valioso. En él se da respuesta a la consulta que hicieron los compañeros Luis Rojas, Ricardo Chávez y demás firmantes. Los términos de Fomento Cooperativo son los siguientes:

Informo a ustedes que esta Secretaría no tiene conocimiento legal de dicha convocatoria [la del 29 de diciembre de 1965], y que, de acuerdo con lo resuelto en nuestro oficio del 28 de julio de 1969, la Cooperativa Excélsior, Cía. Editorial, S.C.L. se encuentra en situa-

ción irregular y la convocatoria a la asamblea de referencia no tiene validez alguna.

Ese documento lleva la firma del Licenciado Jorge F. Montúfar Sánchez, Director General de Fomento Cooperativo de la SIC.

25 de enero de 1971

1.- Hoy a medio día estuve con el Procurador licenciado Sánchez Vargas, para entregarle personalmente el oficio del Juez Décimo de lo Civil por medio del cual le solicita copias certificadas de “toda la averiguación” hecha en el asunto de las alteraciones al Libro 17 de Actas del Consejo de Administración de *Excélsior*. Le expliqué la importancia que tiene para nosotros la averiguación y el dictamen emitido por el perito de la Procuraduría, doctor Quiroz Cuarón. El libro, junto con el dictamen, es prueba suficiente en el juicio ordinario mercantil para que se tenga como inexistente o nula la asamblea del 29 de diciembre de 1965, en la que dizque nos “excluyeron”. En ese punto, el juez puede, sin necesidad de otra constancia, concluir que no fuimos “excluidos” legalmente.

2.- Le expliqué también al Procurador Sánchez Vargas que el asunto penal es otro aspecto en esta cuestión del Libro. Muy importante, desde luego, se podría —si así lo estima conveniente la Superioridad—, utilizar el Libro y el dictamen de la Procuraduría como prueba en el juicio ordinario mercantil y en lo administrativo, o sea, en la SIC. No por ello dejamos de creer que cuando se estime oportuno deberá usarse la alteración del Libro como un arma decisiva y contundente contra los usurpadores de *Excélsior*. Pero lo dejamos al criterio de la Superioridad y conforme a las instrucciones que nos den al respecto.

3.- El Procurador Sánchez Vargas nos dijo que tendría que consultar y entendimos que precisamente con usted, antes de enviar las copias certificadas que le solicita el Juez Décimo. En ese punto del Libro está la victoria en este largo conflicto. Perdona la Superioridad que volvamos a subrayarlo.

2 de marzo de 1971

[...] Con la copia certificada de la sentencia, acudiremos, con un escrito a la SIC pidiendo que convoque a la asamblea general conforme al artículo 83 de la Ley. Todo esto sujeto a que la superioridad lo apruebe y dé luz verde.

Empezó una época atroz. Recibíamos saludos afectuosos de la Superioridad y correspondíamos con cálidos mensajes. Ausentes las personas, nulo el trato directo, las palabras eran aire. O sea, nada de allá para acá ni de acá para allá.

Continuaba la lucha en los tribunales, aguerrida y pantanosa. Un litigio engendra otro y el nuevo pleito da pie a uno más. Ocurre como en los pleitos matrimoniales o las discusiones entre sofistas que, una vez iniciados, no tienen fin. Manteníamos un buen ánimo, pero algunos de nuestros compañeros expresaban desasosiego. Era ya largo el tiempo en lo mismo. Nuestra casa era nuestra, pero distante. Otros la habitaban.

Empeñado en el seguimiento del conflicto, anoté:

Conflicto *Excélsior*

Abril 27 de 1971

Seguimos cumpliendo con nuestro deber de informar. Hoy un grupo de compañeros en trabajo activo, a los

que presionaron para que se “retractasen”, dirigieron la carta que adjuntamos a la Superioridad. La repar-tieron hoy en día y lo mismo se hará en el turno de la noche. Es casi seguro que serán “suspendidos indefinidamente” y el problema se agudizará todavía más. En un volante que le adjuntamos, el más reciente, puede advertirse el número de todos los echados a la calle [llegábamos a cuarenta].

Entre los papeles a la Superioridad me encuentro con la memoria de aquella época. No duelen las heridas que se ven de lejos. Es otro de los signos del poder, la indiferencia hacia los que no importan, los de nombre y apellido sin peso en la gobernabilidad. Transcribo:

1.- No habíamos querido molestar a la Superioridad, pero las circunstancias nuevamente nos impelen a pedir su intervención. Hace dos semanas que los compañeros “suspendidos” no reciben sus percepciones. Volvemos a intuir que inafortunadamente es gente que vive al día, cuando no endeudada. Y que si esta lucha se ha mantenido débese en gran parte a la ayuda económica que se les ha venido dando a los que fueron forzados a salir por los episodios de la lucha que esa Superioridad conoce perfectamente. Hoy hubo acentuada inquietud, incertidumbre y desaliento por parte de los cuarenta compañeros, a quienes se les dijo en su oportunidad que muy pronto serían repuestos en sus trabajos y que en el ínterin se les pagarían sus emolumentos. Algunos ya nos están reclamando de modo impertinente, pero reconocemos que les asiste la razón.

2.- Rogamos a esa Superioridad que intervenga para que se les paguen esas dos semanas que se les deben y que, si está en el ánimo de la misma el que

continuemos en esta lucha en la misma forma, que no se les abandone en lo económico; en caso contrario suplicamos que se nos diga cuánto tiempo más podrán contar los compañeros con el auxilio económico, para que puedan ir buscando otros trabajos y que no se llamen engañados y abandonados sin más ni más en un momento dado.

Me gustan los papeles viejos, la textura de las hojas secas:

Como no escapa a la Superioridad, otra semana sin pago la mayoría de los compañeros no está en condiciones de aguantarla. Ya hay ciertos brotes de violencia, como el habido en la cantina “La Mundial”, en que hubo golpes e injurias entre tirios y troyanos. No es posible, de nuestra parte, el evitar que sucedan estas cosas cuando a algunos de nosotros se nos injuria soezmente por teléfono y en forma anónima.

3.- Por Raúl B. Lomelí me enteré, a pregunta mía, que ha cambiado el mecanismo de la provisión del dinero para la “raya” y demás gastos de oficina. Que ahora se le manda a usted del banco una relación de gastos, y a su vez, se envía un cheque a dicho banco que hace el depósito en un tercero para que se efectúen los pagos. De mi parte qué bueno que tenga usted el control de esa ayuda; pero el mecanismo es un poco complejo y cualquier entorpecimiento puede dar lugar a lo que ahora está sucediendo con este retardo. Rogamos a usted, del modo más encarecido, que intervenga para solucionar este problema del retraso en el pago a los compañeros.

Así pasó el tiempo, los meses, un año: los informes virtuales a la Superioridad y los amparos, apelaciones y chicanas con peso y volumen en los tribunales.

Díaz Ordaz vivía el ocaso de su sexenio, Echeverría viajaba por la república como candidato y Moya Palencia despachaba a sus anchas en la Secretaría de Gobernación. El licenciado José Castillo Lavín, juez décimo de lo civil, tenía a su cargo nuestro asunto. Moya le había recomendado que lo siguiera con interés, sin precisión mayor. Don Bernardo y yo lo visitábamos, invariable en su conducta: próximo y distante.

Hijo de José Castillo Larrañaga, en una época director de la Facultad de Derecho, el juez de lo civil era riguroso en su cátedra, puntual, justo a la hora de las calificaciones de fin de curso. Yo tenía por cierto que nunca tomaría la iniciativa para emprender un camino sesgado en el ejercicio del derecho. Era una garantía, pero no la suficiente. Pertenecía a la máquina del poder.

Volví alguna vez, solo. Le dije, poseído, que ya eran muchos los años de forcejeo en los tribunales, que la esperanza encuentra su límite en la desesperación, que me urgía tener la sentencia en la mano, acariciar el documento, llevarlo a nuestros compañeros, en crisis varios de ellos. Respondió como esperaba: nuestra causa se ajustaba a derecho y así lo había hecho saber.

Aturdido por emociones que no esperaba, creo que momentáneamente feliz, fui por don Bernardo y juntos nos trasladamos a Gobernación. Nuestro ánimo ardoroso se deshizo en el hielo. Moya se mostró rígido, cortante. Desde sus alturas tuvo sólo unas palabras para nosotros. Y al final, la sonrisa del buen hombre. Sentíamos que los dioses nos abandonaban.

Por esos días se nos dio la noticia de una victoria pírrica, sol frío: habíamos ganado un litigio y se nos reconocía el derecho para publicar *Excélsior Libre*.

En tiempo ralo imprimíamos 200 ejemplares, todos para los trabajadores de la cooperativa. Cuando el río cargaba agua, elevábamos el tiro a mil. Nuestro mercado se enriquecía con los familiares de los trabajadores, los miembros del gabinete, los políticos, los empresarios, amigos, simpatizantes.

A los talleres que imprimían *Excélsior Libre* los llamábamos genéricamente “Talleres Nómadas”. Era un juego amargo entre nosotros. Nómadas éramos nosotros, a la hora de buscar de aquí para allá un local modesto que fuera rápido y eficiente.

El 17 de marzo de 1972 enviamos un telegrama urgente a Luis Echeverría, donde se le pedía ordenara que Industria y Comercio “convoque conforme al artículo 83 de la Ley, asamblea general para que socios de cooperativa la encausemos nuevamente dentro de la legalidad y restablézcanse libertad, justicia y garantías constitucionales ahora violadas por usurpadores de *Excélsior*.”

Además, se le informaba que

en momento que usted ordene, exhibiremos firmas originales de cientos de peticionarios convocatoria asamblea general [...]. Al presidente de la República, al revolucionario, del modo más atento le pedimos intervenga para terminar situación injusta mancha y perjudica movimiento cooperativo mexicano. Conforme Ley y doctrina cooperativa seguimos solicitando asamblea libre donde voluntad socios sea respetada. Usted mismo, señor presidente, dijo dentro empresas periodísticas debe haber libertad para quienes en ellas trabajan. En *Excélsior* estamos en campo de concentración digno de los mejores días del fachismo. Usted

es la luz única que nos queda en esta ignominia indigna del México que usted preside. Aguardamos su anhelada intervención, reiterándole respeto y consideración más atenta.

Pasó un tiempo breve y eterno. Don Bernardo y yo sentíamos esa fatiga que no es de los músculos.

A las 18 horas del 2 de julio de 1972, Moya nos invitaba con un ademán para que nos sentáramos en los sillones de piel oscura que añadían su matiz a una oficina concebida para el orden y el mando. Yo quedé frente a un cuadro de Benito Juárez, de Jorge Leguizamo. Me atrajo el Benemérito, con la raya del lado derecho de su cabello negrísimo.

Don Bernardo cumplió el rito, dio las gracias por la audiencia concedida y entró en materia como si llevara prisa. Echeverría, en los hechos, les había concedido todo a los usurpadores. “Repítase el procedimiento”, había dicho en el Tribunal Superior de Justicia; “La justicia de la Unión ampara y protege”, había sentado la ejecutoria a los colegiados; Industria y Comercio había autorizado nuevos libros de actas para las asambleas y consejos de la cooperativa en quiebra legal. “Todo para ellos”, escuché a don Bernardo, ya alterado. Y en seguida: “Deseamos saber las reglas del juego. Yo he invertido en esta lucha mis últimos siete años útiles y Jorge, unido a un importante grupo de cooperativistas, ha visto cómo lo despojan de su patrimonio y, más aún, le quiebran su fe en las leyes. Deseamos saber cuáles son las reglas de este juego para aceptarlo o rechazarlo. Hablo sólo por los dos.”

Moya lo miró segundos largos, luego se detuvo en mí y sin decir palabra se incorporó del alto sillón de su escritorio y desapareció. Hablaba por teléfono. La red, los hilos del poder.

Regresó. Sonreía.

—Don Bernardo, Jorge, les tengo un mensaje del señor presidente.

—Viene —dijo don Bernardo.

—El señor presidente les pide, don Bernardo, Jorge, que su mensaje lo hagan extensivo a todos sus compañeros.

—Viene —repitió don Bernardo.

—Que tengan confianza.

Casi indiferente, don Bernardo interrumpió el ritmo del diálogo, una cierta cadencia que se había instalado entre nosotros.

—Don Mario, le ruego me permita hacer una llamada al señor presidente, aquí mismo.

—Imposible, don Bernardo. El uso de la red impone reglas severas.

—Le ruego, entonces, que le pida al señor presidente que nos reciba. No le quitaremos más de un minuto. Que en este momento vamos para allá.

—No me es posible, don Bernardo. Se trata del señor presidente. Yo le puedo transmitir el mensaje que usted quiera.

—Se trata de un mensaje muy personal.

—No importa.

—Entonces, ya que usted insiste, dígame que vaya y chingue a su madre.

Me estremecí.

[Habla Scherer]

El año de 1973 circuló *El Excélsior de Scherer*, libro de 158 páginas. El escritor es virtual, Efrén Aguirre, nombre y apellido sin firma. No hay editorial responsable, ni registro legal, ni derechos de autor. El libro es la nada y, simultáneamente, un vasto mundo, obra etérea y pedregosa para atraer el escándalo sobre personas que más valiera se hubieran disuelto en el anonimato.

Yo aparezco como un sujeto cenagoso, menesteroso de la ayuda del embajador de la Unión Soviética, traidor a las causas nobles, adicto a todas las drogas y miserias. Al terminar una lectura que me era obligada, pensé que el autor habría deseado lijarme la piel y luego descargar agua de letrina sobre mi cuerpo.

El Excélsior... no fue libro único en su estilo. Al año siguiente de su aparición, un señor Leoncio Ibarra dedicó 140 páginas a don Daniel Cosío Villegas, cáustico crítico del gobierno, y vio también la luz *El Móndrigo*, autobiografía anónima que da cuenta del 2 de octubre y las torcidas razones del movimiento de huelga. También apareció *Qué poca Mad... era*, despunte de la guerrilla en la remota estación ferroviaria y cuartel del ejército en Chihuahua.

Transcribo acerca de la obra que me alude:

Ofreceremos la personalidad psicopática [de JSG] como un platillo para psiquiatras, biólogos y genetistas, con sus fuerzas psíquicas y fisiológicas que han hecho

posible que siendo un insignificante ayer, ahora haya podido destrozar una entidad tan vigorosa, como *Excélsior*, el Periódico de la Vida Nacional.

En cada viaje al extranjero, Julio consulta con especialistas de renombre y aquí sólo le ha faltado ponerse en manos de los yerberos. Hemos sabido que algunos de los profesores que lo examinaron en Alemania, han expresado su insatisfacción con términos como inferioridad psicopática o personalidad psicopática y también con términos anticuados como una insania moral.

Desgraciadamente para Julio, su mal avanza. Es irreversible.

No encuentro mi psicopatía galopante, pero sí el delirio ajeno. Detalla la obra los objetivos que perseguía en *Excélsior*: Movilizar al pueblo humilde en contra del gobierno; abatir la inversión de Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Alemania, Francia y países europeos no socialistas; nacionalizar la Banca; expropiar las empresas comerciales nacionales y las que formen parte de consorcios extranjeros; dar muerte a la sociedad de consumo; confiscar las propiedades rurales en manos de extranjeros; anular los certificados de inafectabilidad agraria y ganadera; abrir las cárceles a los presos políticos; amnistiar a los guerrilleros rurales y urbanos; sustituir el Servicio Militar por la Guardia Nacional y esto por tres poderosos motivos: La Guardia Nacional es el pueblo en armas; la Guardia Nacional incluye a jóvenes y adultos; la Guardia Nacional es una estructura de la democracia popular. Por último, a manera de colofón: Disolver los cuerpos de policía y del ejército para sustituirlos por milicias populares.

Sigue el libro, página 14:

Desde hace años Julio Scherer García es cliente habitual de la clínica psiquiátrica del doctor Ramón de la

Fuente, situada en la Avenida de los Insurgentes Sur, número 1748, despacho 503, de la capital de la república. En ese lugar estudian éstos sus complejos que le hacen brotar desde el fondo de su subconsciencia, algo que quieren ser dientes de guadaña y lengua de sicofanta [impostor, calumniador]. En los anaqueles de la clínica, el doctor De la Fuente guarda celosamente el legajo de la personalidad psicopática de Julio, en la cual se aprecia la carroña encerrada en los meandros de su cerebro y entre los tegumentos de su corazón.

Sabemos que su estado actual es de peligro, al grado que si se le sometiera a una operación quirúrgica, de esas parecidas a la autopsia, se hallaría una hipertrofia de sus glándulas suprarrenales, cuya excesiva producción de adrenalina causa en su cerebro y en su hipotálamo, los efectos de una desorbitada megalomanía.

Le pedí al doctor Juan Ramón de la Fuente, psiquiatra como su padre, que le diera a conocer las líneas que a él conciernen. “Es un texto lamentable”, dijo. “Sí, doctor, por eso le pido que hable con el viejo profesor.”

Días después me vi con el rector: “Me contó mi padre que usted lo entrevistó varias veces en su condición de periodista y él respondió en su calidad de hombre de ciencia. Me dijo que desde entonces se estiman, convencido de que también los unen las discrepancias. Le hirió la calumnia a los dos, a usted y a él. No hay golpe artero sin dolor.”

“Hablemos usted y yo de la calumnia, doctor.”

Conversamos:

El asesino mata, muchas veces arrebatado por una vorágine que no puede dominar. Al calumniador no hay remolino que lo extravíe, perdida así sea momentáneamente la

noción del tiempo y el espacio. El calumniador medita, une circunstancias y en el momento oportuno inculca el veneno. El calumniador agazapado mira de lejos la destrucción que causa. Es débil orgánico, psicológico.

El libro ofende sin contención alguna, vendaval maligno. No se reserva calificativos para Octavio Paz, director de *Plural*, ni para Vicente Leñero, director de *Revista de Revistas*, ni para el gerente general, Hero Rodríguez Toro, ni para Manuel Becerra Acosta, subdirector, ni para Enrique Maza, editorialista de la página selecta, la seis, ni para Eduardo Deschamps, la honradez profesional a prueba de todo.

Hay espacio sobrado para Sergio Méndez Arceo, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Ricardo Garibay, Alejandro Avilés, Gastón García Cantú, Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Ibar-güengoitia, Emilio Carballido, Miguel Manzur, Ramón de Er-tze Garamendi, y todo aquel que fuera bien recibido en Reforma 18.

Sobre Octavio Paz, Aguirre, el escritor virtual, opinó: "Octavio tenía sus motivos para hacerse comunista por resentimiento: sirvió de rey de burlas a varios vivos que le sacaron dinero a cambio de gacetillas proponiéndolo candidato al Premio Nobel de Literatura. Como es mitómano, se creyó, pero la Academia respondió a la demanda con una sonora trompetilla. Lo cesaron como embajador y aún hoy truena contra los gringos. Da conferencias y cátedras que cobra, claro, en dólares."

Lanzado a la mitad del sexenio de Luis Echeverría, *El Excél-sior de Scherer*, la obra que se oculta a sí misma, invisible el

escritor, invisible el editor, opta por el blanco y negro: desprecio por “la pandilla” de Reforma 18 y oráculo del presidente de la República, impoluto, hombre al paso rítmico de la historia. Dice el libro que los pandilleros “son los más cobardes entre todos los envenenadores, porque están seguros de su impunidad. Atacan, calumnian, y zahieren a los funcionarios sin respetar jerarquías, sabedores de que Echeverría ni nadie de su administración levantará un dedo en su contra”.

El epílogo del libro ameritaría un acta notarial: “Este es el momento oportuno de iniciar el boicot a *Excélsior*. Ni un anuncio. Ni una suscripción. Ni una declaración. Ni una noticia. Ni un centavo.”

Don Daniel Cosío Villegas conoció a los presidentes de los últimos sexenios, y al mismo presidente panista, sin haberlo mirado o cruzado palabra con él, lo miró hondo y descifró sus circunstancias.

A don Daniel lo conocí en el edificio Guardiola, entre la avenida Juárez y la calle Madero. Trabajaba en una oficina de techos altos y muebles como templos, hechos para desafiar el tiempo, rotundos, enormes. Yo había leído su ensayo “La crisis de México”, publicado en *Cuadernos Americanos* el 26 de noviembre de 1946. Asociaba la revista-libro, mensual, con el semanario *Marcha*, fundado y dirigido por don Carlos Quijano.

Quijano vio de frente el fascismo a los veinte años, en su cuna, Italia. Temprano supo de la barbarie. Uruguayo, defendió al Cono Sur contra los militares asesinos que hicieron de la región su cuartel y su burdel. Uno a uno fue llorando a sus amores, la tortura previa al fin. Decía a los 86 años, exiliado en México, el luto hasta los cabellos blancos: “Yo no

daría la vida por Fidel, pero la entregaría completa por la Revolución Cubana.”

En su ensayo profético, don Daniel analiza el derrumbe de la Revolución Mexicana, incomprensible para los políticos pequeños. Se ocupa también de la mediocridad y corrupción imperantes, del desencuentro histórico de Acción Nacional con el México de adentro, de la flacura de la izquierda, del país que se nos va yendo. Toda la admiración de Cosío fue para José Vasconcelos. Escribió:

La educación, que no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino en la forma única que en México puede entenderse: como una misión religiosa, apostólica, que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se levanta de su letargo, se yergue y camina. Entonces sí que hubo un ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como dar de beber al sediento o de comer al hambriento.

Pero algo nos ha pasado, que hasta Vasconcelos se perdió. Escribió también Cosío Villegas, dolido el corazón:

Se desterró del país, para fracasar, primero, como profesor universitario; para encerrarse largos años en Francia, en España, en Argentina, sin leer, sin estudiar, sin ver cosas, sin tratar de conocer a nadie, enceguecido y obstinado, todo en un sacrificio estéril que ni él ni el país podían aprovechar. Y ahí está, símbolo de las aspiraciones educativas de la Revolución: achacoso, desorbitado, arbitrario, inconsistente, convertido al

capitalismo, tardía y vergonzosamente, para perder el respeto de los liberales y no ganar el de los católicos.

Dijo Don Daniel hace 57 años:

Todos los revolucionarios fueron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer: Madero destruyó el porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva agricultura mexicana. A los hombres de la Revolución puede juzgárseles ya con certeza, afirmando que fueron magníficos destructores, pero que nada de lo que crearon para substituir ha resultado indiscutiblemente mejor. No se quiere decir, por supuesto, que la Revolución no haya creado *nada*, absolutamente nada: durante ella han nacido instituciones, una importante red de carreteras, obras de riego impresionantes, millares de escuelas y buen número de servicios públicos; pero ninguna de esas cosas, a despecho de su importancia, ha logrado transformar tangiblemente al país, haciéndolo más feliz. Así, la obra de la Revolución siempre ha quedado en la postura más vulnerable, expuesta a las furias de sus enemigos.

Sobre Acción Nacional, grabó su pluma:

Me parece claro que Acción Nacional cuenta con dos fuentes únicas de sustentación: la iglesia católica y el desprestigio de los regímenes revolucionarios; pero la medida de la escasa fuerza final que tendría la da el hecho de que se alimenta mucho más de la segunda fuente que de la primera, a pesar de la tradicional generosidad de la iglesia católica para amamantar a

todo partido retrógrado. Esto quiere decir que Acción Nacional se desplomaría al hacerse gobierno. ¿Tendría, llegado ese momento, algo más para vivir por sí misma y guiar al país? No cuenta ahora ni con principios ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros. En sus ya largos años de vida, su escasa e intermitente actividad se ha gastado en una labor de denuncia, pero poco o nada ha dicho acerca de cómo organizaría las instituciones del país. México puede y debe tener, en suma, una fundamental desconfianza hacia un partido que no haya sabido forjar en el ayuno de la oposición un programa claro.

Lleva el bisturí hasta un cuerpo grave:

Es indudable que las izquierdas tendrían que purificarse o morir. La organización obrera perdería, es verdad, su sustento y su mentor, pero se haría independiente; tendría que fortalecerse apretando sus filas, expulsando a los líderes venales, creando fondos de resistencia, conservando su fuerza para hacer uso de ella sólo en las causas justas e importantes y todos los obreros percibirían entonces, con la amarga experiencia cotidiana que sus intereses son singulares, exclusiva o casi exclusivamente. No serían los obreros los únicos que debieran limpiarse y fortalecerse; también los campesinos, si bien cuentan con menores medios para hacerlo. Entre ellos hay también líderes deshonestos, también una sumisión al gobierno que linda con la vieja servidumbre de que esperaron liberarse; asimismo, mucho de la psicología de quien recibe sin merecer y sin esforzarse.

Es la conclusión de don Daniel, llanto silencioso:

Parece indudable que, si la situación actual de México ha de juzgarse con cierta severidad, la conclusión no puede ser otra: el país está en una crisis política y moral de grave trascendencia, y si no se la reconoce y admite, y si no se hace el mejor de los esfuerzos para remediarla, México caminará a la deriva, perdiendo un tiempo que un país tan atrasado en su evolución no puede perder; o se hundirá, para no rehacerse quizás con una personalidad propia. Quiere decirse que si México no se asienta pronta y firmemente, puede no tener otro camino que confiar su porvenir a Estados Unidos.

Reacio a los periódicos hasta el menosprecio, don Daniel me recibió con la expresión de quien se pregunta: ¿y éste qué hace aquí?

Desde el principio del encuentro me llamaron la atención sus ojos saltones, entre verdes y azules. Poco me significaron la pesantez de su cuerpo y los hombros ostensiblemente caídos. Su personalidad cuajaba en el rostro, de esos que llamamos inteligentes sin saber bien por qué.

A nombre de don Manuel Becerra Acosta le transmití su visión del diario: un gran mural de la realidad mexicana, prodigiosa y sangrante. Los discursos cansaban al país y los políticos aburrían a la nación entera. Le dije también a don Daniel que en Reforma 18 nos sentiríamos honrados si aceptaba escribir semanalmente para el periódico. Tendría el mejor lugar en la página 6, tres columnas bajo la caricatura, a la derecha del editorial.

Me preguntó si en verdad conocía su trayectoria, crítica por naturaleza, escéptica por definición. Sus palabras alcanzaron el humor negro: era tal el entreguismo de la prensa al gobierno, que bien merecía figurar como el cuarto sector del PRI, después, claro, del obrero, el campesino y el popular.

La conversación fue haciéndose personal. Llegado el momento le dije que sabía de mí lo suficiente para mostrarme como un hombre con el carácter a prueba para ejercer el periodismo sin las ataduras sutiles de todos los días. Añadí una convicción de siempre: no existe la libertad del solitario. La libertad es de algunos, o de muchos, o es caricatura, desairada ficción. Le dije también que me atraía su independencia y su modo de vivir. Más aún, que si fracasábamos en el intento dejara suelta su pluma hiriente.

Nos vimos una segunda vez, ya no en el Guardiola. Fue en el Ambassadeurs. Ahí me anunció su incorporación al periódico, no sin advertir que sus artículos rondarían las mil palabras, dos o tres más, dos o tres menos, a veces las mil exactas, y no toleraría la supresión de una coma, así estuviera mal puesta. Además, las cabezas de los textos serían suyas, negada la intervención de quien fuera, del director para abajo o para arriba. El “para arriba” dejaba en claro su desconfianza al poder que censura y mancilla. Habló al final de “una tarea efímera que emprendería con gusto”.

Pasados unos meses, llegó a mi casa una invitación para que Susana y yo comiéramos en la suya, en Tlacopac. La impresión de la tarjeta que nos convocaba, respondía al humor cálido de quien sería nuestro frecuente anfitrión: “Daniel Cosío Villegas y Ema Salinas de Cosío Villegas, invitan a don Julio Scherer García, director de *Excélsior* y a doña Susana Ibarra de Scherer, directora del director de *Excélsior*...”

A la una y media de la tarde, en punto, invitó el primer huisqui. “Porque nos lo hemos ganado”, brindó. A las dos y media, otra vez en punto, doña Ema anunció que pasaríamos a la mesa. Don Daniel padecía hipoglucemia y se sometía a reglas precisas para evitar que el mal le gruñera adentro.

Un sábado, siempre los sábados, el presidente Echeverría dilataba su presencia. Era el invitado, como suele decirse. Pero no para don Daniel ni para doña Ema. “Esta es mi casa —dijo don Daniel—. ¡Al carajo!”

Observábamos en *Excélsior* cómo los dioses del Olimpo priista descendían a la tierra. Bajo el calor del sol y al aire libre se resquebrajaba el maquillaje de su carisma. Desterrábamos la adulación, la rodilla en tierra.

Enterado Díaz Ordaz del cáncer que avanzaba por el cuerpo del licenciado Adolfo Christlieb Ibarrola, presidente de Acción Nacional y colaborador de *Excélsior* de 1965 a 1969, decidió visitarlo en su domicilio.

A discreta distancia de los miembros del Estado Mayor que lo custodiaban, don Gustavo descendió de su automóvil y oprimió el timbre del número 78 de la calle Frontera, en San Ángel. Esperó el tiempo que se aguarda en estas circunstancias.

—Dígame, señor —le dijo la muchacha de la casa.

—¿Está el señor licenciado Christlieb Ibarrola?

—Sí, señor —y silencio.

—Avísele que su amigo, el presidente Díaz Ordaz, desea saludarlo.

—Sí, señor.

La muchacha tardó con la respuesta el tiempo que se consume en esas circunstancias. Volvió a la puerta sin agitación ni prisa, recorrió el cerrojo y señaló al presidente de la

República el camino que conducía a la sala de la familia. Llegó a la sala, sin séquito ni caravanas a su paso.

Ahí conversaban doña Hilda y don Adolfo. Nada extraordinario había ocurrido para el matrimonio. Fue un día con una nota peculiar, sólo eso.

Desde su primera entrega —16 de agosto de 1968—, los artículos de don Daniel harían historia. Desechada la solemnidad, llegaron a describir al presidente Echeverría como a un lenguaraz y a Mario Moya Palencia, el aspirante número uno de la sucesión, como a un hombre sin el brillo inimitable de la cultura. A Díaz Ordaz lo inmovilizó en la historia con una frase, a propósito de Tlatelolco: “el gobierno caerá en un descrédito que nada ni nadie lavará jamás”.

Hizo la autopsia de la libertad de prensa el 29 de junio de 1969, días después de que el gobierno y los medios se congratularan de vivir en paz, atentos a la patria. Escribió: “No se ha dado ni puede darse una prensa libre junto a un parlamento servil; tampoco cuando el cine, la radio y la televisión son esclavos oficiales, o están excesivamente comercializados. No puede darse donde la autoridad tiene un poder incontrastable, sea legítimo o arbitrario. Imposible que florezca donde el ciudadano se siente inseguro, ya porque desconoce sus derechos, ya porque el temor le impide reclamarlos. No puede brotar si el gobernante es insensible al pulso de la opinión pública y si ésta carece de canales abiertos para manifestarse sin esfuerzo ni riesgo, es decir, natural y diariamente.”

“Arriba y adelante”, el fervoroso lema de campaña de Echeverría, provocaba a don Daniel: “Pero de dónde partimos y adónde vamos es lo único que no dice don Luis. ‘Arriba y adelante’, tan vacío como las nubes en que avanza su nave imaginaria.”

Aún temprano en el sexenio que siguió con pasión detectivesca, Cosío Villegas percibió dos características del personaje de la banda: su locuacidad y su mesianismo, al grado de que pretendió el liderazgo mundial, la Secretaría General de las Naciones Unidas. Quedó asentado en *El estilo personal de gobernar*: “No sólo se tiene la impresión de que hablar es para Echeverría una verdadera necesidad fisiológica, sino de que está convencido de que dice cada vez cosas nuevas, en realidad verdaderas revelaciones. Es más: llega uno a imaginarlo desfallecido cuando se encuentra solo, y vivo, aun exaltado en cuanto tiene por delante un auditorio. Y si éste es restringido por el número o la homogeneidad de sus componentes, pide que lo escuche otro más amplio, de hecho la Nación y aun el mundo entero.”

Reseña:

Desde antes de tomar posesión, tenía pensado dar un decreto para crear la Comisión Nacional de las Zonas Áridas, y cuando lo tiene listo se traslada a Cuatro Ciénegas y desde la Casa de Carranza declara que le pareció importante “subrayar ante la faz de la Nación” el cuidado que debía darse a estas zonas.

Una vez lo visitan algunos médicos jóvenes, residentes e internos de los hospitales oficiales, y desde luego les pide que transmitan su mensaje “a todos los médicos del país”.

De viaje alguna vez, inaugura una escuela en Armería, poblado modesto de Colima, y declara: “Esto lo digo aquí, en este rincón de México, en una escuela secundaria ejidal, pero es igualmente válido para todas las universidades y para todos los institutos técnicos.”

Horas más tarde, la Universidad de Colima le ofrece un auditorio un poco más amplio, pero apetece otro

mayor: "Quisiera que mis palabras llegaran a los más lejanos y humildes hogares de campesinos, a las familias de los pescadores y a los obreros todos."

Insatisfecho, reclama un auditorio aún más nutrido: "Desde aquí quisiéramos que nos escucharan todos los estudiantes de provincia, que nuestras palabras llegaran a todas las universidades y a todos los tecnológicos. Yo se los digo a ustedes: desde aquí me refiero a toda la juventud de México."

Nunca vio don Daniel ni alto ni grande a Mario Moya Palencia, cuyas zancadas quería hacer sentir sobre las alfombras de Palacio:

Como escritor, desconcierta. Insiste en poner una coma entre el sujeto y el verbo, falta que los profesores de secundaria consideran bastante para vigilar estrechamente a sus estudiantes de gramática. Desatiende el sabio consejo alfonsino de leer en voz alta lo que escribe, pues a veces el oído descubre lo que la mano y el ojo dejan pasar. De ahí que en sólo dieciséis renglones le broten a don Mario once palabras terminadas en "ón": revolución, institución, constitución, construcción, integración, elección, legislación, opinión, representación, nación, etc.

Por otro lado, don Mario resulta un fecundo creador de palabras nuevas (operabilidad, operancia, acendramiento, equitatividad, etc.) y a muchas conocidas les da un sentido nuevo, que es otro modo de enriquecer la lengua. Habla de "conminar" la convocatoria a un congreso constituyente; de un acto de justicia sociológica; de que los partidos minoritarios se "coagulen" mejor, etc.

En una de tantas correrías, don Luis aludió a don Daniel y a los de su oficio con ruidosas balas de salva: Dijo el 15 de septiembre de 1973, aniversario que es como un nacimiento: “Cuando se habla de la inteligencia mexicana, que no se piense en quienes frente a una maquinilla de escribir y por ganarse un salario, formulan sin reflexión cualquier crítica, que se traduce en realidad en denuesto. Eso es un mal uso de las libertades públicas.”

Reviró don Daniel: “Del buen o mal uso de la libertad de expresión sólo puede juzgar la autoridad judicial, con tanta mayor razón cuando ellas [las palabras del presidente] hablan de denuesto, que en buen romance quiere decir injuriar o infamar gravemente a una persona, acciones éstas que son un delito.”

No le bastó el párrafo al escritor y de lleno hizo mofa del presidente. En líneas paralelas situó al crítico solitario y al gregario jacarandoso; al opulento que usa pluma de ganso y al pobre de una simple Olivetti; al que hace circular escritos sin interés y al que trabaja para “cobrar algo”.

A la mitad del sexenio de Luis Echeverría —1974— apareció *Danny, el sobrino del Tío Sam. Biopsia de un cínico*. El libro fue a las manos de los lectores —los que hayan sido— sin el registro ante la ley, ni los derechos de autor, ni el sello de alguna casa editorial. No hay noticia cierta del autor, Leoncio Ibarra. Si Ibarra vivió, vivió escondido. En la página 28, el libro pirata asesta a Cosío Villegas un primer golpe abajo del cinturón:

“Cuando presentó el examen profesional con *Teoría del Derecho*, pasó de panzazo. Yo le decía que era el único abogado que no estudió derecho, y lo decía porque siempre lo hizo jorobado.”

Las calificaciones sobre Don Daniel caen como goterones de lluvia ácida: canallita, Danielito, lodo, ignorante, vividor, vanidoso, bodrio (sangre de cerdo para la moronga), sablista, guajolote. Una foto lo muestra en abierta juventud, la cara larga, sin bigote entonces. Indica el pie de grabado: "Daniel Cosío Villegas en los años veintes, cuando enamoraba jovencitas. Era mantenido de Eustolia, la cocinera del alcalde. No pagaba la cuenta de los hoteles y, además, hasta las cobijas se llevaba."

Leoncio Ibarra se ocupa de las desdichas del amor, de Chuy, una cigarrera limpia y hermosa, como se estila en esos menesteres. Anota lloroso: "Aquel final fue horrible, desastroso, que nadie podía esperar. ¿No fue ella, la Chuy, siempre buena y dócil, sumisa con él? ¿Le fue gravosa, si nunca consintió un obsequio? ¿No había llegado ella hasta el extremo de meterle un par de tostoncillos en la bolsa, sin que él lo notara, teniendo que inventar luego mil historias para justificar ante su mamá la merma del jornal?"

Personaje de la historia que cuenta, Ibarra ofreció a la muchacha que averiguaría las razones o impulsos que apartaron a Cosío de la enamorada fiel. Directo lo interpeló y terminante fue la respuesta que escuchó con asombro:

—Hombre, Lencho, comprenderás que para terminar unas relaciones no iba a escribir una novela.

—Pero la Chuy ha sufrido mucho.

—La dulce y romántica Chuy no me conducía a ningún fin práctico y lo que no conduce a algún fin práctico debe suprimirse. Además, yo necesitaba recobrar mi libertad, porque otro amor ha hecho presa en mi corazón.

—Eso es monstruoso, Danny.

Por ahí va la otra historia, la de Eustolia, "Pistola", le decían también "Pistolita", seguramente por menuda y agraciada.

Eustolia fue sorprendida cuando saqueaba el refrigerador de sus patrones, el alcalde, nada menos y su señora. En un segundo se vio en la calle.

Comenta Ibarra: “Danny ya vestía bien y no iba en ayunas al trabajo. Para qué la quería, para qué quería a Pistolita. Un pretexto cualquiera, unos celos fingidos y adiós, Pistola, que te vaya bien.”

El título del libro, *Danny...* tiene su historia, que así cuenta el brumoso autor:

Cosío se da maña para inventar y crear entidades que reciban subsidios del Tío Sam. Tan sólo para el sostenimiento del Colegio de México, recibe un dineral que pone en duda la postura al parecer izquierdista de ese organismo. No hablo de memoria. Tomando al azar los presupuestos —el de 1968— en su Anexo 1 aparece en el renglón de ingresos la Fundación Ford con una aportación de \$1,547,860.00. La Fundación Rockefeller, en 1967 dio al Colegio de México, por conducto de Cosío Villegas, nada menos que \$650,000.00 y \$318,340.00 en el 69. De otras empresas imperialistas confesó haber recibido ese 1968, para el Colegio de México, \$227,500.00. A la lista se agregan la Guggenheim, la ITT y la United Fruit, aquella que mantuvo sojuzgados durante mucho tiempo a los pueblos todos de Centroamérica.

Por ello se dice que si Sam es el tío, Daniel Cosío es el sobrino... ¡y cómo le encanta que le llamen Danny!

En otro capítulo se alude a *Tiempos modernos*, la película eterna de Chaplin, para explicar cómo nació la *Historia de México* de Cosío Villegas: obrero de una fábrica inmensa, Chaplin, como todos los trabajadores, desempeñaba sólo una tarea de la mañana a la noche. Apretaba tuercas, miles y

miles, y en su enajenación confundió las roscas de plástico del vestido de una señora con las tuercas de fierro que le permitían un salario. Y apretó los plásticos, una y otra vez, escandalizada la señora hasta el grito y las lágrimas. Son largos los párrafos que siguen:

Con gran audacia Cosío Villegas montó la fábrica de historia. Convenció con su labia y quién sabe qué promesas, a varios magnates yanquis de que él era "el historiador non de México y América", y que había que ayudarlo a construir, a montar al estilo de Henry Ford. Cuando del otro lado llegaron las aportaciones en dólares y los gobiernos de México le completaron la nómina, luego de guardar en su cuenta personal lo más rico de las tajadas, contrató a un grupo de técnicos en distintas ramas, algo así como en la Ford ocupan tornilleros, apretadores, ensambladores, etc., y los puso en la tarea.

Unos fueron a los archivos oficiales a hurgar sobre nuestro reciente pasado; otros, a los privados; quienes más, quedaron adscritos a las hemerotecas, a los archivos de los periódicos y muchos a localizar entre cachivaches de Tepito, Lagunilla y puestos de viejo en la barriada de El Carmen, todos los libros, periódicos y revistas añosas que contuvieran datos aprovechables. Sus operarios de confianza se fueron a las bibliotecas y colecciones de Estados Unidos y de Europa, en busca de lo mismo.

Todo se hacía al mismo tiempo por aquel enjambre de artesanos diligentes que seguían un plan fabril organizado por un experto en producción industrial y por otro que era ducho en achaques de historiografía. Daniel se reservó dos derechos: aparecer como único autor de la obra sin haberse ensombrecido las manos

y las pestañas con el polvo del pasado que se acumula en los viejos legajos y en estantería ruinosa de los archivos y emplear su tiempo libre en sorprender más incautos para extraerles de sus bolsillos o de sus cuentas bancarias más dinero.

Excélsior aparece varias veces en el volumen de 140 páginas. En una de ellas, de esta contundente manera: “Cosío se hace muy valiente escribiendo en una empresa editorial como *Excélsior*, situación que lo hace invulnerable.”

Pero al lado del antihéroe, Danny, surge majestuosa la figura del héroe, Luis Echeverría, presidente de México. Bajo su gobierno nada podría ocurrirle a los críticos tan amargos como Cosío Villegas, sin que importara la violencia de los tóxicos que inoculan.

Escribe Leoncio Ibarra: “Ahora Daniel se ha hecho fama de crítico impoluto e incorrupto de los regímenes, porque semanalmente escribe algunas críticas contra los gobiernos, seguro él que no le tocarán un pelo, porque en México ahora más que nunca hay libertad de expresión, diría yo, libertinaje de prensa y expresión. ¡Así me las den todas!”

Alienta en Leoncio Ibarra el vuelo de la interpretación histórica en aras de la grandeza de Echeverría. Lázaro Cárdenas murió el 19 de octubre de 1970 y un mes un día después, el 20 de noviembre, Cuauhtémoc Cárdenas leyó el último mensaje de su padre, en la Plaza de la República. Especula Ibarra:

El gobierno del presidente Díaz Ordaz estaba por concluir. Se abría un sexenio, renacía la esperanza. El discurso del general abarcaba “todos los grandes problemas nacionales” y la desaprobación, a más de la hondura,

trasluce un lastimero desencanto de la situación del país, de la conducta de los gobernantes y de los extraños al gobierno que han puesto su granote de arena para empujar a la nación por un rumbo torcido. Es más: señala peligros que él juzga reales y próximos de no rectificarse pronto semejante camino. Y ha de tenerse en cuenta que iba a ser él en persona, Mi General, quien plantado en una plaza pública se enfrentaría con su discurso al mundo político oficial y privado.

[...] Entonces ¿por qué Mi General había elegido el 20 de noviembre para lanzar su do de pecho dolorido? Hay un motivo obvio e indudable: sabiendo que su fin no estaba muy lejano, no tendría muchas ocasiones para hablar, como efectivamente ocurrió. Pero mucho más por considerar que en unos días más concluía un gobierno que para él había llegado a cristalizar errores pasados, y se abría uno nuevo, del que podía y debía aguardarse una vuelta hacia el buen camino. Así, si bien Mi General no pensó originalmente en un testamento, su muerte lo convirtió en tal; pero me parece cierto que desde el comienzo pensó en don Luis Echeverría como su principal oidor y quien se convirtió involuntariamente en albacea, no de su última voluntad, de la persona de Cárdenas, sino de la voluntad de la Revolución Mexicana.

“El Múndrigo” terminó en la fosa común, participó en la primera línea del movimiento del 2 de octubre y murió en la grisura del anonimato. Su apodo dio nombre a un libro presentado como “la bitácora del Consejo Nacional de Huelga”. La narración parte del 26 de julio en la Ciudadela y concluye en Tlatelolco, en punto de las seis de la tarde, la hora de la masacre.

“El Móndrigo” cuenta la historia en una máquina de escribir y ya al final, unido a sus compañeros en un departamento del edificio Chihuahua, recurre a la letra manuscrita. Explica la insólita editorial que lanzó el libro, Alba Roja, que el cadáver fue hallado en el tercer piso, cerca de las escaleras. Hasta allí había llegado “El Móndrigo” en busca de la calle y de su vida. No acusaba golpes. Su cara dormía.

En letra de Alba Roja:

Al registrarlo en busca de identificación, le hallaron bajo la cintura y fuertemente sujeta con el cintillo, un pequeño portafolio mal cerrado que contenía un legajo manchado con sangre fresca, tres billetes de mil pesos, uno de quinientos y ochenta y siete pesos más en billetes menores. El legajo, que guardaron los vecinos, resultó ser el *diario íntimo* en que anotaba meticulosa y ampliamente los sucesos más salientes del Movimiento Estudiantil, del que debió ser uno de sus líderes.

Una sola vez en el transcurso de sus memorias usa para sí el mote de “Móndrigo” y hay la coincidencia de que dos que vieron su cuerpo exánime tirado en el pasillo del Chihuahua, exclamaron:

—Es “El Móndrigo”.

Miembro del Consejo de Huelga, conocedor de sus secretos, relator acucioso decidido a mirarlo y escucharlo todo, estudiante comprometido del primero al último día en el movimiento de diez semanas, hombre sin amores, sin amigos, sobrado de ideales socialistas y rabia contra Díaz Ordaz, pasó a la posteridad con un mote que ni el diccionario registra. Personaje sin persona, esqueleto sin huesos, no hubo quien tomara una fotografía del “Móndrigo” o dejara una anotación sobre su existencia velada.

Precisa Alba Roja: “Por la trascendencia y lo sensacional de sus revelaciones, no hemos vacilado en publicarla en el presente libro, en la inteligencia de que si sus deudos reclamaran lo que les corresponde, esta editorial no vacilará en pagar lo que la ley manda.”

La obra no deja lugar a dudas: fue el Consejo Nacional de Huelga el responsable de la matanza. Escribe “El Mórdri-go”, le escriben, lo inventan, usan su índice abstracto para señalar hombres concretos:

Hemos tenido una plenaria del Consejo y votamos de acuerdo con la *línea dura* lanzarnos de plano a la rebelión. Las Olimpiadas hay que impedir las al precio que sea. Un acto espectacular derrumbará los planes del gobierno y los olímpicos se irán con su música a otra parte.

Presidió la plenaria Hugo Brodziack. Desde ese momento supimos que la *línea dura* era mayoría. Estuvimos encerrados en la ESIME desde las siete de la noche y vimos el amanecer.

Sócrates Campos, Rufino Perdomo, Sóstenes Tordecillas, Roberto Escudero, Fernando Carmona, Florencio López Osuna [el extraño suicida 35 años después], Sabino Flores, Oscar Levín, Rafael Cordera, Humberto Musacchio, Rubén Salazar Alavés, José Luis González de Alba, Hugo Araujo y Raúl Álvarez presentaron una moción a fin de que el combate definitivo se librara en la Plaza de las Tres Culturas. Ahí, precisamente, porque los granaderos y el Ejército impedirán que salgamos a rescatar las escuelas del Casco de Santo Tomás.

En la proposición conjunta de Sócrates, Rufino y demás firmantes, se establece que el mitin del día dos deberá concluir en hecatombe, pues en ello estará

nuestra victoria. Habrá que insistir en que vayan madres con niños. Mientras más caigan, mayor será la furia e indignación nacional y mundial. Entonces estallará un paro de actividades en fábricas, comercios, oficinas públicas y transportes, cosa que aprovecharán nuestros amigos en el Ejército —compañeros de viaje— para desconocer a sus comandantes y tomar la dirección de las batallas.

Cierra el *diario íntimo* con la orden suicida de Raúl Álvarez Garín: “La señal será con una luz de bengala, atrás de la iglesia.”

Carlos Monsiváis va y viene en *El Móndrigo*. Una de tantas escenas principia así:

Hugo platica con Monsiváis:

—Fumar marihuana está de moda y cuando algo está de moda, nada ni nadie puede hacer algo en contra suya. Ahora bien ¿quién es el que ha escapado de probar alguna vez los maravillosos polvos de cocaína, la misteriosa pipa de opio oriental, la pildorilla dulzaina de hatchich hindú, el LSD, los hongos alucinantes, o aspirar aunque sea un algodón impregnado de éter?

Monsiváis terció:

—En cuanto a inyectarse la morfina..., eso de la aguja es grave... las puertas que abren de par en par la entrada de los paraísos artificiales son la Voluptuosidad, el Dolor y el Desencanto. Las tres prometen prolongaciones y supersensibilidades por medio de la droga verde, la droga negra y la droga blanca.

Frente a *El Móndrigo*, el rector Javier Barros Sierra tomó una actitud decidida. La ofensa a la Universidad, a sus estudiantes y maestros, a la sociedad toda, no era tolerable. A través del licenciado Virgilio Domínguez, abogado general de la UNAM y ex director de la Facultad de Jurisprudencia, dejó abierto el juicio penal contra el autor o los autores del infundio. Consideró Barros Sierra que, en el futuro, *El Móndrigo* podría cobrar relevancia para el esclarecimiento del crimen insensato.

Virgilio Domínguez cumplió las instrucciones y visitó al procurador de la República, licenciado Julio Sánchez Vargas. Contaría Domínguez que *El Móndrigo* estaba ahí, en el centro del escritorio de Sánchez Vargas. Abogado de la nación, habló lento y engolado de su fidelidad a la Universidad y elogió al presidente de la República. Nadie como él en la tragedia vivida. Sánchez Vargas elevó la voz: el rector vivía un momento de confusión que ya pasaría. La UNAM, como la nación, saldría fortalecida por el patriotismo del presidente de la República y la solidez de las instituciones.

Octavio Paz también figura en las páginas promovidas desde la niebla. Dice el autor sin identidad: "Un luchador está obligado a penetrar en el fondo de toda cuestión para conocer las fallas de la burguesía. Por eso acepté una reiterada y cordialísima invitación de José Luis Cuevas, de Monsiváis, del maestro Trejo Fuentes, para ir a Morelos, a un ranchito de Octavio Paz que podíamos usar en su ausencia. Para las sesiones de la goma magnífica ocupamos la biblioteca 'rural' de Octavio [...], la gotita de opio huele a carne de mujer que se derrite de amor y se revuelca de deleite."

En octubre de 1993, *Proceso* dedicó su portada a los ochenta años de Octavio Paz. Aún no era Nobel y su prestigio ya era de Nobel. El galardón se ajustaría a su cuerpo.

Yo le llevé una veintena de preguntas. Octavio las leyó y me dijo que haría de todas unas cuantas y respondería por escrito. Protesté sin avanzar un centímetro. “Tú quieres saber lo que pienso y siento. Te lo voy a decir.”

Recuerdo la pregunta 17, que me atraía como ninguna otra:

—¿Cómo miran tu muerte tus ojos de poeta?

—Ésa no.

—¿Por qué, Octavio?

—A Mari Jo no le gusta que hable de la muerte.

Héctor Tajonar fue el entrevistador de Octavio por la televisión. Presumo que todo lo ha visto y sabido acerca de su maestro. Le pregunté por las referencias a la muerte en la poesía de Octavio.

“Encontré algo que espero te sea útil”, me anunció poco después. “Seguiré buscando en su prosa, aunque en ella no recuerdo una referencia explícita.”

Al contacto con la lectura, la muerte que Octavio describe se disuelve en agua limpia. Nada que temer llegado el último minuto. “Epitafio para un poeta”, “Crepúsculo de la ciudad”, “Elegía interrumpida”, “Entre la piedra y la flor”, “Pasado en claro”, “Hermandad”. “Hermandad” era el cierre obligado en las apariciones de Octavio por televisión:

Soy hombre, duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritor
y en ese mismo instante
alguien me deletrea.

Días después, el 28 de mayo del 2002, recibí una segunda tarjeta de Héctor: “Ya encontré otra joyita de Octavio. Te la envío.” “Deprecación”, se llama:

No he sido Don Quijote,
 no deshice ningún entuerto
 (aunque a veces
 me han apedreado los galeotes)
 pero quiero,
 como él, morir con los ojos abiertos.
 Morir
 sabiendo que morir es regresar
 adonde no sabemos
 adonde,
 sin esperanza, lo esperamos.
 Morir
 reconciliado con los tres tiempos
 y las cinco direcciones,
 el alma
 —o lo que así llamamos—
 vuelta una transparencia.

“El Móndrigo” fue real e inexistente, carroña virtual.

La madrugada del 24 de septiembre de 1965 fue asaltado el cuartel de Ciudad Madera, en el extremo helado del estado de Chihuahua. Conmocionó al país la noticia del brote subversivo. Fueron veintiuno los muertos, trece guerrilleros y ocho soldados.

Hubo sobrevivientes. Uno fue Prudencio Godines Jr., autor de *¡Qué poca Mad... era de José Santos Valdés!* El libro circuló sin derechos de autor, sin registro ante la ley, sin editorial, suelto como el azar. Relata Godines:

Veintisiete años de mi vida los pasé en ese manicomio increíble que se llama comunismo internacional. Muy niño entré y ahora que peino canas en mi rala cabellera, pienso que viví en la penumbra odiosa de la locura. Supe de los horrendos campos de concentración, las purgas, el trabajo forzado, la miseria, la degradación, la esclavitud, la persecución a las ideas religiosas, el martirologio de los sacerdotes. Supe también de los hambrientos obligados a decir que comían bien; de los harapientos a decir que tenían buena ropa; de los hacinados en pocilgas presionados para decir que habitaban en el confort.

[...] Dos hechos macizos y tercos vinieron a crucificar mi postrer esperanza y a nihilizar los vestigios de mi fe. Uno fue el ataque al cuartel de Ciudad Madera y el otro el escandaloso fracaso sin remedio de Fidel Castro en Cuba. Todo lo vi, todo lo observé, todo lo estudié a la luz de mis conocimientos marxistas y todo lo constaté porque en lo que fue la Perla de las Antillas pasé mi convalecencia y rehabilitación a causa de las heridas que sufrí en Madera.

[...] Arribé a México en junio de 1965 y no tuve ocasión de andar solo ni un momento. Mis compañeros eran Víctor Rico Galán (un español fatuo, llena la cabeza de imbecilidades y fanfarrón) y el ingeniero Manuel Marcué Pardiñas. Me retacaron la mente de versiones pavorosas de la situación de esclavitud que prevalecía en México.

La primera junta fue en casa de Rico Galán. Asistieron, que yo recuerde: Ramón Danzós Palomino, Marcué Pardiñas, José Santos Valdés, el doctor Estrada Villa, J. Dolores López, Arnoldo Verdugo y Alonso Aguilar.

Víctor acababa de regresar de La Habana, contó: “Se me caía la cara de vergüenza cuando el camarada

Raúl Castro hacía mofa de nuestra hombría y de nuestra capacidad combativa. Llegó a decirnos que se verían en la imperiosa necesidad de enviar comandos cubanos para que nos dieran lecciones. Yo rogué que no nos sometieran a tanta humillación, y por eso nos enviaron a un asesor mexicano, que es el camarada Prudencio Godines, aquí presente.”

Dos semanas después tuvo lugar una nueva reunión. En ella prevaleció la opinión de José Santos Valdés, el “camarada Jueves”, para iniciar la guerra de guerrillas en Chihuahua. El comando estaba listo. Maestros rurales daban golpes en la sierra y tenían preparación militar. Narra Godines:

Yo estuve en Madera aquella madrugada. Mi cuerpo está perforado en varios sitios. Moribundo me rescataron tres camaradas, también heridos aunque no tanto como yo.

Arturo Gámiz, que venía acribillado por las balas de los mosquetones, que chorreaba sangre por todos lados, de pie miró a Madera: ni en el postrer segundo vio que nos mandasen algún auxilio. De ahí su exclamación, ronca, siniestra: “Nos engañaron miserablemente. ¡Qué poca madre la de Santos Valdés!”

Se derrumbó sin vida. Me cayó encima. Sentí que me rompió una pierna al golpearla con su cabeza inerte.

Ya no vi más. Mis oídos continuaron escuchando: qué poca madre la de Santos Valdés... qué poca mad...

Enrostra Godines a Santos Valdés la palabra sin atenuantes: traidor. Dice que así como Fidel Castro llevó a la muerte a sus seguidores en el asalto al cuartel Moncada para sembrar el escándalo, hacerse notar, crear el desasosiego en Cuba y alertar sobre la revolución que vendría, así Santos Valdés usó del engaño para valerse de guerrilleros inexpertos, con-

ducirlos al sacrificio, calificar al gobierno como de asesino y esparcir las voces de violencia por el país.

No fueron 40 los soldados a que habrían de enfrentarse los rebeldes, sino 125; no llegaron a sus manos las M1 y M2 prometidas y se vieron obligados a combatir con meros rifles; el ferrocarril de la estación prendió su fanal como un sol en el momento preciso y dejó al descubierto a los insurrectos. La victoria era imposible. La muerte estaba ahí.

En *Qué poca Mad...*, publicado en 1968, Godines escribe acerca del país y del presidente:

Del gobierno central de México se hablaba bien en términos generales, sin que acusaran de dictador y opresor al licenciado Gustavo Díaz Ordaz, ni a su antecesor, ni al otro ni al otro. Había conformidad con el gobierno y con sus sistemas; es más, pude observar que la preocupación del gobierno federal era beneficiar a la población siguiendo el cartabón que trazó la Revolución de Madero, de Villa y de Zapata.

Escuelas en todos los pueblos, siempre en la mejor casita; caminos, tiendas de víveres más baratos que en el comercio libre, presas y otras obras. Pero, sobre todo, yo veía regocijo en las miradas y en los labios de la gente del pueblo.

[...] Es tanta la libertad y es tan grande la generosidad de sus altos mandatarios [de México], que pude advertir casos como los de los normalistas rurales. De allí salieron mis compañeros a la trágica aventura de Ciudad Madera que, al inicio del gobierno de Díaz Ordaz, lo habían recibido con una prolongada huelga, y no sólo no los molestó ni aplastó, sino que los

colmó de bienes. La repitieron dos años más tarde y los beneficios que les otorgó son tantos, que superó sus más audaces demandas.

José Santos Valdés, afirma Godines, enfrentado al licenciado Díaz Ordaz y partidario hasta del magnicidio que lo aniquilaría, recibió un trato suave de su enemigo mortal. "No sólo no molesta al presidente el conjurado magnicida, sino que le dice que esté tranquilo y lo deja en su trabajo, mejorándolo de condición."

Regino Díaz Redondo, el traidor, cómplice de presidentes, apareció en la televisión la noche del golpe a *Excélsior*, el 8 de julio de 1976. Fue entrevistado por Ricardo Rocha en el espacio cumbre de "24 Horas".

—Señor —preguntó Rocha—, ¿ahora qué es lo que procede?

—Trabajar por el bien de *Excélsior* —respondió Díaz Redondo—, que es lo que estamos haciendo. Nuestro periódico saldrá normalmente mañana y mantendremos nuestro criterio de... de... de... de... ¿cómo le diré yo? Independencia que nos permita criticar con un sentido humano, criticar con una actitud elegante, con miras al servicio del país.

A Luis Echeverría siguieron José López Portillo, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo y Vicente Fox, del híbrido "Azul", revueltos el PAN y "Los Amigos". Los priistas, salvo Zedillo, se empeñaron en hacer de Díaz Redondo un periodista ejemplar. No pudieron. No había materia prima. Fox se desentendió del asunto y de un minuto a otro Díaz Redondo pasó a mejor vida.

De 1976 a 1994, el director de *Excélsior* se vio colmado de oportunidades. Viajó el mundo respaldado por nuestras

embajadas e hizo de sus encuentros con personajes un culto a su ímpetu reporteril. En Reforma 18 todo estaba en orden, resguardada la casa. López Portillo dio por bueno el atraco al diario y De la Madrid franqueó Palacio al periodista. Le concedió entrevistas prolongadas, falsamente históricas, tiempo para la basura. Salinas de Gortari insinuó a Vicente Leñero: “Trascendamos *Proceso* sin Julio Scherer”, obvia y estimulante la sombra de Díaz Redondo. Poco sabía del calado de la lealtad y nada de Leñero.

En una de las giras presidenciales a ultramar, Díaz Redondo extravió su portafolio, repleto de dólares y algunos documentos personales. El veliz fue encontrado por Juan Sánchez Navarro y Enrique Hernández Pons. El suceso, consignado en *Proceso*, despertó la ira del olvidadizo periodista. Amenazante llamó al empresario. Quiso comprobar la veracidad de la fuente de información. La comprobó. “¿Usted dijo?” “Sí, yo dije.” “Aténgase a las consecuencias.” “Haga lo que quiera.” Y nada quiso, convicto de que el desliz había trascendido.

A Zedillo, a posteriori, fuera del diario, Díaz Redondo lo señala como el hombre que inició la debacle en *Excélsior*. Dice en su libro *La gran mentira* que “a raíz de que las cooperativas quedaron fuera del régimen de entidad social para ser incorporadas a las sociedades de responsabilidad limitada”, todo cambió.

Escribe: “Desde ese año [1996] teníamos que pagar como si fuésemos negocios de lucro y no instituciones de beneficio social, como antes. Este fue el gran golpe que se llevó *Excélsior*.”

En su momento y circunstancias, el presidente Fox se abrió a la libertad de expresión de manera *sui generis*. Los medios impresos podrían difundir lo que les viniera en gana, que poco significaban frente a la televisión. Para la pantalla fue el dinero del erario. Confrontado con la imagen, poco

importaba el ruido de los pequeños. A una campesina la felicitó porque no leía periódicos. La mujer era analfabeta. En ese instante de ceguera atroz, Fox se dio gusto haciendo a un lado el valor supremo de la letra impresa, que no es otro que la valoración de las pasiones recónditas y el develamiento del misterio que es vivir y morir; el extremo inverosímil entre el arte y la barbarie; la cultura como equilibrio del pragmatismo brutal; la dicha y el infierno aquí mismo, cotidianos, las razones de la sinrazón.

No entendí a Fox, menos aún al Presidente de la República.

En los días electorales de julio del 2003 y frente al descalabro panista en las urnas, Fox afirmó que no había cometido errores. "Ninguno", repuso a uno de tantos cuestionamientos periodísticos. La imaginación tiene límites; me sería imposible construir una expresión con mayor carga antidemocrática.

El horizonte se desvanece, se aleja.

**SEÑOR PRESIDENTE,
¿A USTED NO LE DA VERGÜENZA
SU GRANDEZA?**

(LA PRENSA Y LOS PODERES)

CARLOS MONSIVÁIS

*A Elena Sandoval
y Rolando Cordera*

I. El primer lector de los periódicos: la censura

A lo largo del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX es casi absoluta la fe de los poderosos en la palabra impresa y sus capacidades de persuasión, incitación, destrucción de personas o instituciones. En muy amplia medida, además de lo concerniente a las libertades de expresión, el examen de las relaciones entre la prensa y los poderes (políticos, empresariales, militares, religiosos, sociales) resulta central en el análisis de las imágenes internas y externas del poder y en el desarrollo de la conciencia ciudadana, la crítica y el lenguaje público. Hasta fechas muy recientes, la prensa es el espejo complaciente o, en el menor de los casos, la pesadilla recurrente de los poderes, y sólo la influencia de los valores democráticos y el protagonismo de los medios electrónicos modifican el panorama.

En los inicios del México independiente, con el paisaje de una sociedad reticente a la crítica y todavía rebotante de obediencias a cualquier variante del autoritarismo, no se establecen con rigor los yugos de la prensa, ni hay facción política sin publicaciones y folleterías. En los pasquines se estrenan las libertades cuya prueba de existencia es la crítica a los gobernantes, a la República, a los españoles, a los vicios y defectos de los mexicanos. Ante esto, la censura y su complemento directo, la autocensura, representan los intereses de la tradición y de los poderes. Verbigracia, el 29 de diciembre de 1826, en *Correo Semanario de México*, José Joaquín Fernández de Lizardi, el periodista más significativo

de la primera mitad del siglo XIX, escribe un artículo, "Ataque directo a la libertad de imprenta":

¡Qué diferente contraste hace lo que el lector ha leído, escrito en España bajo un sistema monárquico, y lo que ve en México acerca de libertad de imprenta, bajo el sistema republicano!

Allá se recomienda a los escritores, y aquí se persiguen a la vez, y tanto, que a no ser algunas ocasiones por la prudencia y la integridad de los jurados, ya habría muy pocos que escribieran, según que de cuando en cuando abaratan las denuncias.

Pero el ataque más soberbio que ha sufrido la libertad de imprenta es la prohibición del voceo de papeles, que se ha repetido en estos días con escándalo de la razón y la justicia.

Dos objetos pueden tener esta providencia, y ambos la justificaran, si no tuvieran otro arbitrio para darle el lleno que se desea. El primero es evitar que se pregonen por las calles títulos fraudulentos, injuriosos y alarman-tes; y el segundo evitar la holgazanería, que naturalmente se extiende entre el populacho, mediante la felicidad que encuentra de adquirir un peso sin trabajo.

Ambas miras son muy justas y dignas de la atención de un político verdaderamente liberal. Nada hay más razonable que mantener el orden entre los ciudadanos; nada más político que disminuir la holgazanería del bajo pueblo; pero nada más criminal que atropellar las leyes bajo pretextos especiosos (en *Obras. VI. Periódicos*, edición de María Rosa Palazón, UNAM, México, 1975).

Inaugurar libertades es, de varias maneras, un ejercicio integral: se aprende a reírse de las autoridades sin demasiados

miedos o sentimientos de culpa; se examinan con suspicacia permanente los pronunciamientos de las autoridades; se calculan en lo posible los niveles de resistencia personal a la represión. Lizardi percibe lo disminuido de sus alcances (“el pueblo no lee papelitos brillantes, y aunque los lea no los entiende”) y el potencial de los instrumentos a su disposición: “La opinión pública y la libertad de imprenta son el bozal y el freno con que se contiene a los déspotas, maliciosos y tontos” (en *Correo Semanario de México*, núm. 1), y de allí su lucha obstinada contra la censura, ese lector irreconciliable.

El atribuirle resonancias interminables a la prensa —“la conciencia” en un país de analfabetas— lleva a calificarla de raíz y razón de los movimientos opositores, “el Cuarto Poder”. Los censores suelen creer que sólo lo escrito fertiliza la disidencia, y por eso en 1829 Lucas Alamán, ideólogo y político conservador, reprime a las publicaciones para facilitarle la administración al presidente Anastasio Bustamante, y por eso en 1833, al asumir por vez primera la Presidencia, Antonio López de Santa Anna le encomienda a los periódicos una tarea didáctica: igualar entre sus lectores la sumisión y el entusiasmo por el gobernante. Se quieren disipar las secuelas de *El Observador de la República Mexicana* (1827-1828), dirigido por José María Luis Mora, Francisco M. Sánchez de Tagle y Florentino Martínez, y de *El Fénix de la Libertad* (1831-1834), fundado por Vicente Rocafuerte, Juan Rodríguez Puebla, Andrés Quintana Roo y Manuel Crescencio Rejón, las primeras grandes expresiones del pensamiento liberal.

II. La Era de Santa Anna: “Cuatro velas y un petate”

En diciembre de 1836 las Siete Leyes promulgadas por Santa Anna implantan el Supremo Poder Conservador, suprimen la soberanía de los estados y anulan las garantías individuales. A lo largo de veinte años se ritualizan la confusión, las interminables guerras o guerritas civiles, las traiciones, el militarismo, la empleomanía, el bandolerismo. Y a los males internos se añaden las agresiones externas: la invasión norteamericana en 1847 y la intervención de gobiernos europeos por el “cobro de deudas” (la “Guerra de los Pasteles” de 1848). Entre 1835 y 1853 suben o descienden a la Presidencia de la República 31 mandatarios, ocho de los cuales son la misma persona, Antonio López de Santa Anna (su último periodo: abril de 1853-agosto de 1855).

En el siglo XIX, la prensa es arma principalísima de combate. En los periódicos y las revistas se construye la doctrina liberal o conservadora, se fomenta la literatura nacional, se divulga la poesía francesa y latinoamericana y se vincula al sector ilustrado con el pensamiento europeo, más específicamente, el francés. También, y eso es lo principal, se es vehemente en los acuerdos o desacuerdos con el poder político. En el editorial de *El Siglo Diez y Nueve* del 12 de agosto de 1855, recién huido del país el Generalísimo Santa Anna y extinguida la Ley Lares de abril de 1853, que limita con ferocidad la libertad de prensa, el liberal Francisco Zarco evoca las batallas de esa etapa:

Conocimos que toda discusión era imposible y nos resolvimos callar en materias políticas, protestando todos los días con nuestro silencio contra los actos de la tiranía. Sabemos que nada es un periódico si no representa una opinión; creímos que el nuestro repre-

sentaba la opinión oprimida y que era conveniente que día a día se presentara al gobernante con la mordaza en la boca [...] hemos tenido que sufrir y sin embargo perseveramos porque creíamos que era útil un periódico que reducido al silencio no incensaba a los ídolos de barro y podía presentar, aunque incompleta, una crónica de los acontecimientos, indicando siempre de dónde venían las alabanzas [...]. *El Siglo Diez y Nueve*, el más antiguo diario liberal de la República, recordaba día a día que el pensamiento estaba oprimido, que no había libertad de discusión y por tanto, que los gobernantes temían la expresión de las opiniones independientes (en *Obras completas*, tomo III, Fundación Jorge L. Tamayo, México, 1989-1994).

En una nación que su vanguardia considera “recién nacida”, el periodismo es el gran medio de difusión y la irremplazable universidad de las ideas (el mundo editorial de México casi no existe). En *Memorias de mis tiempos* (primera edición, 1906), Guillermo Prieto refiere un episodio típico y clásico: el dictador Santa Anna manda llamar al periodista Juan Bautista Morales, *El Gallo Pitagórico*, y lo reconviene por sus escritos. Morales lo escucha y se despide: “Yo he de seguir escribiendo como hasta hoy, y tenga usted muy presente que cuando comencé esta tarea, me convencí de que en lo más que puedo parar, es en cuatro velas y un petate.”

Alarmado por la crítica, José María Tornel, archicatólico partidario del dictador, exclama: “Cavaremos un abismo en el que primero se llegará a la eternidad que al fondo”, y esto explica el bando del 8 de abril de 1839, que extingue la libertad de prensa. En pos del fondo, los periódicos de oposición desempeñan también el rol de movimientos sociales. Este es el caso de *El Cosmopolita* (1837-1843), dirigido y escrito por Manuel Gómez Pedraza y Juan Rodríguez Pue-

bla, a los que el gobierno acusa de “subversión”; de *El Monitor Republicano* (1844-1896) y de *El Siglo Diez y Nueve* (1841-1896), el diario más importante de esta etapa. María del Carmen Ruiz Castañeda indica: “La historia entera del liberalismo, en sus múltiples aspectos, está contenida en sus editoriales, suscritos por los escritores de mayor valía de la época [...]. *El Siglo Diez y Nueve* representó y sostuvo la ideología más avanzada, defendió la libertad y los derechos del hombre, la causa de la república, del federalismo y de las diversas leyes reformistas propuestas durante su larga existencia. Apoyó sin claudicación la Constitución del 57 y las Leyes de Reforma. Sus fundadores fueron Juan Bautista Morales y Mariano Otero” (en *La Prensa. Pasado y presente de México*, UNAM, México, 1987).

Los periódicos, movimientos sociales. En los quioscos de los pueblos se leen en voz alta los editoriales de *El Siglo Diez y Nueve* para alivio de los analfabetos y enardecimiento de los debates. En las ciudades las vanguardias políticas se forman leyendo los periódicos. Pero en la Era de Santa Anna la situación de los opositores es precaria y sus alcances reducidos. En *Memorias de mis tiempos*, Prieto refiere los acontecimientos de 1839:

La generalidad así se cuidaba de la política como del mal humor de los habitantes de la luna; las señoras y los hombres de negocios creían que se recomendaban diciendo que no entendían de política, y los empleados y militares, con el mayor cinismo, cacareaban el “Soy de quien me paga”, haciendo a un lado la conciencia y la vergüenza.

Los periódicos mismos, como *La Luna de Vulcano de los Escoceses*, escrito por D. Luis Espino (Espes en Livo), *El Mexicano*, por D. Pablo Sánchez, militar

empleado en el Ministerio de la Guerra, etc.; pero con decir que cuando un periódico, de los muy contados, tenía doscientos suscriptores, veíase el hecho como un prodigio, se dará idea del empuje de la opinión y de la alta atención que merecían los acontecimientos políticos.

Mucho muy frecuente era, aun entre personas que no se podían contar de la ínfima clase, oír preguntas: ¿y en qué pararon aquellas guerras de los insurgentes? [...] Sin contar las referencias al Virrey y la extrañeza porque no llegaban las Bulas de los laticinios.

III. La prensa liberal: “De la remota playa / te mira con tristeza / la estúpida nobleza / del mocho y el traidor”

La prensa no es nada más el gran vehículo político de los liberales, es también su primer proyecto educativo. Para ellos, el país es y será el resultado de lo que se aprende en las escuelas, de lo que se delibera en público o en privado a partir de las lecturas. Leer a Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Juan Bautista Morales, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, es captar la profundidad —que no admite escisión— de los sentimientos y los pensamientos de una tendencia ideológica. Si la intención es épica en sentido estricto (construir la Nación a través de las ideas, transformar con valor las ideas en sistemas de gobierno), el lenguaje debe ser radical, se aplique a través del alegato o del desmenuzamiento irónico, de la palabra o del dibujo satírico. Así, resulta inevitable que en el Congreso Constituyente de 1857 la prensa liberal sea la “segunda tribuna deliberante”,

muy por encima de las muy débiles publicaciones de los conservadores.

Si hoy, fuera de un puñado de investigadores, ya nadie lee el periódico liberal *El Republicano* (1855-1856), de Pantaleón Tovar, obtiene cada vez más atención *La Orquesta* (1861-1877), la gran revista de caricaturas. En medio de las guerras, de la Intervención Francesa y del muy fallido imperio de Maximiliano, los escritores y los dibujantes, al ejercer sus libertades, construyen una idea de comunidad nacional, muy hecha de referencias visuales y versos memorables, a los que acompañan ejércitos, leyes y el ascenso irrefutable del primer nacionalismo. La originalidad de escritores y caricaturistas resulta infinitamente más persuasiva que el ritmo de las prédicas de una publicación católica como *La Cruz* (1855-1858), que apenas disfraza, presentándolos como artículos, los sermones y las excomuniones fulminantes.

En el siglo XIX el uso del humor es patrimonio de los liberales. En el periodo de 1861-1867, digamos, se imponen revistas satíricas: *La Chinaca* (1862-1863), redactada por José María Iglesias, Alfredo Chavero y Guillermo Prieto; *La Independencia Mexicana* (1863), editada por Francisco Zarco en San Luis Potosí; *El Cura de Tamajón* (1864), fundada por Guillermo Prieto en Monterrey; *La Cuchara* (1864-1865), dirigida por Luis G. Iza; el bisemanario gloriosamente intitulado *La Tos de mi Mamá* (1864); *La Sombra* (1865-1866), suspendida "por deprimir el imperio y ensalzar a sus contrarios" y editada por José R. Franco y Juan A. Mateos (la información en *La Prensa. Pasado y presente de México*).

El paréntesis del Segundo Imperio

Un ejemplo adecuado de las relaciones entre prensa y poder en el siglo XIX lo da el Segundo Imperio (10 de abril de

1864-17 de junio de 1867). En su patetismo, Maximiliano retoma las actitudes de Santa Anna (datos en “La libertad de imprenta en la ciudad de México durante el Segundo Imperio”, de Angélica Hernández Pérez, en *Historias* 44, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, enero-abril de 1999). El gobierno imperialista desaparece, fomenta y suspende temporalmente publicaciones, todo con fórmulas ya muy conocidas y que continuarán repitiéndose con leves variantes de lenguaje. Así se encarcela a Francisco Enciso del *Buscapié*, a Rafael Franco de *La Sombra*, a Juan A. Mateos de *La Orquesta*, a Luis Gonzaga Iza de *La Cuchara*, a Sabás García de *Los Espejuelos del Diablo*. Se les acusa de “Propagación de noticias falsas, ofensivas a la autoridad y a la paz pública, delito previsto en el párrafo segundo del capítulo X de la Ordenanza del 18 de noviembre de 1863, y por la nota de S. E. el ministro de justicia de S. M. el emperador Maximiliano, fecha 30 de octubre de 1864.”

Antes de reprimir, Maximiliano se engalana de promesas como las descritas en *La Sociedad* (3 de octubre de 1864): “El emperador ha querido ampliar la acción de la prensa, dándole la libertad de que por tanto tiempo ha carecido, y aprovechando nosotros de esta concesión liberal y generosa vamos a establecer un periódico para defender los verdaderos principios de orden, de libertad y de progreso con sus legítimas consecuencias”.

Las “garantías” a la libertad de prensa no son tales. Si se asegura que nadie será molestado por sus opiniones y que todos tienen derecho a imprimirlas y circularlas sin censura alguna, resulta que siempre no, se consideran faltas a la ley el atacar al Emperador o a los miembros de la casa reinante, dar noticias falsas o alarmantes; publicar algo que inquiete al pueblo y lo lance a la rebelión; ironizar contra las autoridades (en María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 450 años de historia*, Tradición, México, 1974). Y

el consejo de ministros y Maximiliano, para coronar la paradoja, dicta una disposición: "Para que ningún periódico político pueda publicarse sin previa autorización del gobierno o de sus representantes, sin que esto importe en manera alguna el establecimiento de la previa censura" (en *La Sombra*, 29 de mayo de 1866).

De la República Restaurada y restaurable

En 1867 se establece la República Restaurada, con Benito Juárez en la Presidencia. Sea por la necesidad de crear un orden o por disgusto ante la crítica, Juárez no es partidario decidido de las ventajas del libre juicio. A su muerte en 1872, lo sucede Sebastián Lerdo de Tejada. En esos años las publicaciones más resonantes son *El Renacimiento* (1869), un proyecto de reconciliación de los bandos a través de la literatura impulsado por Ignacio Manuel Altamirano, *El Padre Cobos* (1869-1880), semanario de caricaturas dirigido por Ireneo Paz, y *El Abuzote* (1874-1876), redactado por Vicente Riva Palacio, con los dibujos excepcionales de José María Villasana.

Juárez, el triunfador, el impasible, el forjador de la disciplina nacional, es también el gobernante ("el tirano") denostado por parte de la prensa, que lo acusa de traicionar el ideal republicano con su reelección. Entre otros, lo combaten *El Correo de México* (1867), fundado por Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano y Alfredo Chavero; *El Globo* (1867-1869), dirigido por Luis G. Iza, y *El Padre Cobos* (1869-1880), dirigido por Ireneo Paz, con la colaboración de los dibujantes Alejandro Casarín y Jesús T. Alamilla. Si los colaboradores cercanos de Juárez lo impugnan, se debe en lo básico al ensueño de ejercer todas las libertades de golpe y de sólo ser incondicionales de la República.

A Lerdo de Tejada (periodo presidencial: 1872-1876) la prensa lo trata con animosidad extrema. Los caricaturistas, en especial Villasana (1848-1904), lo convierten en rey de burlas y los poetas no le conceden descanso:

Si hasta el gobierno llega
algún bendito,
pretendiendo el despacho
de un negocito,
cuéntale mil mentiras,
échalo pronto;
al fin y al cabo el pueblo
no es más que un tonto.
(Con música de *La Paloma*.)

No hay tregua para Lerdo de Tejada. Los caricaturistas no lo toman en serio o no dejan que se le tome en serio. Y la oposición —sin estas palabras— se orienta por un axioma: “A la República sólo la afirma y consolida la crítica”. Véase el editorial de *El Abuzote*, del 15 de enero de 1875:

Jamás ha llegado al Gobierno un hombre en nuestro país bajo auspicios más favorables. Sin compromisos de ninguna clase, agonizando la guerra civil, fatigado el espíritu público, deseando calma y tranquilidad la sociedad entera, sin oposición ni obstáculos de ningún género, Lerdo pudo haber hecho mucho más de lo que hemos indicado.

Todo presagiaba un porvenir dichoso, y sin embargo, los resultados han sido enteramente contrarios a lo que esperaba. Esas circunstancias bonancibles fueron esterilizadas por los vicios personales de D. Sebastián. Su poco amor al trabajo, su excesiva ambición, su deseo inmoderado de placeres, sus mezqui-

nos rencores y exagerada presunción, le hicieron adoptar una política torpe, despótica, despilfarrada, inmoral y ruin, que ha llevado a la República hasta la abyección, sujetándole a presenciar el escarnio de sus instituciones y el imperio desvergonzado de la licencia y la corrupción.

Es notable la calidad artística y literaria del periodismo de combate durante los gobiernos de Juárez y de Lerdo de Tejada. No hay entonces la “tradicón republicana” que ensalce y le confiera una condición superior a los Presidentes, y censurarlos forma parte de la concepción igualitaria del país. ¿Por qué exceptuar de la crítica a quien sólo cumple con su deber si no reprime y, por tanto, no compromete la gratitud que orienta hacia el silencio, ni requiere de los subterfugios para decir la verdad? En la nación habituada a batallas y golpes de Estado, la crítica se toma por inevitable y, en su descargo, a Lerdo se le echan en cara los subsidios a los periodistas, no los ataques a la libertad de expresión.

IV. Porfirio Díaz: “Censúralos en caliente”

A comienzos de la carrera dictatorial de Díaz (1876-1911, con un intermedio teatral), los caricaturistas lo satirizan, pero sin la pasión estrepitosa volcada contra Lerdo. Al principio, Díaz responde a las condenaciones sin mayor animosidad, y en su primer cuatrienio (1876-1880) todavía respeta la libertad de expresión, y nombra para sus negociaciones con los periodistas al muy hábil y conciliador Protasio Tagle. En la capital de la República, Díaz suele optar por la represión escalonada; adquiere la buena voluntad de cuanto periodista

puede, manda encarcelar a los reacios y los suelta al poco tiempo. Sabe que no le convienen los mártires de la libertad de prensa, y esos años primeros son de tolerancia en medio del vértigo previo a las instituciones.

Sin embargo, el tono admonitorio puede ser agresivísimo. Así, Luis G. Iza en *La Mosca* del 5 de abril de 1877 no se intimida ante “el presidente-mendigo, un insuficiente bajo todos los aspectos”. El retrato de Díaz es inclemente:

El general-presidente está al borde de un abismo.

Sus pasos vacilantes, su proverbial torpeza, lo oscuro de la situación y las exigencias de su partido, acabarán por despeñarlo.

El general-presidente huele a muerto.

El edificio que levantó se le viene encima.

Faltaron los cimientos y faltó todo.

Fragmento de paja como ha sido el general-presidente, llegó a elevarse por el remolino revolucionario; pero la misma causa lo hará descender.

Su nulidad está de manifiesto. Ni siquiera puede contar con pies de barro, como la estatua del rey babilónico.

Es un ambicioso vulgar; un hombre que se ha borrado del catálogo heroico de las figuras de la República.

Pudo haber sido una figura colosal; pero se ha empeñado en ser una colosal caricatura (citado en Diego Cuevas Guzmán, *El periodismo en la Revolución Mexicana de 1870 a 1908*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1966).

Díaz se concede a sí mismo un paréntesis y nombra a su compadre, Manuel González “El Manco” para el periodo 1880-1884. González, ansioso de estabilidad, modifica la Constitu-

ción de la República y restringe la libertad de imprenta, no sin enfrentarse a la protesta del gremio.

Ya para 1884, los periódicos doctrinarios han entrado en su última fase, con Justo Benítez e Ireneo Paz (*La Patria*). Díaz, al tanto de la prensa norteamericana, intuye la modernidad y subvenciona a los grandes periódicos que, cosa curiosa, le son adictos. Su aliado más devoto es Rafael Reyes Spíndola (1860-1922), un personaje excepcional que inicia la prensa moderna con grandes rotativas, abundancia de anuncios e incluso, módicamente, de reportajes de investigación. Es amplísimo el radio de acción de los diarios de Reyes Spíndola. Funda *El Universal* (1888-1901) y en Puebla *El Mundo Ilustrado*, el primero en hacer fotos noticiosas parte de la noticia. En la Ciudad de México funda *El Imparcial* (1882-1914) y su vespertino *El Mundo* (1896-1906), dirigido por Fausto Moguel. El precio es de un centavo y el tiraje combinado es de cincuenta mil ejemplares (noventa mil en su momento de auge). El resto de las publicaciones tienen tirajes bajos y sus precios son relativamente altos; por eso les resulta imposible competir con Reyes Spíndola, sus sorteos, sus servicios nacionales y extranjeros y su arrinconamiento de la política "para favorecer el cosmopolitismo". En 1914, el gobierno de Carranza incauta *El Mundo* y Reyes Spíndola se exilia durante seis años.

En 1887 se reforma la Constitución y las persecuciones se vuelven rituales:

La prensa opositora se multiplica y como consecuencia se incrementan los procesos a los periodistas, los cateos y la incautación de las imprentas. En el interior de la República se llega a extremos, incluso al asesinato. Finalmente, abatidos los medios de expresión, se aprueba la nueva reforma al Artículo 78 de la Constitución, que deja al Presidente en libertad de

reelegirse indefinidamente (en *La Prensa. Pasado y presente de México*).

Las publicaciones más duras en sus análisis son claramente antirreleccionistas, y así, por ejemplo, a *El Hijo del Abuzote* el proyecto de eternizarse del dictador le parece que “equivale a romper con todos sus antecedentes políticos, a presentarse con el repugnante aspecto de la vejeidad y ocasionar hondas divisiones, y acaso hasta la perturbación del orden y la paz pública” (Editorial del 29 de enero de 1888). Sin embargo, las críticas no hacen mella y la prensa de oposición se detiene en una encomienda: ser un polo de resistencia cívica y un gran depósito de racionalidad (en los recuentos históricos no se admite lo evidente: la prensa crítica no derriba gobiernos ni por sí sola modifica el rumbo de la política, pero sin ella se perjudicaría mucho más la salud mental de sus lectores). Un semanario como *El Colmillo Público* (1903-1906), dirigido por Jesús Martínez Carrión, es anti-gubernista, anti-clerical, anti-autoritario, y su sola existencia reafirma la importancia de la crítica.

Durante la dictadura de Díaz, en la capital y muy parcialmente en las provincias, las intimidaciones policiacas casi eliminan la terquedad de los críticos. El dictador resiente enormemente la sátira y procura infundir en la población ese escalofrío de sorpresa ante la crítica que también podría ser el susto del creyente ante la blasfemia. De eso se trata: de que los sonetos o las décimas o las caricaturas donde don Porfirio es la Piedra del Sol o una bailarina de can-can se integren a la mirada y el humor del pueblo. No se sabe si Díaz observa los trabajos de sus adversarios, Álvaro Pruneda Senior, Cabrera y Martínez Carrión, pero estos dibujos *humanizan* el poder de manera continua, son el *memento mori* del régimen, el aviso definitivo: “Etapa transitoria has sido y en etapa transitoria te convertirás” (en otro orden de cosas, y

con el efecto de elevar lo invisibilizado, Posada *humaniza* a las multitudes de pobres).

En su empresa de intimidación, a Díaz lo ayuda enormemente el miedo generalizado a su dureza homicida, leyenda y realidad que se inicia con el episodio del 25 de junio de 1879 en Veracruz. El gobernador del estado Luis Mier y Terán decide aplastar el movimiento de un grupo de jóvenes intelectuales que buscan restablecer la Constitución. Al mismo tiempo, se anotan las tripulaciones de los buques de guerra *Libertad* e *Independencia*, anclados en el puerto. Mier y Terán, sin prueba alguna, acusa al grupo de los reformadores de encabezar el motín. El juez federal de Distrito, Rafael de Zayas Enríquez, partidario de Díaz, absuelve a los acusados. Mier y Terán, por telégrafo, le pide instrucciones a Díaz que, sin información previa, le responde por la misma vía con la frase legendaria: “Mátalos en caliente”.

A los acusados, semidesnudos, se les lleva al cuartel. Allí se les ordena correr para protegerse, y cuando tratan de trepar por las tapias del cuartel, se les fusila. Zayas Enríquez, en *Porfirio Díaz*, su crónica histórica, extrae las consecuencias didácticas del episodio: “El inmediato efecto de esta frenética orgía de sangre fue el de llevar el terror hasta el corazón de los conspiradores. Que ese terror fue profundísimo y duradero, lo prueba el hecho de que todavía domina, treinta años después.”

La prensa cubre mal y muy tardíamente la matanza. Y a esta omisión esencial se le añade el sentimiento de impotencia ante la impunidad, sentimiento presente en 1879 y en 2003. En enero de 1880 editorializa *El Monitor Republicano*:

Lejos de que el general Díaz hubiese procurado que se viera la causa de Mier y Terán para darle siquiera al verdugo una absolución de consigna, anduvo tra-

yendo a su lado al chacal en el paseo que ambos y algunos invitados, llenos de vergüenza por tener tal compañía, huyeron a Tehuacán. Es ignominioso que el que hizo matar con tanta crueldad y sin sujetarse a las formas legales, a nueve ciudadanos honrados, se ande paseando como si no fuera culpable y que se ostente cínico, en unión de sus cómplices. La sociedad se siente disgustada por tanta infamia y tanta burla hechas a la moralidad y a la justicia (citado por Diego Arenas Guzmán, *El periodismo en la Revolución Mexicana*).

A Díaz se le atribuyen frases que sintetizan admirablemente su actitud, sean o no sean textuales: “Menos política y más administración. En cuanto a eso de dar muchas noticias, ¡nada de nada! ¡No quiero que se me alborote la caballada!” Identificar pueblo informado con disposición crítica es el programa de gobierno al que siguen medidas menos “conceptuales”, como el hostigamiento a las publicaciones de combate (terminan *El Monitor Republicano* y *El Siglo Diez y Nueve*). Pero la decisión exterminadora no surge con rapidez.

Un solo juez, Juan Pérez de León, envía a la cárcel a centenas de periodistas. Según la dictadura, oponérsele es un delito, pero las penas de corta duración deben incitar al arrepentimiento. Entre la lista de encarcelados en un momento y otro, entregados a veces a los tribunales del orden común, se encuentran Ricardo y Enrique Flores Magón, Filomeno Mata, Juan Sarabia, Álvaro Pruneda, Paulino Martínez, José Vasconcelos, Félix F. Palavicini, Juan Sánchez Azcona, Andrés Calcáneo Díaz... A Filomeno Mata, un gran héroe civil convertido por la desmemoria histórica en precursor vago de la Revolución, lo detienen 37 veces; a Daniel Cabrera, de *El Hijo del Abuzote*, lo arrestan legendariamente en más de trescientas ocasiones.

Se emparejan el miedo a la crítica y el terror a las consecuencias por ejercer la crítica. Y Porfirio Díaz, en su recelo y odio borrascosos a la crítica, es empecinado. El 22 de junio de 1886, *El Monitor Republicano* publica dos artículos contra la ley sobre el pago y conversión de la deuda externa con Inglaterra. *El Correo del Lunes* publica el artículo de Adolfo Carrillo en el mismo sentido y se distribuye la hoja suelta *El Pueblo, ¡Protesta!* Se detiene a los articulistas y a varios impresores y estudiantes. Se les acusa de conato de sedición, de verter conceptos injuriosos contra el Presidente de la República y sus ministros, lo que configura el delito de ultrajes a la autoridad, y de hacer “una invitación formal, directa y seria al pueblo, a fin de sustraerlo a la obediencia del Gobierno”. Las penas: de tres a cuatro meses de cárcel y una multa de cincuenta pesos o en su defecto seis días de arresto (información en *El Periodismo en la Revolución Mexicana*).

La prensa de la dictadura, explícita y subliminalmente, quiere afianzar una idea: la nación es, literalmente, el Presidente de la República. La unidad de México se consume en torno a la Primera Figura. Esto explica la anécdota del dictador, cierta y falsa a la vez, que en una ocasión identifica su cuerpo con el mapa de la República y exclama: “Me duele Chihuahua”. Díaz cree en su omnipotencia y a tal divinización contribuyen las publicaciones porfiristas *México Gráfico*, dirigida por el gran dibujante José María Villasana, y durante un tiempo *El Padre Cobos*. Al intensificar su control de la prensa, Díaz inicia la tradición cuyo lema, encapsulado, podría ser el siguiente: “Aunque te los pague, creo en tus elogios.” No hay espejismo más conveniente para los poderosos que la lectura de los diarios en la mañana.

Según *El Porfiriato. La vida social*, parte de la *Historia Moderna de México* dirigida por Daniel Cosío Villegas, en 1884 hay un periódico por cada 53,888 habitantes, y en 1907 uno por cada 9,337 habitantes. En 1884 existen 212 publica-

ciones y en 1907 son 1,501. Se adaptan del periodismo norteamericano las “hojas volantes” (de W. R. Hearst), el *yellow journalism* o periodismo amarillista y la *penny press*, la prensa de a centavo, en este caso obrera. Y los talleres de Arsacio Vanegas Arroyo y Francisco Montes de Oca (que edita *Gil Blas*) se concentran en la prensa no doctrinaria. Díaz detesta lo ideológico, inútil por entero en su entendimiento unipersonal de la política, pero no consigue evitar las consecuencias de la politización. La oposición prosigue y en la última etapa de *El Hijo del Abuzote*, dirigido por Ricardo Flores Magón y Juan Sarabia, se llega al extremo. El semanario al mismo tiempo organiza las marchas y las cubre periódicamente.

V. La prensa en la Revolución Mexicana: “Antes de la batalla ensayaron *La Adelita*”

En 1910, *El País* y *El Imparcial*, los grandes diarios, son partidarios encendidos de Porfirio Díaz y justifican incondicionalmente sus actos. A la oposición le corresponden publicaciones de escaso tiraje, perseguidas y difamadas. El 29 de mayo de 1910, lo inesperado: los periodistas Severino Herrera Moreno y Rafael Martínez (*Rip-Rip*) organizan una manifestación popular que encabezan los periodistas independientes. El objetivo: apoyar el antirreleccionismo. Desfilan cerca de veinte mil personas (una manifestación enorme entonces). Según Juan Sánchez Azcona, ese día se lanza el número único de *La Prensa Independiente*. Cincuenta mil ejemplares que se agotan con rapidez.

El dogma se expresa de varias maneras: “Si nadie escribe a favor de los rebeldes, éstos desaparecen”. Consecuente con esto, el régimen cierra publicaciones y sigue encarcelan-

do a directores y redactores. Ello agudiza las protestas y le confiere al ánimo revolucionario lo calificado en la época de *decisión histórica*, es decir, la posesión de la verdad venidera, la que restablece el equilibrio entre lo omnímodo (el poder visible) y lo riesgoso (el poder que surge de ya no soportar más el estado de cosas). Y por eso, por ese tono de Juicio Final introducíble en términos actuales, se tiende a oscurecer el papel de la prensa antiporfirista, que si no detiene procesos sangrientos, sí, a través de su mera existencia, impulsa a los urgidos del cambio.

Los porfiristas le adjudican a la prensa las tareas del apaciguamiento. El 5 de junio de 1911, informa María del Carmen Ruiz Castañeda, la Secretaria de Gobernación, en una circular a los editores de periódicos, demanda el apoyo “para concluir con la efervescencia o excitación que aún se nota en el pueblo y que de seguro se calmará con los persuasivos artículos que a tal fin se sirva usted indicar”. Esta calma no se consigue si los hechos revolucionarios persisten, y eso agudiza el tono de las publicaciones radicales *Regeneración* (1900-1916), dirigida por Ricardo y Jesús Flores Magón, y *El Diario del Hogar* (1881-1912), fundada por Filomeno Mata y dirigida en su etapa final por Juan Sarabia y Luis G. Mata. Se radicalizan también los periódicos conservadores *El Imparcial*, *El País*, *La Nación*, *La Prensa*, dirigido por Francisco Bulnes; *La Tribuna*, dirigido por Nemesio García Naranjo; *El Mañana*, dirigido por Jesús M. Rábago. Su afán es alentar el pavor a las hordas campesinas y alabar la costumbre de la dictadura.

Estalla la revolución, los periódicos porfiristas minimizan en vano “la conspiración” y aseguran que no resistirá la acción militar del gobierno más fuerte de América Latina. Es inútil, ya ni siquiera son leídos, al coincidir la idea de la revolución con el impulso social. Luis Cabrera, el ideólogo de Venustiano Carranza, da su explicación:

A nadie debe sorprender que la opinión pública del país cambiara durante los seis meses que transcurrieron de noviembre de 1910 a mayo de 1911, y que las ideas revolucionarias que al principio no habían tenido acogida ni en los más radicales antirreleccionistas, fueran ganando terreno poco a poco hasta el grado de convertir en revolucionaria la opinión pública de todo el país, formando así una atmósfera enteramente irrespirable para la dictadura del General Díaz.

Si la explicación es válida para el sector capitalino, es también insuficiente. Cabrera explica las condenas a la revolución de él y otros “de la opinión pública sensata del país”, guiados por la creencia errónea: “dados los poderosísimos elementos con que el Gobierno Federal decía a cada paso que contaba, la revolución llevaba trazas, o de ser un sacrificio lastimosamente estéril, o de convertirse en una guerra sangrienta y dilatada”. En efecto, la guerra es sangrienta y dilatada, y sin embargo y pese a todo, se acepta el sacrificio (ajeno por lo común) si lo avala la confianza histórica: no es ni será lastimosamente estéril. Y al explicar su tesis famosa, “la Revolución es la Revolución”, Cabrera inaugura la puerta angosta en el trato de la prensa con los gobiernos. Un régimen surgido de la violencia impone sin reservas sus condiciones:

La Revolución conserva su carácter destructivo, es decir, sigue siendo Revolución, mientras no ha podido deshacer la autoridad contra la cual se ha levantado y no deshace esa autoridad completamente sino cuando se sustituye a ella. Pero esto no podrá lograrlo mientras no tenga la fuerza social, constitucional y jurídica suficiente, es decir, mientras no pueda convertirse en

poder público organizado. La Revolución, pues, sigue siendo Revolución mientras no puede ser gobierno (27 de junio de 1911).

Si la revolución debe volverse poder público organizado, ¿cuál es el papel de la prensa? Durante una etapa prolongada, ni los gobiernos dejan de creerse *la Revolución*, ni la prensa se olvida de los orígenes violentos de las administraciones. En el periodo que va de la caída de Porfirio Díaz a la Decena Trágica (febrero de 1913), importan los ires y venires en torno a la libertad de expresión, devastada por el movimiento periodístico que apoya la caída del régimen maderista, criticado igualmente por la derecha porfirista y los antiporfiristas. Entre 1911 y el asesinato de Madero en 1913 no se consigue reglamentar la Ley de Imprenta, y sólo se expulsa de México a principios de 1912 a los españoles Capella, Victoria y Durante por intervenir en la política nacional (la orden se negocia). Y al escarnio múltiple de Madero contribuyen *La Sátira* (1910-1912), dirigida por Fernando Herrera; *Multicolor* (1911-1914), dirigida por Mario Victoria; *El Abuizote* (1911-1912), dirigida por Miguel Ordorica y patrocinada por el grupo de Díaz; *La Guacamaya* (1911-1915), dirigida por Fernando F. Torroella, y *El Mero Petatero* (1911-1913). En estas y otras publicaciones la calumnia y la burla son extremas. De eso se trata, de infundir el desprecio por un Presidente "débil".

En las etapas de crisis se robustece la prensa totémica, la adquirida para certificar que, impresos, los puntos de vista del comprador se solidifican orgullosamente. El desarrollo que alcanza la prensa antimaderista es de esa índole. Si durante las guerras de la Reforma los liberales leen en voz alta las noticias, para que también los analfabetas compartan sus ideas, y si en el Porfiriato el espíritu de resistencia se nutre de las caricaturas, al antimaderismo lo anima la defensa de la

propiedad, que autoriza las calumnias e industrializa el estu-
por de los afectados por el derrumbe de la dictadura. Un
ejemplo es el libelo *Multicolor*, con textos tan impresionantes
como “Madero Chantecler”, la parodia de José Juan Tablada
que incita a liquidar a don Francisco. El clímax de esta prensa
es el diario *El Noticioso Mexicano*. Allí, en 1913, en el princi-
pio del Cuartelazo se escribe en relación a los integrantes del
gobierno de Francisco I. Madero: “La patria quiere que se les
juzgue; que no se les deje huir, que no se les destierre sin que
antes sean sentenciados, y en nombre de esa patria oprimida,
de esa patria vejada, robada y asesinada por el nepotismo
que acaba de caer, pedimos que se haga justicia, y que quie-
nes están llamados a hacerla sean inflexibles.”

El llamado al crimen funciona gracias a un hecho: du-
rante la presidencia de Madero cunde en la Ciudad de Méxi-
co el pasmo ante el ejercicio de las libertades. Las inhibiciones
y las represiones de la dictadura se continúan en la difama-
ción y las justificaciones del golpe de Estado. Si los diarios *El
Tiempo* y *La Nación* sostienen la legalidad, en otros la ab-
yección alcanza la diafanidad de Salvador Díaz Mirón al co-
mentar la visita de Victoriano Huerta al diario *El Imparcial*:
“El general se fue dejando un perfume de gloria”. Y tras el
Cuartelazo, el periodismo auspiciado por Huerta pretende
refrendar el susto ante “la grey astrosa”, la gleba armada a
las puertas de la Ciudad de México. La amenaza de Zapata y
los zapatistas obliga a un sector a patrocinar las publicacio-
nes donde se les sataniza. Allí por lo menos, en esas páginas
de adjetivaciones rencorosas a modo de exorcismos, los ejér-
citos campesinos no avanzan.

En el resto del país, y como se puede, emerge la prensa
favorable a la revolución. Suele ser efímera y carecer de las
condiciones técnicas elementales, pero quiere trascender la
violencia y edificar un orden justo. En la clandestinidad ca-
pitalina (el caso de *El Voto*, *La Voz de Juárez* y *El Renovador*) o

en la efervescencia de la Frontera Norte (caso de *La República*, *El Progreso*, *La Voz de Sonora*, *El Paso del Norte*), las publicaciones revolucionarias dialogan con los lectores, se mofan de los intentos intimidatorios y promueven la revolución. Unas desaparecen, a otras se les incautan o se les destruyen los talleres. A los políticos no les convence la libertad de expresión, las fuerzas revolucionarias no consiguen voceros estables, los atropellos se multiplican. Entre 1911 y 1930 se vive el auge de la prensa partidista, con su cauda de enemistades abiertas y riesgosas. No hay zonas neutrales ni objetividad que posponga la promoción de las causas, y la lucha ideológica se libra en hojas sueltas y periódicos impresos en la proximidad de los combates. *El Sector*, dirigido por Juan de Dios Bojórquez, se imprime a bordo de los trenes, y el Doctor Atl impulsa *La Vanguardia* en Orizaba.

Por otra parte, y aquí lo simbólico es lo profundamente real, la vivencia de la Historia avasalla. El propósito último de muchísimos no es hacer periodismo, asunto menor en última instancia, sino Historia, que en la lógica de ese tiempo los trasciende y los vuelve perdurables, la región que suprime el olvido y es la sentencia sin remisión aplicada a políticos y caudillos.

VI. De cuando los mejores reportajes eran las fotos

Justicia irónica: *El Liberal*, vindicativo, se imprime en los talleres de *El Imparcial*, incautado por el gobierno revolucionario. Instinto de clase: a los burócratas, los industriales, los comerciantes, los profesionistas y los clérigos les antipatiza la revolución, y los diarios a su servicio expresan este rencor. Y las fuerzas que la revolución desata le exigen a la prensa

el compromiso con el pueblo, es decir, las noticias y los artículos que eduquen en la mentalidad revolucionaria, un término siempre definido sectorial y provisionalmente.

En los años de la lucha armada, el escapismo y el heroísmo son las actitudes más ostensibles en la prensa. El escapismo es sobrevivencia, el heroísmo es generosidad e inscripción en la Historia. Y el escapismo confía en el hartazgo de los lectores ante las lecciones de muerte. Un ejemplo entre otros: *La Semana Ilustrada*, la excelente revista gráfica que con intención muy antirrevolucionaria dirigen Ernesto Chavero y luego Eduardo I. Aguilar, da aviso de la muerte de Madero y el vicepresidente Pino Suárez “a manos de un grupo desconocido” y elogia a Victoriano Huerta. Sin embargo, esa misma revista ve en la revolución un espectáculo, si se quiere radical pero encandilador, como todo lo desprendido simbólica o “estéticamente” de las batallas. En *La Semana Ilustrada* hay modas y exhibiciones de la belleza nativa, reuniones de damas de sociedad, imágenes de la Primera Guerra Mundial, inauguraciones de comercio, fotos de las tropas de Villa y Zapata. El semanario se abstiene de los horrores bélicos, pero no de la exhibición de la gallardía. Los lectores no ignoran los hechos pero es de suponer que prefieren su mención remota.

En medio de los vuelcos de la fortuna militar, lo que legítima una causa es su persistencia. Y contra lo previsto, la huida de Victoriano Huerta a Estados Unidos no fortalece al periodismo crítico que a los vencedores también les incomoda. Ruiz Castañeda cita la afirmación un tanto monopólica de *El Pueblo*, periódico constitucionalista: “La prensa mexicana está constituida en su totalidad por órganos absolutamente adictos al régimen revolucionario, penetrados de sus ideales, que divulgan sus enseñanzas, sin que pueda señalarse, ni excepcionalmente, periódicos que defiendan intereses contrarios o diversos.”

En la prensa de la Revolución (en estas notas, el movimiento de violencia y creación de instituciones que va de las postrimerías del Porfiriato al gobierno de Lázaro Cárdenas), se produce un enfrentamiento notable entre la opinión y el reportaje. La primera abunda, y a momentos la revolución parece un cúmulo de puntos de vista rodeado de algunos hechos militares. En un momento en que todos opinan con fervor y pasión revanchista, hacer política es combatir desde los periódicos y alentar las opiniones y noticias favorables a la facción donde se milita. Y así esté ya presente desde la última década del siglo XIX, el reportaje tarda en establecerse por las vicisitudes de la guerra, que no acata las normas de la Convención de Ginebra, y por lo dificultoso de mantener en situaciones de emergencia la intención literaria. *México Insurgente* (1914) de John Reed y *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán son dos excepciones notables, pero el magnífico libro de crónicas de Guzmán sólo se publica en 1928. Ante los reportajes, noticias y fotos, se levanta el apego a la adjetivación escandalizada propia de sociedades todavía pequeñas. Ya se sabe, y de sobra, el *modus operandi* de la revolución, ¿pero adónde va y en qué consiste? Por lo pronto el rumbo se deja ver a través de la lectura apasionada de los debates o a través de la ausencia súbita de algunos polemistas y sus publicaciones.

*“Me destacas la foto de Carranza
(o de Obregón o de Calles)”*

El gobierno de Venustiano Carranza, convencido de lo innecesario de la crítica en los periódicos, inventa los “viajes de rectificación”, dedicados a periodistas que “han malinterpretado o deformado acontecimientos”, y que, un tanto a la fuerza y bajo vigilancia, son conducidos a los lugares

de los hechos “calumniados”. Al regreso, el periodista suele abjurar de sus escritos. A Carranza le urge una prensa partidista que, y en esto su actitud es típica, le haga saber con detalle lo que él piensa y siente. (Si el *ghost writer* escribe los discursos de los poderosos, el *ghost thinker* sería el cabecero, el autor de las frases de las ocho columnas.) El gobierno constitucionalista requiere de voceros (intérpretes) que deshagan las pretensiones de la Suprema Convención Revolucionaria de Villa y Zapata, y eso explica *El Constitucionalista* (1913-1916), fundado por Salvador Martínez Alomía; *El Radical* (1914-1915); *El Pueblo* (1914-1916); *El Demócrata* (1914-1926), fundado por Rafael Martínez (*Rip-Rip*), y *La Prensa* (1915), redactado por Félix F. Palavacini. A cambio, los convencionistas disponen de *La Convención* (1914-1915), dirigido por Heriberto Frías, *El Combate* (1915) y *El Renovador* (1915), de circulación muy limitada.

En 1917 no escasean los periodistas entre los diputados que discuten y aprueban la Constitución General de la República. En esos años, el periodismo de opinión florece y en los diarios se libran debates agudísimos, seguidos con énfasis militarista. Todo es tema de controversia: la autoría intelectual de la Banda del Automóvil Gris (un grupo de asaltantes en la Ciudad de México, dirigidos por un general), el verdadero ganador de tal batalla, el número de generales muertos en la rebelión delahuertista, la ubicación precisa del alma en el cuerpo (la “geografía anatómica del Espíritu”), el sitio de la cueva donde acribillaron al general Fulano, la traición logística que obliga al Ejército a pensionar a una legión de viudas. Hasta el límite, en la prensa se forja la opinión pública, ya aceptados los riesgos de criticar de frente al gobernante en turno.

Al poder le irritan los reparos y las críticas. Carranza, Obregón y Calles comparten el rechazo a la libertad de prensa.

Obregón es intolerante con sus enemigos, y tolerante con su pasión de articulista y con las entrevistas que él mismo se hace. Y Calles reserva su paciencia para sus allegados. Soportan la crítica como dádiva ocasional, nunca como obligación de Estado.

En *El Universal*, muy especialmente, se concentra lo que sería la opinión pública en el periodo de "libertad condicionada" (1924-1940). De ese material casi nada se preserva en la memoria histórica, salvo la exhumación muy provechosa de los artículos de Jorge Cuesta sobre política, artes, literatura, revolución. Pero se ha disipado lo de gran éxito en su momento, digamos el debate entre el marxista Vicente Lombardo Toledano y el filósofo católico Antonio Caso a propósito del materialismo dialéctico y la existencia del Más Allá; digamos los dimes y diretes entre los artistas de la Escuela Mexicana de Pintura. Entre argumentos y aspavientos ideológicos, la Revolución va sedimentando su fuerza institucional, así retarden su institucionalización la guerra cristera primero y la prédica socialista después.

Lázaro Cárdenas (1934-1940)

Cárdenas respeta la libertad de prensa y, un tanto contradictoriamente, crea PIPSA (Productora e Importadora de Papel, Sociedad Anónima), que en el medio siglo siguiente desempeña funciones de control. A Cárdenas la derecha y los intelectuales liberales lo combaten, y de ellos el más brillante es Salvador Novo (véase su trabajo en la revista *Hoy*, recopilado en *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, INAH-Conaculta, México, 1994). Si la oposición, en especial la muy derechista, se refiere muy agresivamente a Cárdenas, Novo lo observa desde la ironía respetuosa:

Los pensadores mexicanos están de acuerdo en que el problema fundamental de la RRRRRRevolución está en el campo de donde viene —en huacales, en forma de pollos; en tompiates, en forma de huevos y queso; en sacos, convertida en frijol y en maíz y trigo, la comida que después los restaurantes ofrecerán en sus menús, o las criadas sindicalizadas quemarán en la olla—. Los pensadores mexicanos han llamado a éste el “problema agrario” y han expedido diversas leyes para resolverlo, leyes campanudas cuya virtud se disuelve en discursos, editoriales, artículos, proclamas. El problema parece en realidad tan agudo, que el presidente Cárdenas pasa largos meses empapándose en él, y en su tren o a caballo, realiza desesperados esfuerzos por sustraerse de la muralla de políticos que no le dejan ver el bosque del campo con la pureza de visión que él quisiera. Durante estos viajes, el Presidente debe de esparcir su mirada por enormes horizontes despoblados, yermos estériles, en que apenas de vez en cuando alguna torre o campanario vetusto congrega un puñal de miserables jacales dentro de los que un puñado de indios vegeta malnutrido (*Hoy*, 24 de junio de 1939).

Cárdenas, imbuido de la lógica de la *responsabilidad histórica*, no se ocupa de la crítica. No busca prohibirla, y si le ofende o molesta, poquísimas veces lo transparenta. Y, además, como suele suceder en un país vorazmente centralista, lo que trasciende sucede en la Ciudad de México y la provincia no retiene a los aspirantes a periodistas con ambición, talento y ganas de acercarse al poder. Un ejemplo: el tabasqueño Regino Hernández Llergo, que en 1937, de regreso de su exilio norteamericano, funda el semanario *Hoy*, a semejanza de *Time Magazine*. Otro ejemplo, de extrema derecha,

es Miguel Ordorica, que de antimaderista pasa a defensor no muy tímido del nazifascismo.

En la provincia privan la censura moral y política y el anacronismo que se engendra y se protege en la cursilería. Y a Cárdenas la derecha lo censura con ferocidad por la Reforma Agraria, la educación socialista, el apoyo a la República Española y el asilo a León Trotsky.

Y conoceréis la institucionalización (1940-1968)

El régimen de la Revolución Mexicana consolida su educación cívica a través de la escuela primaria, la propaganda gubernamental, y lo aún no llamado los Medios, sino (enumerativamente) la prensa, el cine y la radio. La gran mayoría de las veces los gobernados sienten que sus gobernantes los representan y éstos, si necesitan espectáculos donde florezcan el apoyo y el consenso, convocan al pueblo al Zócalo de la capital o a las distintas plazas mayores, y allí lo informan, lo exhortan, lo conmueven, lo aburren, lo aquietan hipnóticamente. A la radio se le piden mensajes políticos unos minutos al día, y al cine se le trata con indiferencia. De modo excepcional el gobierno del general Lázaro Cárdenas patrocina dos grandes películas: *Redes*, en 1935, y *¡Vámonos con Pancho Villa!*, en 1936. Pero del sexenio de Manuel Ávila Camacho al de Gustavo Díaz Ordaz se desdice del valor adjudicado por Lenin al cine, "el medio agitativo por excelencia"; se califica a la radio "de completamente casera" (con otras palabras), y se fijan las reglas del juego: habrá referencias a la política sólo si el mensaje es la sumisión ante la autoridad; no se permitirán ataques o referencias que molesten al nuevo aliado: la iglesia católica; no se elogiarán o se ejemplificarán siquiera procesos de radicalización política.

A la cultura oral (el rumor, el chisme) se le cede la espontaneidad política y se sujeta a la prensa a la censura y las negociaciones con el poder. A fines del gobierno de Miguel Alemán se inicia la televisión, “el pasatiempo ajeno a la política”. Que otros transmitan las *Mañanitas a la Virgen* desde la Basílica o instalen programas de concurso; a los funcionarios les basta con el control administrativo, legislativo y judicial, y con la codificación de los lenguajes públicos, entre ellos la retórica de corte neoclásico que surge de vaguedades a sus oyentes, y la demagogia de origen vagamente radical.

En materia de “Civismo” el gobierno se da por satisfecho si el tema se incluye en la educación primaria y secundaria. Al carecer de sentido electoral la formación ciudadana, se alaba (sin premiarla) la docilidad; que nadie aspire a capitalizar la inconformidad y la irritación, dicen a su manera cada uno de los Presidentes, porque el régimen es también su propia oposición (este es el gran sueño de los gobiernos: ser al mismo tiempo el poder y la vanguardia de las reclamaciones al poder). Y los ejes de la cultura política son el apoyo incondicional a los regímenes en turno... y el conformismo, la aceptación pasiva de las interpretaciones históricas de la escuela primaria, el oportunismo (entendido como la vía más racional de acceso al poder), la división clarísima entre el lenguaje público (la solemnidad) y el lenguaje privado (la picaresca).

El sometimiento colectivo fluye hacia la meta ideal, *el progreso*, lo que se llamará después *la modernización*. Son notorias las ventajas de promover “la amnesia histórica”, aquella en donde sólo los directamente afectados perciben las represiones. La fórmula es segura: si no hay información, se evapora el hecho represivo. A lo más, se admiten referencias breves y sobresaltadas que envían las represiones a la nota roja, entre sermones contra las víctimas, calificadas de “pro-

vocadores y subversivos". Por eso, los gobernantes están ciertos: la prensa sólo obra de buena fe cuando subraya elogiosamente los aciertos.

¿Qué caso tiene en estos años de 1940 a 1968 algo equivalente a una política informativa? Todos aceptan el autoritarismo como lo inevitable, y "la confianza en las instituciones" no deja a nadie fuera. ¿En qué espacio cabrían si no existen las alternativas? Ya en el sexenio de Miguel Alemán el espíritu cívico es, para el gobierno, el consenso agradecido que respeta "desde la Historia" a los altos funcionarios, muy en especial el Presidente de la República.

La política —se dice y se cree— es por esencia suciedad y desvergüenza, pero por razón de su oficio los políticos de primer rango son intocables, y se pone a disposición del choteo en la sociedad y en la prensa a los políticos menores, los diputados, los alcaldes, los regidores, especialmente los diputados, desde el siglo XIX "los payasos de las bofetadas", los seres destinados a la irrisión, los chivos expiatorios (en abstracto). Si algún político intenta renovar "el habla de la tribu" y expresarse con claridad, se le reprende de varias maneras. Un estilo abierto causaría problemas y es más recompensante someterse a los climas verbales concebibles, el de la demagogia o el de la retórica ampulosa, que ganan tiempo, evitan riesgos y vuelven inaudibles los discursos.

Se procede a la operación que elimina los debates y las informaciones significativas o esenciales. Y se justifica la separación extrema de gobernantes y gobernados porque, a cambio de la eliminación de la crítica, se exige el desbordamiento del aplauso. La apoteosis del ilusionismo: se informa con seriedad de lo que pudo haber sido, y se ostentan como triunfos de la Revolución las declaraciones a la prensa de un minuto antes. En la realidad surgen presas, carreteras, hospitales, escuelas, y por décadas la movilidad social beneficia a diversos sectores, pero a la prensa sólo se le toma en cuenta

si transforma el mínimo logro en hazaña homérica. Usar el puesto para enriquecerse casi deviene —y no lo digo con ánimo paradójico— obligación cívica. Si no se permite la democracia, que en algo se democratice la corrupción.

Se masifica el oportunismo, ¿y qué se va a hacer?, así están las cosas y uno, pobre individuo, no enmendará las vías del sistema, como les consta a los protagonistas de las novelas de Luis Spota, a los ejidatarios de Acapulco y a los partidarios del sindicalismo independiente. Mejor ríanse o acepten el melodrama, porque nada han de enmendar. La corrupción es sinónimo de hazaña personal (“No ganó una batalla pero se hizo esta casota”), y le da categoría de salto épico al tránsito súbito de la pobreza a la riqueza: al fin *le hizo justicia la Revolución*. En este idioma, el fraude electoral es sólo un trámite que redime de la obligación de decidir, y el acto de votar pasa de obligación ciudadana a precaución administrativa: “Dicen que si no tienes credencial de elector no te dejan salir del país”. Se festeja la prepotencia del partido de Estado, el PRI, el Invencible. Esto alcanza su síntesis en una frase de moda en el sexenio de López Portillo. “La corrupción somos todos”. Y que la risa afiance la despolitización.

La demagogia rebasa y nulifica las voluntades individuales. Al tomar posesión de su cargo, un político renuncia a cualquier lenguaje individualizado y se ciñe al uso de las promesas como realidades. La historia —se supone— avala cada uno de sus gestos; la realidad es aquello que captan y corroboran los medios de difusión; la política es la perpetua conversión de mediocridades notorias en eminencias.

Durante medio siglo, la prensa divulga una cultura política definida por elementos negativos: la demagogia, la bruma palabrera, el cinismo, la resignación ante lo “que podría ser peor”, la confianza en el avance individual que en algo o en mucho retribuye la ausencia de derechos ciudadanos.

Sobre todo, la prensa insiste en la falta de alternativas. De no ser por la Revolución Mexicana, se dice con frecuencia, yo estaría como mi padre o como mi abuelo, haciendo cola en la tienda de raya... Esta conclusión melancólica parece justificarlo todo.

A la prensa se le considera el espacio tradicional que, cuando se necesita, identifica al Gobierno con la Patria. Para el régimen, el nacionalismo es la ideología que subordina el sentido de la nación a las aspiraciones y los proyectos de la clase gobernante, y el periodismo difunde el discurso nacionalista, no sin sorna y numerosas concesiones al espectáculo. “Con ustedes, el Mejor Presidente de la Historia de la Nación”.

VII. El presidencialismo (1940-1968)

“En virtud de las facultades que me han sido otorgadas...”

¿Qué es el presidencialismo en el México contemporáneo? Es, por ejemplo, la concentración de facultades en el Presidente de la República y la imposibilidad de usarlas a plenitud; el don autoritario de nombrar al próximo Presidente y la fantasía de regir con detalle a la burocracia de autonomía creciente; el método “habilísimo” para resolver problemas centrales posponiendo indefinidamente su solución; el acatamiento de las decisiones de los centros de poder internacional.

El presidencialismo resulta del monopolio de las decisiones del poder y del arrasamiento de los instrumentos de contención del autoritarismo. En su versión, por así decirlo, moderna, el presidencialismo se concreta en 1929 en respuesta a la marejada de caciques y caudillos regionales y

sectoriales. Se demanda un gobierno centralizado y el Partido Nacional Revolucionario (PNR) es el resultado de la exigencia. El PNR, que luego se llama el Partido de la Revolución Mexicana, PRM, le imprime un sentido único a la vida institucional a partir del régimen de Ávila Camacho, y el periodo 1940-1968 es “la Edad de Oro del presidencialismo”, cuando las decisiones del Presidente no admiten réplica. Antes, la sacralización comparte el escenario con la crítica (si se arriesga). En *La sombra del caudillo* (1928), Martín Luis Guzmán recrea un diálogo entre el Primer Hombre de la Revolución y Aguirre, el secretario de la Defensa, que le informa al Caudillo de las ruindades de su rival en la sucesión presidencial:

—Muy interesante relato, sin duda. Pero niego la autenticidad de los hechos. Hilario, como funcionario y como hombre, está por encima de tales pequeñeces.

—¿Y si yo le asegurara a usted que es verdad cuanto ahí se describe?

Aguirre quiso en esta forma cerrar de un golpe todas las salidas.

—Pues entonces creería yo —replicó el Presidente— que la pasión lo ciega a usted, y le recomendaría el camino de los tribunales.

Aguirre, encendido, olvidó sus hábitos de respeto.

—¡Pero a eso yo podía responder, mi general, que tribunales, para un hombre de la posición política de Jiménez, son también pequeñeces!

—No, Aguirre; no contestaría usted así. Porque esas cosas, cuando yo gobierno, no se dicen en mi presencia.

Cuando yo gobierno... Es decir, cuando no se puede ni se debe responder en lo mínimo. Esto, la prensa lo toma en

cuenta de modo primordial, y por eso cuando se habla de “prensa oficial” se alude a la que acompaña el nombre con el título: Manuel Ávila Camacho (“El Presidente Caballero”), Miguel Alemán Valdés (“El Primer Obrero de la Patria”), Adolfo Ruiz Cortines (“No siembro para mí, siembro para México”), Adolfo López Mateos (“El Primer Orador de la Patria”) y Gustavo Díaz Ordaz (“El Siervo de la Nación”). Y todo ocurre entre el diluvio de homenajes: “Señor Licenciado, el país vuelve a nacer gracias a usted”. Por lo común, las críticas en la prensa son inaudibles o se ven reprimidas, y en televisión son inexistentes. Y no importa que el presidencialismo omnímodo sea un mito y que el límite del poder máximo sean los otros poderes máximos (los organismos financieros, el gobierno norteamericano, la iglesia católica, la autonomía de la burocracia como red de ineficiencias y corruptelas). Lo básico es la sujeción psicológica de la mayoría, convencida de que una persona, el Presidente, decide lo de todos, y “sólo él sabe la magnitud de los problemas”. La prensa algo conoce de lo que sucede, pero eso —se afirma de distintas maneras— es nada más enterarse de un fragmento, ya que la única sabiduría totalizadora es la del poder supremo.

La creación de la institucionalidad

A la convulsión revolucionaria la sucede la *institucionalización*, sinónimo del método que a cambio del desarrollo selectivo y muy real demanda la eliminación de las discrepancias. A la costumbre de no tener derechos, se añade el disfrute de las compensaciones: seguridad social, urbanización, agua potable, electricidad, carreteras, empleos en la burocracia interminable. Si se tienen instituciones, son una pérdida de tiempo las pretensiones cívicas: “Si me quedo quieto, cobro mi quincena y me salvo de las represiones.”

Es muy vigorosa la leyenda áurea de la Presidencia de la República, y con tal de compartir su brillo los medios informativos la divulgan aparatosamente. Sólo la prolongada exhibición de las corrupciones, los golpes autoritarios y las ineptitudes profundas harán que se desconfíe de la institución presidencial con certezas que ya trascienden el chiste, el rumor y el rezongo. Al poder no lo “desacralizan” en primera instancia la tontería y la avidez inocultable de los políticos, sino el crecimiento de la conciencia ciudadana. Antes, en defensa de los gobernantes, la prensa niega el trato psicológico de igualdad, y el ciudadano, o el proyecto de ciudadano, es la sombra borrosa ante el Primer Mandatario, nada más eso.

El proceso es lento. No obstante el resquebrajamiento de 1968, el presidencialismo y el PRI son tan vigorosos que en 1976 José López Portillo se enfrenta en su campaña presidencial nada menos que... con José López Portillo (el otro candidato es francamente simbólico). Y a muy pocos el hecho les resulta aberrante. Varios elementos consolidan la Era del PRI. El más destacado es la creencia en las bondades del México único, el país de un solo idioma, una sola religión, un solo partido político, un machismo aceptado por las mujeres, un cuerpo único de creencias y costumbres. Durante el auge del presidencialismo, se acentúan las vivencias fatalistas de la pobreza y la miseria, grandes estímulos del atraso y de la conversión de las limitaciones en glorificación de la desigualdad. Apenas en 1990, la modernización y los sacudimientos de la Década Perdida dejan ver el país diverso, todavía indígena en buena parte, de credos y comportamientos muy variados, muy crítico del PRI, y con la presencia indetenible de las mujeres en la economía y la vida profesional.

La prensa interviene cerradamente a favor del presidencialismo. Una “ideología del milagro” es fácil de implantar y manejar. Estas son algunas de las tácticas:

- Metamorfosis que reelabora cualquier acto del Primer Mandatario y lo vuelve noticia de ocho columnas.
- Celebración incondicional de las supresiones del desarrollo democrático.
- Abundancia de fotos y “transformación estética” de la imagen del Presidente en las caricaturas.
- Eliminación del tono “irrespetuoso” de la crítica. Nada directo o humanizador se imprime. Los amoríos, la fragilidad física, los datos del enriquecimiento y las tonterías obvias se trasladan al territorio de las impresiones: el rumor, los chistes, las habladurías. Así por ejemplo, es un deporte nacional comentar en privado la sucesión de “novias” del presidente Alemán, pero no hay registro impreso; así por ejemplo, en la última parte de su gobierno el presidente López Mateos se la pasa encerrado, víctima de una enfermedad dolorosa, y nada se publica.
- Se “canoniza” al Primer Mandatario. No sólo es perfecto, también el que lo critique comete acto de lesa Presidencia. Esto, desde el sexenio de Ávila Camacho.

VIII. Los gobernantes en el tiempo institucional.

Manuel Ávila Camacho (1940-1946)

Al presidente y general Manuel Ávila Camacho el poder le llega junto a la modernidad que apenas entiende. Formado en el militarismo y el autoritarismo, la Segunda Guerra Mundial redime su desempeño muy convencional al otorgarle un contexto trágico y épico. En su perspectiva, la prensa “viste” a la República pero no dialoga con el poder, es a lo más un “coro griego”. Y él entiende por *respeto* la complicidad absoluta. Doy ejemplos:

A)

El 23 de septiembre de 1941 por la tarde, frente a la residencia de Ávila Camacho en las Lomas de Chapultepec, cerca de dos mil integrantes de la Unión de Trabajadores de Materiales de Guerra solicitan audiencia con el Presidente para protestar por el maltrato extremo a que los somete el director de la fábrica, general Luis Bobadilla. Una patrulla del 47 Batallón los reprime. Se habla de nueve muertos y treinta heridos, y típicamente, las autoridades minimizan el hecho: son apenas tres muertos y nueve heridos. Entre los fallecidos, el secretario general de la Unión, Guillermo Rojas. Según los trabajadores, diecisiete de los heridos estaban moribundos (información de Alfonso Taracena en *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, Jus, México, 1987).

La prensa no toma muy en cuenta la matanza, el sindicalismo protesta con timidez y la CTM es muy parca: “El Presidente de la República es ajeno a los acontecimientos”. El juez segundo de Distrito en Materia Penal, licenciado Juan José González Bustamante, toma partido: “Al romperse el principio de autoridad, no quedaba otra cosa que obrar con toda energía para reprimir los desórdenes. Si, como se dice, los manifestantes apedrearon la residencia del señor Presidente de la República, por cuya investidura debemos sentir el más profundo respeto, la guardia federal de su casa no hizo sino cumplir el deber que le impone la Ordenanza General del Ejército.”

Los obreros *no* iban armados y *no* apedrearon la residencia. Al entierro, muy concurrido, lo siguen durante unos días paros y protestas. La prensa reduce el tamaño de las respuestas. El presidente Ávila Camacho habla “para tranquilizar la conciencia pública”: “Lo más triste de los sucesos dimana de la desproporción entre el saldo sangriento registrado y las causas que lo motivaron. En la investigación que

está practicándose se descubrirá, seguramente, más que intenciones dolosas, una falta de serenidad y previsión.”

La investigación nunca entrega resultados y la prensa no los exige.

B)

El 3 de enero de 1946, la Unión Nacional Sinarquista, un movimiento de la derecha católica calificado de “quintacolumnista y antipatriótico”, participa en las elecciones de presidente municipal en León, Guanajuato. La votación real es ajena a los resultados oficiales, hay protestas y al candidato sinarquista se le acusa de subversión y de “insultar la persona del Ejecutivo Federal”. Se inicia el mitin y desde las azoteas los soldados disparan. El conteo oficial da 22 muertos y 70 lesionados. Según los sinarquistas, el número de sus víctimas desborda los dos centenares. El motín resultante es intenso, se queman automóviles, se responde con piedras a las balas. Previsiblemente, la noticia se disuelve a los pocos días y el 7 de enero Ávila Camacho le solicita a la Comisión Permanente del Congreso la desaparición de poderes y la designación de un gobernador provisional. A don Manuel tampoco se le recrimina por los atropellos y crímenes de su hermano Maximino.

Don Manuel no es ni se propone ser un estadista. Representa a la Suprema Autoridad, ayuda a la causa de los Aliados, es el emblema de la estabilidad y el responsable de la participación del Escuadrón 201 en la guerra del Pacífico en 1945. No, ya se sabe que no es Obregón, no es Calles, no es Cárdenas... y, entre incienso periodístico, nunca se define quién es Ávila Camacho, el gobernante del tránsito al poder civil y el responsable del país durante la guerra contra el nazifascismo.

A un gobernante convencido de lo intangible del poder, autocomplaciente y seguro de la aureola de unanimidad como

Ávila Camacho, la crítica le resulta abominable, así apenas la padezca, sólo andanadas semimarxistas o hiperconservadoras. Y por eso, a diferencia de Porfirio Díaz o de Gustavo Díaz Ordaz, Ávila Camacho no ve en la prensa de oposición a la insidia que pervierte inocentes. Además, el Presidente Caballero se ocupa en desarmar ideológicamente al Partido Nacional Revolucionario, con ayuda de la prensa. En el reparto ya firmísimo de tareas, a la prensa le toca el registro alborozado de los actos de gobierno, las ocho columnas como templete del régimen, las crónicas electorales a modo de festejo anticipado, el júbilo por los discursos que nadie entiende o nadie oye.

De la prensa como modernizadora

El monopolio legal e ilegal de la fuerza en manos del gobierno. En la etapa 1940-1958, la de los presidentes Ávila Camacho, Alemán y Ruiz Cortines, la prensa y el circuito oral son determinantes, y por eso en un país donde el analfabetismo y el analfabetismo funcional imperan, la opinión pública es casi estrictamente un fenómeno urbano, por más que la red de periódicos locales sea muy amplia. Si los circuitos de la oralidad concentran lo creíble (un rumor es el hecho que ha sobrevivido a la censura) y lo increíble que al ser muy divertido merece ser cierto (una fábula sobre la clase gobernante es un acto de venganza de la imaginación), la prensa es la embajadora o la distribuidora de la modernidad, entendida ésta como el vínculo con el resto del mundo, al ser lo nacional no lo moderno sino su esbozo desigual.

Lo moderno: leer sobre Hitler, Mussolini, la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt, Truman, De Gaulle, Churchill, Dunquerque, Rommel, MacArthur, Eisenhower, Hiroshima, Mao Tse-Tung, Corea. Lo moderno: la estabilidad de la na-

ción ya integrada a la Unión Panamericana y la Causa de los Aliados. Lo moderno: la política nacional como el hecho que involucra a través de la cadena de beneficios personales y familiares. Lo moderno: los deportes, los espectáculos. Lo moderno: los estilos de vida que asombran, se rechazan por un tiempo y se adoptan con fervor. Lo moderno: la publicidad. Lo moderno: leer en los periódicos las noticias de México como si se tratara de otro país.

La Guerra Fría: "Los comunistas debajo de la cama"

Si algo transforma al extremo la orientación de "la prensa nacional" es la emergencia de la Guerra Fría, el nombre que toma entre 1947 y 1989 el enfrentamiento militar, político, ideológico y cultural entre dos grandes bloques: el encabezado por Norteamérica y el presidido por la URSS. Para los que viven en el "Mundo Libre" la Guerra Fría significa la izquierda hostigada y perseguida, la destrucción sistemática de los intentos de justicia social a cuenta del combate a "la subversión", la certeza de que los partidos y movimientos *progresistas* (el término es de la época) están condenados de antemano. A los que viven en "las democracias socialistas" les tocan las purgas, las desapariciones, las torturas, la reescritura de la Historia, la eliminación sistemática de libertades.

En México la Guerra Fría en su versión norteamericana se adueña de la mayor parte de la prensa y fomenta climas de histeria que, sorpresivamente, sojuzgan el imaginario popular y ganan con rapidez la batalla ideológica y cultural. Así defiendan genuinamente los intereses del pueblo, los "rojillos" son vistos con burla y recelo. Y la explicación es sencilla: los comunistas son ateos, no creen en las libertades, agitan en las sombras, se proponen tiranizar a la gente. La combinación de verdades y mentiras (la descripción de lo que

sucede en el socialismo real es comparativamente leve; la caracterización de la izquierda es calumniosa) desemboca en las campañas de linchamiento informativo de movilizaciones, huelgas, defensas de la soberanía nacional.

A la prensa “nacional” la Guerra Fría la ayuda ostentadamente. El coronel José García Valseca (1901-1980) es un caso paradigmático. Militar carrancista, editor ocasional de periódicos más bien tristes, García Valseca conoce el éxito económico con cómics y “revistas del hogar”: *Paquito*, *Pepín*, *Mujercita* y *Manos Arriba*. En 1941 funda *Esto*, tabloide deportivo, el primer periódico de lo que será la Cadena García Valseca, que en su clímax cuenta con 37 diarios, el 22% del total nacional en 1972. En *El Sol de México*, sobre todo, García Valseca desata la furia anticomunista contra todo proyecto de izquierda o vagamente de izquierda. Es un perseguidor despreocupado por la mínima relación con la objetividad.

Otro gran militante de la Guerra Fría es Rodrigo de Llano, el director de *Excélsior*, muy amigo de los embajadores sucesivos de Estados Unidos. En el periodo cuya eficacia propagandística concluye en 1968, aunque todavía se prolonga agónicamente en la ideología del presidente Ernesto Zedillo, el acatamiento de la Guerra Fría en versión del Departamento de Estado es el primer rasgo de autonomía relativa de la prensa “nacional”. También obedecen a otro amo.

IX. Miguel Alemán Valdés (1946-1952)

Desde la campaña de Miguel Alemán se implantan los métodos de control y teatralización de la política. A la prensa la benefician cuantiosamente las inserciones pagadas (fotos,

gacetillas), la venta de las ocho columnas, los manifiestos de plana entera. Los sectores del PRI se adhieren y los Notables se pronuncian en pleno deslumbramiento: “El Mejor Hombre”. Uno por uno y coaligados, los sectores ratifican su lealtad: la Confederación Nacional Campesina (CNC), la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP). El 18 de enero de 1946 ocurre el acontecimiento que normará las relaciones entre el gobierno y la prensa: desaparece el PRM y surge el Partido Revolucionario Institucional (PRI), con todo y lema: “Democracia y Justicia Social”.

El presidente Alemán es el primer creyente en el gran impacto político de la publicidad, la ideología aportada por la americanización. Su premisa es simple: que el juicio de la Historia no ocurra después sino ahora, cuando gobierna. Si el interesado no contempla los homenajes que se le rinden, ¿quién sabrá si fueron o no sinceros? Guillermo Ibarra, director del periódico del gobierno *El Nacional*, acompaña al Presidente a Yucatán a la inauguración del Ferrocarril del Sureste, adjetiva la obra (“heroica”) y alaba a su jefe en el diario del 7 de junio de 1950:

Miguel Alemán —conductor de nuestros destinos, en esta etapa de la Revolución Mexicana— está ya en la historia de México como un auténtico sembrador de caminos. Y lo hemos visto a través de los caminos del Sureste, reafirmandose en la voluntad popular gracias a la indiscutible calidad humana que resalta en cada uno de sus actos, en todos sus gestos y en su sonrisa ancha, como un ejido abierto a todos los vientos de la patria (en Rafael Loyola Díaz, *Una mirada a México. El Nacional 1940-1952*, UNAM, México, 1996).

Una sonrisa como un ejido abierto a todos los vientos de la patria... El culto a la personalidad es un efecto especial del culto a la magia publicitaria. *El Nacional*, fundado en 1929 como órgano del Partido Nacional Revolucionario, se especializa en la alabanza, tal vez al cobijo de su impunidad: ¿quién lo lee? (Es leyenda en el gremio periodístico la conversación entre el presidente Ruiz Cortines y el director de *El Nacional*. El Presidente le participa de una noticia exclusiva y el director, alborozado, le pide permiso para publicarla. Ruiz Cortines duda un instante y acepta: “Publíquelo, pero no se lo cuente a nadie.”) Y no se quedan atrás en zalamería *La Prensa* (fundado en 1928), *Novedades* (1936-2002), *El Universal* (fundado en 1916), *Excélsior* (fundado en 1917).

En febrero de 1951 la CTM designa al Presidente “Primer Obrero de México” y le concede el cargo de Secretario General Honorario *ad-perpetuam*; el Viaducto que anticipa los *highways* en la Ciudad de México lleva el nombre de Miguel Alemán; en su *Diario Público* del 27 de febrero de 1952, Salvador Novo, al narrar la reunión de los preparatorianos 1920-1924, incluye una escena para nada excepcional:

Otro documento circuló por las mesas: una propuesta de José Negrete Herrera, hoy médico eminente, en solicitud de apoyo moral para pedir que el presidente Alemán sea el próximo rector de la Universidad. Nada sería realmente más justo ni más hermoso, ni mejor para una Universidad por la que él se ha preocupado más que nadie en su historia: velando por su solvencia, construyendo una ciudad para su digno asiento y su desenvolvimiento; y sobre todo, mostrándole al país —y a todos los países— lo que puede en todos los ramos construir un gobierno que se integra con universitarios.

Nada más hermoso... Ya la CROM y el Grupo Artículo 39 han solicitado la reelección de Alemán por lo menos otros cuatro años. Y se argumenta la gana de perpetuidad: se han multiplicado la irrigación y la electrificación, se extiende el Seguro Social, se renueva la Ciudad de México, se amplían los beneficios del Seguro Social. Ante esto, la opinión pública no querrá delatarse como ingrata, y deberá regocijarse: el 18 de noviembre de 1952, en ceremonia naturalmente solemne, se devela “la grandiosa estatua” del Presidente en Ciudad Universitaria ante una legión de bienquerientes; dos días después, se inaugura la Ciudad Universitaria (sin estudiantes), y se elige el 20 de Noviembre porque Alemán “es producto y herencia de la Revolución Mexicana”.

Fuera de la muy minoritaria prensa de oposición, nadie califica de ridiculez o desmesura el fluir de la adulación. Si acaso, la izquierda y el humor cínico inventan paródicamente instituciones como el FUL (Frente Único de Lambiscones) con su canción dedicada al Presidente: “Tú, sólo tú”, o como el CUA (Confederación Única de Ardidos). A tal punto está desmovilizada o narcotizada la crítica, que la cortesanía se funde en el paisaje. De esta época proviene la esquila legendaria que Francisco Martínez de la Vega aseguraba haber leído: “La niña Amparito González voló al cielo a la tierna edad de tres años. Sus atribulados padres lo comunican con aflicción y aprovechan la oportunidad para solidarizarse con la candidatura del licenciado Miguel Alemán Valdés a la Presidencia de la República.”

Tan moderno como el capitalismo salvaje

Miguel Alemán funda su modernidad en varias insistencias de la clase gobernante:

- A la opinión pública no se le toma en cuenta o se le desprecia considerándola una “zona tolerada”. A la crítica no se le conceden virtudes porque —ignorante de las vicisitudes diarias del poder— carece de referencias válidas y de visiones de conjunto, y por eso no entiende que reprimir es enderezar el rumbo de la nación.
- La corrupción es el mal nombre de esa acumulación del capital sin la cual las naciones se afantasmarían en las chozas, y por eso una ocurrencia del capitalismo se ofrece como el método curativo (a largo plazo) de la desigualdad. El alemanismo difunde la tesis del “hamiltonismo social”: primero acumular en unas cuantas manos el capital y luego repartirlo debidamente.
- El Progreso o es una fiesta o no tiene caso.

La relación de Alemán con la prensa produce un modelo válido para los regímenes siguientes: la abundancia de concesiones a los dueños de los periódicos, casi todos capitanes de empresa; la entrega, menos caprichosa de lo que parece, de la publicidad gubernamental; la institución de la autocensura como ahorro de tiempo y telefonazos; el ingreso de los políticos a la celebridad social. Alemán preside bodas, fiestas, inauguraciones de empresas, cenas en Acapulco; Alemán duerme en la Casa Blanca, y la prensa lo sigue alborozada. Si reprime lo hace al cobijo de la Guerra Fría, ¿y quién se atreve a defender a los subversivos? Si los de su grupo se sumergen en la corrupción, ¿qué se le opone que no sean chistes marcados por la envidia? Y a las represiones, si les va bien, se les manda a la última página:

- En 1951 el semanario *Presente*, dirigido por Jorge Piñón Sandoval, critica y chotea al grupo alemanista y al Presidente, y difunde el sobrenombre del grupo, “Alí Babá y los cuarenta ladrones”. La respuesta: forcejeos en la entrega del papel, presiones sobre los colaboradores, y un *grand-finale*: unos pistoleros invaden los talleres de la

revista, golpean con furia a Piñón y los operarios, y *Presente* desaparece. No hay arrestos.

- El 1 de mayo de 1952, frente a la Alameda, se disuelve a un pequeño grupo del Partido Comunista que pretende añadirse a la marcha obrera. Se les rechaza a balazos y hay dos muertos. Al día siguiente la información es nebulosa y sólo queda la foto de los hermanos Mayo de la madre de un militante asesinado, que se aferra al cuerpo tendido en una plancha de cemento.
- Un hecho pintoresco: en la revista *Hoy* dirigida por José Pagés Llergo se publica una fotografía "cachonda". Allí Carlos Girón, yerno del presidente Alemán, lanza una mirada "lúbrica" a una bailarina de un show parisino, mientras su mujer lo ve reprobadoramente. El resultado: la salida de Pagés de la publicación.

En 1952, la prensa desata una severísima campaña de linchamiento político del adversario del PRI en las elecciones presidenciales. Si ya en 1945 y 1946 es rabiosa (y divertida) la campaña contra el rival de Alemán, el secretario de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla, es todavía más inclemente la enderezada contra el general Miguel Henríquez Guzmán y su plataforma electoral, la Federación de Partidos del Pueblo (FPP). El secretario de Gobernación Adolfo Ruiz Cortines es el candidato, aunque sus habilidades en campaña son nulas: de aspecto múltiplemente envejecido, grisáceo, burócrata, no suscita entusiasmos ni podría hacerlo, así las crónicas periodísticas atestigüen lo contrario. Henríquez, ya precandidato en 1946, atrae a un sector convencido del rumbo contrarrevolucionario de Alemán. Lo apoyan vastos sectores campesinos y de las clases medias, y entre sus partidarios se hallan los zapatistas Genovevo de la O y Rubén Jaramillo, el símbolo del Constituyente de 1917, Francisco J. Múgica, y el general Marcelino García Barragán. La prensa divulga el pasado (no muy recomendable) de Henríquez y tergiversa minuciosamente su cam-

pañá. Los actos de masas se describen como reuniones minúsculas y el fervor popular se borra al llegar a la página.

Según la prensa, la FPP esparce y predica la violencia. A diario la opinión pública (versión alemanista) se persuade del grave peligro que representa el henriquismo. Típicamente, los hechos de violencia (frecuentes) se atribuyen a la FPP, que curiosamente aporta la gran mayoría de los muertos. Se organiza la “compra de voluntades” y en los periódicos abundan los desplegados con renunciaciones de comités de la FPP o de militantes “conocidos”, ya al tanto de la ruindad de su ídolo con pies de barro. El modelo es canónico: los renunciados se decepcionan de la Federación porque “sus discursos, sus declaraciones, sus manifiestos, sus ideas y sus actos llevan impreso el sello de la calumnia, de la insidia y de la violencia”, se alejan de un movimiento “que engaña al pueblo” y algo reciben por su lucidez tardía.

X. La Era del PRI

Es abrumador el significado de la Era del PRI, que sólo se extingue el 2 de julio de 2000. Entre otras cosas, en lo tocante a medios informativos:

- El gobierno ratifica su calidad de primer anunciante, lo que afianza el control minucioso.
- PIPSA, la Productora e Importadora de Papel, es la agencia de premios y castigos que condona deudas inmensas, acosa a las publicaciones levemente críticas, raciona las entregas. México no es autosuficiente y Canadá es su principal proveedor. Allí, según la excelente investigación de Stephen R. Niblo, *Mexico in the 1940s. Modernity, politics and corruption*, presionan los agentes ingleses que reco-

miendan obligar a los funcionarios de PIPSA al trato directo con el comisionado de exportaciones de Canadá. Si la guerra puede ser la responsable del bloqueo del suministro, el agente sugiere vivamente “acciones que pongan un final efectivo a la propaganda alemana en la prensa mexicana y se asegure que se le dé la mayor importancia a las noticias bélicas de los Aliados y al material anti-nazi”.

- El gobierno federal y los estatales toleran y aun auspician los negocios de los empresarios periodísticos. Hay forcejeos, intimidaciones y chantajes, pero siempre se impone la red de intereses, y la tradición se reafirma: un periódico es una *patente de corso*, expresión muy de la época.
- Se usa a las publicaciones como redes internas de los distintos niveles de poder. Desde las noticias especiales o desde las columnas, se avisa de cambios de ánimo, de nuevas fortunas políticas, de condenas.
- Se fortalece el habla cortesana, presentándola como el “habla realista” de la sociedad.

De los periodistas en la Era del PRI.

Bucareli: el lenguaje del cinismo

La prensa promueve de modo eficacísimo “la cultura del cinismo”, codificada desde el PNR y potenciada por el PRI. Los articulistas y los columnistas se divierten al reproducir, mejorar o inventar anécdotas, y divulgar frases célebres: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error” (de César Garizurieta, “El Tlacuache”); “Honrado, honrado, honrado, no es; honrado, honrado, tampoco. Honrado, puede que sí”; “Embute que no te corrompa, acéptalo” (René Arteaga). Usuarios del lenguaje semipúblico de los políticos que infecta diversos niveles de la sociedad, los cínicos, al serlo pródigamente, se reservan tres derechos: el del sentido del humor

pese a todo, el de la racionalidad última y el de la comprensión esencial de los hechos. Y el uso pródigo del cinismo es un antídoto contra la solemnidad de los textos. De allí la paradoja: por escrito lo común es que los periodistas sean cursis y oficialistas; en privado son comentaristas agudos y demoledores. Esa es la tradición de *Bucareli*, la calle de *Excelsior* y *El Universal*, la avenida cercana a *Novedades*, *La Prensa* y *El Nacional*, la palabra que por extensión ampara las reuniones interminables, el cotejo de datos, el intercambio de favores que conforma al gremio.

Sin cinismo no se sobrevive a la tarea de ejecutar linchamientos morales, y a las mentiras desfachatadas. Cada anécdota se ampara en el humor que “borra” la conciencia de culpa. Un ejemplo:

A un político menor le toca “destapar” al candidato del PRI en Coahuila. Le notifican que será Agustín Villavicencio, presidente municipal de Saltillo. Toma el micrófono y se lanza:

—Compañeros. Nada me da tanto gusto como festejar a uno de los mayores aciertos de nuestro partido, una elección inobjetable. Sí, amigos y correligionarios, Agustín Villavicencio es el hombre ideal, infatigable, insobornable, todo él una maquinaria militante, un patriota convencido, un mexicano hasta las cachas. ¿Qué mejor destino para nuestro noble y glorioso estado que la conducción férrea y el temple viril de Agustín Villavicencio?

En eso se halla cuando le pasan un papel: “Ya cállate. Cambiaron de opinión en el Centro. El bueno no es éste, el bueno es el senador Gonzalo Díaz”. El político se turba un instante, y luego prosigue:

—Si amigos, el PRI es el espacio de los grandes hombres y de las sorpresas siempre gratas. ¿Oyeron

todo lo que dije de Agustín? Pues eso no es nada, porque al lado de Gonzalo Díaz es un pobre pendejo. ¡Ese sí es el bueno! ¡Ese sí que es el hombre de Coahuila!

“Si no nos vemos antes, no será por culpa mía”

Con Alemán se fortalece un arquetipo o estereotipo de la prensa, y el modelo es *Excélsior*, uno de los responsables del aletargamiento de la especie de los lectores, tan activa unos años atrás, sustituida por los “informados a las volandas” que confirman en la sobremesa los chismes de las columnas. La criatura alemanista por excelencia es Carlos Denegri, el reportero estrella de *Excélsior*, muy trabajador, adulador sin escrúpulos, cursi sin medida y especialista en el abuso de poder. La muy disminuida opinión pública lee de lunes a viernes su columna “Miscelánea” y los domingos “Miscelánea Semanal”, con información que le proporciona el priista Francisco Galindo Ochoa. Más que leerlo, a Denegri se le descifra en los desayunos de la *clase política* (la expresión “sociológica” urdida por periodistas que la definen como el sector al margen de las divisiones convencionales, a las órdenes de un solo jefe y de acción unificada en los relevos de mando y en las crisis. Si buscan adjetivarla, sólo hay un término: priista). Si Denegri no es el único columnista que ensalza al régimen y se ostenta como “influyentazo”, sí es el ejemplo límite del periodista como cacique.

El director de *Excélsior*, indescifrable y previsible, es Rodrigo de Llano, el “Skipper” de “la vieja escuela” o de “la Universidad de la Vida”, de comidas prolongadas por el whisky, el coñac y el maltrato a los meseros. A él le preocupa no defraudar nunca al Presidente de la República, combatir a los subversivos y no informar más de lo debido. Todo se da con vistas al Lector Que Importa y, de paso, en función

de los secretarios de Estado, los gobernadores, los senadores, los diputados, los empresarios, los obispos. Los lectores comunes y corrientes (los excluidos de la lista anterior) aportan resignación, escepticismo burlón, indiferencia teatral que pronto se vuelve indiferencia profunda, desconfianza al acecho del alarmismo, vislumbres de lo que acontece. “Si mencionan el clamor delirante en el Informe Presidencial, quiere decir que a lo mejor no todos se durmieron.”

“Lo que cobro más caro es lo que no escribo”

Hay dos tipos de escritores. Uno es el tipo que cava la tierra en busca de la verdad. Está abajo en el hoyo echando la tierra hacia arriba. Pero encima de él hay otro hombre devolviendo la tierra abajo. Él también es periodista. Entre ambos siempre hay un duelo [...]. Los hombres del poder siempre tienen empresas de limpieza y funerarias simbólicas. Hay cantidad de periodistas que no dudarían en vender sus almas por ejecutar los recados de los poderosos. Volver a tapar la tierra. Enterrar los escándalos. Elevar las apariencias a verdades, garantizar la ilusión de la sociedad limpia.

HENNING MANKELL, *La pista falsa*

El cinismo —gozo de la resignación, inútil venganza irónica— es en la Era del PRI el lenguaje interno y externo de la prensa. Los periodistas se divierten al explicar en privado lo que realmente sucede, lo que niegan y enturbian en público. Así son las reglas del juego: la credibilidad a la que se puede o debe aspirar proviene del triunfo económico (que obliga al éxito social), y por eso el periodismo se envuelve en el

cinismo, no por la importancia previa de la honradez, sino porque nada se puede contra los poderosos y sus certificados de impunidad. Durante décadas, a los columnistas y reporteros los señalan su disponibilidad (“Permítame adivinar, Señor Presidente, a cualquier hora del día usted está pensando en México”) y la virulencia ejercida contra los descontentos. El poder crea sobre la marcha sus refrendos, sus criterios de verdad, sus hechos irrefutables. Y ante eso la prensa (sus representaciones más visibles) sólo añade el desprecio por la ética.

Es muy tenue la crítica. Durante una larga etapa, con las infrecuentes y muy aisladas excepciones, se hace periodismo para entretener al poder y a los Lectores Ocasionales, que ocupan todo el tiempo mental de los directores de publicaciones y los periodistas afamados. Si además se complace a los lectores, no hay inconveniente. En su obra de teatro *A Ocho Columnas* (1956), Salvador Novo retrata un periodista a-lo-Carlos-Denegri, Enrique, cuya ruta triunfal contrasta con la blandenguería de Torres, un redactor viejo, y con el idealismo de Carlos, el reportero que se niega a ser cómplice de canalladas. No obstante lo esquemático de la pieza y su verbosidad previsible, o quizás por eso, *A Ocho Columnas* expresa la visión de los propios periodistas sobre su gremio:

TORRES: Que soy peor que Alfonso. Más abyecto, más miserable. Porque yo he protestado siempre, íntimamente, contra esta situación; pero sin atreverme a romper con ella. Alfonso [el corruptísimo director del diario en que trabajan] es una fuerza. Yo soy una debilidad. Él es un técnico del periodismo y la técnica no reconoce moral, ni la tiene. Su premio es el éxito, y él lo ha alcanzado siempre. Y no estoy muy seguro de que deba culparse más a quien industrializa la basura, que a quien la produce. Yo, en cambio...

CARLOS: Guárdese sus ideas. Haga con ellas sus editoriales. A mí no trate de conmoverme ni de persuadirme. De un golpe lo he visto todo. El asco de una mafia que desde la impunidad de sus escritorios maneja y hace y deshace reputaciones y prestigios, que falsea la verdad, que calumnia y miente con el mayor descaro, porque al fin, con arrinconar una rectificación empastelada, si llega a ser preciso, con eso han cumplido. ¡Y Pilatos se lava una vez más las manos, y esplende inmaculada la gloria de la libertad de prensa! ¡Los intocables, los sabelotodo, los guardianes celosos de la moral, los censores adustos del Gobierno que los subvenciona y los compra y calla retacándoles el hocico con billetes!

Fortunas rápidas, prestigios que nunca son tales, desvergüenza que se conmueve sinceramente ante los elogios por su probidad. En eso consisten las carreras de un número amplísimo de los periodistas destacados. Si el primer lector es el Presidente de la República, ¿a quién le interesa el lector a secas, que no concede prebendas ni fomenta famas? Si el lector se cansa de recelar de lo impreso y elige el rumor, allá él y sus frustraciones mejor informadas. El rumor rara vez se imprime y la Historia, obsesión de los políticos, no atiende a la cultura oral y nada más se guía por las constancias hemerográficas, de acuerdo con este criterio.

Varias generaciones de reporteros y miembros de las redacciones desprecian sus talentos y aman y odian a la corrupción que los doblega. Aceptan la costumbre y se disculpan ofreciendo la lectura entre líneas y a contracorriente. Y el aporte de los lectores a la desmovilización moral es su dejadez: “Ni modo, no les creo, pero no se puede hacer nada.” Y esto ayuda a explicar por qué no irritan demasiado las mentiras graves y la distorsión frenética de los hechos.

No hay sino una moraleja: así son las cosas, este periodismo merecemos y nada ganamos con reacciones “de conciencia”. Y la ética es aquel sistema de prejuicios que impide entender y jerarquizar debidamente las noticias.

Con lo anterior, no acuso a todo el periodismo mexicano de corrupto, ni sugiero que los corruptos son mayoría. No ocurre así, desde luego, pero sí, y de allí la importancia del éxito de los “plumíferos” y “gacetilleros”, la lógica de los corruptos domina el escenario, inhibe, fomenta la autocensura y propone con fuerza otro sistema de compensaciones salariales. Mientras, la Secretaría de Gobernación ejerce el control minucioso, el gobierno es el primer anunciante y, sin necesidad de ser específico, jerarquiza los anuncios del empresariado.

La apertura a la fuerza

A lo largo del siglo XX la censura es el gran instrumento del poder. Minimiza o anula las libertades de expresión, inhibe el desarrollo cultural, inhibe la confianza en el uso de la imaginación, y minimiza a la crítica calificándola de regalo del gobierno. Los avances en materia de franqueza política o sexual se concentran en la Ciudad de México. En las regiones, o “la provincia”, la censura actúa bajo las órdenes de cuatro poderes: el gobierno federal y los gobiernos locales, la iglesia católica, los representantes de la Familia y los enviados del gobierno norteamericano.

“La jaula busca al pájaro”, dice un aforismo de Kafka. El trabajo de la censura es único. Por vía de ejemplo cito películas que en su momento enfadan o escandalizan a la Dirección General de Cinematografía. A *Los olvidados* de Luis Buñuel (1950) se le acusa de difamar la realidad mexicana al exhibir la miseria económica y espiritual “que no

existe o no importa”; por eso, la censura le impone al film una secuencia idílica en una granja-reformatorio para niños, en donde se alaba al Estado que resuelve todos y cada uno de los problemas. Se prohíbe *La Rosa Blanca*, de Roberto Gavaldón (1961), por representar críticamente a las empresas norteamericanas en la etapa previa a la Expropiación Petrolera, y sólo se permite su exhibición cuando ya es un anacronismo consumado. Se enlata *La sombra del caudillo* (1960), de Julio Bracho, sobre la gran novela de Martín Luis Guzmán, por sus “calumnias” al ejército, aunque en un prólogo añadido a la película el propio Martín Luis Guzmán sitúa con cuidado la década de 1920 y el conflicto que lleva a los generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez a rebelarse contra el presidente Obregón. Se prohíbe *El brazo fuerte* (1958), de Giovanni Korporal, por presentar la “fantasía” de un pueblo en donde siempre triunfa un partido único con métodos corruptos. Según la censura, alguien podría confundirse y localizar alusiones al PRI.

XI. Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958).

Donde todos se preparan para lo ya acontecido

En su gobierno, Ruiz Cortines apenas conoce de movimientos serios o dramáticos de la oposición. Casi nada es frontal: no hay crisis ministeriales, la prensa lo alaba moderadamente, y si no es popular (lo del “Viejito Ruiz Cortines” lo aísla de los jóvenes) tampoco es impopular (es el símbolo de la generación que se despide dándole la bienvenida a la modernidad). Ciertamente, hay insurgencia sindical, una huelga universitaria por el alza de las tarifas camioneras (1958) y problemas en el campo. ¿Pero qué repercute de todo esto en las noticias?

Nada muy significativo, porque la protesta no corresponde al ánimo del momento.

El lema de don Adolfo se presta al choteo, pero a muy poco más: "Al trabajo fecundo y creador". Sin embargo, detrás de la retórica antigua continúan las presas, las carreteras, el acceso de las clases medias al consumo, el crecimiento de la industria de la construcción, el desarrollo de la educación media y superior. Los empresarios periodísticos saben a Ruiz Cortines distante y marrullero, pero al fin y al cabo susceptible a la adulación, o por lo menos a la tranquilidad de ánimo que engendra la falta de problemas.

La Gran Prensa se compone de *El Universal*, *Excélsior* y *Novedades*, por un lado, y por el otro, de mucho menor circulación, de los semanarios *Tiempo*, el mejor redactado, que funda Martín Luis Guzmán en 1942 y que mantiene una línea anticlerical; *Hoy*, *Mañana* y *Siempre!*, fundada en 1953 y dirigida por José Pagés Llergo. Es sintomática la relación con el poder de estos diarios y esta última revista. Los primeros no discrepan, se someten al Presidente y al PRI; en *Siempre!*, Pagés Llergo intenta combinar izquierda, derecha y centro liberal en la etapa de mayor control de la Guerra Fría y del PRI. Artículos que hoy parecerían gobiernistas se califican de "audaces" y "subversivos". El ejemplo del periodista valiente es Roberto Blanco Moheno, que "vierte sus entrañas" y su "mexicanísima vida" en cada artículo. Se califican de "sacrilegios" las opiniones críticas, digamos las de Renato Leduc, Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado, Víctor Rico Galán, y la demagogia usa las mayúsculas PARA AMAR DESESPERADAMENTE A MÉXICO... y disponer de canonjías y contratos.

Los diarios son grandes empresas, facturan millones de pesos, desbordan publicidad y contratos, son la garantía de anunciantes y dolientes (entre los privilegios de los pudientes está la posibilidad de comprar espacio en la pri-

mera plana para las esquelas), y son también los interlocutores intermitentes del Presidente. ¿Por qué no? La opinión pública apenas existe, nadie la define y cuando se concreta lo más seguro es que defienda una causa perdida. (Se entiende entonces por opinión pública de la derecha a la marginación y la suma de comentarios amargos de “la gente decente”).)

Adolfo López Mateos (1958-1964)

El presidente López Mateos es disidente en su juventud (participa en la campaña presidencial de José Vasconcelos) y luego priista exitoso. A él las relaciones con la prensa le parecen cosa juzgada. La televisión importa poco y sus noticieros son más bien el registro de cocteles de inauguración. Y las publicaciones son a tal punto adictas que también el gobierno depende del rumor si quiere enterarse de algo. López Mateos es agradable y resuelve sus problemas de imagen con facilidad. En su sexenio el ocultamiento de los hechos corresponde a la “naturaleza social”. Estas son algunas de sus acciones:

- En marzo y abril de 1959 reprime con saña, utilizando varios batallones del Ejército, al sindicato ferrocarrilero dirigido por Demetrio Vallejo, un izquierdista intransigente. En un solo día se detiene a más de diez mil trabajadores y a uno de los líderes, Román Guerra Monterrey, se le tortura y asesina, pintándole los labios y las uñas para hacer pasar el crimen como “cosa de homosexuales”. Se cesa a nueve mil huelguistas y Vallejo, Valentín Campa, líder del Partido Obrero Campesino de México (POCM) y varios miembros de la dirigencia sindical van a la cárcel por once años y medio. Cuando se le pregunta a López Mateos por los presos políticos, responde

airado: “En México no hay presos políticos, hay delincuentes del orden común.”

- En 1959 y 1960 se reprime a los disidentes de la Sección IX del SNTE, dirigidos por Othón Salazar, del Partido Comunista. Se les difama, se les exhibe como “subversivos”, se les golpea en las manifestaciones, se les corre de los empleos, se encarcela a los líderes. El 4 de agosto de 1960 se agrede —con policías, agentes judiciales, granaderos y policía montada— a la manifestación que sale de la Escuela Normal de Maestros. La disolución salvaje de la marcha se acompaña de arrestos y de felicitaciones a los guardianes del orden.
- Se reprime la disidencia en el sindicato petrolero y en el electricista.
- López Mateos se opone a la salida de Cuba de la OEA y al mismo tiempo no admite la solidaridad de los mexicanos México con la Revolución Cubana. Explica su proceder. “A mi izquierda y a mi derecha está el abismo.”
- Se reprime o se corrompe a los movimientos campesinos independientes, de los que casi nada se sabe. El 23 de marzo de 1962, un camión de soldados secuestra en Tlalquitenango, Morelos, al líder agrario Rubén Jaramillo, su mujer Epifania (embarazada) y tres de sus hijos. Semanas antes, Jaramillo se entrevista con López Mateos y, ante cámaras, le da un abrazo. La causa evidente de los asesinatos es la oposición de Jaramillo a la expropiación “por causas de interés nacional” de tierras campesinas que se quieren convertir en fraccionamientos exclusivos (Michapa y El Guarín).

¿Qué se publica en la prensa de lo anterior? La publicación que sistematiza la resistencia es *Política*, fundada en 1960 y dirigida por Manuel Marcué Pardiñas. Bajo el esquema inevitable de *Time*, *Política* informa sobre el curso de las represiones y sobre los quebrantamientos del nacionalismo oficial,

acosado por la necesidad de agradar al gobierno norteamericano y de disolver la disidencia interna. Por lo demás, acusar a personas o agrupaciones de “subversivos” o “comunistas” es despojarlos de toda legitimidad. Así, a la familia Jaramillo se le víctima de nuevo. “Rubén Jaramillo se había alzado en armas de nuevo, / invadía tierras ejidales y provocaba al gobierno, / preparaba un golpe terrorista-comunista en el país, / asaltaba turistas en la carretera que va a Cuautla”. La protesta es muy reducida, la asume una parte de la prensa y el sector campesino de Morelos y en junio de 1962 se ha extinguido. De la represión sindical poco se escribe. Protestar es hacer profesión de fe subversiva y, hasta el final, López Mateos es un Presidente popular.

XII. Instituciones: El Embute

*“Lo que yo quisiera saber es quién fue el miserable
que circuló la fama de mi honestidad”*

El Jefe de Prensa de la importante Secretaría de Estado se levanta de su muy estratégica mesa en el restaurante de la Zona Rosa o de Polanco y abraza uno a uno a sus comensales (Destacados Periodistas). El protocolo no varía: bromas ásperas, elogios a los presentes que disponen de lectores como las arenas de la mar, preocupaciones unificadas por el porvenir de la patria y la confirmación ritual sin necesidad de palabras: tú, periodista, aceptas mi amistad, recibes desagrado pero satisfecho mis regalos, admites mis sugerencias y la objetividad de mis boletines, y tan distingues entre el funcionario (*a mis brazos*) y el amigo (*eso va con el puesto*) que asistirás a la próxima comida... Tú, funcionario,

infórmale a tu superior que todo va bien: somos libres para oírlo con unción y libres para elogiarlo y libres para despedazar a sus enemigos y libres para intercambiar gratitudes. Gracias a nosotros, tu superior, tu hermano y tú mismo, gozarán la metamorfosis: Ya sabes, gracias a nosotros donde está un hoyo aparece la supercarretera, donde se lee trayectoria de burócrata resplandece el liderazgo, donde tiembla el funcionario corrupto se proyecta un patriota injustamente acusado, donde se tambalea una administración se instala la utopía.

Arca de la Alianza, flor de las adormideras, sobresueldo legendario, reclasificación jerárquica, ganancia en las escaramuzas privadas a favor de la Patria (naturalmente), tentación sin riesgo de pecado, lontananza de los aspirantes sin vocación, escollo donde se trituran las vocaciones, el Embute (el Chayote, el Cochupo, el Sobre) es, en la prensa mexicana, la institución que prescinde de la fe y sólo se ocupa de la demostración. Tal y como lo delata su origen verbal, el Embute (acción de “mediatizar” la garganta, de impedir con dádivas las palabras) es el equivalente periodístico de la mordida, es el acto de compra (ni pública ni privada) que moviliza el descubrimiento de milagros: “¡El Señor Licenciado inauguró el país!!”

La perspectiva anecdótica generaliza las consecuencias de la suma de cohechos individuales: *Demasiados representantes tuyos, oh Medios, se dejan querer. Luego, no mereces crédito.* El embute impide por largo tiempo la confianza de los lectores y el desarrollo de un periodismo independiente, y lo traduce todo al idioma único de los gajes, las compensaciones, el cambio de status del periodismo, las garantías de “influyentismo”, los certificados de impunidad. Una vez más, los árboles no nos dejan ver el bosque. El embute lastra y deforma, pero el obstáculo principal de la libertad de prensa es la ansiedad del control absoluto del gobierno.

Lo fundamental, tratándose de la prensa, es la conducta de las publicaciones (lo que se silencia, lo que se elogia). Más relevantes que la adquisición al mayoreo o al menudeo de puntos de vista, son las negociaciones en la cúpula, la permuta diaria de las ocho columnas por concesiones (“Yo, Prensa, destaco tu infalibilidad y tú, gobierno, ratificas mi credibilidad”), el monopolio de las agencias nacionales que elaboran la visión del mundo *en exclusiva para México*. Sin justificar a quien lo frecuenta ni negar sus dramáticas y patéticas consecuencias, al embute le corresponden responsabilidades muy circunscritas: duplicar en el diario o la revista los procedimientos gubernamentales de control, evidenciar el rol que los grupos dominantes le asignan a la prensa y colaborar en el intercambio de noticias cifradas en el seno de la clase política.

En el medio mexicano, el periodista ha sido intermedio entre los poderes y las diversas formas de la desposesión. A la prensa le corresponde redistribuir información “para los enterados”, persuadir y disuadir hasta cierto punto a la Opinión Pública, neutralizar sus “inclinaciones heterodoxas”, parodiar las expresiones de la conciencia libre y convencer de la inexistencia de opciones.

El embute es, también, una *advertencia*: no nos interesa que crean lo que se publica, nos interesa que se enteren de la idea oficial de la realidad. Y la mitomanía es circular: quien manipula a quienes manipulan tendrá los cien años de perdón del juego de espejos: *Aquí está tu recompensa, Opinión Pública / Aquí está mi aquiescencia ¡Oh Poder!* De hecho, el embute es la alegre ratificación: la prensa denuncia virilmente la excelsitud de la clase dominante, y ésta recompensa la osadía de los comunicadores que la ensalzan. Y los sofismas son casi perfectos: *Se me compra porque se me teme. Se me teme porque me dejo comprar. No me dejo comprar hoy para que me compren más caro mañana. Y*

mientras, el adquirido se siente importante y el cliente actúa su mecenazgo despreciativo: *Sé a diario cuánto valen de veras los “representantes de la Opinión Pública”.* Soy superior a ellos porque ellos ignoran mi precio.

Hacia una praxis liberadora del embute

Váyase al límite e imagínese un lector plenamente desinformado. Ni siquiera él confía en los elogios exacerbados. Si acaso, las “persuaciones” del embute lo irritan, al observar los ataques ferocísimos a los opositores del Sistema, pero incluso allí la eficacia es mínima: los linchamientos morales de los opositores no movilizan sino a los movilizados de antemano (esto en la capital, en las regiones los resultados son y pueden ser terribles), y obran a modo de exculpaciones. Ya reprimidos el sindicato ferrocarrilero de Demetrio Vallejo (1959), el Movimiento Estudiantil de 1968, la Tendencia Democrática de Rafael Galván en 1974-1975 y el cardenismo en 1988, surge la campaña contra los derrotados. A los previamente convencidos de su necesidad, los linchamientos morales los animan, a los demás los intimidan.

El embute solidifica la gran ilusión mediatizadora: todo esfuerzo crítico es inútil y desaparece en el abismo de la politiquería y la asimilación. Y cada periodista que se deja comprar apuntala el escepticismo ante las actitudes independientes. Esta moraleja anima el embute: la meta de la oposición es la inclusión ventajosa. *Míralo cómo grita y critica. Está pidiendo que lo dejen aplaudir en primera fila.* La misión alterna del embute es difamar a los no corrompidos, y sus consecuencias nunca recaen sobre el comprador (se increpa: “Es un corrupto”, pero no se dice “Es un corruptor que paga por monótonas y risibles glorificaciones”).

¿Por qué subsisten por tantos años y en tan elevado número las publicaciones de los “acridios” (especialistas en chantaje y adulaciones elementales), a las que nadie nunca toma en serio, no desde luego los funcionarios que los subsidian? ¿Por qué esta sobrepoblación de periódicos (26, aproximadamente) en la ciudad de México, donde las lecturas masivas siguen a cargo de publicaciones deportivas y amarillistas? ¿Por qué proliferan esos artículos que, como señaló Francisco Martínez de la Vega, son estrictamente *acuses de recibo*?

En un medio sin organizaciones auténticas, y por lo mismo carente de encumbramientos verdaderos, se requieren las simulaciones que consagran y satanizan. Y la compra de “los representantes de la opinión pública” es esencial en el psicodrama del poderoso: “Vean, el Pueblo me aclama y su legítimo representante, la Prensa, ilumina mis méritos.” El poderoso, en el éxtasis, olvida lo que sabe, el origen de los diluvios encomiásticos, lo invertido en obtener la llamarada adjetival. La ausencia de tradiciones democráticas ha creado un territorio equidistante del autoengaño cabal y la autocrítica. Y la dramatización formal —te pago, me adulas, creo en tu sinceridad— se hace para cumplir con ese vacío de contenidos que, con toda seriedad, hace las veces de política de la información.

“¿Qué valentía del Presidente, que me paga aparte mis artículos de denuncia viril!”

Al embute no lo determinan tanto la venalidad o la docilidad periodísticas como la opulencia administrativa. Al consolidarse las “fuentes” reporteriles y al crecer el papel de los jefes de prensa (ya Directores de Comunicación Social), el embute se vuelve idioma insustituible.

Fluyen regalos y concesiones: los sobres abultados durante las giras de presidentes y gobernadores (candidatos a presidentes y gobernadores), las compensaciones por las notas favorables o por el número de líneas consagradorias en la columna, los empleos fantasma bien remunerados (las “aviadurías”), los boletos para Europa o Las Vegas, las casas y los condominios, los automóviles y los puestos administrativos. No tan secretamente, una legión de periodistas mide su eficacia por los embutes que recibe, rechaza o canjea. El embute, medida de valoración interna.

Si no todos los periodistas son corruptos, ni mucho menos, el gremio periodístico no difiere en demasía de las otras profesiones que soportan los frenos y los controles orgánicos de “las exigencias de Estado”. Pero sin duda el embute daña a un gremio que, no obstante sus deficiencias (no escasean la impreparación, la cultura de anécdotas, la burocratización, el desvanecimiento creciente de la dimensión literaria, la imaginación más que previsible) no es ni podría ser masivamente corrupto. Es, sí, resignado, aunque si a los ojos de los Enterados (los que leen para certificar las versiones de lo escuchado con abundancia) no hay medios informativos, sino reporteros en busca de Sobre, la realidad nunca es tan unánime.

El Día de la Libertad de Prensa

Prensa vendida, la muy útil investigación de Rafael Rodríguez Castañeda, describe y ayuda enormemente a finiquitar las ceremonias tribales del 7 de junio, Día de la Libertad de Prensa desde 1952. En el primer plano de la comedia, el Poder Ejecutivo, grandilocuente, pomposo, a gusto con su corte y generoso con su paciencia ante “el libertinaje” de las publicaciones (un término sin existencia jurídica muy propio de los déspo-

tas); un tanto más abajo, rotundos, satisfechos al declarar su insatisfacción porque “todavía hay retos que afrontar, fortalezas que atacar con denuedo”, se hallan los capitanes de industria, los periodistas, los próceres de la moral rentable y la ira refrigerada. Y asisten, casi por equivocación, los periodistas críticos. Y comida tras comida —hasta 2001, cuando la representación concluye—, discursos tremolantes, felicitaciones-a-media-asta porque “con qué elegancia y justo criterio abordó usted una de nuestras graves deficiencias”, abrazos discretos, promesas retenidas en un gesto, brebajes del acuerdo armonioso entre quien bien gobierna y quien objetivamente informa.

El discurso donde nada se oye

La desconfianza de lectores y oyentes se institucionaliza progresivamente, desaparece la credibilidad básica del discurso oficial, que sólo se oye y lee por deberes profesionales. No hay prácticamente lectores de los discursos rutinarios de los políticos y sólo se atienden las cabezas de las noticias con el afán de extraer lo contrario de lo afirmado expresamente: “Dijeron que no habrá devaluación, cambiemos en el acto nuestro dinero / Dijeron que no habrá escasez de gasolina, vete y llena el tanque”. De los discursos “excepcionales” se toman frases que sin remedio se vuelven el todo de la argumentación.

XIII. Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970)

Agente del Ministerio Público, secretario de Gobernación, Presidente de la República, a Díaz Ordaz le sostiene desde el principio una idea fija: gobernar es enseñar a obedecer. Producto estricto de la Guerra Fría, al que no le molestan tanto los corruptos como los “subversivos”, Díaz Ordaz, sin pensarlo mucho, ve en la prensa el vehículo por excelencia de la pedagogía nacional. La escuela forma ciudadanos, la prensa debe transmitir la única vía interpretativa de la realidad. No el pensamiento único, sino la aprobación unánime.

Díaz Ordaz, más de lo que se reconoce, proviene ideológicamente de la mezcla extraña donde participan el nacionalismo cultural (“¿Qué siente usted cuando escucha el Himno Nacional en el extranjero? / Que se me enchina el cuero”), el tradicionalismo a ultranza (en una de sus fotos de campaña besa la mano de su padre, al amparo de una frase: “Quien supo obedecer sabrá mandar”), el resentimiento priista (por así decirlo, nadie le regaló nada y ha recorrido pacientemente el escalafón), y la mentalidad de Guerra Fría con su dotación de Teorías de la Conjura. A eso le añade en 1968 el paternalismo ofendido (“Les di la mano y me la dejaron tendida en el vacío”) y la profecía que se programó para cumplirse: “¡Aquí está la Conjura que tanto anticipé!”

La estrategia belicista de Díaz Ordaz tiene una raíz anti-intelectual profunda. Reprime al sector médico en 1965 porque exigen mejores condiciones de trabajo; envía el Ejército a la Universidad Nicolaíta (1966) y a la Universidad Autónoma de Sonora (1967) porque los estudiantes y algunos maestros “desafían a las instituciones”; cesa en 1965 al director del Fondo de Cultura Económica, Arnaldo Orfila Reynal, por publicar *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, “que ofende y difama a México”. Y procede sin mayores dificultades

porque ni los medios informativos ni la opinión pública le hacen frente. Protesta —sin continuidad— la izquierda partidaria, y en el caso de Orfila Reynal un grupo de intelectuales encabezados por Fernando Benítez rechaza la grosería de la maniobra y funda la editorial Siglo XXI, una de las primeras empresas donde se anticipa la sociedad civil que conocemos, pero el gobierno es ubicuo, la izquierda partidista no tiene acceso a “la Gran Prensa”, sus publicaciones son simbólicas y la única revista importante de oposición, *Política*, concluye en 1967. A Díaz Ordaz *Política* le fastidia especialmente por sentirla instrumento de sus enemigos, esas sombras del mal a las que les adjudica rostros variables. ¿No le dedica *Política* en 1964 una portada con la leyenda “No será Presidente”? ¿No lo ha dibujado Rius como monaguillo?

¿Por qué la mayor parte de las críticas *por escrito* a Díaz Ordaz se producen después de 1970? El miedo a la represión —inocultable— explica parcial, pero no totalmente, las inhibiciones. También cuentan el respeto interiorizado a la figura presidencial (proveniente de los estremecimientos “ancestrales”, de la ausencia de los derechos ciudadanos, y de la prohibición implícita y explícita de “desacralizar” al Presidente), y el manejo minucioso de la prensa, la radio y la televisión. La Guerra Fría, en su versión norteamericana, tiene arraigo social y a la izquierda, sin legalidad reconocida, se le considera ilegítima de distintos modos. Está al servicio de la URSS, conspira entre tinieblas, y acercarse a ella puede significar, y significa inexorablemente en provincia, la pérdida del empleo. Y en el fondo, la “ilegitimidad” de la izquierda (representada clásicamente por el Partido Comunista) y de la derecha (el sector cuya versión moderada es el Partido Acción Nacional) se desprende del fenómeno informativo y político: no hay alternativas frente al PRI y el presidencialismo; se vale hacer algunas críticas, pero no se concibe un régimen más adecuado.

En 1968 la crítica al régimen se guarece (con todas las implicaciones del verbo) en el semanario *Siempre!*, ámbito de posiciones encontradas, en *Excélsior*, donde Julio Scherer intenta la apertura, en articulistas esparcidos en publicaciones gobiernistas y en un semanario de extrema izquierda, *¿Por Qué?*, dirigido por Mario Menéndez. A esto añádanse la prensa docilizada por los subsidios y las cuotas de papel, los contratos para los dueños, la “adquisición” de los reporteros, la práctica de “la fuente” asignada a los periodistas como el verdadero sueldo, la identificación en los noticieros televisivos de información y crónica de sociales, o de información y cacería de brujas, la disminución de los Medios por la censura. Y es amplísima la confianza en el encumbramiento planetario de México que aportarán los Juegos Olímpicos en 1968.

“No será Presidente”

A Díaz Ordaz la prensa apenas lo critica. Todo —la publicidad gubernamental, los negocios de los directores de publicaciones, el endiosamiento de la estabilidad, la inercia a favor del PRI, la interiorización del miedo, la fobia a la disidencia— tiende a otorgarle la condición “invulnerable” a los políticos (innecesario decir que sólo a los priistas) y a las instituciones, muy en especial la Presidencia de la República. Las cosas suceden, caen algunos gobernadores, se desprestigian algunos legisladores, se enlistan los fracasos de las administraciones anteriores, y hasta allí. A la oposición, durante un tiempo la representa *Política*, dirigida por Manuel Marcué Pardiñas (1916-1995). El historiador Boris Rossen, su jefe de redacción por varios años, resume con justicia la trayectoria de la publicación:

Éramos tres o cuatro personas quienes hacíamos la labor de redacción, hoy en día escuchamos de proyectos periodísticos que tienen una enorme burocracia, decenas de periodistas. *Política* la hicimos tres, cuatro gentes, bajo la dirección de Marcué, eso sí, siempre bajo la dirección de Marcué [...]. *Política* hizo historia dentro del periodismo en México, tanto cualitativa como cuantitativamente, no ha habido una revista que haya tenido esa circulación, esos lectores, era esperada su aparición, sobre todo por su portada. Marcué daba una gran importancia a la portada y a las cabezas. Había ocasiones en que se realizaba un nuevo tiro simplemente porque a él no le gustaba la cabeza del editorial. *Política* fue prácticamente precursora del movimiento del 68, la situación con Díaz Ordaz era en extremo difícil políticamente, vivíamos en un régimen de represión con presos políticos en las cárceles, de represión en gran escala del México democrático (entrevista de Carlos Perzabal en *De las memorias de Manuel Marcué Pardiñas*, Rino, México, 1997).

De los presos políticos, en especial el grupo de Vallejo y Campa, no se hallan referencias en los periódicos, y el tema no existe socialmente. El significado de un movimiento de protesta desaparece por entero en cuanto se le aplasta. En la década de 1960, *Política* hace las veces de partido y de movimiento social, y sus lectores sustentan su esbozo de militancia en la lectura de los reportajes y artículos. Rosen explica el momento:

La revista *Política* era el único medio de izquierda, en contra no tanto del régimen político, autoritario en general, como de la clave del sistema: el Presidente.

Marcué dio mucha importancia a la lucha política contra el personaje, contra el presidente Díaz Ordaz en particular, la lucha contra el presidencialismo.

El Partido Comunista, los grupúsculos y la izquierda social no constituyen un espacio aparte. *Política* se extingue por razones económicas (¿quién quiere anunciarse?) y por la personalidad del director, valiente, consecuente y muy protagonista. Rosen evoca: “Así como había *presidencialismo* en las altas esferas, había *personalismo* en las actividades de la izquierda, y *Política* era Marcué: no se decía: ‘¿qué dice *Política*?’ se decía: ‘¿qué dice Marcué?’ Hasta el último día, *Política* era Marcué”. Y de las condiciones de trabajo y de los niveles de su participación, da testimonio Marcué en sus *Memorias*:

Yo fui a ver a López Mateos, que era mi amigo, y le dije:

—Licenciado, con todo respeto se va usted a equivocar [con el nombramiento del sucesor]. Díaz Ordaz es reaccionario, represor, ligado a los banqueros y a la iglesia, no lo digo yo, lo dice el *Wall Street Journal*.

El presidente me respondió:

—Marcué, son tiempos difíciles, necesitamos a un hombre serio e institucional, disciplinado y que sepa poner orden.

Salí de la casa presidencial decidido a todo. En una caricatura de Díaz Ordaz, vestido de monaguillo, cambié el texto de Rius y le puse lo que decía el periódico estadounidense. En otra carátula de la revista *Política* puse con grandes caracteres: “La decisión de un testador moribundo.” En otra más, me jugué el todo por el todo: “Díaz Ordaz no será Presidente.”

A Marcué se le detiene en septiembre de 1968, acusándolo de “agitador”, y se le libera en 1971. Díaz Ordaz, en efecto, es muy vengativo.

Al Presidente tampoco le gusta la tendencia que se va consolidando en *Excélsior* (remito al texto de Julio Scherer en este libro). En 1965 se expulsa de la cooperativa *Excélsior* a un grupo donde se mezclan los conservadores y los deshonestos, y el entonces Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, los patrocina con largueza. En 1969 los expulsados reinician sus actividades, se presentan en el programa de televisión *Anatomías* de Jorge Saldaña, y consiguen de *El Día*, periódico muy gobiernista, un titular de ocho columnas: “Miente *Excélsior*” (25 de agosto). Al secretario de Gobernación Luis Echeverría le corresponde el manejo de la operación “reivindicadora”.

*1968: la aparición (con otro nombre)
de la sociedad civil*

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “como verdaderamente ha sido” (Leopold von Ranke). Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro.

El conocimiento del pasado se asemejaría más bien al acto por el cual se le presenta al hombre, en el momento de un peligro súbito, un recuerdo que lo salva. El peligro amenaza lo mismo al patrimonio de la tradición que a quienes han de recibirlo [...]. En cada época ha de hacerse el intento de ganarle de nuevo la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla [...]. Sólo tiene el don de encender el pasado

la chispa de la esperanza de aquel historiador traspasado por una idea: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer.

WALTER BENJAMIN,

Sobre el concepto de la historia

¿Qué es el 68? A estas alturas, un movimiento sólo de la Ciudad de México, el más comentado de la segunda mitad del siglo XX mexicano, que ha producido suficientes mitos, leyendas, anécdotas e interpretaciones. Un resumen mínimo incluye estos hechos:

El 22 de julio pelean dos pandillas juveniles delincuenciales, Los Araños y los Ciudadelos, contra los alumnos de las Vocacionales 2 y 5, ubicadas en La Ciudadela. Al día siguiente, los granaderos entran a las Vocacionales, golpean profesores y estudiantes y lanzan bombas lacrimógenas. De las diez de la mañana a las tres de la tarde, tres mil politécnicos se enfrentan a la policía.

El 26 de julio coinciden dos manifestaciones, la de los estudiantes politécnicos que protestan por los atropellos de la policía, y la convocada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), alentada por el Partido Comunista, que celebra el décimo quinto aniversario del asalto al Cuartel Moncada por el grupo de Fidel Castro. Se desata la represión en Avenida Juárez y San Juan de Letrán, y provocadores y agentes judiciales destruyen aparadores, saquean tiendas y en la Avenida Madero golpean a los manifestantes, a los que persiguen hasta el Zócalo. Allí a los manifestantes en fuga se les unen estudiantes de la Preparatoria 3 de la UNAM, que salen de clases. Sorpresivamente, y el hecho es tan insólito que el gobierno se cree de veras ante una "conspiración", los estudiantes resisten, improvisan barricadas, tiran piedras y se apoderan de autobuses. Unos doscientos

jóvenes se concentran en el edificio de la Preparatoria, en San Ildefonso.

En la madrugada del 30 de julio, soldados de la Primera Zona Militar, con bazucazos de por medio, toman San Ildefonso, y detienen y golpean a los estudiantes (se habla de muertos y desaparecidos). A las 2:30 de la madrugada, el secretario de Gobernación Luis Echeverría, el regente del D.F. Alfonso Corona del Rosal, el procurador general de la República Julio Sánchez Vargas y el procurador del D.F. Gilberto Suárez Torres dan una conferencia de prensa y declaran necesaria, legal, razonable y comunitaria la lección militar por “el plan de agitación y subversión”.

El 30 de julio al mediodía, Javier Barros Sierra, rector de la UNAM, pone la bandera nacional a media asta en Ciudad Universitaria y con esta acción, casi formalmente, se inicia el Movimiento del 68. Barros Sierra se pronuncia: “Hoy es un día de luto para la Universidad, la autonomía está amenazada gravemente.”

El primero de agosto, el rector de la UNAM encabeza una gran marcha de protesta.

Días más tarde se crea el Consejo Nacional de Huelga (CNH), que conjunta a la UNAM, el IPN y varias instituciones más, y lanza el Pliego Petitorio de seis puntos, en rigor vinculados a la defensa de los derechos humanos y civiles (términos no usados entonces). Se pide la libertad de los presos políticos, el castigo a los responsables de la represión, la extinción del Cuerpo de Granaderos, la indemnización a las familias de las víctimas, el cese de los jefes policiacos, la derogación de los artículos 145 y 145bis del Código Penal, que establecen el delito de *disolución social* (implantado en 1942 para prevenir el terrorismo nazifascista, y sólo empleado contra los movimientos de izquierda), y el deslinde de responsabilidades por los actos de represión. El gobierno se niega tajantemente al diálogo. Díaz Ordaz desdeña el Pliego

Petitorio y demanda la rendición de los hijos desobedientes de la Patria.

En agosto y septiembre se multiplican las movilizaciones, se crean las brigadas estudiantiles (el gran invento del Movimiento), se efectúan marchas de cientos de miles, se reitera el carácter festivo y masivo de la lucha. El gobierno organiza bandas de golpadores, ametralla recintos de educación superior, detiene a estudiantes y les formula acusaciones extraídas del guardarropa de la Guerra Fría. Esto se lee, por ejemplo, en el acta judicial de jóvenes apresados en septiembre en un microbús en las cercanías de la Escuela de Agricultura de Chapingo:

Miguel Salazar Pérez. Originario de Yuriria, Guanajuato, edad 18 años, estudiante de segundo año de la Escuela Nacional de Agricultura, en donde es interno. Acepta haber repartido propaganda subversiva, admirador del Che Guevara y aseveró haber resistido a los agentes de Tránsito.

Francisco Ireta Ojeda. De 20 años de edad, estudiante del segundo año de Agricultura, sin otra ocupación, originario de Joral del Progreso, Guanajuato, interno en la escuela. Admitió su participación en el apoderamiento del microbús así como en todas las manifestaciones y haber distribuido propaganda en dos ocasiones; está de acuerdo con lo que en ella se dice, pidiendo la desaparición del gobierno y alentando al pueblo a la lucha.

De agosto a octubre, más que la información de prensa, y mucho más que la (controladísima) de radio y televisión, cuentan el peso del gobierno (la creencia generalizada en su infalibilidad) y la emotividad y las razones del CNH. El régimen urde con imaginación desbordada membretes que lo apoyan

(la Unión de Ex-Estudiantes de la UNAM, verbigracia), exhuma a las Fuerzas Vivas (un término de la época que distingue a los sectores de poder más gobiernistas, empresarios y profesionistas para empezar), amenaza, intimida, suelta su estampida de epítetos: “¡Vándalos / Provocadores / Rojillos / Subversivos / Apátridas!”, y se enardece ante la falta de respeto a las instituciones y al Señor Presidente. ¿Cómo gritar frente a Palacio Nacional “Sal al balcón, hocicón”? ¿Cómo desoír los llamados al orden? Los avisos tremolantes se oyen por doquier. “Reconsideren, vuelvan a clases, agradézcanle al gobierno su paciencia, no se dejen engañar por los agitadores, y los profetas de la destrucción.” Las exhortaciones retumban en las editoriales de los periódicos, los púlpitos, los programas de radio y televisión, las universidades de provincia. Allí por ejemplo, la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) es un modelo y su líder Enrique Alfaro Anguiano es arquetípico: “La FEG brinda absoluto respaldo al Sr. Presidente de la República para que haga uso de la fuerza federal en caso necesario y justificado para imponer el orden en la capital y en aquellos lugares donde pelagra la seguridad nacional” (*El Sol de Guadalajara*, 3 de septiembre).

Ante las agresiones, el Movimiento Estudiantil sólo tiene a su disposición las marchas, los mítines, las brigadas, las discusiones familiares y el pacifismo genuino de la mayoría. Es sólo eso, pero resulta demoledor. Las marchas son las pruebas más convincentes, porque en ellas y con entusiasmo, cientos de miles autentifican las versiones opuestas a la versión fulminante de *lo que no ha ocurrido* distribuida por el gobierno. El movimiento se vuelve un “medio masivo de comunicación” que revitaliza la cultura oral (parecida al rumor, pero de ningún modo idéntica), y convierte volantes, brigadas, asambleas y marchas en noticias de viva voz, con el añadido del tono profético. Reproduzco el texto de un volante:

Al gobierno de México

Nosotros queremos saber qué pretendes, cada minuto que pasa socavas tu estructura; cada estudiante, cada obrero, cada campesino, cada profesionista que se nos une, te causa un nuevo dolor de cabeza. Termina de una vez y date cuenta que este movimiento crece en proporción a tu torpeza.

¡Resuelve lo que el clamor popular exige!

La defensa de los derechos humanos viene envuelta en las frases rituales de la izquierda (“¡La rebelión se justifica!”: Mao Tse Tung), y mezcla con imprecisión generosidad, sectarismo y radicalismo utópico. Pese y gracias a esto, emergen los rudimentos de otra cultura política, producto de la suma de experiencias y afianzada en el rechazo a la desinformación. El Movimiento del 68 —al menos la parte de su vanguardia que lee— confía en unas cuantas publicaciones (*Excélsior*, *Siempre!*, *La cultura en México de Siempre!*, *¿Por Qué?*) y opta por el mecanismo informativo que se renueva a diario: las asambleas, las brigadas, las conversaciones de pasillo. En el proceso, sin eliminar la demagogia, se elimina por entero el cinismo y se desafía el gran tótem: el autoritarismo.

“No crean en lo que leen, sino en lo que ven”

En 1968, en lo relativo a la letra impresa, la clase gobernante sigue siendo fetichista. Los elogios le parecen siempre dignos de crédito y las críticas una forma malévola de la mentada de madre y, por eso, se vigila puntualmente lo que se publica y resulta convincente el dogma: lo que no se consigna en las primeras páginas de las publicaciones, nunca arraiga en la memoria de una sociedad que, de enterarse vagamente, identifica los obituarios de los “rojillos” con “la salvación de la

Patria". ¿Extraña entonces que Díaz Ordaz identifique *control de la prensa y sitio garantizado* en la Historia? ¿Sorprende del lado estudiantil el apego a las versiones del circuito oral y la metamorfosis de los participantes de un movimiento en la red de las experiencias personales, la lectura a contracorriente de las publicaciones, la sabiduría de asambleas y de grupo, las reacciones insurreccionales, los temores, las incertidumbres y los dispositivos de resistencia?

2 de octubre: la batalla por la memoria

Los acontecimientos violentos se desencadenan, la televisión y la radio les dedican notitas amarillistas y la prensa no tiene la capacidad instalada para cubrir una rebeldía social urbana en la capital y en el mundo de la educación superior. El 18 de septiembre cinco mil soldados invaden la Ciudad Universitaria y arrestan a más de dos mil estudiantes, profesores, trabajadores y padres de familia. El 19 de septiembre se detienen a docenas de estudiantes frente a la Secretaría de Gobernación. El 20 de septiembre se enfrentan mil granaderos y tres mil estudiantes cerca del IPN, y hay una veintena de arrestos. El 21 de septiembre hay una pelea entre granaderos y estudiantes cerca de la Plaza de las Tres Culturas. El 22 de septiembre otro pleito entre granaderos y estudiantes en la Vocacional 7, y los estudiantes se defienden con autobuses transformados en barricada y cocteles molotov. El 23 de septiembre, en el Casco de Santo Tomás, estudiantes resisten a la policía y los soldados, en un encuentro donde se queman autobuses, se arrojan bombas de gas y cocteles molotov, se destruyen muros, se golpea a los transeúntes, se informa de veinte muertos, cientos de heridos y detenidos, intensificándose la balacera en la Escuela de Medicina.

Están por iniciarse los Juegos Olímpicos del 12 de octubre, y a la sensación de tragedia inminente la magnifica el miedo de los padres de familia y la mediatizan los regaños vertidos de y desde la prensa, y el discurso radical del CNH. El diálogo entre el gobierno y los estudiantes, además de irregular, carece de consecuencias mínimas. Se reduce la información periodística sobre el Movimiento y se acrecienta la impresión del desgaste próximo.

El 2 de octubre el CNH convoca a un mitin en la Plaza de las Tres Culturas. Asisten seis o siete mil personas. A las seis y diez de la tarde dos luces verdes de bengala desde un helicóptero anuncian y ordenan la entrada a la Plaza de miles de soldados. Desde los edificios de Tlatelolco, en especial desde el Chihuahua, disparan contra los soldados algunos elementos del Estado Mayor Presidencial, de civil y con guante blanco. El Ejército responde y dispara contra la multitud desarmada. El tiroteo deja un número indeterminado de muertos, que las autoridades reducen al mínimo y los estudiantes calculan en trescientas o quinientas personas. No hay ni puede haber cifras confiables. El gobierno vigila, miente, amenaza a las familias, confisca las fotografías y los negativos en los diarios y revistas, establece la censura rígida.

Se detiene a cerca de dos mil jóvenes, de los cuales al final se envía un centenar a la cárcel de Lecumberri. No hay pruebas en su contra, pero no hacen falta. Es perfecta la abyección del Poder Judicial, y en el Congreso la mayoría priista es aplastante. Las protestas se reducen a las inevitables: manifiestos de intelectuales y artistas, del CNH (de los pocos dirigentes en libertad), de grupos de la sociedad civil de izquierda. En *Excélsior* se da un rechazo simbólico inesperado. El cartón de Abel Quezada del 3 de octubre es nada más un rectángulo negro titulado: "¿Por qué?" La revista de Mario Menéndez publica un número con fotos de los cadáveres en los nosocomios. El 12 de octubre,

el periodista José Alvarado publica en *Excélsior* un artículo notable:

Había belleza y luz en las almas de los muchachos muertos. Querían hacer de México morada de justicia y verdad: la libertad, el pan y el alfabeto para los oprimidos y olvidados. Un país libre de la miseria y el engaño.

Y ahora son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas.

Algún día habrá una lámpara votiva en memoria de todos ellos.

No hay reportajes de investigación, no es posible verificar el número de muertos, los funcionarios no conceden entrevistas, ocupados en pronunciamientos exterminadores. La prensa se sujeta a “la disciplina de Estado” y la Guerra Fría se “mexicaniza”. Sólo a partir de 1971 se inicia, y no con rapidez, el conocimiento detallado de la matanza y del Movimiento Estudiantil, abordado en forma extraordinaria por el coro testimonial reunido por Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*.

A la comprensión actual de esta tragedia y esta resistencia épica no la ayuda en demasía la revisión hemerográfica. Aun las publicaciones de izquierda documentan mal o muy fragmentariamente lo ocurrido. Y un obstáculo temible entonces es la sensación de “sacrilegio” aplicada a quien discrepa de los actos de gobierno. La actitud conformista de ese momento tal vez podría verbalizarse así: “En tanto ser humano, el Presidente de la República es falible; en tanto Presidente es infalible.” A quien desee acercarse a esta mentalidad, le convendrá revisar en la Hemeroteca Nacional lo publicado en México entre el 3 y el 11 de octubre de 1968. La ira presidencial se traduce módicamente en las notas, los artículos y los reportajes que presenta la ma-

tanza como “la sangrienta conjura contra México”. Y la protesta se va convirtiendo —sin ese nombre— en intentos de la desesperación y en los albores de la sociedad civil.

XIV. ¿Qué es “la prensa nacional”?

Tienen la prensa, tienen la Bolsa y ahora tienen también el subconsciente.

KARL KRAUS,

Contra la prensa y otros contras

El término “prensa nacional” se impone desde el gobierno de Manuel Ávila Camacho. Lo impreso en la capital de la República es “nacional” por decisión del centralismo y por las sujeciones impuestas a la prensa de provincia. Arturo Soberón anota un hecho significativo: a la mayoría de los sitios de provincia la imprenta llega en el siglo XIX y a la Ciudad de México desde el siglo XVI.

En el periodo 1940-1968, a la prensa “nacional” la señalan negativamente la vocación de impunidad de sus directivos y de muchos de sus reporteros, el servilismo ante el gobierno en turno y algunas figuras del pintoresquismo, la picaresca o la franca atrocidad (*vocación de impunidad* es sinónimo de *vida política*). En ese medio, la “prensa nacional” que sí goza de algunas libertades se jacta de su fuerza: apuntala famas y prestigios, encabeza las campañas de linchamiento moral de los disidentes y es el conducto inevitable del Presidente de la República para dirigirse a la sociedad deseable.

Al ser “la vida pública” el espacio de entretenimiento del gobierno, a la prensa “nacional” se le conceden la jerar-

quización de las noticias, algunos señalamientos y reparos que alivian la presión social, y las “bufonerías” de los caricaturistas. Hasta allí. ¿Y qué le toca a los lectores? Informarse entre líneas (“¿Ya leíste el periódico? Dicen que no pasó nada, así que la represión debió estar durísima”), enconarse contra algunos funcionarios en privado, filosofar con regularidad a propósito de “los errores de los hombres que le dan mal nombre a las instituciones”, elevar el chisme a la categoría de maná noticioso, sumarse a la condena de “los subversivos” y desahogarse ocasionalmente con los resquicios de la libertad de expresión. En ese paisaje, y con su carga de limitaciones, el reportaje es el aprendizaje más sistemático del país, y los Grandes Reporteros (mayúsculas del reconocimiento bajo presión) son los interlocutores certificados de los dueños del país, los observadores cercanos y pasivos de la más bien grotesca “rueda de la fortuna” donde los políticos ascienden o descienden entre oleadas de amargura o triunfalismo, pero sin quejas “ante la gente”. Al fin y al cabo, la adulación a los de Arriba es su “clientela electoral” fija.

De las virtudes del periodismo posible

No tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista.

KARL KRAUS, *Contra los periodistas*

¿Cuál es el destino del periodismo en un medio controlado? Una respuesta: el auge de la columna política, durante décadas uno de los ejes de las publicaciones, los oráculos de los interesados en el poder. Con las infrecuentes y muy aisladas excepciones, se escribe o redacta en busca de la aprobación de quienes gobiernan. Al lector se le menosprecia y este desdén alcanza su plenitud, y su gran derrota, en 1968. En-

tonces los periódicos no convencen y los testimonios verbales son la punta de la propaganda opositora.

A los gobernantes la fe en la manipulación los lleva al odio por los interlocutores. De tanto dar por resignada o inexistente a la opinión pública, no advierten el cúmulo de los que no creen en sus explicaciones y no se enteran siquiera de sus discursos. Y la sociedad hace del escepticismo (y sus diversas caudas: la ironía, el choteo, la movilización, el rumor fantástico) su arma revanchista contra los intentos de manipulación.

En provincia la prensa dispone de unos cuantos periódicos que son instituciones, entre ellos *El Dictamen* de Jalapa, *El Occidental* y *El Informador* de Guadalajara, *El Diario de Yucatán*, *El Imparcial* de Hermosillo. Y todos comparten los vetos a su desarrollo crítico, entre ellos:

- El control severísimo de las denuncias ejercido por gobernadores y alcaldes.
- Los problemas inmensos que trae consigo el enojo del Señor Obispo o de los empresarios importantes.
- El peso de la cursilería, aún más vasta que en la Ciudad de México, y substrato de las reflexiones de los articulistas, entre los que no escasean los sacerdotes.
- La santificación de la intolerancia.
- El deber de alentar a las sociedades lugareñas por medio del lugar casi central de las crónicas de sociales y del valor noticioso atribuido a bodas, bautizos, fiestas y sentidas defunciones de la élite.
- La localización, desde la década de 1940, del triunfo social y económico como la credibilidad posible y deseable (noción básica compartida con “la prensa nacional”).

De cómo procede el cinismo presidencial

Los niveles de impunidad del presidencialismo varían. Doy ejemplos. En 1948, en la residencia presidencial de Los Pinos, tres periodistas de *Presente*, Jorge Piñó Sandoval, Renato Leduc y Antonio Arias Bernal, hablan con Miguel Alemán y le exponen las razones que, a su juicio, “hacen ya intolerables a algunos de sus amigos y colaboradores”. No es fácil acercarse al Presidente, explica Piñó, porque el juicio del secretario particular, Rogerio de la Selva, cree convenientes las antesalas “porque es necesario conservarle su alta categoría a Miguel Alemán”. Piñó le lanza un discurso al Presidente:

Estará usted enterado que estamos haciendo el periódico más modesto de México. Pero tiene una característica. Es un periódico libre. Creo que el régimen, siendo demasiado generoso con la prensa de México, ha cometido un grave error. Casi todos los periódicos grandes de México se han comercializado. La mayoría de los colaboradores de su gobierno, Señor Presidente, dan iguales cuantiosas a los periódicos. Y esto ha traído consigo algo también muy grave: nuestra profesión va muriendo, porque el periodismo de estos tiempos es un periodismo de boletines y memorándum, manejado más a base de números que de noticias (*Presente*, 11 de agosto de 1948).

Piñó, en su recuento, se exalta, trata de obligar al gobierno a la rectificación, le recuerda que en el afán de ocultar la verdad se pintan panoramas falsos y se conceden méritos a quienes no los tienen. “Si un repórter lleva una noticia que lesiona o que puede causar daño a este interés privado [los empresarios], la noticia nunca aparece.” Y termina Piñó: el pueblo primero comenzó a protestar contra los colaborado-

res y contra los amigos preferidos de Alemán, ahora, concluye Piñón, “ese pueblo nuestro [...] parece no hacerle caso al Jefe de nuestra nación”.

Se plantea la crítica posible en el momento: al mandatario le sobran los amigos. Alemán agradece la sinceridad, porque nunca lo ha ofendido ni podrá ofenderlo la verdad, y se defiende:

Si hay algo malo en el periodismo, será obra de él purificarse. Yo me limito a respetarlo [...]. Creo en mis amigos pero nunca, en ningún caso, podrá llegarse a la penosa confusión de que la amistad sea un estribo para alcanzar el bienestar general [...] Tal vez el único pecado de mis amigos es el pecado de boca.

Renato Leduc, amigo de Alemán desde los días de la Preparatoria, le explica la raíz profunda del descontento:

Hay numerosas colonias pobres, lejanas al centro, cuyos terrenos han despertado la ambición de más de un influyentazo. Más de un tipo atrabiliario, haciéndose valer como hombre de confianza tuyo, va a esos lugares y siembra el desasosiego. La gente humilde, sintiéndose ya insegura, a punto de quedarse sin hogar, liga su inquietud al problema suscitado por los comerciantes desvergonzados. Uno, el futuro constructor de residencias, toma tu nombre; el otro, el comerciante voraz, le echa la culpa al gobierno, y el resultado de todo es la indignación popular. Francamente, una vez localizados esos tres o cuatro sujetos, tú deberías mandarlos a las Islas Marías, o algo por el estilo.

Todo por el estilo, problemas sencillos resueltos con unas cuantas órdenes de aprehensión. Y Alemán responde con

lo que, desde la perspectiva actual, es cinismo simplón: “Queremos un México libre de compromisos y dueño de su destino [...]. Para alcanzarlo, requerimos una sola cosa: espíritu de sacrificio.” O algo por el estilo, como el editorial de *Presente* del 4 de agosto de 1948: “Cada ‘amigo’ de Miguel Alemán Valdés tiene todo este mes para demostrar que es amigo y que es mexicano. Que traiga de los Estados Unidos y del Canadá los millones de dólares que han depositado allá.”

Conforme avanza el régimen del PRI se ahonda el simplismo de las categorías de análisis. En el sexenio de Alemán una gran noticia es la rechifla en un juego de fútbol al regente del D.F. Fernando Casas Alemán, calificado de corrupto (“Casas, ¡vete a limpiar los drenajes! / ¡Que renuncie! / ¡Casitas, qué casotas!”); en los años siguientes lo noticioso se centra en el ir y venir de las fortunas políticas, en la certeza —mantenida por la prensa— de la diafanidad del Sistema y la imperfección de los hombres. Y una fuente de esta creencia es el apogeo de la despolitización.

Los informes sobre la represión en la marcha del 1 de mayo de 1952 exhiben el estilo de ocultamiento. El agente secreto Carlos Salazar Puebla es atrapado por los obreros, que intentan lincharlo; uno de los hermanos Mayo capta la imagen, y según informa John Mraz, el pie de foto de la revista *Mañana* (10 de mayo de 1952) ofrece una versión disparatada del suceso:

Un grupo de insensatos provocadores anti-patriotas quiso restar fuerza a la formidable y vigorosa unidad de los trabajadores de la República que preside Miguel Alemán y desataron la violencia fratricida en un choque con los manifestantes del 1 de mayo frente al Palacio de Bellas Artes. Esta fotografía de tremendo dramatismo revela el instante en que uno de los pistoleros comunis-

tas es detenido por la multitud enardecida. El comportamiento sereno y ponderado de los obreros impidió que la refriega callejera se hubiera convertido en una tragedia de sangre, sin precedente, sin nombre.

Tres estilos confluyen en este pie de foto: el de la Guerra Fría, la retórica “de la Revolución Mexicana” y el tono estremecido del periodismo que busca comunicarse a través de las sensaciones. A la foto —informa Javier Wimer en *La Jornada* del 15 de junio de 2003— la adultera en la edición del 9 de mayo de 1952 el dibujante del semanario *Tiempo*, dirigido por Martín Luis Guzmán, para proteger la identidad de los linchadores fallidos.

El director despidió al dibujante y se negó a publicar, por considerarla incorrecta, la crónica que de esos acontecimientos hizo uno de sus principales redactores, José Rogelio Álvarez. Estos dos episodios dieron origen a la renuncia de un distinguido grupo de redactores y colaboradores de *Tiempo*. El uso malicioso o perverso que el gobierno haya hecho de esta foto adulterada es harina de otro costal.

Los Presidentes de la Era del PRI consideran indispensable manejar la prensa como si fuera una vasta dependencia gubernamental. Cito un episodio típico, el encuentro-desencuentro de Echeverría con el historiador Daniel Cosío Villegas. El 22 de septiembre de 1972, Cosío Villegas escribe un artículo en *Excélsior* donde destaca “la originalidad” del Presidente, tanta que no se le entiende: “Por eso, a semejantes alturas, nadie creía que existiera un verdadero diálogo entre el Presidente y la ciudadanía, sino un monólogo, y no uno solo, sino millones de monólogos, pues a los muchos del propio Presidente se añadían ahora los de sus colaboradores.”

Convencido de la generosidad de su “Apertura Democrática”, a Echeverría lo irritan y desconciertan los comentarios del historiador, el que éste alabe

la buena intención del Presidente de exhibir a sus ministros en las Cámaras y de devolverle a éstas la dignidad perdida de un poder independiente del Ejecutivo. Sin embargo, a tan buena intención la había estropeado la ignorancia del artículo 93 de la Constitución que dice claramente que el Congreso tiene la facultad de requerir la presencia de cualquier secretario de Estado y que, por lo tanto, el Presidente no puede oponerse a ese requerimiento.

A Echeverría le fastidia mucho el artículo “que considera además de injusto, altanero”. A Cosío le llega la opinión presidencial y anuncia su retiro de *Excélsior*. Acto seguido, el secretario de Educación Pública Víctor Bravo Ahúja visita a Cosío y le pide hablar por teléfono con su jefe:

Marcó el número y contestó el Presidente, quien comenzó el “diálogo” en estos términos: “Mi querido, admirado y respetado maestro. Me han dicho que resolvió usted dejar de escribir en *Excélsior* porque a algunos de mis colaboradores le disgustó un artículo suyo...”. Lo interrumpí para decirle que por dos conductos distintos me había enterado de que él era el disgustado. Replicó con uno de esos argumentos desconcertantes que le oí después en más de una ocasión: “¡Pero cómo es posible que alguien piense y diga semejante cosa de mí, cuando he sido el único Presidente de México que ha nombrado embajador en China a un muchacho de treinta y dos años!” [... Echeverría] se encarriló un tanto al decirme que no vacilara yo en censurar a sus colabo-

radores, pues, de hecho, él lo hacía con frecuencia, además de exponerlos a la opinión pública con ese objeto. Terminó su perorata pidiéndome directamente que reconsiderara mi resolución.

Es notable la evocación de una de las incontables atmósferas del presidencialismo. El Presidente Echeverría, fiel a su formación, lee la “prensa nacional” y le preocupan (le irritan) los comentarios donde se pone en duda su gobierno; el Presidente considera que le haría daño la suspensión de las colaboraciones de un escritor no incondicional, y envía a un secretario de Estado a persuadir al disidente de que lo llame por teléfono; el Presidente cree hacer política al recordarle al crítico su deber con la opinión pública; el Presidente autoriza la censura a sus colaboradores. La moraleja está a la vista: el presidencialismo es, literalmente, una corte feudal modernizada por el teléfono y las licencias para ejercer con modestia el punto de vista. Prosigue Cosío Villegas.

La verdad de las cosas es que me sentí confundido por el calor de aquella arenga, que debió durar unos diez minutos. Entonces, lo único que se me ocurrió decirle fue que lo pensaría con verdadero interés. Al poco, sin embargo, reaccioné: me pareció que no acceder a esa indicación podría interpretarse como una desatención, en realidad como una grosería a la persona del Presidente. Le llamé entonces a Julio Scherer para comunicarle que seguiría yo escribiendo. Así lo hice, si bien para aquietar un poco la atmósfera, elegí el tema de la iniciativa privada, al cual dedicaría los tres siguientes artículos.

La presión de la institucionalidad (sinónimo estricto de la Era del PRI) es muy vigorosa, y la prensa resiente sus efec-

tos. Apenas se empieza a creer no tanto en los lectores sino en la retroalimentación y en la legitimidad que éstos conceden o niegan. A Echeverría le llama la atención Cosío por formar parte tan destacada del sector que siente adverso, y porque la visión presidencialista del país se fragmenta en públicos cautivos y públicos cautivables, todo bajo observación minuciosa (de allí su respuesta ideológica a los brotes guerrilleros: intensificar la retórica del Tercer Mundo). Y Cosío también se sabe habitante de la Nación que cuenta: “Preocupado porque creyera el público en general, y desde luego el Presidente mismo, que mis críticas tenían un origen o un objetivo personal, le dije a Porfirio Muñoz Ledo que si pensaba que el Presidente aceptaría ir a comer en mi casa un sábado cualquiera. Se aceptó la invitación...”

XV. La caricatura. Los Presidentes y sus retratistas impíos

“El Señor Don Porfirio Presidente”

En el siglo XIX los caricaturistas de oposición manejan varias convicciones o, si se quiere, varios métodos rituales de trabajo: a) la política es aquello que sucede en torno a la Primera Figura, y cada administración es una obra de teatro con un primer actor que desearía ser el único; b) es tal la cercanía de la Sociedad con la Naturaleza que las representaciones zoomórficas nunca fallan, al ser todo político sucesiva o simultáneamente un león, un gallo, una comadreja, un burro y una mosca; c) la política es una fábula cuya moraleja es el siguiente gobernante; d) el poder es siempre una farsa que

desemboca en la tragedia, y a la inversa; e) el caricaturista que piensa exclusivamente en las reacciones del caricaturizado es un dibujante de segundo o tercer plano.

Durante la dictadura de Díaz la caricatura política es, por fuerza, un recurso catártico del pueblo, el desquite que no advierten los gendarmes y los alcaldes. En la compra de cada revista o de cada hoja volante, el pueblo certifica la cuantía de la opresión y celebra las virtudes cívicas de los dibujantes, el riesgo físico que se añade a cada dibujo. Nada tan previsible: a lo largo de tres décadas, Porfirio Díaz es la obsesión caricatural, lo más reconocible, lo más ensalzado, lo más aborrecible. Si más del 80% de la población es analfabeta, en los dibujos interviene la sensación de las multitudes que los contemplan. En 1877 o 1896 o 1905, don Porfirio es la teoría y la práctica del respeto o de "la blasfemia". El dictador, su corte, sus caprichos y sus ordenanzas sangrientas son la temática ubicua y el dibujante se responsabiliza por extraer parábolas de los empecinamientos represivos. Es a tal punto inexorable la concentración del poder que, se lo proponga su autor o no, cada dibujo sintetiza al régimen y es una válvula de escape.

El lujo psicológico del dictador es la aspiración de eternidad. Aquí está, dibujado con saña y gracia, el Padre de los Mexicanos, el Dador de la Vida, el que no admite réplicas; aquí se presentan, riéndose de los trazos que apresan las pretensiones, los hijos del pueblo, hechos para callar y obedecer y reconocer la ideología que se desprende de la fisonomía (el viaje circular de las facciones a las decisiones). Unamos las líneas, contemplemos los rasgos de una clase que usa el símbolo (el gobernante sepultado bajo las medallas) para apuntalar sus poderes sucesivos y simultáneos. E inauguremos el choteo popular.

Al lado de la prensa comprada o censurada se levanta la crítica posible, el baile enloquecido de imágenes donde la

sorna hace las veces de la blasfemia y la "irreverencia" delata el carácter teológico del poder. Si alguien se ríe del dictador, se debilita la intención de convertir al pueblo en una zona de reflejos condicionados. Ante la consagración del Hombre Fuerte, si la sátira no crea la politización por sí sola, sí la alienta. Cada número de *El Abuzote*, *El Colmillo Público* y *El Hijo del Abuzote* vale por el infinito de los rezongos y los chistes entre dientes. El que al reír aprueba la conversión del Príncipe de la Paz en una vieja tramposa o una estatua doblada por el peso de las medallas, afirma su resistencia postrera: el derecho a la incredulidad y la burla. Y el que no reacciona, politiza también con el doblegamiento su falta de sentido del humor. No hay respuestas neutras ante la sátira.

A la caída del régimen de Díaz se produce una ruptura de la gran tradición de la caricatura. Algunos dibujantes de excelencia combaten sin escrúpulos al Presidente Madero, que incluye en su comportamiento democrático el respeto a la libertad de expresión. Eso hacen en *Multicolor* Ernesto García Cabral, Pérez y Soto, Santiago R. de la Vega y Clemente Islas Allende; eso hace José Clemente Orozco en *El Abuzote* (1913-1914, dirigido por Miguel Ordorica). Luego, entre 1920 y 1940, digamos, la mayoría de los caricaturistas fomenta el culto a las personalidades, apuntala la publicidad, que es un gran recurso modernizador, y en medio de los resquicios de la expresión controlada busca singularizarse por el chiste, la celebración de la fama y la adulación de los rasgos de personalidades y Altos Funcionarios. Es un momento de contienda entre lo tradicional y lo moderno, y la calidad artística del dibujo es el criterio más convincente de la fusión de ambas instancias. Por eso se minimiza el mérito de los retratos satíricos de los caudillos Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, porque ni lo moderno ni las tradiciones valoran lo corrosivo.

Aunque el impulso alfabetizador de los gobiernos de la Revolución es más lento de lo que se reconoce, sí amplía el público ferviente del artículo político, centro del periodismo durante décadas. Devaluada socialmente, la caricatura "ilustra los artículos", cuando antes ha sido más bien lo contrario: los artículos complementan las caricaturas. Esto explica la diferencia de dos épocas: por el solo hecho de serlo, un caricaturista de la oposición a Díaz goza de autoridad moral; por el solo hecho de serlo, un caricaturista de la etapa de "la Revolución institucional" debe ganarse en cada cartón la autoridad moral. Como sea, a partir de 1940, y gracias en lo fundamental a la censura, los riesgos del caricaturista disminuyen notablemente, y a nadie le irritan tanto las audacias satíricas como para enviar al responsable a la cárcel de Belén o sepultarlo en las tinajas de San Juan de Ulúa. Es probable que se amedrente a los más obstinados o se presione al dueño del periódico para el cese del majadero; es probable también que no abunden los ansiosos de ofender al Jefe Máximo.

*"¿No me firma la caricatura que le hice,
Señor Presidente?"*

Es entonces cuando dijiste
piojos, oro y serpientes,
pero no la verdad.

WALLACE STEVENS

En la etapa anterior a 1968 el término *caricatura* suele pronunciarse con tono peyorativo o, si acaso, condescendiente. Es el precio por el olvido del juicio artístico... y por la cauda de zalamerías de un "periodismo nacional" domado, corrupto, negado a la imaginación. A merced de los intereses empresariales, los caricaturistas suelen optar por la autocensura.

Es preferible la gratitud del retratado que, además, compra el dibujo y le concede sitio de honor en su biblioteca, o lo que de ello haga las veces. En pos del agrado del cliente, elimínese cualquier desafío, restáurese la nariz, armonícese el rostro, ennoblézcasele la expresión, añádase al semblante la alegría perpetua o la solemnidad del patricio. El maquillaje caricatural desplaza el hallazgo de las grotescidades.

La sonrisa del presidente Miguel Alemán... rasgos jaca-randosos, felicidad programática. Muy pocos se abstienen de propagar ese anuncio del porvenir esplendente. Uno de ellos: Antonio Arias Bernal (1913-1961), el más tenaz opositor del alemanismo, aunque no de las facciones del Presidente, reproducidas sin la alevosía aguardable. Por lo demás, Arias Bernal, concluida su denuncia y mellada su gana satírica, se ocupa de la buena salud estética del Establishment. ¿Por qué no? Antes de 1971 casi no hay espacios para un caricaturista crítico. ¿Qué caso tiene disentir pudiendo amenizar el desayuno del poderoso, el que convierte sus rápidos vistazos a la prensa en “examen profundo de la opinión pública”?

De acuerdo al sometimiento orgánico de los caricaturistas de “la prensa nacional”, más vale sacarle partido al rostro del poder, elogiar desde el retrato su franqueza y ánimo sincero. Sin ferocidad visual todo es deleite y aplauso: la simpatía de Miguel Alemán, la severidad de Adolfo Ruiz Cortines, la apostura de Adolfo López Mateos, la bonhomía de Gustavo Díaz Ordaz. Ya habituado, el público nada más espera de la caricatura el “enorme parecido” con el modelo, el guiño que reduce el dibujo a un simple “homenaje retratístico”, otro ejemplo de las virtudes artísticas “que no trascienden”.

Sin el sostén de fotos, caricaturas, intervenciones fugaces en televisión y comentarios ácidos en la prensa, los políticos se diluyen en el costumbrismo que jamás se asomó a la Historia (se califique a ésta como se quiera). Los caricaturis-

tas dedican tiempo y estilo a la casta de nulidades y mediocridades rapaces, al desfile de las estrellas de ese teatro de la Respetabilidad que es el régimen de la Revolución Institucional. Y la excelencia de sus ideas visuales trasciende los temas específicos. Esto aún no se advierte como es debido por la costumbre, ciertamente insostenible, de adjudicarle características únicas a cada etapa política, lo cual es a todas luces falso. Cambian rostros, discursos y atuendos; prosiguen los comportamientos. La circunstancia pasa, la caricatura permanece, porque así se ignoren los nombres de los involucrados, la calidad del dibujo es con frecuencia excepcional y el comportamiento de los políticos es transmisible de generación en generación.

*Ojos que nunca me veis, por recelo o por decoro...
fuerza es que me contempléis*

El centro de gravedad de la caricatura en el periodo 1940-1968 es la timidez del impulso crítico. El gobernante es intocable (el Hombre sin Rostro Agraviable) y es muy cortés o pintoresca la agresividad enderezada contra figuras menores. Esto informan en las incursiones hemerográficas los dibujos políticos de tres décadas. Predomina el guiño cómplice al lector, la certeza del chiste predigerido como función básica del caricaturista, y la calidad de la reproducción literal de los rasgos.

En esta etapa prolifera la caricatura que es "ocurrencia" o "distracción visual" y el caricaturista, dueño de un "salón de belleza", complace a los monopolistas de la fuerza (económica, social, política), que emergen del dibujo desbordando valores cívicos y faciales. Si el poder político, según la actitud cortesana, carece de facciones que se corroen, el económico no dispone de rasgos específicos y es siempre, visto a lo lejos,

una caricatura, la obesidad simpática coronada por un brillante en la nariz. Incluso los estereotipos se distorsionan.

En la década de 1950, Abel Quezada (1920-1991) transforma el cartón político y lo adapta a los requerimientos de la modernidad, y al chiste lo sustituyen el sentido del humor (dislocamiento de la realidad y conclusiones a cargo del lector) y la burla cultural (mucho más que política) del PRI y sus verborragias. Quezada conjunta la gracia del fabulista, la percepción finísima de las circunstancias, la captación perfecta del ridículo, la perspectiva literaria y la preferencia por personajes únicos que se vuelven arquetipos: el Charro Matías (el oportunista del gran sombrero que apoya al que se deja), don Gastón Billetes (el multimillonario con el anillo en la nariz), el Tapado (más que el candidato a la Presidencia, la atmósfera cortesana de intrigas y complicidades). Con el tiempo, muchísimos cartones de Quezada no sólo no han perdido: han ganado en eficacia. Sin embargo, entre 1950 y 1980, su intención crítica es leída con alegría por un medio político que no reconoce adversarios con tal de disponer de una “conciencia humorística”.

A principios de la década de 1960, Eduardo del Río Rius (1934) rompe por su cuenta y (auténtico) riesgo el *impasse* de la caricatura. En *Siempre!* y *Política*, en libros, cartones políticos y cómics (*Los Supermachos* y *Los Agachados*) pulveriza a los funcionarios que ilumina su ironía. El mundo creado por Rius es un gran factor de sensibilización política y su crítica al presidencialismo alcanza un límite de claridad y riesgo en *Política*, el semanario al que le entrega sus cartones de ingenio igualado por la valentía. Esto explica su secuestro en 1969 y el simulacro de fusilamiento consiguiente, que concluye con el dibujante abandonado a las afueras de la Ciudad de México.

Pese a Quezada y Rius tarda la normalización de la crítica sin contemplaciones. Las dificultades se originan en la

censura, la derechización de las publicaciones y el uso superficial del medio. Es apenas natural: los caricaturistas, formados en las seguridades del Star System mexicano, se apegan a las figuras sobresalientes que “encandilan a los seres anónimos”. Hay una consigna implícita: sin “estrellas” no hay caricatura, el sentido del dibujo es el culto a la personalidad.

Al exaltar héroes y antihéroes, el dibujante político adorna la mitología del consumo. Que la reiteración inutiliza la burla y la transforma en elogio ceremonial, lo prueban las miles de caricaturas que ridiculizan a un PRI abstracto, no el laberinto del poder sino el membrete, no la opresión evidente sino el recurso del tírenle-al-chusco. Este PRI intemporal se pone a la disposición del desahogo. Con todo, sin movilizar masas o derribar instituciones, los caricaturistas críticos auspician en los lectores lo que Naranjo destaca como “virtud del cartonista”: el pesimismo. Avanzadas de la libertad de expresión, los moneros amplían semanalmente sus propios límites y van derrotando a la censura.

Los retratistas del poder
(*Se atiende mañana y tarde*)

Se prohíbe, con razón, toda sátira que entienda el censor.

KARL KRAUS,
Contra los periodistas y otros contras

En la década de 1970 emergen Rogelio Naranjo (1937), Helio Flores (1938) y Magú (1944). Las diferencias conspicuas fortalecen la coincidencia: el ejercicio a fondo de las libertades expresivas sin “respetos” prefabricados. Naranjo, asombroso dibujante, le declara a Elvira García: “Mi intención es presentar la pobreza de un hombre a través de la ausencia o de la

pobreza de líneas, para que, más que risa, provoque lástima, dolor. En cambio, para presentar a un ricachón, a un industrial del Grupo Monterrey, me inclino más hacia el dibujo depurado estilísticamente. Afirmando la línea logro hacer grotesco al personaje.”

En la obra de Helio Flores, la técnica es parte importante del mensaje, o mejor, de la crítica que desconfía de los mensajes y prefiere las interpretaciones abiertas. Los trazos gruesos de Helio, sus climas de “cine negro” (las penumbras de donde surgen el crimen o su variante, la política) desdibujan las atmósferas “sonrientes” de la caricatura tradicional y proponen un pacto: “Te estás enfrentando a un dibujo intencionalmente sombrío, carente de esas luces y complicidades de la alegría convencional. Se te pide que prescindas de tu prejuicio sobre la caricatura y que te enfrentes a otra manera (que es también una toma de partido) de asumir un medio expresivo.”

Naranjo y Helio Flores no son propiamente humoristas. Rius y Magú sí, con tal de que se despoje al “humorismo” de cualquier énfasis comercial, y se observe la fiereza con que se construyen los “parques temáticos” del choteo. Magú dialoga en la tradición de Quezada y Rius, y es muy eficaz en su estética, que evoca felizmente evocativa el dibujo infantil.

Desde el dibujo la farsa te contempla

Un dibujo crítico no es humorístico en el sentido de la búsqueda profesional de la carcajada. Sí induce a la risa, a la sonrisa y a todas las otras decapitaciones de la falsa grandeza, pero no va tras el chiste sino tras la paradoja visual, algo muy distinto. Las caricaturas perseveran en el recuerdo porque, además de la finura estilística, siguen siendo dibujos fantásticos, encauzados por las anotaciones ácidas sobre el poder,

que notifican del canje del Más Allá por el Más Acá. Así, por ejemplo, a las mejores caricaturas políticas de Naranjo —digamos, el pueblo cadavérico que sorbe con popote en un barril de Pemex, o el Salinas miniaturizado que imposta no la voz sino la estatura, o el López Portillo que se le aparece al Juan Diego popular, o el busto de Echeverría en ruinas con expresión de César desdeñado, o el cartón donde Miguel de la Madrid mira el hundimiento del navío desde una balsa con el atril del Informe Presidencial— las distingue también la inmersión en lo fantástico. La política es una parábola absurda y grotesca.

¿Cómo evitar la centralidad de los Presidentes de la República en un régimen donde, además de todo, cada Primer Mandatario hace de su efigie un lugar común obligatorio, la silueta gigantesca de los sueños logrados de una sola persona? En la Era del PRI se develan las semejanzas entre nota roja y cuento de hadas, los dueños del poder desdichadamente son reales, pero los dibujantes, al desconocer sus méritos, los envían al espacio donde el emperador “no lleva traje”. Esto irrita desproporcionadamente. En *Los Presidentes*, Julio Scherer evoca su diálogo con Manuel Alonso, director de Comunicación en la Presidencia de Miguel de la Madrid:

- Busqué a Manuel Alonso. Hablamos sin disimulo:
- Complicaste las cosas, mi querido Julio.
 - ¿Por qué, Manuel?
 - ¿Cómo que por qué?
 - Quiero saber. Por esto te pregunto.
 - Conversamos con el propósito de que te entrevistaras con el presidente y a las primeras de cambio reaccionas como si no quisieras verlo.
 - Explícame, por favor.
 - Los cartones de Naranjo.
 - Dime, no entiendo.

—Publicaste dos cartones contra el licenciado De la Madrid, uno después de otro. Apareció el primero cuatro días después de que nos reunimos, ¿te das cuenta? Y a la semana siguiente, el otro. Los recuerdas, supongo.

—Claro que los recuerdo.

—O sea, mientras yo gestiono la entrevista con el presidente, tú lo agredes. Te pregunto, de buena fe: ¿No podías haber aguardado unos días para publicar los cartones? ¿No podías haber esperado a tu conversación con el presidente?

—Nada tiene que ver Naranjo en mis conversaciones contigo. O quien sea, así se trate del presidente.

—Tú eres el director, marcas la línea.

—Naranjo es el dueño de su espacio.

—Bajo tu supervisión.

—Te equivocas.

—Eso quiere decir que publicas lo que te entregue.

—En principio, así es.

—Eso no disminuye tu responsabilidad. Eres el director.

—Pero no el dueño.

—Quiero que me comprendas. En la portada de la revista está tu nombre. Sólo el tuyo. Ningún otro. Bajo el logotipo.

—Asumo la responsabilidad última por el contenido de *Proceso*, por supuesto. Pero no como patrón. Por la revista respondemos todos.

—Vaya.

—Bueno, dime, ¿en qué quedamos?

—Voy a explicarte: tú y yo llegamos a un acuerdo. Al separarnos y dirigirse cada uno a su automóvil, tu chofer apedrea mi auto. En esas condiciones, ¿qué quieres que te diga?

—Naranja no es mi chofer.

—Es un ejemplo.

—Ofensivo.

—Como ejemplo, válido.

—Dejemos eso. En concreto, ¿se frustró la entrevista?

—Mi querido Julio, si no respetas al Presidente, si lo ofendes, ¿qué puedo hacer por ti?

—Nadie es tan fuerte y tan vulnerable como un presidente, donde sea. Se trata de saber si se pueden o no tener relaciones de respeto mutuo con él. No es Dios, Manuel.

—Yo creo en la institución presidencial. Tú no. Es nuestra diferencia.

Hay una correspondencia sólida entre los dibujantes y sus lectores. A partir del sexenio de Echeverría, la sociedad mexicana se acerca de golpe al tuteo psicológico con los gobernantes. En la primera etapa cunde la sensación de riesgo compartido entre el caricaturista y sus lectores, y ante un cartón particularmente vitriólico se alza la vista con rapidez para cerciorarse de estar a solas (no fue así, a lo mejor sí fue así). Hay por lo menos peligro laboral en los cartones de una etapa, y esto se advierte en los propios dibujos, donde creo percibir la satisfacción del reto asumido. Y los caricaturizados, así ya no mantengan la creencia desaforada en su rango semidivino, le aportan todavía al cartón la solemnidad patriótica que creen poseer. Son, desde el pedestal de su conducta, estatuas cuya esencia es la caricatura.

Ya para la década de 1980 deja de tomarse en serio el desgarrate de la política, esa comedia de equivocaciones donde nadie llega a tiempo a su casa porque el pasaporte falso trae una dirección equivocada. Sin premeditarlo, se renuncia a la irreverencia (¿quién cree que los políticos alguna

vez merecieron reverencia?) y a la desacralización (¿cuándo participaron de lo sagrado?). Y los políticos conceden lo obvio: la impunidad del poder ya no rige en lo visual y disminuye a diario en lo verbal y lo escrito. *Ni modo, podrían decir, soy político, soy caricaturizable, y debo entregarle mis rasgos a la gleba, que al fin y al cabo ni sátiras ni choteos me reducen el poder. Quédense con mi imagen y yo me quedo con mi impunidad.*

*De la caricatura como museo
de las verdaderas intenciones*

En el sexenio de Carlos Salinas la caricatura ocupa sitio preponderante al dejar de creer el gobierno, y más específicamente el Presidente de la República, en el daño efectivo causado por la prensa. Una idea nunca bien formulada distribuye vistazos despreciativos y resignaciones en la élite del poder: si no merma el ejercicio del poder, la crítica da igual. Se cuenta de la furia de Salinas los lunes en la mañana al ver la caricatura de Naranjo, pero la posibilidad de represalias ya no existe. Y Ernesto Zedillo —representado magníficamente por José Hernández como Tribilín— no es muy caricaturizable. Ni sus enojos le animan las facciones. En cambio, por un tiempo, Vicente Fox parece una veta fértil aunque, debe admitirse, un tanto reiterativa.

El presidencialismo admite muy pocas figuras al lado del Gran Poder. Fidel Velázquez es el apogeo embalsamado que se sueña pirámide, pero Salinas conspira desde la caricatura para no diluir la dicha de su poder de burla. Este sería su mensaje: “Ríanse de mí, que aquí, desde la caricatura, me estoy riendo de ustedes.” Zedillo entrega la desolación de sus rasgos, el furor y las dudas y la felicidad y el encono del orador nacido hace cinco minutos y la actitud profesoral del que llegó a la

caricatura por accidente, y se interroga con desgano sobre la pose conveniente en un dibujo satírico. Y Fox, al que durante sus campañas la caricatura exalta a favor o en contra, vive ya el desgaste del presidencialismo, por lo visto terminal.

Como ha señalado Rafael Barajas, los dibujos de Naranjo y Helio Flores, por su calidad excepcional, contribuyen equitativamente a la reflexión política y a la educación estética, y otro tanto puede decirse de varios caricaturistas de la generación siguiente. Se afilien a la gran tradición que viene de Escalante y Villasana o elijan un dibujo "feísta" de sombras y violencia en el trazo, los dibujantes satíricos se enfrentan al gran problema de una sociedad presidencialista: ¿cómo caracterizar al Jefe de la Nación? Y son los políticos mismos, ansiosos de prodigar su imagen gesticulante, los que indican el método para descomponer fielmente sus facciones. Los Presidentes son los grandes "desacralizadores" de la Presidencia.

El dibujo satírico es la avanzada de la libertad de expresión. En el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, domesticados o aplastados los caricaturistas, Rius es la vanguardia de la crítica. Y desde el gobierno de López Portillo, la caricatura resulta el mejor registro del ánimo de rechazo del engaño y el autoengaño. Sí, carece de consecuencias inmediatas, pero estimula la salud mental y el temperamento analítico de sus lectores, y los incorpora a la indignación y el hallazgo regocijado de las variantes de la pretensión.

Desde Echeverría, los Presidentes se ven despojados de su aureola. En la década de 1950 Magdalena Mondragón publica *Los Presidentes dan risa*, antología de chistes provenientes del rumor, muchos de ellos reciclables. Ya en el sexenio de López Portillo, la transmisión de los chistes va a la zaga de las caricaturas, y esto se extrema con Salinas y Fox. Los Presidentes siguen dando risa, pero no da ningún miedo reírse abiertamente de ellos y ya la consecuencia de los dibujos satíricos es más intensa que la del chiste mecánico.

Lo más inolvidable de la sucesión de gobiernos es lo que obtienen: la renuncia ciudadana a las ilusiones. Esto también lo entiende a la perfección la generación de moneros políticos que se consolida en la década de 1990: Rafael Barajas *El Fisgón*, Antonio Helguera, José Hernández, Falcón, Rocha, Ahumada (Jis y Trino son moneros de la fantasía crítica), y Calderón, desde otra perspectiva. Delatan el afán de los poderosos de portar rasgos conmemorativos y exhiben al poder en su rotunda ridiculez, no de las facciones (en este campo nadie es inocente), sino del comportamiento, tan opuesto a la majestuosidad pretendida. Sí, “su risa representa la tragedia de una época”, pero también, su sentido del humor expresa, sin dobles intenciones, la gana de reírse de lo que, incomprensiblemente, aún pretende ser tomado en serio. No sólo ayudan a sus lectores a pensar; también, le enseñan a ver lo que piensa.

XVI. Luis Echeverría: las vísperas de la mercadotecnia

La tela de araña teje con amor y esmero su araña.

PROVERBIO AFRICANO

Al finalizar su sexenio, Díaz Ordaz cuenta con la prensa, pero se le ha ido la aprobación o la indiferencia de las clases medias, y ya le ronda una certeza: el “Juicio de la Historia” le será adverso. Echeverría está obligado a cambiar su imagen, al ser ya insostenible la de represor. Pero no sabe cómo hacerlo. Durante su campaña, la sombra del 2 de octubre lo cerca, y en Morelia el 24 de noviembre de 1969, luego de recomendarle a los jóvenes

abstenerse de “héroes prestados”, un estudiante lo obliga a guardar un minuto de silencio por los muertos de Tlatelolco. Díaz Ordaz se encoleriza y Echeverría prosigue sus giras entre marchas estudiantiles y enfrentamientos de los jóvenes con la policía. En Anenecuilco, Morelos, el pueblo natal de Emiliano Zapata, Echeverría le explica a unos periodistas suecos:

Lo que pasó en Tlatelolco lo exageró la prensa mundial y un poco la televisión mundial, pero, sobre todo, la prensa mundial. En realidad, era una reunión subversiva en la cual los miembros del Ejército fueron atacados con armas de fuego. Se criticó que el ejército tuviera armas de fuego, pero eran otros los que no debían tenerlas. Entonces ha sido una consideración injusta que fue, sobre todo, divulgada al mundo por cronistas deportivos que habían venido a los Juegos Olímpicos, que con criterio sensacionalista exageran los hechos (en Alfonso Taracena, *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, Jus, México, 1987).

Los periodistas suecos le preguntan sobre los quinientos millones de pesos que, se rumora, van ya gastados en la campaña electoral a pesar de la miseria del país. Echeverría se da por ofendido: “¿Cuál miseria?” El cinismo ya no funciona y por eso el 10 de junio de 1971 le concede la oportunidad del cambio. Un hecho de sangre, una matanza de jóvenes a cargo de un grupo de paramilitares, se transforma en la prueba de la apertura. Se convoca una marcha de protesta por la represión de los universitarios en Monterrey. Cae el gobernador de Nuevo León, pero no se suspende la manifestación, proyectada del Casco de Santo Tomás al Zócalo. A la altura de la Escuela Normal, en Rivera de San Cosme, entran en acción los “Halcones”, jóvenes lumpen reclutados por el coronel Díaz Escobar para tareas de represión. Llevan garrotes, varillas metálicas y

armas de fuego. Hay muertos (tal vez treinta o cuarenta, pero el gobierno reconoce seis), hay heridos y detenidos. Los halcones entran a los hospitales a rescatar a los suyos y victiman a varios heridos. Ante la protesta, Echeverría ordena la renuncia de Alfonso Martínez Domínguez, Regente del D.F., y de Rogelio Flores Curiel, jefe de la Policía.

Tlatelolco no ha sido en vano y los diarios del 11 de junio abundan en reportajes, crónicas, artículos y editoriales de protesta. Reaparece la opinión pública como fuerza contendiente que obliga a informaciones objetivas y a la exigencia de castigo a los responsables. Echeverría —se ha probado— es el autor de la represión del Jueves de Corpus y es el gran beneficiario. El costo: sacrifica hasta cierto punto a sus cómplices (la única crucifixión es la renuncia) y se muda de bando ideológico.

Desde el 10 de junio, Echeverría se concentra en los medios informativos y es muy probablemente el último mandatario que le dedica atención especial a la prensa. *Si quieren cambios, que se crea en mí de antemano*, es su premisa. La “renuncia” de Martínez Domínguez y la promesa de una investigación a fondo le ganan simpatías entre los intelectuales. Octavio Paz escribe en *Excélsior*: “El Presidente le ha devuelto la transparencia a las palabras” (luego rectifica). Carlos Fuentes señala poco después: “Dejar aislado a Echeverría sería un crimen histórico de los intelectuales.” Echeverría modifica en unas cuantas semanas su discurso y sus gesticulaciones. El burócrata rígido reaparece como el político de las carcajadas. Por inducción o deducción la prensa le cree, y tanto que no hay mayores protestas sobre el 10 de junio, aunque la investigación nunca empiece ni podría empezar al ser el Presidente el responsable. Satisfecho de su astucia, Echeverría le declara el 7 de octubre de 1971 a los universitarios de Durango: “Lo del 10 de junio fue una agresión contra el gobierno, fundamentalmente. Quien no lo

entienda así, no está comprendiendo lo que está sucediendo. Cuando estábamos luchando por el respeto a la autonomía de las universidades sucedió eso” (*Excélsior*).

De los fenómenos del México contemporáneo, uno de los más llamativos es la respuesta al *10 de junio*. Hay una matanza, hay la constancia de la intervención del gobierno en la creación de una legión de paramilitares, hay acusaciones específicas, hay los ceses de funcionarios y el ofrecimiento presidencial de una investigación “hasta sus últimas consecuencias”. El control del gobierno, la ausencia de alternativas y las ganas de creer (ese sinónimo de la resignación) producen el resultado desconcertante o previsible, según se vea. Un acto de autoritarismo criminal inaugura “la Apertura Democrática” de Echeverría. Sobre los muertos se levanta la estatua de alabanzas a su verdugo, y los medios informativos colaboran en el escamoteo de realidades. “¿Dónde quedó la bolita?” En la ambición de Echeverría de ser Premio Nobel de la Paz.

El último ortodoxo del presidencialismo

La verdad o las aproximaciones a la verdad no le interesan en lo mínimo a Echeverría. Creyente ortodoxo del presidencialismo, Echeverría no se distancia a golpes de sarcasmo o de ironía de la tradición que lo hizo posible (no es lo suyo), ni concibe la autocrítica. Vive para escuchar elogios, promete, viaja a Buenos Aires acompañado de cien intelectuales y artistas, se cree poseedor de los secretos del gobierno, participa en reuniones interminables, cree que su voluntad es ley y considera su visión del presidencialismo un bien exportable, al grado de querer arreglar por su cuenta, y por sí sólo el envió de un mediador no solicitado, el conflicto árabe-israelí. Pero la iniciativa privada lo pone sobre aviso: su imperio no es absoluto.

En política, lo repite Jesús Reyes Heróles siguiendo a Díaz Mirón, la forma es fondo. Y en la década de 1970 la forma de la modernización afecta al presidencialismo, que intensifica las concesiones a quienes no le reconocen su proyecto “progresista”. Para llevar al país a la tecnología y a la sociedad de consumo, se renuncia a la cultura de la Revolución Mexicana, y en ese “fuero interno” que es determinación pública, se considera rentable la corrupción, a fin de cuentas “sólo otro método de acumulación”. Si en la etapa revolucionaria la corrupción es motivo de escándalo social y humorístico (el valor cómico del verbo “carrancear”, por los robos de los carrancistas), en el largo periodo que arranca con el alemanismo, la corrupción es la segunda épica capitalista. ¿Quién pierde el tiempo creando un imperio industrial desde una tienda modesta, si lo puede hacer en seis años desde el acceso incontrolado al presupuesto?

El presidencialismo potencia la impunidad. ¿A quién le informa en rigor el Señor Presidente? Ni a la opinión pública, ni al Congreso de la Unión, ni a los Medios. Y el desarrollo de la prensa pasa por la necesidad de tomar muy en serio al Presidente de la República, por ser urgente la reconciliación nacional después del 2 de octubre. Mientras, Echeverría despliega su avidez por la amistad, la compañía y la colaboración de los intelectuales públicos, según su creencia “licencias de manejo” político. Nombra a Carlos Fuentes embajador en Francia, a Rosario Castellanos embajadora en Israel, a Víctor Flores Olea embajador ante la URSS, a Enrique González Pedrero director de Canal 13. Pronto se disipa el beneficio de la duda: no hay tal cosa como la “Apertura Democrática” y el autoritarismo es radical, así se conceda la existencia un tanto precaria de la crítica (acto de generosidad de un régimen con apenas 42 o 43 años en el poder), y se hostigue a la prensa con métodos un tanto más sutiles que las cárceles, las golpizas o las desapariciones de antaño (esta cortesía sólo es

válida en la capital). La crítica avanza y en *Excélsior*, el diario del sexenio, se impulsa el reportaje de investigación y las crónicas mordaces, y se incorporan a las páginas editoriales intelectuales críticos, Daniel Cosío Villegas el más destacado (Julio Scherer García, desde el 31 de agosto de 1968, es director de *Excélsior*).

Desde la prensa se defiende el acercamiento presidencial a los sectores contestatarios o que podrían serlo. El escritor Salvador Reyes Nevares escribe en 1972:

El presidente Echeverría no ha sido tolerante. Esta expresión es pálida y alude más a una abstención que a una acción. Ha sido un activo promotor y suscitador de la crítica, lo que equivale a decir que ha puesto en práctica el meollo de la doctrina de la democracia y ha dado a los intelectuales el lugar exacto —el más alto— que les corresponde.

Tenemos entonces un cuadro en el que todo gesto de reticencia de los intelectuales podría resultar por lo menos excesivo. Se les invita a participar con todos sus atributos, sin que se les insinúe siquiera que tengan que renunciar a uno solo de ellos. El Presidente profesa un respeto absoluto a la inteligencia, porque él es uno de sus depositarios (en *1934-1986. El Papel. Diario de PIPSA*, México, 1989).

La emergencia de grupos guerrilleros (el más notorio: la Liga 23 de Septiembre), integrados por jóvenes, muchos de ellos universitarios, desata la "Guerra Sucia". Los guerrilleros matan policías, y el gobierno responde, tortura y asesina a los que arresta, "desaparece", instaura el terrorismo de Estado. En 1973 el asesinato del gran industrial de Monterrey Eugenio Garza Sada provoca un enfrentamiento severo entre los empresarios y Echeverría. A Garza Sada lo matan los de la Liga 23 de Sep-

tiembre en un intento de secuestro. Echeverría asiste al entierro multitudinario y allí, bajo la lluvia y durante cuarenta minutos, Ricardo Margáin Zozaya, presidente del Consejo Consultivo del Grupo Monterrey, lee el discurso que inicia el cambio radical en el modo de dirigirse al Presidente de la República. Margáin le achaca al gobierno la responsabilidad del asesinato:

sólo se puede actuar impunemente cuando se ha perdido el respeto a la autoridad; cuando el Estado deja de mantener el orden público; cuando no tan sólo se deja que tengan libre cauce las más negativas ideologías, sino que además se les permite que cosechen sus frutos negativos de odio, destrucción y muerte; cuando se ha propiciado desde el poder, a base de declaraciones y discursos, el ataque reiterado al sector privado, sin otra finalidad aparente que fomentar la división entre las clases sociales.

Televisa transmite íntegra la andanada. Desde las primeras frases de Margáin Zozaya, la Dirección de Comunicación de la Presidencia exige la suspensión del programa. Televisa no accede a las demandas y la "zona encantada" del presidencialismo queda rota sin remedio, aunque durante un tiempo sólo la derecha aprovecha las libertades inevitables. A la izquierda se le sigue aplicando la censura.

Si 1971 es el año de la duda sobre las capacidades de Echeverría, el resto de su gobierno es vertiginoso, por lo menos desde el autoencomio. Hay, con todo, logros y acciones de solidaridad internacional. Por ejemplo: recibir a los exiliados de Argentina y Chile y apoyar al presidente Salvador Allende. Pero el comportamiento esencial es y sólo puede ser muy autoritario.

El golpe a Excélsior

Si Díaz Ordaz encarna la ira del Padre de la Nación ofendido porque “les di la mano a los estudiantes y me la dejaron tendida en el vacío”, Echeverría quiere convertir su rigidez en el gran espejismo. Por eso se indigna progresivamente con el perfil crítico de *Excélsior*. Le molestan los artículos de disenso, el inicio de los reportajes de investigación, la actitud de Scherer. No es de extrañar, se ha formado en la obediencia y no ha entendido en lo mínimo los significados del 68. El empresario Juan Sánchez Navarro promueve un boicot de anunciantes, y muy en su papel de redentor profesional, Echeverría ofrece remediar el conflicto. Pero conciliar los extremos resulta imposible, Scherer quiere dirigir *Excélsior* y Echeverría, maestro de la intriga a la moda (es decir, un exitoso delator de sus propias maniobras), da la orden y se desencadena la “acción rápida” de 1976: el 10 de junio se invade el fraccionamiento Paseos de Taxqueña, desarrollo urbanístico promovido por *Excélsior* sobre terrenos adquiridos legalmente por su cooperativa en 1959, y la invasión la encabeza el diputado priista Humberto Serrano, con sus agraristas de encargo. En los días siguientes se acrecientan las maniobras en el Consejo de Vigilancia del diario; promesas y “compensaciones” a los enemigos de Scherer; campañas difamatorias en radio y televisión, y también en la mayoría de los diarios capitalinos, sobre todo los muy oficialistas.

Scherer no cede y se produce el golpe a *Excélsior*. El 8 de julio de 1976 un grupo de la Cooperativa interpreta el papel de turba linchadora, eleva a los altares de la dirección del diario y del desprestigio adjunto al director de la *Extra* Regino Díaz Redondo, y le da la oportunidad a Echeverría de fingir inocencia, su rol más constante y, por desgracia para su récord escénico, menos convincente. Se expulsa de

Excélsior a Scherer y su grupo y el momento es definitorio. Octavio Paz y el Consejo de Redacción de *Plural*, la revista cultural de *Excélsior*, renuncian porque la salida de Scherer y su grupo “significa la transformación de ese diario en una bocina de amplificación de los aplausos y los elogios a los poderosos”. *Plural* continúa dirigida por Jaime Labastida.

A partir del golpe a *Excélsior*, desde la perspectiva de los lectores, la especie que emerge con brío, la protección evidente del gobierno a una publicación resulta *el beso de la muerte*.

La lucha por la voz pública

La respuesta de los agraviados por Echeverría es muy rápida. El 19 de julio, más de dos mil personas se reúnen en un hotel, sin necesidad de otra convocatoria que la red de avisos de persona a persona. Se lanza el proyecto de una revista, *Proceso*, y de una agencia informativa, Comunicación e Información, S. A. de C. V. (CISA). El director de *Siempre!*, José Pagés Llergo, le presta oficinas al grupo, más de mil personas adquieren acciones de la empresa, se efectúa una gran subasta de arte. El 6 de noviembre de 1976 aparece *Proceso* y el editorial es una síntesis de lo ocurrido y un programa de acción:

Este semanario nace de la contradicción entre el afán de someter a los escritores públicos y la decisión de éstos de ejercer su libertad, su dignidad. Estas prendas valen en tanto posibiliten el que a través de ellas se expresen los que no pueden hacerlo de otro modo [...]. En sí mismo, *Proceso* es un acto de confianza en la capacidad de nuestra sociedad de madurar como nación. Agobiados por signos en contrario, lo peor que puede ocurrir a los mexicanos es desesperar de

las posibilidades democráticas de proclamar su nombre y el de sus autores. *Proceso* ejercerá su actividad crítica sin sumarse a tal desahogo. Por lo demás, sería un ínfimo propósito el aparecer sólo para combatir a un gobierno que vive sus últimas horas.

XVII. Contextos: el reportero “de oficio”

a)

El viejo estilo: el jefe de redacción busca con desesperación en los archiveros, no muy numerosos, a la caza de los documentos del pasado turbio del gobernador; se han extraviado las fotos y los recortes de prensa no aparecen. Es la década de 1930 o la de 1940 o la de 1950, y las redacciones son cuerpos tribales, donde los reportajes se originan en conversaciones casuales en el bar o en hallazgos mientras se desempeña una encomienda. No es muy febril el empeño por las primicias porque la censura aprueba o reprueba los escándalos de consideración. Es el tiempo de la revista *Hoy*, cuando las filtraciones expresan las contingencias del azar, y un reportero necesita amigos, tragos, intuición, informantes poderosos y temas no negociados por su director con el gobierno o las empresas o el cardenal, y que, convertidos en denuncias, tal vez se publiquen.

Es el periodismo de compromiso y pago “aparte”, de intuición y bravura, o de inercia y corrupción, el de “la prensa nacional”. Allí el amarillismo no tiene el sitio central, ni tampoco la venta de sensaciones efímeras y las atenciones al analfabetismo funcional. Opera en demasía el auspicio de los prejuicios y los intereses de la clase dominante, y el sitio central es del gobierno.

b)

A escala mundial, el acontecimiento que modifica la imagen del periodista, es el fenómeno de Watergate, con su protagonista Deep Throat, la Garganta Profunda, el informante anónimo de los reporteros del *Washington Post* Bob Woodward y Carl Bernstein. Las filtraciones confirman la tendencia de la prensa occidental, que usa de la agresividad y la semiautonomía para entregar la noticia inesperada, esa gran mercancía del capitalismo. Semana a semana, con la complicidad del grupo antinixoniano, Woodward y Bernstein (recuérdelos con las facciones de Robert Redford y Dustin Hoffman) informan de la cadena de mentiras y fraudes, el corazón operativo de la maquinaria electoral y el aparato político-burocrático de la Casa Blanca. A John Dean, Erlichman, Haldeman, a cada protagonista de la comedia patética de Watergate, les llega la fama y el descrédito planetarios. Y la figura culminante, Richard Nixon (no se le recuerde con las facciones de Anthony Hopkins), encarna la Historia acosada y vencida mientras los periodistas actúan divertidamente el juicio de la posteridad.

En el fondo de la tradición, la sombra de William Randolph Hearst, el Citizen Hearst de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el que según la leyenda inventa las guerras a cambio de las exclusivas. Watergate genera la ilusión: el periodismo, centro de la realidad. Se instala el escándalo justiciero, el afán por descubrir La Verdad en el closet de las fachadas respetables. Persiste lo iniciado por la nota del *New York Times*, que al anunciar la invasión de Bahía de Cochinos destruye las ventajas de La Sorpresa. Una denuncia mínima, con el tratamiento necesario, logra transformarse en catástrofe ministerial. Los diamantes de Bokassa y el descrédito de Giscard D'Estaing; la investigación de la conducta del tenien-

te Calley y su batallón en el pueblo vietnamita de My Lai; el *affair* de los sobornos de la Lockheed; el caso de la Logia P.2 y la Banca Ambrosiana y la participación del Vaticano en un fraude de dimensiones colosales que involucra asesinatos y “lavado” del dinero de la droga; los papeles del Pentágono; las revelaciones sobre de la CIA en Chile y Camboya...

Casi siempre, la primera denuncia viene de otro lado, un juez niega un amparo, una madre de familia busca a su hijo, el Partido Demócrata se queja del allanamiento de una oficina en un hotel de Washington, un banquero amanece colgado en Londres... Y la capacidad industrial de los grandes diarios sostiene investigaciones costosas, integra grupos de reporteros, mantiene vivo el tema hasta convertirlo en la conversación indispensable. Ante la crisis de los liderazgos políticos, el periodismo aspira a representar el conjunto de la sociedad.

En el proceso, lo determinante es el reportaje de investigación. A principios del siglo XX, el novelista Upton Sinclair (*The Jungle*) y el periodista Lincoln Steffens conmueven con sus denuncias de los mataderos de Chicago o de las condiciones laborales en las minas del Medio Oeste. Se impone su técnica, el *muckracking* o exposición de ruindades, y las resonancias van de las defensas de la sociedad al chantaje. Pronto, los nuevos expositores de ruindades trabajan para las grandes compañías y, si tienen éxito, no sólo intensifican el tiraje de sus publicaciones; también, se hacen multimillonarios como Woodward y Bernstein (los millones de ejemplares vendidos de *All the President's Men* y *The Final Days*, la venta de derechos para la película, las conferencias suntuosamente pagadas).

Si son otras las recompensas, también es distinto el método de trabajo. El reportaje de investigación exige equipo, estudios de economía, historia, sociología, politología, demografía. La improvisación se vuelve la limitación más costosa.

c)

Las ofensivas del reportaje son respuestas muy menores ante el avasallamiento de la televisión. En todas partes, el culto por la imagen y el encarecimiento del papel y del analfabetismo funcional limitan el crecimiento de la prensa y obligan a la desaparición de numerosas publicaciones. Esto, mientras crece la devoción por la pantalla pequeña, el instrumento de conformación del hogar moderno. Antes de 1980 no hay *informadores* o *comunicadores*, sólo lectores de noticias. Luego, las cadenas y los *holdings* televisivos aspiran a crear y sostener figuras que son, en sí mismas, el primer signo de credibilidad o de continuidad de la experiencia familiar. Dan Rather en CBS, Jacobo Zabłudowsky en Televisa. Pero la prensa mantiene su condición formativa, aunque —sobre todo en países con tan escasa lectura de periódicos— la televisión remodela el concepto público de la verdad, al disponer del flujo de imágenes y de la solidez atribuida a los conductores de noticieros.

Si la lectura de los periódicos sigue siendo determinante en la formación de la conciencia política, las grandes noticias nacionales e internacionales, para serlo, requieren de la televisión. Esto obliga a la prensa en Norteamérica a tácticas defensivas que incluyen mayor interés por cuestiones formales. Un índice de lo anterior es el auge en el periodo 1960-1980 del Nuevo Periodismo, la reconsideración de la crónica, el énfasis literario como propuesta informativa. El Nuevo Periodismo (Tom Wolfe) y los escritores que le dan perdurabilidad literaria a las noticias (Truman Capote, Norman Mailer) continúan, negándola, la tradición de John Reed, y simbolizan en sus excesos y logros la urgencia de zonas en donde la competencia con la TV carezca de sentido. No hay rating para el placer de la lectura.

Contextos: 1976, un año típico.

El rumor como medio masivo de información

El estrangulador de mujeres... La escasez de alimentos... La vacuna que esteriliza a los niños y les roba su porvenir de padres de familia... La escasez de gasolina... Cada una de estas campañas persigue el descrédito del Estado, anhela objetivos políticos específicos, pero su efecto (las mujeres ansiosas en los supermercados, la angustia de la sobremesa de los ricos ante la inminencia del socialismo, las largas colas en los expendios de gasolina, los padres de familia iracundos y desesperados que se precipitan a las escuelas para llevarse a sus hijos) va más allá de la credulidad histórica y, de un modo tan lamentable como eficaz, le devuelve algunos poderes a una Voz de la Calle condenada institucionalmente al rezongo y la envidia, y que de pronto cree hallarse ante informaciones secretas y esenciales. El rumor como desquite contra el silencio, el rumor como único interlocutor audible.

Algunos rumores coleccionados en tres días de 1976:

26 "informes" de buena fuente sobre el trastocamiento violento o casi de las instituciones (¡El Golpe!)

127 noticias sobre la composición del próximo Gabinete.

6 datos confidenciales sobre grupos insurrectos a punto de tomar Monterrey.

Los rumores vienen envueltos en adornos. "Sé de buena fuente" (lo oyeron en el café a los de la otra mesa). "No te puedo decir quién me lo dijo" (les da pena confesar que fue un taxista). "Mi informante está muy bien situado" (una secretaria amiga de la casa).

1976, el Año del Rumor. Se escuchan y se cuentan y a los bancos acuden multitudes febriles, desasosegadas: hay que sacar el dinero y cambiarlo por dólares, comprar alimentos para un mes, este país se acaba... De hecho, ante el rumor no existen resistencias sólidas e incluso la propia izquierda los asume en 1968 y los vuelve estadística triunfal: en las manifestaciones anteriores al 2 de octubre se enumera: 28, 29, 30, 31, 32 MUERTOS y el júbilo enardecido de las porras legaliza una cifra jamás probada, y celebra el conteo fúnebre. Luego, viene Tlatelolco y —con sombrío reduccionismo— el jefe de Prensa de Díaz Ordaz declara sin ruborizarse un total de 36 muertos. ¿Quién le cree al PRI y quién le cree al gobierno? ¿Y quién deja de creerle a todo mundo?

Las etapas del rumor son casi axiomáticas:

Se inicia el rumor, la congelación de cuentas bancarias por ejemplo.

Las autoridades primero nada dicen y luego niegan enfáticamente.

A causa de lo anterior, el rumor crece.

El rumor se apaga, sin dañar al Rumor como fuente de conocimientos verdaderos.

—Si vieras que casi nadie se niega a difundir rumores... Están ansiosos de ser oídos, oyen algo o imaginan algo, le agregan interpretaciones, urden escenas cruentas, hacen bromas un tanto históricas. Declaran su incredulidad y agregan de inmediato: “Claro, no sabemos lo que pueda ocurrir dentro de un mes.”

—A mí me acusan de frívolo por coleccionar rumores, pero quienes me lo dicen no hablan de otra cosa... Yo por lo menos sistematizo.

Un método infalible para incrementar el rumor: combatirlo con la mitomanía del optimismo. “Esto no puede ocurrir porque somos un país libre y maravilloso.” El rumor, síntesis de los medios informativos de la despolitización, crece desmedidamente y la complejidad de la sociedad mexicana se evapora, todo vuelve al ánimo simple de los profesionistas liberales de la capital en 1913 que discurrían sobre la amenaza zapatista. ¡Ya viene el Socialismo! ¡Ya viene el golpe! ¡Ya viene la Intervención de las Cuentas Bancarias! ¡Ya vienen a despojarme de mi casa creyéndola latifundio!... El Apocalipsis al alcance de cualquier teléfono, la reflexión neurótica en los embotellamientos. Otra garantía del rumor es el ánimo catastrofista de las clases medias, complemento de su deseo de sentirse importantes con las informaciones privilegiadas. Automartirio y auto-complacencia.

**XVIII. José López Portillo (1976-1982):
“Yo no contraje la deuda, la contrajo
el pueblo de México”**

López Portillo inicia su sexenio con lo llamado en los tratados de retórica *captatio benevolentiae*, el truco del orador que desde el principio quiere la simpatía de su público gracias a un vínculo de complicidad (el “Amigos, romanos, compatriotas, présteme sus oídos” del *Julio César* de Shakespeare). En el caso de López Portillo, su *captatio* es una frase de discurso de toma de posesión: “A los desposeídos les pido perdón”.

López Portillo aprovecha con alegría los privilegios del presidencialismo. Lo vigorizan los desplantes, asume a su familia como parte entrañable del mando, identifica *Presidencia* con apropiación de los gestos y las *fachadas del poder*. En su opinión, el presidencialismo es, ante todo y sobre todo, el derecho irrestricto de no rendirle cuentas a nadie. ¿Qué más valor requieren? No se oculta para gobernar, favorece a sus amigos y desoye las críticas; por tanto, gobernará sin trabas. Si el gobierno norteamericano le pide que cese al jefe policiaco Arturo Durazo, sonríe y se hace garante de su buen comportamiento; si se le critica su empeño en petrolizar el país, envía a sus críticos al “espejo de negro de Tezcatlipoca”. Moraleja de JLP: si vamos a ser modernos, dejémonos de gazmoñerías y aceptemos que en este Sistema el poder se deposita en una sola persona, sin la vigilancia que sea otro punto de vista. Por eso él, sin fiscalizaciones, incrementa una y otra vez la deuda externa. No lo niego, esto sucede en numerosos países, pero no en todos una sola persona decide.

En los años del auge petrolero, el presidencialismo promueve el júbilo por las riquezas instantáneas. No hay contrapesos del fervor mesiánico del presidente de la República. El poder legislativo y el judicial están a sus órdenes, los partidos de oposición son muy débiles, los altos sueldos de los funcionarios anticipan la prosperidad de las clases medias y si el Presidente anuncia: “Preparémonos para administrar la abundancia”, pocos discrepan. Se vive la etapa más inerte de la sociedad civil, y sólo unas cuantas voces protestan por el despilfarro, el abuso, la entronización de PEMEX. Y las discrepancias se interpretan como un tributo de los reparos a la grandeza. Lo que se argumenta se disuelve ante la euforia del dispendio.

En el sexenio de López Portillo, Manuel Buendía publica en *Excélsior* una conversación con Carlos Hank Gonzá-

lez, empresario y regente del D.F. El profesor Hank lanza un apotegma: "Un político pobre es un pobre político", y ni la prensa ni la opinión pública consideran la frase una provocación. Entonces se califica de "hazaña" ser al mismo tiempo funcionario y contratista y, no obstante las consecuencias certificadas de la corrupción, no hay grandes objeciones para quienes gobiernan con tal de enriquecerse, y se enriquecen para seguir gobernando en alguna medida.

El Sistema —sinónimo puntual de la desaparición de alternativas políticas— se resquebraja en 1968, pero el impulso del presidencialismo se vigoriza con el regalo del subsuelo: el descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo ("Las reservas probadas podría llegar a 120 mil millones de barriles", afirma PEMEX) que internacionalmente se interpreta como un milagro estricto. Así, el senador Ted Kennedy comparte el juicio de un especialista: "El petróleo promete redimir a la economía mexicana como si fuera una nueva Virgen de Guadalupe" (en el *Diario de Debates* del Congreso de la Unión de marzo de 1978).

En México, el boom petrolero es una bendición tan inesperada que pocos objetan el despilfarro estatal. Por eso, cuando el dirigente de izquierda Heberto Castillo exige revisar la política petrolera y denuncia la prisa y la incompetencia que desatan la catástrofe de la plataforma marina del Ixtoc, se le califica de "amargado y calumnioso". Y las giras suntuosas del Presidente y sus ministros, los gastos sin medida, la publicidad a raudales entregada a los Medios, los sueldos y compensaciones "a nivel emirato" no suscitan indignación sino comentarios humorísticos. Es mejor un chiste que un resentimiento. Se aceptan sin más los caprichos y las extravagancias. Verbigracia: el Presidente invita a la residencia de Los Pinos al alcalde y los vecinos distinguidos de Caparrosa, el pequenísimo pueblo español de donde el fundador de la dinastía mexicana López Portillo salió para hacer

la América (apenas) quinientos años antes. ¿Por qué no? Desde joven, el modelo del Presidente es Quetzalcóatl, el primer turista mitológico en México.

La prensa festeja la odisea del Nuevo Rico, que es un país que es un gobierno que es una sociedad que es un Presidente de la República. Nada más con lo que le da el auge petrolero, la prensa “nacional” se dispone a enfrentar con holgura las temporadas de penuria, las clases medias se ilusionan y la oposición languidece porque los avisos de riesgos graves irritan como si fueran mensajes del Mal. El dinero sitúa entre paréntesis el ánimo crítico y el gobierno promete erradicar la pobreza a plazo fijo. Ante la exuberancia de los yacimientos de petróleo localizados, los expertos internacionales vaticinan el reino de este mundo. Y en los últimos meses del sexenio, cuando sobreviene el desastre, el descontento es unánime.

En el sexenio de JLP, *Proceso* es la revista de oposición, donde los reportajes de investigación neutralizan el clamor adulatorio o, por lo menos, diseminan las dudas y estimulan la indignación. Casi al final de su gobierno, López Portillo se impacienta ante “la negatividad” de la revista y ordena el retiro de los anuncios oficiales, que para los diarios y revistas son por lo menos el sesenta por ciento de sus ingresos. A fines de mayo de 1982, la falta de la publicidad estatal y el boicot de la iniciativa privada obligan a *Proceso* a cerrar CISA, la agencia de noticias inaugurada el 2 de agosto de 1972. Pocos días más tarde, el 7 de junio, en la comida del Día de la Libertad de Prensa, el periodista Francisco Martínez de la Vega denuncia la actitud presidencial:

Cuando la autoridad sataniza a un profesional o a una publicación, algo falla en esa relación [de los Medios con el gobierno], pues basta que se haga pública la hostilidad de una autoridad hacia algún órgano periodístico para que la existencia de ese órgano se haga

casi imposible, ya que sobran quienes, en todos los sectores, prefieren halagar a la autoridad que mantener una relación normal con el periodista y su publicación satanizados. No puedo soslayar que esta situación es grave para el periodismo mexicano.

En la intervención de Martínez de la Vega se advierte la voz gremial, la exigencia de espacios sin acoso presupuestal, y la debilidad de la prensa crítica ante las rabetas y los círculos de hostilidad de los gobernantes, que con o sin las siguientes palabras podrían decir: “A estos les doy anuncios, a estos les complemento los anuncios con licencias de impunidad y contratos, a estos les doy mendrugos y a estos no les doy nada.” No se conciben las *relaciones normales* entre la prensa y los gobiernos, porque los segundos son la principal fuente de ingresos de la primera. Por eso, en ese acto del 7 de junio, López Portillo responde con furia a la crítica de Martínez de la Vega:

¿Una empresa mercantil organizada como negocio profesional, tiene el derecho a que el Estado le dé publicidad para que sistemáticamente se le oponga?

Ésta, señores es una relación perversa, una relación morbosa, una relación sadomasoquista que se aproxima a muchas perversidades que no menciono aquí por respeto a la audiencia. Te pago para que me pegues. ¡Pues no faltaba más!

Al “freudianizar” los vínculos entre el poder y la prensa, López Portillo se ostenta como el señor de horca y cuchillo del presupuesto federal, el que hace de anuncios y prebendas actos de la generosidad personal. El que paga, grita y discrimina es el Presidente de la República, el hombre clarividente, el único que conoce la intimidad del Estado. Pero ya en

1982 la soberbia del Poderoso no provoca estremecimientos de pavor o de asombro, y al periodismo, desgajado de la mayoría de sus tradiciones por la tecnología, lo sacuden el desgaste de la credibilidad priista y el fastidio ante la lectura entre líneas. “Ya no quiero adivinar, sino informarme.” Y se lee con fervor todo lo que contrarreste la avalancha del optimismo profesional y de las mentiras, ese lenguaje orgánico del gobierno.

Al asignar recursos a la prensa, el gobierno, con modestia, sólo pide a cambio “algo de reciprocidad”, elogios desenfrenados, silenciamientos de noticias y linchamientos morales de la oposición. Y esto atenúa o traspapela las medidas “de apertura”. Si, en efecto, se liberaliza el control ejercido por PIPSA pero no hay diques ante el derroche de los jefes de prensa, y continúa el intercambio de admiración periodística por largueza presupuestal, así ya se descartan las frases en el estilo de “La multitud enloqueció apenas vio al Primer Mandatario”. Terminan muchísimos usos y costumbres de la especie de lectores que son en rigor “ojeadores de prensa”, que captan información “como no queriendo”, y memorizan los chismes de las columnas para alimentar su cultura política. Se avizora el fin de los periodistas “de la Universidad de la Vida”, los redactores veloces, los bohemios sin cansancio, los depositarios de la verdadera historia del PRI y de sus gobernantes, los que justificarían la esperanza: “Ojalá pudieran publicar lo que saben, ojalá pudieran saber de lo que publican.” Evóquese lo que sería una columna típica: “El Presidente recibió en privado al diputado sonorense Zeta, y le concedió cuarenta minutos más de audiencia. ¿De qué hablarían?... El Doctor Equis no será gobernador de Tamaulipas porque sus paisanos se quejan: le falta (o le sobra) arraigo... Que no coma ansias el senador Mengano. Sólo se llega por la escala de la disciplina, chato. En política no hay saltos...”

Ante las columnas, la clase política disfruta lo cabalístico y exprime las anécdotas.

XIX. Los códigos compartidos

Hay en la prensa “nacional” códigos compartidos que van más allá del reconocimiento a los patrocinadores (gobierno, iniciativa privada) y del tejido de intereses creados. Entre ellos:

- La creencia indiscutida —que admite escepticismos y burlas— en las bondades del PRI que, entre otras proezas, evita la violencia, crea las bases del crecimiento, auspicia a las clases medias y fomenta las oportunidades selectivas. ¿Cómo no apoyar un sistema donde, con un poco de esfuerzo, cualquiera puede triunfar? O democracia o estabilidad, y los periodistas, por variedad de motivos, optan por la segunda.
- La satisfacción de editores, articulistas y reporteros, al sentirse y saberse los proveedores prácticamente únicos de los sarcasmos y las frases hechas que la ausencia de los debates convierte en el ideario “del régimen de la Revolución”. Este es más o menos el procedimiento: los políticos leen o improvisan discursos, los reporteros extraen de allí las frases que les parecen menos inertes, los redactores y cabeceros destacan lo más llamativo, y así, insensiblemente, hasta que los priistas localizan y memorizan el idioma canónico, un destilado de la inercia burocrática.
- La divulgación de nociones de la Historia es una tendencia a la vez determinista y liberadora. La Historia es el Progreso y el Progreso es el ascenso social, y además, según los escépticos que interpretan el papel de profetas de las postrimerías, sería *histórico* que el PRI perdiese,

pero eso no va a ocurrir, y es *histórico* que un Presidente de la República, de gira por el Sureste en verano, desista del traje y la corbata y se enfunde la guayabera. Con la técnica de lotería, lo no ocurrido o no destacado lo suficiente se vuelve *histórico*. Cadena de hechos francamente históricos: una gran manifestación que no es reprimida, el candidato de izquierda habla en el Zócalo, un ex-Presidente critica a otro...

- El registro de la política, sin contradicciones de por medio, es una hazaña y es un hecho vergonzoso. En las columnas y en las notas sobre inauguraciones y giras, el político es un héroe; en las reflexiones, la política es un asco. Y el término medio es culpar a los funcionarios de segunda fila de los desastres causados por los Altos Mandos. “Traicionó la confianza presidencial.” Es decir, no es lo suficientemente importante como para que cueste algo sacrificarlo.
- La aceptación de lo conveniente de los comportamientos priistas. El gobierno y la prensa se ponen de acuerdo: no hay tal cosa como el fraude electoral, no son rebatibles las cifras del optimismo desarrollista, no tiene sentido la práctica de la democracia. (Todavía en 1987 un reportero entrevista al secretario de Gobernación Manuel Bartlett: “¿Está listo México para la democracia?”, exactamente la misma pregunta del periodista James Creelman a Porfirio Díaz en 1908.) Dar como “natural” la inexistencia de la democracia obliga a la contraparte: advertir las críticas al gobierno como “excesos” o “conjuras”. Miles de editoriales flamígeras se aderezan contra *el libertinaje* en materia política, y el término describe la conducta “licenciosa”.
- La legalización de la izquierda política como acto filantrópico del gobierno. No hay derechos ciudadanos sino favores o ganas de ahorrarse molestias. Por eso, a la disidencia se le estigmatiza, uno más de los complots en

las sombras. Y la prensa encabeza la persecución de los heterodoxos.

La ética y el suspense del tercer acto:

“No te fijes cuánto cobro, lo bueno es que te aplaudí”

¿Qué es lo ético en el periodismo? ¿Por qué no hay reglas explícitas en las publicaciones? ¿Cómo justificar las notas publicitarias del PRI presentadas como información? ¿Cómo se explica que en *Excélsior* sólo a la llegada de Scherer a su dirección se dejan de vender las ocho columnas? ¿Por qué no se publican las protestas de quienes en reportajes o artículos se consideran dañados en su fama pública? ¿Cómo argumentar la escasez de reportajes de investigación y el hábito que ordena la primera página en función de la agenda presidencial? En la Era del PRI lo habitual es minimizar a los lectores.

Más allá de las presiones de los gobiernos y de los acomodados del interés personal, al periodismo nacional y al regional los encauza el dogma del presidencialismo. De los directores a los ayudantes de redacción, los periodistas conocen las fallas inmensas de los gobernantes. Sin embargo, su admiración por el presidencialismo trasciende cualquier escollo, y el Presidente es su certeza primera y última, “la esencia de México”, el responsable de la Seguridad Nacional. Y los periodistas de esta etapa se atienen al presidencialismo porque les ahorra los esfuerzos interpretativos y los problemas de conciencia en diversos asuntos en litigio: elecciones en disputa, represiones a grupos políticos y movimientos sociales, corrupción al mayoreo y al menudeo, ataques a las libertades de reunión y organización, censura, autoritarismo. El periodista típico interpreta como “provocación” o “audacia inaudita” las discrepancias de la oposición en temas de “la Seguridad Nacional”, y por eso, como técni-

ca de trabajo elige la mezcla de silencio y vocinglerío (callar lo sucedido, inventar a gritos a *los responsables*, esos que sólo existen fuera del gobierno).

La interiorización del presidencialismo en la vida informativa culmina con la burla más atroz a los esbozos democráticos: el acatamiento periodístico, transmitido rígidamente a la sociedad, de tres “instituciones”: el Tapado, el Destape y la Cargada, hoy términos del pasado remoto y grotesco, pero de 1952 a 1994 realidades inexorables que portan nombres de sketch de teatro frívolo. Obsérvense en sucesión:

El Tapado: Desde el tercer año de cada sexenio se verifica un acomodo de lealtades políticas, promovido muy de cerca por la prensa, ya que la radio y la televisión casi no “analizan” las virtudes priistas, y aclaran sus simpatías y sus intereses desde la animosidad contra los disidentes y el “tiempo de pantalla o micrófono” dedicado a los precandidatos del “Invencible”. El Tapado debe pertenecer al Gabinete Presidencial, ser obsesivamente leal al Jefe de la Nación y aparentar docilidad. Y, también, debe exhibir con algo de prudencia sus grandes ilusiones, formar una Corte, hacerse de amigos en la prensa y televisión, prodigar atmósferas “de intimidad política”. Una vez nombrado oficialmente, gobernará seis años sin que nadie consiga evitarlo, y debido a esto el don de adivinaciones y “la ciencia política” se ponen al servicio de los ritmos de la conjetura.

A partir del quinto año de gobierno, no hay publicación sin su dosis de charadas, de enigmas para “videntes”. En las incursiones hemerográficas perturba el grado de sujeción que se advierte en la prensa y en lo que hace las veces de opinión pública. El juego es ridículo, es la conclusión notoria, pero es más ridículo no jugarlo. Y el juego no sólo no resiente los chistes, los necesita para consolidarse. En la sucesión de Miguel Alemán, Abel Quezada, en su rol de publicista,

encuentra la fórmula genial: que la burla a la ciudadanía se afiance en la venta de un producto: “El Tapado fuma Elegantes”. Y el anuncio hace las veces de la legitimación, al darle forma de cultura popular a la mayor afrenta al desarrollo democrático.

¿Quién es el Tapado? La pregunta obsesiona a la prensa y provoca un sistema de apuestas en donde cada integrante de la clase política arriesga su porvenir. “¿Estoy con el Bueno o inicio el proceso de mi jubilación?” Los reporteros *de la fuente* (encomiendas periodísticas que resultan formas “legítimas” de enriquecimiento) siguen a un precandidato, lo observan con pasión que combina la entomología con la teología, lo apoyan o le ponen los obstáculos de la distancia anímica. Y la clase política, por lo común bien informada, cada mañana se olvida de sus conocimientos y se entrega al palpito y la ansiedad por descifrar mensajes. En las semanas anteriores al Destape, se lee la prensa con manía iniciática. ¿A quién le sonrío el Presidente? ¿Quién asiste a más actos y quiénes lo acompañan? Las frases huecas se interpretan como secretos de Estado, la nómina de los Grandes Electores varía de persona a persona.

En los días previos a la designación del Heredero, la prensa alcanza su nivel más deplorable, y esto todavía se percibe en 1994, cuando Salinas “destapa” con el recurso patético de un video en donde Luis Donaldo Colosio alaba a Ernesto Zedillo (un genuino mensaje de ultratumba). El culto al Tapadismo es el peor signo de la prensa mexicana en el siglo XX.

El Destape. El instante de “la Revelación” vulgariza y chotea las ceremonias de la realeza (en sí mismas parodias vistosas de misterios medievales), en donde una sociedad le lleva al Ungido los equivalentes del oro, el incienso y la mirra. Todas las virtudes atribuidas al candidato se declaran insufi-

cientes. Él es más que eso, muchísimo más. “Íncrito, perínclito y archiperínclito”, como califica en Torreón a López Mateos el indispensable orador municipal.

En *El Caos* (Crítica, Madrid, 1981), Pier Paolo Pasolini anota lo siguiente: “Jung, en uno de sus últimos libros, dice que la obsesión por los platillos voladores (vistos realmente, objetivamente contemplados) es una necesidad inconsciente de volver a contemplar la aparición de lo sagrado; de ser testigos, si no de verdaderas y auténticas teofanías, sí por lo menos de hierofanías. En suma, los platillos voladores, según esto, son sustitutos de los ángeles. Estoy seguro de que es así.” ¿Es posible sustentar algo parecido en relación al Destape, tal vez una versión en harapos del ánimo de compadrazgo con lo sagrado? Como sea, en cada ceremonia de humillación de la República o, si se quiere, en cada presentación en sociedad del nuevo sol, se presenta la versión más patética del “monoteísmo político”.

Y la prensa describe lo que, atropelladamente, la televisión registra: el desbordamiento de la fiebre admirativa, ésa sólo reservada “para las ocasiones especiales de la psique”.

La Cargada. En las recuperaciones hemerográficas resultan ahora más patéticos que nunca los reportajes y las crónicas sobre las muchedumbres al asalto de las “hierofanías”, los cuerpos prensados, el río de manos tendidas, las niñas con su ramo de flores, las señoras “de clase humilde” al borde del llanto, los viejos campesinos con su frase de acarreo: “Usted sí nos va a cumplir, Señor. Nos han olvidado desde siempre.” La Cargada es la imagen a fin de cuentas “entrañable” de la conversión de la burla política en picaresca.

XX. Miguel de la Madrid (1982-1988): “Pásenle la cuenta al pueblo”

Según Miguel de la Madrid, y de esto hay numerosas pruebas, la nación consiste, casi exclusivamente, en el mantenimiento del aparato administrativo a las órdenes del presidencialismo. A él lo impone López Portillo, ansioso por exhibir su desprecio a la clase política, y de separarse de su benefactor Echeverría. En su turno, De la Madrid cree encarnar el presidencialismo despersonalizado. Su primer acto de gobierno es un resumen adecuado de un sexenio de iniciativas sin continuidad. Inventa la Renovación Moral y la congela casi de inmediato, desvanecida en el castigo a unos cuantos, lo que —de modo explícito— califica a la corrupción de acto simbólico, puesto que son simbólicas y por sorteo las penas que recibe.

Los superricos acrecientan sus ganancias como nunca antes, la especulación es frenética, las Casas de Bolsa infunden en muchos clasemedios el sueño del dinero rápido, y en su afán de divulgar la mentalidad empresarial los publicistas le añaden vandalismo humorístico al desprecio. El Consejo Coordinador Empresarial lanza su campaña: todos somos iniciativa privada: la que vende tamales, el que hace malabarismos entre los automóviles, el que ofrece (casi siempre sin resultados) su fuerza de trabajo. Lo privado, tan taimadamente como se puede, va ocupando el sitio de lo público.

El presidencialismo, según De la Madrid, es funcional, operativo y moderno. El Presidente se ciñe a la abstracción que venera, los Factores Reales del Poder, a los que todo se les permite con tal de no incomodarlos. Con exhibicionismo, se aceleran el saqueo de recursos naturales y la concentración de privilegios, no se interrumpe el contratismo (se cuidan durante un tiempo algunas formas), y el narcotráfico es deter-

minante en los mandos policiacos y administrativos de diversas regiones del país. En obediencia a los Factores Reales de Poder, la impunidad es la norma que rige en el aparato judicial y policiaco, en el proceso electoral, en el mundo financiero, en las monarquías sindicales, en el uso feudal de tierras y de aguas, en el despojo a los grupos indígenas. Al ser tan selectivas las penas, se volatiliza la noción de delito, aplicada por lo común contra quienes delinquen en la pobreza.

Atento a la teoría de las “válvulas de escape”, De la Madrid no objeta la multiplicación de marchas y mítines, y ve de lejos las libertades de expresión que él y su grupo califican de simples desahogos. “Ya gritaron: pasemos a otro tema.” Al Presidente la realidad no lo altera. Lo aseguró: “El país no se nos desplomará entre las manos”, y en efecto, sólo unos cuantos edificios se vienen abajo, las ciudades crecen, y los ríos y los bosques siguen en su sitio (contaminados y talados, pero hasta allí). Si por *país* también se entiende a sus habitantes, la situación sí se altera, se hace trizas el mínimo poder adquisitivo de las mayorías, son incontables la contaminación y la inversión térmica, la producción agrícola se vuelve zona de catástrofe, en las ciudades la delincuencia crece, la miseria es el modo de vida de veinte millones de personas, y se abate el nivel educativo. Con todo, seguro de algo fundamental (mañana, la Sierra Madre persistirá en su obstinación geológica), De la Madrid le concede todo a los grupos financieros, acata las exigencias del gobierno norteamericano, que no por ello disminuye su acoso, y resiste la modernización política auténtica. De acuerdo a su filosofía, la sociedad es inmadura, y caería en la tentación de desplazar el Sistema.

Los Medios, y muy específicamente la prensa, experimentan las transformaciones sin concentrarse en ellas:

- El público de diarios y revistas no aumenta, y la prensa se concentra en su clientela de clases medias.

- El tránsito del país rural al país definitivamente urbano no crea un tipo de periodismo distinto al que atiende la urbanidad informativa de una minoría.
- La centralización impide el desarrollo de la nación moderna, pero no se analizan con severidad los daños del “país de una sola ciudad”, y la descentralización sólo se plantea en lo económico y en unas cuantas ciudades (Monterrey la principal).
- México se integra sin reservas al mercado mundial, pero así se prodiguen las secciones internacionales, el tono general de la prensa es todavía fervorosamente nacionalista.
- El poder real del Presidente amengua visiblemente, las privatizaciones aceleran el fin del Estado-nación, pero la jerarquía de las noticias aún depende del poder presidencial.
- Se produce un salto histórico que en su momento apenas se registra. En 1985 se lanza en Florida el transbordador espacial norteamericano que pone en órbita al Morelos I.

Una tras otra, las certidumbres desaparecen pero la mayoría de las publicaciones no se dan por enteradas. Ni la patria ni la patria pierden sus capillas periodísticas, renovadas cada 24 horas.

Lo que no parece afectar al periodismo es la disminución de lectores. La demografía avanza y el público se reduce. Sin que se diga, o sin que haga falta decirlo, la prensa “nacional” se dirige a la minoría significativa, una élite del punto de vista que crece durante el auge de las crisis agudas y los movimientos sociales, pero que en las caídas no varía sustancialmente. Durante los días del terremoto de 1985 los lectores se multiplican, luego se vuelve al reino de la disminución parsimoniosa de la venta. La ciudad tiene diez o catorce o veinte millones de habitantes (¿qué censo se le practica a las muchedumbres que hacen de sus cuartos réplicas del

vagón del Metro?), pero las publicaciones de éxito se estacionan en 200 o 250 mil ejemplares las muy populares, y en 70 o 90 mil las de “alcance nacional”.

“Los problemas de la Nación son los que preocupan e interesan a los ciudadanos”:

Candidato Miguel de la Madrid en el ideario

“Los grandes problemas nacionales de hoy”

A De la Madrid le entusiasman las obviedades, tanto que sus discursos y declamaciones sólo obligatoriamente se vuelven noticia genuina. A él su imagen no le preocupa en demasía: no tiene otra y, además, si hay descontento popular los iracundos disponen de todo el tiempo del mundo para calmarse. Como sus antecesores, no cree en las ventajas de escudriñar la prensa. ¿Para qué? Sólo el Presidente es dueño de la información y de los factores interpretativos, nada más él detenta la mirada histórica y maneja las intenciones a largo plazo. ¿Qué entienden los demás de la desincorporación y del redimensionamiento de las empresas del Estado, de los ajustes de los cambios estructurales y los flujos monetarios? ¿Qué intuyen de las finanzas internacionales los del salario mínimo? Si algo es demostrable en el sexenio 1982-1988 es la idea rectora: el presidencialismo es la técnica de mando que se ocupa casi exclusivamente del bienestar de las élites, al ser ellas las forjadoras de la riqueza. Si esto se reconoce en la prensa, bien; si no...

También, los lectores de periódicos modifican, lo quieren o no, su relación con las noticias. Durante los años de fe en el Despegue, la consigna íntima y pública es modernizarse, y según la ley no escrita modernizarse es remodelar apariencias, a lo largo de un proceso que todo lo afecta: formas de convivencia, vestuarios, lenguaje, sensibilidad, metas en

la vida, distancias con la moral tradicional... y técnicas de información personal. Se lee verdaderamente lo que fortalece las sensaciones de pertenencia al desarrollo, lo demás corresponde a “las calumnias de la realidad”. Sin embargo, en la Década Perdida de 1980, cuya evidencia se produce en 1982, al disminuir la tasa de crecimiento del producto interno bruto y al derrumbarse el sueño fundado en el consumismo, los lectores habituales de la prensa retornan a la desconfianza y cambian el autoengaño por el recelo y el encono. *Y pensar que pudimos...*

Lo anterior nada le dice a De la Madrid, ortodoxo de sí mismo, es decir, convencido del riesgo populista de las emociones. Si en tres años de Presidencia Echeverría pasa de burócrata a cruzado del Tercer Mundo, De la Madrid, imbuido de la fusión de identidades (“El Estado soy yo”) y muy a gusto con su temperamento, no se propone agrandar a la Nación, ni cautivarla a golpe de energía. Su *estilo personal*, de consecuencias menos importantes que las pregonadas por Cosío Villegas, más efectivas que las aceptadas por la izquierda, huye de la cordialidad y en la televisión —su “foro doctrinario”— se le advierte reticente o tibio o frenado por el miedo a la emotividad, actividad histriónica que no le importa o no posee. ¿Para qué desbordarse si no le corresponde el liderazgo sino la Presidencia, la institución de instituciones?

En 1985 Regino Díaz Redondo, director de *Excélsior*, le pregunta al Presidente: “¿Quién es Miguel de la Madrid al cumplirse tres años de su gobierno?” Y la respuesta congrega toda la euforia disponible:

Soy un ser humano enriquecido en lo esencial. La experiencia como Presidente de la República es intensa, diversificada, y eso me ha enriquecido humanamente. Conozco más cosas de mi país, del mundo. *Como estoy más en contacto con mi pueblo, creo que lo quiero más*

de lo que lo quería, y siempre lo he querido mucho; pero este contacto humano, personal, emotivo, el hecho de sentirme no el principal, sino el único responsable de los destinos de mi patria en este período que me ha tocado gobernar, sí considero que ha sido una experiencia muy positiva (subrayados de C.M.; citado en *Los Presidentes* de Julio Scherer García, Grijalbo, México, 1986).

Tres meses más tarde, el terremoto del 19 de septiembre de 1985 enfría las querencias nacionalistas del mandatario, o así lo juzgan el rumor, la opinión pública y la prensa. De la Madrid —y esto no es termómetro de sensaciones— le oculta a su pueblo la palabra y los gestos del *único responsable de su destino*, el día del sismo no se deja ver y luego se aferra al distanciamiento que es su aureola. La gente (sinónimo de ciudadanía o de pueblo) organiza el rescate, remueve escombros, dirige el tránsito, junta víveres, improvisa albergues, se reúne, presiona, acusa al gobierno de indolencia y a las compañías constructoras de corrupción por el uso de materiales más que baratos, y desde el 20 de septiembre, adopta el nombre de *sociedad civil*. Con vehemencia dispareja, la prensa, la radio y la televisión siguen el movimiento (su dramatismo, su enjundia, sus cientos de miles en las calles) y reconoce de buen grado o a regañadientes la autonomía de la sociedad civil, definida en la práctica no por Hegel o Gramsci sino por la urgencia de espacios de autonomía frente al gobierno y de estreno de ciudadanía.

Mitificada o producto de la urgencia de representaciones colectivas, la idea y el ideal de sociedad civil cunden como respuesta a la cerrazón del régimen que no cree en los ciudadanos ni les encuentra acomodo real. El 19 de septiembre la sociedad adquiere otra visión de sí misma, sin mayor intervención del Único Responsable de los Destinos. Mientras, prosigue el sexenio, se pulverizan las posibilidades adquisitivas

de la mayoría, el narcotráfico penetra en diversos niveles del gobierno, el Ejército y la sociedad, se evapora la incondicionalidad gobiernista de las clases medias, y la Década Perdida de la economía latinoamericana alcanza su apogeo. ¿Qué le falta a De la Madrid? Dispone del apoyo del empresariado, de la iglesia católica, del Poder Legislativo y de los reflejos condicionados de la sociedad, aunque con la policía y el Poder Judicial cuenta muy a medias, como exhiben el Caso Buendía y el Caso Camarena. Por eso, un resumen (un epitafio) adecuado del periodo es su respuesta a Díaz Redondo:

—¿Qué hace el Presidente de México cuando descansa, si es que descansa alguna vez?

—Sí descanso, sí descanso y me doy tiempo para descansar, y me obligo a tener tiempo para descansar, porque el descanso es indispensable en términos de salud y en términos de serenidad.

Vale la pena precaverse de los riesgos de lo idiosincrático. A López Portillo los gestos imperiosos y las bravatas casi metafísicas lo fijan negativamente en el imaginario colectivo, y De la Madrid, como precaución y por temperamento ya no le solicita perdón a los desposeídos, ni llora al dirigirse a la nación, ni emite frases autodestructivas del tipo de “Mi hijo es el orgullo de mi nepotismo / Defenderé el peso como un perro”. Y no tan curiosamente, la estrategia del letargo a la sombra rinde dividendos. Si no se deja ver, el gobernante se hace olvidar con más facilidad.

La búsqueda de exterminio del populismo

A De la Madrid no le interesa la democracia electoral. Le obsesiona disminuir el peso del “populismo”, despojar al

gobierno de inútiles preocupaciones sociales, recomponer en algo los daños de lo que juzga un “absurdo”: la Expropiación Bancaria. Y elige a sus interlocutores: los banqueros (que se resarcen a fondo con las indemnizaciones y las Casas de Bolsa), los tecnócratas (o como quiera llamársele a la nueva generación de profesionistas, formada o, más bien, confirmada en universidades norteamericanas, y que sólo cree en la diosa Macroeconomía), los grandes empresarios, las cúpulas políticas. Ni los medios informativos ni las universidades públicas le conciernen, porque los siente irredimibles, condenados por la ideología populista-marxista a la pre-modernidad, y si acepta la libertad de expresión relativa y creciente es por no conseguir evitarla. ¿Qué país moderno prescinde de ella? Libertad relativa, insisto, al ser muy amplio y severo, a través del otorgamiento de la publicidad y de las presiones, el manejo gubernamental de los medios informativos, en especial la televisión.

Todavía en la década de 1980, el presidencialismo es la única técnica de salvación conocida, lo otro es el caos, la improvisación, el dejar sueltas a las gemelas inadmisibles: la crítica radical y la barbarie del populacho. Y De la Madrid es el dueño ostensible del espacio público. Como deferencia al espíritu del cambio, organiza para el Destape un teatro levísimo donde seis secretarios de Estado y precandidatos declaman su proyecto de gobierno. *Words, words, words...* A esas alturas el sucesor ya está nombrado.

El caso Buendía

Manuel Buendía (1926-1984) ingresa al periodismo en *La Nación*, el órgano de Acción Nacional, es reportero y director de *La Prensa* (1960-1963), en donde inicia su columna *Red Privada*, que transita por varios periódicos hasta con-

cluir en *Excélsior* (1978-1984). Buendía es al principio reportero policial, y de hecho nunca abandona este oficio, que lleva su examen de la política. Es un adversario decidido de la derecha, los grupos secretos de la ultraderecha, la intolerancia clerical, los gobernantes corruptos o ineptos. Su energía lo conduce a manejarse como la fuerza autónoma que publica *exposés* sobre crímenes y grandes fraudes. Convencido de que su periodismo es riesgosísimo insiste en él, y sólo ocasionalmente acepta ser vigilado por elementos policíacos. En mayo de 1984 es asesinado por un pistolero de alquiler. La investigación dura varios años y al final se detiene a José Antonio Zorrilla, antiguo jefe de la Dirección Federal de Seguridad que, a lo mejor sólo por su cuenta, manda asesinar a Buendía porque éste investiga el narcotráfico.

XXI. Temas diversos y complementarios

Los interlocutores de la sociedad civil

A fines de 1976 aparece *Proceso*; en 1977, *unomásuno*, dirigido por Manuel Becerra Acosta, subdirector de *Excélsior* con Scherer. El periodismo se renueva con rapidez, la fotografía cobra una importancia notable, el reportaje de investigación es el género fundamental, los egresados de las escuelas de Comunicación toman el relevo, la crítica ya no estremece. *unomásuno* conforma tendencias: el rechazo de la censura hasta donde es posible (bastante), la liberación de temas y lenguajes y la atención primeriza a los derechos de las minorías. Dejan de tacharse las "malas palabras", se imprimen *ca-rajo*, *cabrón* y *chingada* y no se derrumban los muros de la República. Si esto le concede provisionalmente la victoria a la

banalidad, deshace la ya maltratada dictadura de las “buenas costumbres”. Una parte amplísima del periodismo ya no admite los tabúes y los aspavientos del moralismo.

En 1984 surge *La Jornada*, a resultas de un desgajamiento de *unomásuno*. Con Carlos Payán al frente, el diario anticipa las necesidades expresivas de la sociedad civil, amplía la tendencia de *unomásuno* y se proclama irremisiblemente de centro-izquierda y de izquierda. ¿A qué aludo con *izquierda*, un término de tan ardua definición, entre otras cosas por situarse en un campo oscurecido por las divisiones, vulnerado por las enormes concesiones al pragmatismo, desgastado por la suplantación que los oportunistas hacen de la antigua militancia, y por “la privatización” de las causas? Fuera del apoyo de un sector a la dictadura de Fidel Castro, a la izquierda ya no la definen un perfil marxista o revolucionario, ni —aunque todavía se perpetren— artículos en el estilo combativo de *La Voz de México*, órgano del PCM allá por 1956. Más bien, por *izquierda* se entienden los movimientos sociales, la crítica intelectual y periodística, las ONGs, las causas específicas que se oponen a las embestidas de la derecha, tan anti-laica, y que sostienen las demandas de justicia social, tolerancia, diversidad, derechos de las mujeres, educación pública, derecho de las minorías, respeto a la ecología (los derechos de las próximas generaciones), etcétera.

El periodismo crítico sigue con detalle los movimientos básicos de estos años. Así por ejemplo las movilizaciones desatadas por el terremoto en 1985, el entusiasmo generado por la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, la formación del PRD (de sus orígenes al círculo de las denuncias mutuas), los escasos movimientos sindicales independientes y su innovación en el exigir y el desvestir (la moda nudista que inicia el Full Monty de los mineros de Pachuca), el debate en torno a la salud reproductiva, Chiapas a partir del primero de enero de 1994, el desarrollo del movimiento

lésbico-gay, las luchas en contra de la impunidad de los violadores, las resistencias al ecocidio... Este periodismo, distinto en casi todo del televisivo, insiste en el castigo a los inspiradores y los autores materiales de las grandes represiones (Aguas Blancas en Guerrero, Acteal en Chiapas, las de mayor impacto), y del saqueo económico, representado especialmente por Fobaproa.

El Medio es el mensaje, el masaje, el menaje

En la década de 1990 todavía hay quienes, ateridos en el laberinto de sus profecías, creen en el fin de la era de Gutenberg y en los vaticinios de Marshall McLuhan. Desde el pánico, son legión los periodistas convencidos de que su tradición ha dejado de ser significativa, certeza que los colma de argumentos deprimentes. Veán, exclaman los más nostálgicos de entre ellos, observen a las escuelas y facultades de Comunicación. Son un avance al eliminar vicios funestos de la improvisación, pero sustituyen al periodismo de viejo estilo, gozosamente improvisado y noctámbulo, por otro ya despojado de impulso literario, reiterativo, con un instinto narrativo en declinación, podado de alegorías y símiles porque, según sus cánones, eso es "subjetividad". Y refieren en sus lamentaciones el auge de la prosa de boletín, del laconismo de un idioma de cuatrocientas palabras básicas, sin referencias clásicas (que no captarían la mayoría de sus lectores), humilde y humillado ante la ofensiva de las imágenes y los controles del poder.

El viejo periodismo avizora el porvenir regido por la iconósfera, el triunfo de las imágenes, la retirada de lo verbal y la eliminación de la formación humanista (que no importaba, por lo demás). Y el video avasalla, tanto que en los embelesos oníricos de los reporteros el cuarto de edición deviene

la zona sagrada que sustituye a la sala de redacción. La informática es un culto devocional, las computadoras suelen transformarse en el cubículo, el confesionario, el altar de los alborozos y las quejas. Y esto es inevitable y a fin de cuentas enriquecedor.

Persiste la creencia oficial en la manipulación, en la conjura de unos cuantos para pervertir la mente de los inocentes (los mismos periodistas, sus familias, sus conocidos). Al disminuir la efectividad de la prensa, y al acercarse con frecuencia los tirajes a lo simbólico y subrayarse los límites del poder de convocatoria (la conciencia vota menos que la inercia, el clientelismo, los prejuicios y los intereses personalísimos), los periodistas “comprometidos” dan en acusar a las empresas televisivas de todas las tropelías concebibles (exageran un poco), como si el espectador fuese la víctima inconsciente en lo alto de la pirámide o el preso en las mazmorras de la Inquisición, a quien, con cuchillo de pedernal o con hoguera piadosa, se le arranca ya no el corazón sino el entendimiento, y se le quema no para devolverlo a la verdadera religión sino a la contemplación absorta de los comerciales. ¡Triste empresa oracular! Ahora sabemos mejor: no obstante su pobreza, la televisión no es algo externo a nosotros sino la forma óptima del temor a quedarnos solos. La nueva versión del infierno es un mundo sin electricidad.

¿Cuál es la causa del pesimismo? Una creencia: información es poder. Este dogma no se ha desbaratado al incrementarse el acceso a la Red, The Web, y al quedar claro que el flujo informativo no modifica el carácter, ni democratiza las ideas y vivencias, ni suele oponerse a la desinformación individual. Y a partir de dos fenómenos mediáticos (el asesinato de Kennedy y Watergate) es casi imposible distinguir entre la información como poder y la información porque sí, porque algo debe colmar las publicaciones.

A partir de la década de 1990 el reportaje de investigación lo es todo para el periodismo. La opinión pública o la sociedad civil apoyan con estrépito cualquier búsqueda de lo ocultado por el gobierno, la iniciativa privada y, de modo creciente, el clero católico. Caso tras caso, los reportajes dan noticia de fraudes, conspiraciones contra el presupuesto gubernamental, asociaciones delictuosas entre los narcos y los sepulcros blanqueados de la administración federal y las empresas "humanas y divinas", etcétera. Con el poder judicial aquejado de una profunda corrupción y la seguridad pública devastada por el narcotráfico y la delincuencia organizada y amateur, la multiplicación de los "Watergate" apuntala a la prensa en su lucha desigual contra la televisión, no muy decidida a investigar, denunciar, exigir, insinuar. Los "Watergate" le infunden confianza a una generación de reporteros ansiosos del triunfo. Pero los casos se acumulan, la prensa denuncia la red de complicidades... y muy poco sucede. Sí, se desacreditan los implicados, pero nada más algunos, poquísimos y casi por sorteo, van por un año o dos a la cárcel, cunden los comentarios de asombro rabioso, se editan libros que agotan cinco ediciones... y el sistema sigue intacto, fascinado con su capacidad autorregenerativa, y con la conversión del escándalo en industria del desquite efímero.

Más procesos con la terminación *gate*, y más escasez de consecuencias. La impunidad crece a la velocidad de las denuncias, y en un momento dado casi se evapora el castigo social. ¿Cómo retener tanto nombre? ¿Cómo institucionalizar la condición infamante de legiones de funcionarios, empresarios, jueces, agentes del Ministerio Público, jefes de la policía judicial, columnistas y uno que otro clérigo? Y el escándalo se agrega al currículum vitae, ser acusado es visto como otro signo de vitalidad, y el show eclipsa a la moral pública. Moraleja de otra época: quien tiene el poder de conceder la

impunidad, tiene el poder de disminuir la información, por terrible que sea, si el mayor castigo al alcance de los informadores es la amenaza de “los castigos ultraterrenos” de la ley.

Pocos se atienen a exigencias de “objetividad”, “neutralidad”, “compromiso con el lector”. ¿Cómo se traduce eso en términos de la informática? ¿Cuántas fotos y cuántas palabras requiere la objetividad? ¿Quién contextualiza una noticia de un día a otro? Y junto al diario o la revista aún no se presentan el diario y la revista suplementarios y complementarios, que enteren al lector del sentido de las noticias recién leídas, de las características del país aludido, de los orígenes de una referencia histórica o literaria, del origen de frases como “el talón de Aquiles” o “la cabellera de Absalón”. Porque, ¿quién desentraña el significado de lo ocurrido hace diez años o más? ¿Quién precisará dentro de poco las diferencias a lo largo del siglo XX? La ventaja de la televisión es rotunda: en última instancia las imágenes no necesitan de contexto. Si no se explican solas, sí se bastan solas. ¿Y quién traduce una imagen sin ser lector profesional de la iconografía o sin avergonzarse de la obviedad?

En el periodo 1968-1994, una parte de la prensa decide, con la pretensión o el protagonismo del caso, suplir en donde hace falta el esfuerzo de los partidos políticos, atender a la sociedad civil, convertir sus alcances en interlocución del poder. Se divulgan las primicias de los sótanos políticos, se alerta, se ironiza, se recapitula con fiereza, se regaña al poder y se cree en el daño hecho a los poderosos. Los periodistas no modifican y sí modifican la realidad, y esto es poco y es bastante.

Por lo general, se impone en el siglo XX un periodismo populista, impresionista, alquilable con frecuencia y —según el humor del día— proclive a ver incluso en las notas de bodas y bautizos los indicios del Génesis o del Apocalipsis. Esta prensa sirve al deseo de cambio hasta que la corrompen, o se corrompe para que llegue tarde el intento de cam-

bio, o se burocratiza para impedir que la corrupción la corrompa. Pero al no ser toda la tradición disponible, ya no es de modo estricto la tradición.

¿Cuántos lectores quedan?

Más que los afanes gubernamentales de control, la escasez de recursos para la modernización tecnológica y el encarecimiento del proceso informativo, el problema central del periodismo mexicano es la escasez de lectores, atribuible a diferentes motivos:

- El salto mediático tan señalado, determinado por la contemplación de las rutinas televisivas. En la primera mitad del siglo XX, al menos en las clases medias, el periódico formaba parte de las costumbres hogareñas, y los niños oyen a sus familiares discutir las noticias o los alegatos como parte de su vida cotidiana. Esto ya no sucede ni siquiera durante los noticieros. Informarse y discutir los acontecimientos del día ha dejado de ser requisito social y familiar.
- La invención, muy fomentada por el amarillismo y el sensacionalismo, de un "lector real" superficial en extremo, descuidado, que sacia todos sus intereses noticiosos en la lectura de las cabezas de las notas. A causa de ello, el periodismo mexicano, pese a su abundancia informativa y su genuina vocación internacional, se desentiende del lector ideal, el primero que, según creo, un periódico debe tomar en cuenta. El lector ideal es, en síntesis, el que en verdad *lee* los periódicos, y responde de manera crítica y con disposición comunitaria a la noticia y sus complementos interpretativos.
- El aumento desproporcionado del analfabetismo funcional (la impresión dominante: leer es dejar de ver, leer es renunciar al ejercicio de la vista).

- La plétora de publicaciones que oscurecen el panorama informativo.
- Las dificultades adquisitivas, aun en el modesto nivel de la compra de diarios, de grandes sectores de la población, lo que a corto y mediano plazo elimina su lectura.
- La desconfianza casi instintiva ante lo afirmado en diarios y revistas. Esto en respuesta a las evidencias de la manipulación gubernamental, que usa de las portadas de las publicaciones como cripta a perpetuidad del presidencialismo. Así, los lectores se reducen en cada ciudad a la minoría significativa que lee dos o tres diarios, entre ellos los dedicados al deporte y los que satisfacen una idea antigua de Pueblo: “colectividad que sólo cree en el crimen, el deporte y el espectáculo”.

XXII. Carlos Salinas de Gortari (1988-1994)

Hay un rumor tan grave, como si todo el mundo después de callar tanto se hablara de repente.

CARLOS PELLICER, “Surgente fin”

1988: La primera gran crisis del presidencialismo

En octubre de 1987 el *Destape* ilumina a Carlos Salinas de Gortari, nacido en 1948, secretario de Programación y Presupuesto, hijo de Raúl Salinas Lozano, secretario de Industria y Comercio en el sexenio de López Mateos. Entrenado en la política priista desde muy joven, discípulo preferido de Miguel de la Madrid, Salinas conoce a fondo las reglas del presidencialismo, pero no las del carisma. En 1988 el PRI ya no convence y se requiere una campaña a-la-altura-de-los-tiem-

pos. Para ello, Salinas “dialoga con el pueblo” desde la televisión, preside infinidad de simposios y ponencias, y dilapida cientos de millones de pesos en la compra de voluntades. Inútil: el resultado poco tiene que ver con la época del Candidato del PRI como el Gran y Único Líder, el dispensador inequívoco de bienes y fortunas.

El fracaso del PRI en 1988 es monumental. Retiene, y con ímpetu, a sus clientelas, pero no convence a los jóvenes, no encauza el voto corporativo, inutiliza el costosísimo tiempo a su disposición en los medios electrónicos, no estimula al priismo tradicional, y recurre a métodos y discursos del peor tradicionalismo (amenazas veladas o no tanto, promesas torrenciales). Esto sucede entre octubre de 1987 y el 2 de julio de 1988: bardas mancilladas por consignas pueriles; volantes idénticos a los que notifican la inauguración de una panadería; folletos y libros donde el partido es la mercancía y el elector el consumidor; mítines de asistencia forzada y de ausentismo mental inevitable; señoras y señores muy afables que en la misma emisión de voz inauguran y cancelan la vigencia de su nombre entre sus oyentes mientras sonríen, invitan a votar como a un acto social, y se dirigen al siguiente pueblo, seguros de que hacer política es apretar la mano con rapidez cálida. Y no más.

A favor del PRI se canalizan los inmensos recursos del Estado, que garantizan el control de la casi totalidad de los medios informativos. Pero en una sociedad compleja no bastan la intención y la práctica del soborno, y el trueque de las promesas en la celebración del centenario de las realidades. Ya es tarde —las arcas semivacías— para cumplir el ideal: que al gobierno le alcance el dinero y compre el aplauso incondicional de todos los mexicanos. Y no funcionan con la puntualidad anterior las intimidaciones, la derrama de dinero, las operaciones de los cacicazgos poderosos como el SNTE y el fraude mecánico en los sitios sin vigilancia de la

oposición. Los votantes genuinos del PRI —su número exacto es enigma ya sin respuesta— actúan bajo la persuasión del intercambio (“si hay un número suficiente de votos en la comunidad X, se les recompensará con drenaje, créditos, buen trato político”), del voto de inercia (“si quiero que respeten mi voto, debo dárselo al PRI”), del voto del miedo a la inestabilidad (“aquí en México nunca cambiamos para mejorar, y si con el PRI nos va tan mal, imagínense con otro...”), y —¿por qué no?— del voto por el Sistema (“no, si el Sistema nos va bien. Los que no funcionan son los políticos”).

En la mente popular, al PRI (concepto y realidades) lo definen la corrupción, el despotismo, el tráfico de influencias, el nepotismo, la complicidad de clase (y, luego, de universidad privada), la picaresca de los gestores, las represiones sectoriales, la humillación de los obreros, el manejo implacable de los campesinos, y la minoría de los “allegados” que hace el viaje sexenal del departamentito a la casota. Pero el hábito de la resignación es tan fuerte que el gobierno se persuade de su triunfo: un mal candidato será un gran presidente. Además, no escasean las multitudes aclamatorias, las felicitaciones de los empresarios, el discurso enardecido de los líderes campesinos (así llamados por su desconocimiento del campo) y los líderes obreros (así llamados porque sólo han sido burócratas), los artículos y los reportajes laudatorios. El presidente del PRI Jorge de la Vega anuncia que al candidato a la Presidencia lo esperan veinte millones de votos, y la CTM lo sobrepasa ofreciendo 28 millones.

Si el criterio del éxito es la visibilidad publicitaria, el único candidato es Salinas de Gortari, de efigie prodigada en carteles, volantes, anuncios gigantescos, y de consignas repetidas a lo largo del día en radio y televisión, y en los manifiestos y notas de las publicaciones. A los opositores se les reservan unos cuantos segundos, acompañados de comentarios despectivos. La realidad no se disciplina a las fo-

tos, los artículos “reflexivos”, los manifiestos de adhesión de plana entera y los noticieros. La casi totalidad de la prensa está convencida: Salinas ganará porque es el mejor, y es el mejor porque es el único a la vista.

*Cuauhtémoc Cárdenas:
las victorias del empecinamiento*

En 1988 el éxito de la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas desconcierta a los Medios y divide a la prensa. Cárdenas, el hijo de don Lázaro, recibe el apoyo desbordado en los medios rurales, en los sectores pobres de las ciudades y en amplios sectores de la clase media. La ansiedad de oportunidades y la recuperación o la obtención de certidumbres históricas le otorgan carisma al anticarismático Cárdenas. Y una cosa por la otra: se desencadena contra él el más grande acoso político y mediático hasta entonces conocido.

1988 es el año de Cárdenas. A su empecinamiento, y al del grupo pequeño que lo acompaña, se debe una campaña intensa y brillante. Las masas se inventan a sí mismas al recibir a *Cuauhtémoc* en los pueblos y ciudades. Se crea el entusiasmo democrático, hasta entonces inexistente o demasiado frenado por el fatalismo (“el PRI nunca pierde, y cuando pierde arrebatá”) y Cárdenas resucita o inaugura la creencia: es posible derrotar al PRI.

A la terquedad cívica responden en aluvión los denuestos, las críticas, los vejámenes verbales y caricaturales contra Cárdenas. Los priistas, de manera obvia, señalan a la Corriente Democrática como “el caballo de Troya” de la izquierda en el PRI; los agentes de Carlos Salinas lo califican de “rémora”, de “espectro del nacionalismo revolucionario”; los intelectuales “independientes y críticos” se olvidan del macrofraude electoral y localizan en el PRD la amenaza de la

movilización rencorosa de masas (les falla el cálculo). Entre 1988 y 1994 Cárdenas resiste oleadas sucesivas de chistes y agresiones. Aparece el Partido de la Revolución Democrática, que por un tiempo unifica a la izquierda, y Cárdenas, el líder indiscutible, recorre el país, preside asambleas fatigosas, observa cómo en el PRD suelen reproducirse los procedimientos del PRI. Pero resiste al linchamiento mediático y esa no es la menor de sus virtudes.

El PAN: la modernización a golpes de terquedad

El brillo de la campaña cardenista en algo oscurece la emergencia del Partido Acción Nacional, que en Manuel Clouthier, el Maquío, localiza el candidato renovador. Agricultor exitoso y “fuerza de la naturaleza”, Maquío es lo opuesto a los símbolos de la decencia conservadora, tan representativa del PAN hasta ese momento. Nada más alejado de Manuel Gómez Morín, Efraín González Luna y Luis H. Álvarez que Clouthier, malhablado, rústico, sin ideología comprensible, definido por los atropellos de su carácter, entrón (el vocablo indispensable en este caso). Clouthier anticipa la cauda de líderes regionales del PAN (empresarios cuya habilidad política consiste en odiar la política), y exhibe el fin de un modo de encarar la respetabilidad. Con Cárdenas y Clouthier la sociedad exhibe algo de la variedad de su repertorio, y la derecha, gracias a Clouthier, por vez primera llena el Zócalo.

El PAN inicia una forma de vida cívica en México, pero el acoso gubernamental es excesivo y el PAN carece de la disciplina que lo vuelva un partido en verdad nacional. Además, su desempeño es contradictorio. Anuncian, con todo y galería de fotos y justificaciones teóricas, la desobediencia civil, y jamás la ejercen; terminan las campañas con menos ideas o consignas de las que sustentan al inicio, y eso que no empie-

zan en la abundancia conceptual; en sus movilizaciones las mujeres son determinantes, y carecen de programas para ellas; están urgidos de un perfil popular y se atienen en sus documentos al lenguaje empresarial o al de teólogos aficionados; quieren modernizarse y se apegan a sus prejuicios, como el deseo de modificar el Artículo Tercero constitucional para que haya “libertad religiosa” y se enseñe el Catecismo en las escuelas públicas; han diluido su tradicionalismo pero depositan su identidad ideológica en el conservadurismo más feroz: le niegan legitimidad a Salinas y muy pronto se ufanan de ser sus interlocutores excesivos. Entre 1988 y 1994 el PAN va de la leal oposición a la oposición leal, sin una presencia significativa en los medios y sin una prensa partidaria eficaz.

El 6 de julio: la caída y la elevación del Sistema

El día de las elecciones, 6 de julio de 1988, la jornada transcurre pacíficamente, pero ya a mediodía las informaciones obligan al pánico gubernamental. La victoria posible de Cárdenas moviliza los recursos del presidencialismo, la Secretaría de Gobernación declara: “Se cayó el Sistema”, y el sarcasmo involuntario sella lo aparatoso del fraude. El aparato político recompone sus fuerzas, y en los Medios las halla casi intactas. La rebelión es imposible e indeseable, y sólo con marchas y mítines no se detienen la maquinaria estatal, los “certificados de licitud” del Congreso, de la televisión, de la mayoría de las publicaciones.

Divertidamente, los “analistas políticos” toman en serio el mapa de los votantes y elaboran teorías sobre el atraso de lo rural y la confianza en Salinas de lo urbano, salvo los sectorcitos irritados con el PRI... Los “analistas” se burlan de la denuncia del fraude generalizado y apoyan a Salinas, el que podrá organizar las votaciones serias aunque, esto ya no

lo dicen, llega a la Presidencia gracias a la desviación de los votos. En las publicaciones, sin resquicio de modestia o pudor, se habla del 6 de julio de 1988 como un gran momento de “la transición a la democracia”. Salinas y el PRI, desde su control de los medios, se ríen de la crítica y aseguran sin más: el país sigue representado en la básico por el PRI.

Sin demasiados problemas, Salinas detenta la Presidencia a partir del primero de diciembre de 1988, y a su toma de posesión la prestigia revolucionariamente la presencia de Fidel Castro. El salinismo intelectual festeja la modernidad y en los Medios se libra la última gran batalla del PRI: “Si quieren ganar con los votos, los derrotaremos probándoles la inutilidad de emitirlos.”

La despedida de lo sagrado

Ante la resistencia la candidatura de Salinas, De la Madrid se aturde o eso transmiten sus acciones: “¿Cómo es posible la discrepancia cuando sólo yo dispongo del cúmulo informativo que vuelve justa e inevitable la designación?”, sería su reclamo. La antipatía tenaz y evidente que el Presidente le manifiesta a la Corriente Democrática, que sale del PRI y a sus dirigentes Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, se engendra en su incomprensión de la osadía: ¿cómo se atreven a discrepar de *la voluntad del único que sabe*, del único que maneja todos los elementos interpretativos? El asombro iracundo explica la campaña de injurias y calumnias contra Cárdenas, el tono triunfalista y la amplitud frenética del fraude electoral del 6 de julio. (Si no queremos llamarlo “fraude” por la imposibilidad de probarlo legalmente, llámémosle “volatilización de los votos”.) Si la población se aparta de su deber cívico —es el razonamiento implícito—, haremos que los votos nos obedezcan.

Al final de su régimen, De la Madrid se siente satisfecho. Ha rescatado a México del riesgo de caer en manos de la oposición y él es la prueba de la nación a salvo. Por eso, el 1 de septiembre de 1988, al rendir su VI Informe Presidencial, se exaspera visiblemente. El senador del Frente Democrático Porfirio Muñoz Ledo lo interrumpe y los gritos, las porras que insisten en el fraude y los insultos a Muñoz Ledo a modo de exorcismo medieval (“¡Traidor, traidor!”), calan a fondo en la clase política, que no evita el escándalo en los Medios. ¿Cómo es posible? El presidente de la Cámara de Diputados Miguel Montes es muy sincero al filtrar un atenuante. “El primero de septiembre no se desacralizó la figura presidencial, y sólo se violaron reglamentos.” No se *desacralizó*... ¿Cuándo fue sacralizada? En la prensa se ataca a la disidencia, y en la atmósfera de religiosidad falsa y verdadera la exigencia de diálogo no es “ruptura del orden institucional”, sino herejía. El 1 de septiembre de 1988 no se insulta al Presidente de la República; tan sólo, y en función de los derechos constitucionales, se denuncia la ilegalidad de la mayoría mecánica del PRI en el Colegio Electoral, no obstante las reiteradas demostraciones del fraude. Pero todavía por *respeto* se entiende invulnerabilidad.

No hay tal “profanación del templo”. ¿Pero quién detiene en esos días y por ejemplo, al señor Agustín Legorreta, presidente del Consejo Coordinador Empresarial: “La oposición mostró su falta total de madurez política y su carencia de respeto a la investidura presidencial, a las instituciones”? ¿Y cómo se entiende en la semana siguiente al Informe de Miguel de la Madrid, el discurso del gobernador de Guerrero José Francisco Ruiz Massieu? Según Ruiz Massieu, y entre otras cosas: a) a un régimen presidencial no le “acomodan” las interpelaciones y preguntas al Jefe del Estado; b) las costumbres y los usos no le otorgan a los congresistas la facultad de formular preguntas (es decir, la ley no escrita es la ley de Dios), y c) si se volviera rutinario interpelar y cuestionar

al Presidente se podría incluso configurar un “minigolpe de Estado o un miniautogolpe de Estado”. Y el gobernador, luego de propinarse maxiautogolpes de lógica elemental, da la razón a los reacios a transformar “la disposición negociadora en pusilanimidad”, es decir a los que juzgan claudicación cualquier acto de respeto, así sea verbal, por el voto ajeno.

En 1988, el presidencialismo, como se afirma en una portada de *Proceso*, se cae del nicho. Pero la prensa en general no se da por enterada, y se atiene a sus reflejos condicionados.

El sexenio de la ausencia de problemas

El 10 de enero de 1989, con tropa y agentes judiciales, se detiene a Joaquín Hernández Galicia “La Quina”, Salvador Barragán Camacho, José Sosa y otros líderes del Sindicato Petrolero. Acusados de acopio de armas, resistencia a la autoridad, etcétera, los dirigentes no tienen defensa moral posible, aunque —me remito a la continuidad en el sindicato de PEMEX de la corrupción y el autoritarismo— el motivo de su detención nada tenga que ver con la defensa de los intereses obreros. Con todo, el “Quinazo” es bien recibido, al ser ya intolerable la impunidad caciquil. Luego, se envía a la cárcel al banquero Eduardo Legorreta, defraudador de la Bolsa, y la PGR arresta a varios capos del narco. Salinas amplía sus clientelas y da golpes mediáticos. El día que anuncia la renegociación de la deuda eterna le avisa a los mexicanos: “El peso de la deuda externa se ha quitado de los hombros de sus hijos y los exhorto a cantar el Himno Nacional ante el televisor.” Ignoro cuántos lo habrán hecho.

De reacciones rápidas, Salinas restaura la creencia ventajosa: el que problematiza atrae el mal y convoca plagas y fantasmas; y de allí su mensaje subliminal: “Sociedad, no te

quiero callada sino absorta”. Mejor que la disidencia conviene aceptar que palabras son buenas razones y, por si fuera poco, amores. Desde sus primeros y “fulgurantes” cien días (orientados por la estrategia publicitaria de John F. Kennedy), Salinas quiere gobernar desde el autoelogio, la única interpretación de la realidad que él requiere. Aprovecha al límite el control de la prensa y, sobre todo, de la televisión, en seguimiento de su artículo de fe: los mexicanos no están en condiciones de soportar o asimilar convenientemente los hechos “difíciles”.

Se ansía la aprobación internacional, y los representantes de Salinas en Estados Unidos gastan sin freno millones y millones de dólares en el *lobby* que exalta las virtudes del Presidente de México y el Tratado de Libre Comercio. Se esparce, previo pago y cabildeo, la noticia: ¡Por fin un Presidente mexicano moderno! Un economista egresado de Harvard, con velocidad mental y memoria de múltiples registros, deportista (en la foto de portada de *Newsweek* se le ve haciendo jogging), ganoso de quebrantar el aislamiento del país. Las protestas de la oposición, en especial la del Partido de la Revolución Democrática, parecen “premodernas” y es inútil decir, por ejemplo, que el país no está aislado, que es noticia vieja la integración económica con Estados Unidos, que la modernidad no depende de la destrucción del Estado vía las privatizaciones tan maravillosas para unos cuantos. El señuelo de la modernidad hipnotiza, y Salinas convence a sectores muy amplios.

No se puede evitar la crítica, no son cancelables, por ejemplo, los dibujos de Naranjo, y la libertad de expresión es irreversible, pero en su sed de apoteosis, Salinas quiere trascender a la política y reinaugurar la utopía, o como se le diga a la esperanza colectiva de amanecer en medio del consumo y la prosperidad tecnológica. El régimen de Salinas excluye a casi todos, salvo en un terreno: el de las expectativas.

En su fervor por Salinas y el salinismo, Carlos Salinas se olvida de algunos conocimientos esenciales: en el sistema mexicano la lealtad se le dedica al puesto, no a la persona; los “líderes históricos” son productos desechables; el fundamento del presidencialismo es la recompensa tarifada a los feligreses más asiduos. Y tampoco hace caso de las consecuencias de los daños y las humillaciones que él y su grupo diseminan en su ronda triunfalista. Su hipótesis de trabajo es otra: si el neoliberalismo es eficaz, la cancelación de las alternativas obligará al entusiasmo ciudadano. (Y por eso el priista Manuel Aguilera, en 1991, les señala su deber a los colonos del D. F.: “Recuerden que le deben gratitud eterna al presidente Carlos Salinas de Gortari.”) El éxito —decide Salinas con palabras y actitudes— le pertenece por herencia. No en balde, recién nombrado candidato a la Presidencia “se sincera” con la prensa:

Bajé a la sala. Mi familia y mis colaboradores tenían la cara dura. Yo no sabía que habían estado oyendo la radio [...], hasta las dos de la tarde me enteré de lo de Sergio García Ramírez [“destapado” a las ocho de la mañana].

Así que cuando De la Vega [presidente del PRI] hizo el espectacular anuncio, mi padre se levantó llorando —sólo le he visto llorar dos veces en mi vida— y me abrazó. Apenas alcancé a decirle: Nos tardamos veinticinco años... pero llegamos (entrevista con Marta Anaya, Aurora Berdejo, Lourdes Galaz y Nidia Marín, *Excélsior*, 29 y 30 de octubre de 1987).

A los políticos a-la-antigua los sustituyen los escenógrafos de la política con presupuesto ilimitado. En anticipo de la mercadotecnia con aspiraciones científicas, Salinas de Gortari ve su trayectoria como empresa teatral o filmica que no requiere de adeptos, sino de comparsas o extras. Y los medios informati-

vos le aportan los ecos del triunfalismo. Se aplaude a Salinas como a noticia de ocho columnas o programa especial en horario Triple A, no como al dirigente de logros comprobables. Y “el programa especial” terminado el sexenio, carece de patrocinadores que se identifiquen con su nombre.

XXIII. La Era de Salinas

La sociedad: la hipnosis del Primer Mundo

A la burguesía, a muy buena parte de las clases medias y a sectores populares incluso, el mensaje de Salinas les seduce profundamente. ¡Ah, dejar de ser mexicanos locales! ¡Ah, ser Mexicanos Universales! ¡Ah, prescindir de golpe de las sensaciones de marginalidad eterna! Muchísimos viajan, muchísimos expanden sus negocios, muchísimos desprecian el arraigo. Si luego el desengaño es tan intenso, es porque el autoengaño es impresionante. De 1990 a 1993 son profusamente reales la popularidad de Salinas y la gana de ascenso de millones de mexicanos. La esperanza es legítima, pero el autoengaño la vuelve un instrumento destructivo. Los que adquieren casas y condominios a plazos, usan con largueza sus tarjetas de crédito, y le preparan a sus hijos la formación internacional que a ellos no les tocó o les correspondió parcialmente, aprueban sin siquiera pensarlo los métodos de Salinas y su posposición cínica de la reforma política. ¿Para qué democracia si existen Epcott y Houston y el continente de la modernidad?

La autohipnosis publicitaria: Salinas dialoga con el Papa y George Bush y Gorbachov y Margaret Thatcher, se duele del fracaso del Glasnot y la Perestroika y explica por qué a él no le sucederá lo mismo. Durante unos años, se siente

México, la palabra y los dones allí contenidos. Su apetito de gloria requiere de actos climáticos, de acarreo presentados como peregrinaciones cívicas, de encuentros frecuentes con las élites, de entrevistas con los principales medios informativos, de viajes al exterior que anticipan la llegada masiva al Primer Mundo. Y la respuesta que más lo ilumina es el autoencomio. Si él mismo está a disposición de sus palabras, ¿para qué aguardar el juicio de la Historia? Por lo demás en 1991 el comandante Castro le da el anticipo del fallo del Tribunal: “Al gobierno de Salinas se le mira con respeto” (en *Fidel Castro*, Beatriz Pagés Robollar, Planeta, México, 1991).

Las mentiras se engalanan como espejismos y el que exige asombro y aplauso para el Gran Taumaturgo, hace a un lado dudas, desconfianzas, certezas críticas, maduraciones de la intuición, y auspicia la atmósfera delirante que —como antologan Ciro Gómez Leyva y Rossana Fuentes-Berain en *Reforma*— no tiene límites: “México había tenido una mala administración política hasta que llegó Miguel de la Madrid y, ¡gracias a Dios!, Salinas” (Emilio Azcárraga, noviembre de 1993) / “Porque ha puesto al país en un sitio elevado, Salinas se merece todo, incluso la reelección” (Fidel Velázquez, julio de 1991) / “La generación de políticos del presidente Carlos Salinas se ha propuesto enfrentar el reto de sacar realmente al país del subdesarrollo, y los hechos están a la vista” (Pedro Aspe, enero de 1992) / “Carlos Salinas es un Presidente que decidió gobernar para la Historia” (Fernando Ortiz Arana, presidente del PRI, octubre de 1993). Agrego una gema: “Salinas es la esencia de México”, de acuerdo al gobernador de Jalisco Guillermo Cosío Vidaurri. Salinas propicia, y a raudales, las adulaciones, ninguna le basta, no prescinde de ninguna. Y durante un tiempo tiene éxito, inhibe o aísla o ridiculiza a la crítica, a los “apátridas” (“subversivos”) (“pre-modernos”).

¿Cuáles son los límites del poder presidencial? Salinas no reconoce ninguno, salvo los de las altas finanzas internacionales y nacionales. Si 1989 es el año de su ofensiva triunfal, entre 1990 y 1993 Salinas alcanza su esplendor: modifica a su gusto a la Constitución de la República (en especial los artículos 27 y 130), negocia ventajosamente con el PAN y la jerarquía católica, pone y quita gobernadores a su antojo, auspicia sin límite a un grupo de megamillonarios, privatiza al sector público en las condiciones que se le ocurren, le apuesta a la especulación y a los capitales “golondrinos”.

A Salinas le importa sobremanera aplastar a la oposición de izquierda. Detesta sin medida a Cuauhtémoc Cárdenas, su gran rival de 1988, y hace lo que puede para destruirlo y liquidar al Partido de la Revolución Democrática (PRD), en una campaña a tal punto vandálica que, según denuncias ante las autoridades, entre 1989 y 1993 se asesina a cerca de cuatrocientos perredistas. Se busca dividir al PRD, se adquiere parte de su dirigencia regional, al diputado perredista Ignacio Castillo Mena se le nombra embajador en Ecuador, y se ahoga económicamente a los escasos municipios en manos del PRD. Se repiten las técnicas probadas del PRI contra la oposición. Asimilar, reprimir, calumniar, y a este proceso la oposición de izquierda le aporta sus divisiones internas, que la prensa magnifica.

“Los discursos son históricos; el país ya no”

En rigor, las bases del éxito fulgurante son también los fundamentos del enorme fracaso. Salinas deposita las virtudes de su *blitzkrieg* en las fórmulas facilonas: la publicidad aquí y afuera (“Salinas, The Giant Killer”, proclama *Newsweek*), el control de los medios informativos (en especial la televisión), la docilización del Poder Legislativo y el Poder Judicial, las

humillaciones infligidas al PRI, la derrama ocasional de dinero en las comunidades campesinas (el chantaje de la modernidad.) Típicamente, mientras avanza el proceso, Salinas se alborozaba con su propio carisma y con su criatura consentida, el Programa Nacional de Solidaridad, Pronasol, la plataforma giratoria de su afán estatuario. Afirma en su II Informe de 1990: "Contemplan el brillo en los ojos de un niño que ya no necesitará de una vela para alumbrar el libro en el que estudia." Y en su vuelo redentorista, Salinas se inspira, va más lejos que ninguno, ha creado la extrema riqueza que algún día salvará a los pobres y que por tanto ya los ha salvado. En 1992, en la Semana de Solidaridad, se extasía ante los rostros conmovidos y las bendiciones de las mujeres y las sonrisas infantiles tan encendidas y las manos que se extienden casi para tocar su manto y envían su apellido al orden de las causas entrañables. Varias veces proclama: "Nadie podrá decir, de ahora en adelante, que hay un solo mexicano olvidado en México." Por lo pronto, nadie podrá decir que alguien había ido tan lejos en el autoencomio.

Pronasol, la resurrección de México, la demagogia populista que aborrece al populismo. A los aportes reales de Pronasol los nulifican en gran medida la voracidad electorera y la santificación de la imagen presidencial. Cada lunes en la residencia de Los Pinos, Salinas contempla a la legión de presidentes municipales que lo oye devotamente, lo vitorea y le hace sentirse popular y querido. Por si nadie más lo dice, Salinas es muy explícito: "Desde el régimen de Lázaro Cárdenas no se había dado en México un proyecto gubernamental tan amplio en materia de política social como Solidaridad". Y la versión publicitaria lo apoya: "Gracias a Pronasol se consigue el equilibrio entre acumulación del capital y política social."

Uno a uno se declaran abolidos los problemas, entre dispendios y viajes suntuosos del Presidente y su corte de

funcionarios, empresarios y hombres del pensamiento útil (el término *Corte* es aquí indispensable). Salinas cree en el festejo instantáneo de sus habilidades, y en las concesiones interminables al gran capital nacional y extranjero. Y los periódicos, la radio y la televisión de México se extasían ante “el pasmo unánime” del exterior. Se acabó Mexiquito. “Por fin un Presidente a la altura de los tiempos.”

Salinas se desborda: le promete solemnemente a los jóvenes (en la revista *Eres*) que el año 2000 México pertenecerá al Primer Mundo; rechaza —dice— las ofertas para “exportar” a todas partes a Pedro Aspe, su secretario de Hacienda; usa del Congreso y del Poder Judicial como le da exactamente la gana; maneja el presupuesto sin rendirle cuentas a nadie, e invierte miles de millones en preservar el poder. Incluso juega con la idea de la reelección, pero eso es ir demasiado lejos.

Entre las alabanzas al régimen, una crítica permanece. Está bien, la macroeconomía parece funcionar de maravilla pero el país aún no se democratiza. Con su voz dulcificada, Salinas asegura la falsedad de la afirmación, claro que aquí hay democracia. En 1990, le declara a *Newsweek*: “Continuamente escucho que en México un partido ha detentado el poder desde hace 70 años, pero cuando pienso cuánto tiempo un solo partido ha gobernado en Japón o Italia, pongo menos atención a las críticas...” Y al negar el anacronismo político, Salinas alcanza las cumbres del cinismo: “Yo creo que hay una subcultura del fraude electoral en el país. En algunos casos por razones justificadas y en otros como excusas para los que pierden, pues así pueden explicar que perdieron porque se abusó de ellos y no como resultado de la voluntad del electorado” (en *El País*, junio de 1991).

¿Pero hubo alguna vez “complejo de culpa”?

El fraude de 1988, admitido por todos, resulta imposible de probar porque el gobierno detenta el control férreo del proceso electoral, de la mayoría en el Congreso y del poder judicial. No es anecdótico que el líder histórico del PAN, Diego Fernández de Cevallos, promueva la quema de las boletas del 6 de julio. Se quieren eliminar de golpe las constancias físicas y la memoria de lo ocurrido. Luego, el gobierno se obstina en un mensaje: la votación antipriista del 6 de julio fue una ilusión de los sentidos, porque el pueblo votó pero el PRI contó los votos, y en razón de lo anterior, desde el inicio de su régimen Salinas hace a un lado la ruinoso estructura partidaria: “La política la hace el gobierno, no los partidos.”

En las elecciones de Morelia de 1989, el gobierno federal organiza la derrama presupuestal, prepara adecuadamente los niveles de votación requeridos y coordina la “asimilación” de líderes opositoristas y la siembra de provocadores y de prófugos del PRD. El arrinconamiento del PRI antiguo se complementa con la instalación de los “tecnócratas” (sinónimo de los que ya rechazan la condición de “políticos” y suelen carecer de toda eficacia). Según ellos, el PRI es un anacronismo elogiado si hay reporteros cerca, pero ya no es un protagonista sino un contexto servicial, al que conviene movilizar e inmovilizar acto seguido. Y los priistas históricos se resignan porque al hacerlo pagan su maldad de monolingües y nomás licenciados.

La legitimidad lo es todo para el propietario de la legalidad. Salinas promueve su imagen en los Medios como sello de garantía. Que la popularidad que alcance sea la verdadera votación. En los discursos y en las declaraciones “de banqueta” (subgénero periodístico que sustituye el pensamiento político con la oportunidad de cazar deslices de los funcionarios) se inaugura el Año Uno de la Modernidad. Antes

sólo hubo ineficacia, corrupción, desorden y demagogia populista. En los Medios sobran los creyentes en la pureza dinámica del grupo salinista. Ninguno de los funcionarios perteneció a los regímenes previos, y todos se sorprenden al enterarse del pasado remoto, el de 1988 digamos, donde había audaces que se decían “gobierno” pese a su ineficacia. Así, el muy apto financiero Miguel Mancera sucede al inepto Miguel Mancera, y al descuidado hacendista Pedro Aspe lo reemplaza el cuidadoso Pedro Aspe. Seguros de nacer de la amarga espuma como Venus, los salinistas viven la fiebre del debut: aquí comienzan la modernidad y la eficacia. Antes no hubo nada.

Esta mitología instantánea exige el apoyo incondicional de los Medios que, a raudales, lo entregan. ¿Por qué no? Por lo menos el 60% de la publicidad les viene del gobierno, y en cuanto a los reporteros, la mayoría eleva sus salarios con “becas indirectas” que en algo remedian los sueldos bajísimos. Por si fuera poco, entre diciembre de 1988 y julio de 1991, 26 periodistas son asesinados. La circulación de los periódicos desciende, a pesar de la elevación un tanto increíble de sus cifras. Una encuesta de 1990, reproducida en *La Nación* (órgano del PAN) exhibe la dimensión de la influencia. En el Distrito Federal sólo el 12.3 lee un periódico, en Nuevo León lo hace el 10.5%, y en el resto del país la proporción se reduce drásticamente. (En la campaña del año 2000 los candidatos coinciden: sólo el 6% se informa a través de la prensa.)

Televisa, en el momento en que ya no se duda del imperio de la imagen, es el centro del manejo de la incondicionalidad, lealtad que se exagera en los momentos críticos a partir de 1968. Treinta años más tarde, el inaudito ex-Presidente Luis Echeverría declama su inocencia en cuanto a los Medios: “Había una autolimitación en realidad. No recuerdo ni un solo hecho, no había solicitud del Estado para limitar lo que era informar; ni había tiempo seguramente para ha-

cerlo. No creo que a nadie se le haya ocurrido” (el asalto al cielo del cinismo). También en 1998 el informador por excelencia de Televisa, Jacobo Zabłudovsky, recuerda de otra manera: “El 3 de octubre de 1968 el presidente Díaz Ordaz se quejó de que yo había usado corbata negra. Habló por teléfono que por qué había yo salido con corbata negra, como de luto por lo que había pasado [...] por lo de Tlatelolco, y le expliqué que yo usaba corbata negra desde hacía tiempo. Eso describe más que muchas otras palabras.”

En 1988 —Claudia Fernández y Andrew Parman lo recuerdan en *El Tigre. Emilio Azcárraga y su imperio Televisa* (Raya en el Agua-Grijalbo, México, 2000)— la parcialidad de Televisa es notable. Jacobo Zabłudovsky entrevista el 23 de marzo en su programa *24 Horas* a dos señores que aseguran ser hijos de Lázaro Cárdenas, se declaran priistas y lamentan el uso electorero del nombre de su padre. Al mismo tiempo, se invisibiliza a la oposición. Según Pablo Arredondo, de la Universidad de Guadalajara, en su estudio sobre la cobertura electoral de 1988 en los dos noticieros televisivos “de punta”, *24 Horas* y *Día a Día* de Imevisión, más del 80% del tiempo es para el PRI, y el Centro Internacional de Investigación y Desarrollo (CIID) informa: entre octubre de 1987 y mayo de 1988 la campaña de Salinas ocupa el 91% del tiempo informativo en la televisión. Al fin y al cabo, el dueño de Televisa, Emilio Azcárraga Milmo, es según autodescripción, “un soldado del Presidente”.

XXIV. 1994: el año en que nadie logró aburrirse

En 1994 se desborda la tendencia que exige de la prensa la independencia del poder político y el distanciamiento del

poder eclesiástico. (El cónclave financiero es aparte, en materia de reglas de comportamientos y de aprovechadurías de anuncios.) La tendencia está marcada con claridad el 31 de diciembre de 1993: sin crítica las publicaciones languidecen irremediablemente, y si un diario o una revista quieren un público leal, necesitan incorporarlo a los debates urgentes, probarle que no son comparsas del régimen. Estas exigencias quebrantan en definitiva el dogma que hacía las veces de gran tradición del periodismo, transmitido de generación en generación: "Hay tres instituciones intocables: el Presidente de la República, el Ejército y la Virgen de Guadalupe." Si bien la Guadalupana, fenómeno religioso, étnico y social, está más allá de los análisis (se cree o no en las apariciones), el Presidente y el Ejército sí pagan su cuota de actualizaciones y pierden su aura de intangibilidad, el segundo por intervenir en las represiones y por el involucramiento de algunos generales con el narcotráfico; el primero por un alud de razones, la "humanización" del puesto la primera de ellas.

La prensa "nacional" concibe un lector primordial, el Presidente de la República, que si lee en las publicaciones informaciones o artículos alejados de la incondicionalidad puede enojarse, que si no los lee puede darle crédito a los resúmenes malévolos de sus cortesanos, y que si ni lee ni se informa auspicia con su indiferencia el letargo ("Si al Mero Mero no le preocupa la crítica, ¿por qué a mí sí?"). La prensa se sabe en una encrucijada: aún depende del régimen, pero, así conserve los subsidios, sin revelaciones sorprendentes y análisis inmisericordes no tendrá lectores. En 1994 la prensa está al tanto: las ya considerables ventajas de la credibilidad son de los que se distancian, al menos teatralmente, del "Sistema", no porque la crítica sea novedad rigurosa, sino porque su ausencia notoria impide la credibilidad.

En 1994, también, ya no se dice "prensa" o "radio" o "televisión" sino *los Medios*, el término que afirma el nuevo

protagonismo, el de la creación de las imágenes definitorias. Cada vez más, por “Medios” se entiende en lo primordial la televisión; el monopolio de las imágenes evita o pospone la nostalgia por las interpretaciones. Y de modo real y legendario emerge el gran interlocutor de la prensa, la sociedad civil, a la que las élites políticas, financieras y religiosas intentan convencer, adquirir, educar. La prensa está habituada a concebir a los movimientos sociales como personajes, con los líderes como su voz o su cabeza o su máscara providencialista, pero en la sociedad de masas se impone la naturaleza de la acción colectiva, y eso lleva a desencuentros constantes porque en el momento en que el líder representa a todo el movimiento, se apaga la vitalidad de la causa, al contrario de otras épocas (la excepción: Marcos y el EZLN).

El Estado quiere subordinar a la sociedad civil, y la sociedad civil (sus representantes verdaderos o sedicentes) se extravía en la búsqueda de su identidad. “No soy el Estado, no soy los partidos políticos, no soy la sociedad a secas. ¿Qué soy entonces, es decir, cuál es mi papel ante los Medios y los gobiernos, el federal y los locales?” No obstante las limitaciones y los errores evidentes, sin la atención de los Medios a la sociedad civil (la fantasía y las realidades específicas) no se entiende el paso de la República homogénea a la República heterogénea, de la sociedad intolerante y resignada a la sociedad tolerante, y cada vez más al tanto de sus derechos y su capacidad de resistencia. Si la sociedad no procede de manera unitaria y eficaz, los Medios, en especial la prensa, sí adquieren conciencia de sus alcances, aunque no tanto de sus responsabilidades. Desde 1994 se trastorna la visión interna de los Medios. Si tienen el vigor que se les atribuye, ¿por qué no se les trata ya como el efectivo Cuarto Poder? El Poder Legislativo no consolida ni de lejos su respetabilidad; a la democratización del Poder Ejecutivo la acelera el análisis feroz de sus ocupantes; el Poder Judicial vive el

desprestigio. Lo dicho: antes se requería de valor civil para atacar o criticar al gobierno; ahora se requiere de un inmenso valor civil para defenderlo.

Por lo demás, en los Medios se prescinde de consideraciones teóricas sobre la *sociedad civil*. Como sucede en los casos de los conceptos que se ponen de moda (*transición a la democracia, equilibrio de poderes, ciudadanización, globalización, etcétera*), el de *sociedad civil* no se discute y se define vaga y constantemente como la voluntad organizativa de grupos y sectores, en lo básico de izquierda, enfrentados al Estado. El hábitat de la sociedad civil es, por naturaleza, la Constitución de la República, que poquísimos leen y que en la prensa suele invocarse un tanto en abstracto. En todo caso, y brumosamente, el único asidero teórico de la prensa (la de izquierda, la de la derecha suele imaginarse a la sociedad civil como la reunión ampliada del Club de Leones) es la cita de Gramsci en *Cuadernos de la cárcel*:

Lo que podemos hacer, por el momento, es fijar dos grandes niveles superestructurales, el que se puede llamar "sociedad civil", es decir la reunión de los organismos por lo común calificados de "privados", y el de "la sociedad política" o "el Estado". Esos dos niveles corresponden por un lado a la función de la hegemonía que el grupo dominante ejerce a través de la sociedad y por otro lado el de la dominación directa, o el control ejercido a través del Estado y el gobierno jurídico.

La noción, aceptada con entusiasmo desde 1985, de sociedad civil, es la primera nota de autonomía sincera de la prensa en relación al poder político. Al disiparse la protección informativa de las acciones gubernamentales y al acentuarse la libertad de expresión, se modifica con celeridad la idea de

México, la nación indivisible que de pronto se fragmenta. Y los cambios reconocidos no son nada más políticos y económicos, sino sociales y culturales. Al lado del poder se sitúa, en sus comienzos inaudiblemente, lo expresado en un vocablo tomado del feminismo norteamericano, *empoderamiento* (*empowerment*), definido como la toma de poderes desde abajo, la democratización de las decisiones. Casi con develación de placa, en 1994 se extingue la Era del Lector Único de la Prensa, así como el 6 de julio de 1988 (Carlos Salinas *dixit*) se desvanece el tiempo del “partido prácticamente único”.

*Acontecimiento simbólico
que en su momento no fue noticia*

El 12 de octubre de 1992, en la conmemoración del Quinto Centenario de la expedición de Colón, llega a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, un contingente de cerca de cinco mil indígenas con arco, flechas y taparrabos. Lanzan discursos contra la Conquista y sus prolongaciones, derriban la estatua del conquistador Diego de Mazariegos y se van. Sin previo anuncio, hace su entrada escénica el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

“Este es un movimiento de subversión”

El primero de enero de 1994, en la madrugada, cerca de mil guerrilleros del EZLN entran a San Cristóbal de las Casas. Algunos llevan pasamontañas y todos portan el uniforme, que consiste en pantalón verde olivo, camisa café, paliacate y botas de hule. Al mismo tiempo, otros contingentes ocupan Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas. En su Declara-

ción de Guerra o Manifiesto de la Selva Lacandona, los alzados, clásicamente, invitan a la población a levantarse en contra del Ejército Mexicano, "pilar básico de la dictadura". En San Cristóbal, el vocero del EZLN, que asume el nombre de Subcomandante Marcos, justifica la insurrección por el agotamiento de los cauces legales, por lo demás "muy limitados". Eligen la fecha, dice, porque ese día entra en vigor el Tratado de Libre Comercio, ilusión de modernidad "que exterminará a los indígenas". Han fracasado los proyectos productivos y se ha corrompido sin eficacia alguna el organismo en contra de la pobreza extrema, el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). En la plaza de San Cristóbal el Subcomandante Marcos es categórico y francamente irreal:

Este es un movimiento de subversión. Nuestro objetivo es la solución de los principales problemas de nuestro país, que atraviesan necesariamente por los problemas de libertad y democracia. Por eso pensamos que el gobierno de Salinas de Gortari es un gobierno ilegítimo que no puede convocar más que a elecciones ilegítimas. La única solución es un llamado a todos los ciudadanos y a que las cámaras de Diputados y de Senadores cumplan su deber patriótico y depongan a Salinas de Gortari y a todo su gabinete, y formen un gobierno de transición. Y que ese gobierno de transición convoque a unas elecciones, ahora sí en igualdad de circunstancias para todos los partidos.

Los zapatistas atacan un cuartel del Ejército Nacional y a lo largo de una semana se libran combates feroces, en especial en los municipios de Ocosingo y Las Margaritas, con un número indeterminado de muertos y heridos, y con acciones del Ejército Nacional muy denunciadas por los organismos de derechos humanos. Se toman ocho palacios municipales,

se queman tres de ellos y varios archivos, y se liberan presos. De los poblados huyen miles de personas. En sus declaraciones, los zapatistas oscilan entre las actitudes insólitas (son los primeros que aseguran no ambicionar el poder) y las arengas del culto a la revolución propias de la década de 1960: “acabar con el gobierno de la burguesía / poner fin al capitalismo / implantar el socialismo”. Y los diarios y las cadenas de televisión se colman de imágenes de muertos y heridos, de cadáveres que tardan días en ser enterrados, de aviones que lanzan lo que muchísimos suponemos bombas y que (según el Ejército) son *rockets*, de zapatistas muertos a los que se les añaden fusiles de madera para señalar la ruindad de quienes mandan a morir a los inermes.

En México la sorpresa es absoluta. Nadie, fuera de las zonas afectadas, suponía posible una guerrilla, opción ya liquidada en el imaginario colectivo y en la Secretaría de la Defensa. No se entiende la desinformación del gobierno, o el que la prisa por el TLC le llevase a minimizar sus servicios de inteligencia. El EZLN niega adherirse a una ideología perfectamente definida, aunque, afirma Marcos, provienen del marxismo ortodoxo o el trotskismo; sin embargo, en las dos primeras semanas una idea prevalece entre políticos, intelectuales y periodistas de la ciudad de México: los rebeldes son una mezcla de ex maoístas y adeptos a la Teología de la Liberación. Y al desconcierto ante lo inconcebible (la rebelión armada) se une el rechazo a la violencia que, se argumenta reiteradamente, sólo engendra violencia. Se intensifica la pregunta: ¿quiénes están detrás de estos radicales?, y el gobierno aporta la descalificación instantánea: son doscientos “transgresores de la ley”, en su mayoría monolingües, cuya fuerza proviene de la diócesis de San Cristóbal. Además: “Son la última etapa de una conspiración contra el ejército / son extranjeros con experiencia de guerrilleros, que han engañado a unos cuantos indígenas / son los restos de

las guerras centroamericanas". El 6 de enero, en su mensaje de Año Nuevo, Salinas de Gortari califica a los zapatistas de "profesionales de la violencia" y a los no muy comprometidos de entre ellos les ofrece, no sin condiciones, la posibilidad del perdón.

Tras el primer estremecimiento "de bienvenida" se inicia la curiosidad por el fenómeno del Ejército Zapatista. Una frase, sobre todo, se repite por doquier. El "Ya Basta" se adopta en grupos numerosos, y se aceptan de modo unánime las razones del descontento en Chiapas, no las de la rebeldía armada. Chiapas es un estado con abundancia de recursos naturales y con la miseria extenuante que aletarga el funcionamiento adecuado de programas asistenciales y educativos; en Chiapas, en 1993, mueren quince mil personas de enfermedades curables; el 90% de los casos de tracoma en el país se localizan en el municipio de Ocosingo; hay un 50% de analfabetismo, un 34% de las comunidades carece de energía eléctrica, y hay un médico por cada mil quinientos habitantes... A eso debe añadirse el desplome económico de la región, en especial por la caída de los precios del café, la devastación ecológica en la Selva Lacandona y los salarios más bajos concebibles (cuando los hay; no es infrecuente el pago parcial con bebidas embriagantes). Por si fuera poco, recuérdense la corrupción y la ineficacia de los gobiernos priistas, y el racismo, ubicuo, terrible. Algunos datos mínimos: sólo a partir de la década de 1960 se le permite a los indígenas en San Cristóbal de las Casas usar las banquetas, todavía en 1950 se usa el término "gente de razón" para señalar a los no indios y el conflicto aclara el desprecio por los "monolingües", los fácilmente engañables. El 18 de enero, por ejemplo, el licenciado Eloy Cantú, oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, declara: "Los cabecillas del autodenominado Ejército Zapatista no pretenden la satisfacción o reivindicación de las demandas sociales de la

población, por lo que se ve que éste no es un movimiento insurgente indígena. Si así fuera, estarían con machetes”.

Otra conclusión generalizada: la violencia armada en Chiapas no la inician los zapatistas, sino la conjunción de las tradiciones del despojo sostenida por guardias blancas y fuerzas de seguridad que actúan en la ilegalidad. Son interminables los testimonios del periodo 1970-1993: asesinatos de líderes sociales, represiones selectivas, impunidad garantizada a los poderes económicos y políticos. Una pregunta se repite: ¿hubiesen podido los rebeldes actuar de otra manera? Los que dicen que sí, reconocen vagamente que el Estado de Derecho no existía en Chiapas.

La reconsideración de los problemas nacionales a cargo del binomio de la opinión pública/sociedad civil es la primera gran consecuencia de la sublevación.

La segunda semana

Si la primera semana de enero es de conocimiento y reconocimiento del carácter de la rebeldía, la segunda semana se transparenta el consenso del sentido común que atraviesa partidos y clases sociales: la rebelión indígena es el resultado de situaciones intolerables y, moraleja aplicable a la nación, no hay proyecto de modernización a fin de siglo que sea viable mientras la pobreza y la miseria, y sus setenta millones de personas, persistan. Como el 19 de septiembre de 1985, en enero de 1994 interviene la sociedad civil (el término impreciso y preciso que en esta ocasión agrupa a organizaciones no gubernamentales, feministas, gremios, sindicatos, sectores intelectuales y académicos y, también, una parte de la prensa). ¿Cómo admitir el aniquilamiento militar de los rebeldes? Se exigen soluciones políticas y el 7 de enero más de cien mil personas marchan en la ciudad de México a favor de la paz,

hay movilizaciones y actos en casi todos los estados de la República, se incrementa la venta de los periódicos que se juzgan confiables (*La Jornada* vende ciento sesenta mil ejemplares diarios y *Proceso* más de trescientos mil, y hay colas para adquirirlos). Suele rechazarse la información de Televisa, acusada de manipular y deformar los hechos.

Tal vez el documento clave en la nueva perspectiva de la sociedad civil y de la opinión pública, es el comunicado del Subcomandante Marcos del 18 de enero de 1994. Lo reproduzco con amplitud por su efecto sobre sectores que incluyen a personas como el poeta Octavio Paz, por lo demás muy crítico del zapatismo, y porque anuncia la eficacia retórica del vocero del EZLN:

Hasta el día de hoy, 18 de enero de 1994, sólo hemos tenido conocimiento de la formalización del "perdón" que ofrece el gobierno federal a nuestras fuerzas.

¿De qué tenemos que pedir perdón? ¿De qué nos van a perdonar? ¿De no morirnos de hambre? ¿De no callarnos nuestra miseria? ¿De no haber aceptado humildemente la gigantesca carga histórica de desprecio y abandono? ¿De habernos levantado en armas cuando encontramos todos los otros caminos cerrados? ¿De no habernos atendido al Código Penal de Chiapas, el más absurdo y represivo del que se tenga memoria? ¿De haber demostrado al resto del país y al mundo entero que la dignidad humana vive aún y está en sus habitantes más empobrecidos? ¿De habernos preparado bien y a conciencia antes de iniciar? ¿De haber llevado fusiles al combate, en lugar de arcos y flechas? ¿De haber aprendido a pelear antes de hacerlo? ¿De ser mexicanos todos? ¿De ser mayoritariamente indígenas? ¿De llamar al pueblo mexicano todo a luchar, de todas las formas posibles, por lo que les pertene-

ce? ¿De luchar por libertad, democracia y justicia? ¿De no seguir los patrones de las guerrillas anteriores? ¿De no rendirnos? ¿De no vendernos? ¿De no traicionarnos?

¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo? ¿Los que, durante años y años, se sentaron ante una mesa llena y se saciaron mientras con nosotros se sentaba la muerte, tan cotidiana, tan nuestra que acabamos por dejar de tenerle miedo? ¿Los que nos llenaron las bolsas y alma de declaraciones y promesas? ¿Los muertos, nuestros muertos, tan mortalmente muertos de muerte “natural”, es decir, de sarampión, tosferina, dengue, cólera, tifoidea, mononucleosis, tétanos, pulmonía, paludismo y otras lindezas gastrointestinales y pulmonares? [...]

¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo?

“Para todos todo; para nosotros nada”

En los primeros días de 1994 pasa, por ejemplo, lo siguiente en México: un grupo guerrillero argumenta sus causas de modo persuasivo, se rechaza la violencia (en primer término, la gubernamental) y se sigue con avidez un proceso que abunda en acontecimientos, debates, tensiones, alarmas y movilizaciones pacíficas. Muy especialmente, se divulga una definición nacional e internacional de *Chiapas*, no sólo el territorio, los gobiernos, las tradiciones, la economía, las variedades de cultura y lengua, sino la concentración de la miseria, las prácticas deshumanizadoras y la implantación del atraso de los indígenas como licencia para el saqueo de sus recursos.

La prensa es determinante en la comprensión y la incomprensión del EZLN. Desde una perspectiva muy crítica

del movimiento, Raúl Trejo Delarbre y Marco Levario Turcott han examinado el debate en los Medios. Durante un tiempo se leen apasionadamente las noticias, y Marcos lo reconoce: "Entonces nos dirigimos a través de los Medios a la gente: a otros campesinos, otros indígenas, otros maestros, otros estudiantes. Y los Medios se empezaron a dar cuenta de que podrían ser un vehículo para eso y que ello les traería beneficios: más lectores, más televidentes, más radioescuchas."

En 1994 el EZLN es noticia internacional y a San Cristóbal acuden reporteros y cronistas de muchísimos países. El poder de convocatoria de Marcos y los zapatistas es innegable, y sus iniciativas (los primeros Diálogos de Paz en la catedral de San Cristóbal, la Convención de Aguascalientes, el Encuentro Intergaláctico) se reciben con entusiasmo que mezcla la moda (lo radical chic), el interés genuino en un movimiento marginal con discurso articulado, la cacería de imágenes inesperadas y la conciencia de culpa, no siempre teatral. El movimiento es mediático, y no podía ser de otra manera, y su líder es protagónico, pero las ideas que circulan son serias y exigen la discusión intensa. A Yvon Le Bot (*Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Plaza y Janés, México, 1997), Marcos le refiere los vínculos entre la prensa y el entusiasmo por el EZLN:

Los planteamientos más exitosos en la lucha zapatista es el 94, los que son mejor recibidos y ayudan a darnos a conocer mejor, no son los comunicados o las cartas o los cuentos de Marcos, sino los periodistas que entran a las comunidades y presentan lo que hay detrás del pasamontañas. De pronto, a través de los periodistas la gente de afuera descubre lo que hay detrás del Ejército Zapatista. Hay comunidades y están organizadas así y conocen a la gente y descubren que es otro mundo.

La prensa se divide radicalmente, unas publicaciones simpatizan con el EZLN y otras antipatizan. Pero el sitio para la indiferencia se reduce con el alud de los Medios extranjeros y la conversión de Marcos en leyenda instantánea. Da entrevistas, envía numerosas cartas a organizaciones e intelectuales, recibe elogios de —por ejemplo— Regis Debray y John Berger, es analizado con furia por los intelectuales gobiernistas y por los liberales, le niega cualquier contenido democrático al régimen del PRI, comenta la actualidad, se comunica por Internet. Y acuña frases que casi se vuelven apotegmas: “Para todos todo; para nosotros nada.” / “Podrán cuestionar el camino, pero nunca las causas.”

XXV. El extravío de las certezas

El asesinato de Colosio: “Lo último que nos faltaba”

Si la información sobre el neozapatismo es ya una toma de poderes de los Medios, el asesinato del candidato del PRI Luis Donald Colosio despliega el protagonismo de los informadores. El 23 de marzo de 1994 en la colonia Lomas Taurinas de Tijuana, en un mitin convencional con amas de casa aburridas, niños no demasiado curiosos y una muchedumbre de agentes policiacos y miembros del Estado Mayor Presidencial, Mario Aburto, trabajador de 24 años de edad, asesina sin motivo aparente a Colosio, y los disparos conmueven a la sociedad entera. A los treinta años del asesinato del presidente Kennedy a cargo de Lee Harvey Oswald, otro ser “extraño” burla la vigilancia de cerca de 140 guardaespaldas del candidato del PRI. Al instante, entre la tristeza y el

estremecimiento genuinos de la sociedad, brotan en la prensa interpretaciones mientras más descabelladas más difundidas, y se esparce el rumor vastísimo que se desentiende de la tesis del “asesinato solitario” (sin compradores) y se ocupa de la conjura de las fuerzas malignas.

El crimen agota las últimas reservas de la credibilidad priista. Sea cual sea la verdad, la muerte en Lomas Taurinas evoca el reino de los sótanos y transparenta la rendición y el agotamiento del “aparato de justicia”. Y la prensa alimenta lo captado desde fuera como “paranoia” y desde dentro como la conclusión extraída lógica e ilógicamente de la experiencia histórica. En *Chiapas. La guerra en el papel* (Cal y Arena, México, 1999), Levario Turcott enlista algunas reacciones ante el crimen. Marcos, en su comunicado del 24 de marzo de 1994 sostiene: “El crimen se debió a la intención gubernamental de iniciar una gran ofensiva militar en contra de nuestras posiciones y nuestras fuerzas, y el inicio de una guerra sucia contra todos aquellos seres honestos que buscan, por caminos distintos, la misma bandera que buscamos nosotros.”

A diario los lectores demandan su cuota de sensaciones, y el prontuario judicial del asesinato se expande como metáfora del desarrollo de la humanidad desde Adán y Eva. Al principio, se intenta la santificación casi literal de Colosio y, también, se “instruye” el juicio popular con culpable y todo: Carlos Salinas, que en el pecado (la arrogancia que se divierte con el “Aquí no se mueve una hoja del árbol sin la voluntad del Señor”) halla la penitencia.

Dos días después del asesinato, un chiste se esparce en los ámbitos de la educación primaria y secundaria: “¿Quién mató a Colosio? / ¡Uh! Está pelón decirlo.” ¿Cómo surge esta oleada “humorística”? Lo más probable es que a resultas no del complot sino del impulso fatal del presidencialismo. “Si nadie duda de que todo lo controlas, oh Mandatario, entonces fuiste tú.”

Se crea la Fiscalía Especial, Tijuana acumula investigadores policiacos, no escasean los periódicos que le atribuyen la muerte de Colosio a un complot dirigido “por las más altas autoridades”, se notifica la sustitución del verdadero asesino por Mario Aburto, se le devuelve en miles de formas al régimen del PRI su pernicioso abuso de la Teoría de la Conjura: en junio de 1996 *El Universal* en sus ocho columnas se multiplica. “Hay tres ‘Aburtos’ implicados en el asesinato de Colosio”, y *Reforma* se interroga: “Mario Aburto ¿es o no es?”

En septiembre de 1994 el secretario general del PRI José Francisco Ruiz Massieu es asesinado a tiros en la ciudad de México. Ya para entonces el escándalo es la gran técnica de conocimiento del verdadero significado de la política, y en el reparto de tareas la prensa masifica las suspicacias. Si no adopta la Teoría de la Conjura, la prensa no dispondrá de lectores, especie que en la Era del Escándalo se activa con el morbo, especie sacudida cada semana con las revelaciones y los *exposés* tremebundos.

“Hay tres días al año sin escándalos”

En casi cualquier país, el morbo consolida la falsa politización. De allí la avidez de chismes (si impresos, mejor) a propósito de la oscuridad financiera (evidente) y, cuando se puede, erótica de la clase gobernante. Gracias a la intuición popular y populista que asedia la “humanidad” de los poderosos, es decir, su condición falible, millones de personas se apasionan con *“la política”*, y la viven con envidia mucho mayor a la registrada ante las ofertas electorales.

El narcotráfico y el lavado de dinero transforman radicalmente el proceso del morbo, y lo trasladan del chisme en voz baja al vocinglerío. Así, un muy popular conductor de televisión (Paco Stanley) es asesinado en el Periférico Sur,

aclarándose sus ligas con el narco; un ex gobernador (Mario Villanueva) huye, no sin declararse “perseguido político”, y es detenido rumbosamente; un general (Gutiérrez Rebollo) encargado del combate al narcotráfico es arrestado por el Ejército, por, entre otros cargos, “delitos contra la salud”. Estas son novedades en el paisaje del antiguo sensacionalismo, tan habituado a la delación atenuada de algunos “abusos del poder”. En dos décadas el narco pasa de actividad percibida lejanamente a proveedor cotidiano de escándalos, y se vuelve el gran valor agregado del morbo, por el desbordamiento de muertes y la compra de voluntades “en las alturas”. Como siempre, el rumor eleva el prestigio interior del que lo divulga y del que lo escucha, disipa un tanto el letargo ciudadano (“¿Ves la clase de arañas que nos gobiernan?”), y potencia las posibilidades de la prensa.

La fama del capitalismo salvaje... ¿En qué perjudicó a los alemanistas su aureola de corrupción ostentosa, los chistes sobre “Ali Babá y los cuarenta ladrones”, las caricaturas crudelísimas, las leyendas sobre el origen y el monto de sus fortunas? No obstante los comentarios o también gracias a ellos, a ellos se les dispensa siempre un trato obsequioso, y el cerco del desprestigio acaba siendo un eco cortesano. ¿Y en qué se traduce la abundancia noticiosa sobre el saqueo de las últimas décadas, y los vínculos firmísimos entre empresarios y políticos que generan manadas de superricos, *comaladas* como se decía antes? Hasta el día de hoy, el castigo más frecuente es la frase con placa conmemorativa: “Así se hacen las grandes fortunas, desde que Noé cobraba por la entrada al Arca.”

Hasta antes de la explosión demográfica del reportaje de investigación, un valor apreciado en el mundo de los poderes es la discreción, distinta a la austeridad y atendida al falso adagio latino: “La mujer del César no sólo debe parecer honesta, sino serlo de vez en cuando.” Y se está al tanto de

lo básico: a) los rumores son indetenibles, sea cual fuere la conducta aludida; b) los rumores se disipan y en el peor y el mejor de los casos son el humus de la leyenda, y c) el aluvión de chismes sobre la vida privada, el capital financiero o las asociaciones ilícitas, separa a los poderosos de su “condición humana”, y al singularizarlos suele servirles. Si algo han conocido los dueños casi literales del país es la inermidad orgánica de la opinión pública y de la prensa crítica, así cuaje en votaciones arrolladoras. No sólo “un político pobre es un pobre político”; también, un político (o un empresario) desprestigiado es aquel que nunca ha gozado de impunidad, esto es, aquel que en rigor no ha sido —según la definición al uso— ni político ni empresario. Y se agudiza el abismo entre la (mala) fama pública y el patrimonio personal y social, muy especialmente desde la década de 1940. “Ya criticaste mis métodos, ahora admira mis propiedades.”

El macrodefraudador Carlos Cabal Peniche aclara el tamaño de su óbolo al PRI:

Promoví y facilité la entrega al PRI de quince millones de dólares para la campaña de Colosio. Zedillo estaba enterado de ello, de la entrega de este donativo, porque era su coordinador de campaña. Más tarde me pidieron que contribuyera con otros cinco millones de dólares. Colosio todavía estaba vivo. La segunda aportación se concretó [...] una vez que Zedillo ya era candidato. Entregué el segundo pago porque ya había dado mi palabra. [...] En el caso de Roberto Madrazo reuní a un grupo de empresarios para contribuir con cinco millones de dólares a su campaña. Esto era perfectamente legal (*Milenio*, 31 de mayo de 1999).

Y el ex dueño de Aeroméxico, Gerardo de Prevoisin, en vía de extradición, se confiesa ante una corte texana: “Doné ocho

millones de dólares al PRI. Los pagos le fueron exigidos a Aeroméxico durante la época electoral. Los pagos se hicieron en nombre de Aeroméxico con el conocimiento y la aprobación del consejo directivo de la empresa, que incluye a altos funcionarios de gobierno" (*Milenio*, 31 de mayo de 1999).

Al desembocar cada escándalo mayúsculo en la impunidad (loor a las casi inexistentes excepciones), la función principalísima de los escándalos "de alto nivel" parece ser la diversificación del entretenimiento. Y la prensa es a fin de cuentas el escaparate del triunfo de los más inauditos trucos "jurídicos".

Los diarios de referencia y el derecho a la información

En medios avasallados por el desprecio a los lectores, cuesta trabajo consolidar los *diarios de referencia*, la condición que certifica el carácter indispensable de algunas publicaciones, no sólo para élites sino para grupos, amplios o no tanto, que influyen a escala nacional e internacional (ejemplos obvios de diarios de referencia: *The New York Times*, *London Times*, *Le Monde*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Il Corriere della Sera*, *El País*...). En México, el gobierno, el empresariado y la iglesia católica se empeñan en ser, por su sola institucionalidad, los únicos "diarios de referencia".

Un escollo inmenso al desempeño periodístico es el escamoteo o la ausencia de documentación e información fiables. Los hechos de la política y de la economía se ocultan, se maquillan, se distorsionan sin tregua para suscitar confianzas, eliminar dudas, sembrar el olvido. Se ignoran o se deforman las cifras y, de un día a otro, son inmensas las contradicciones en los datos de una misma Secretaría de Estado, al grado de la persistencia de los recelos ante el Censo de 1990.

¿Quién cree en lo que lee? ¿Y quién *lee* la mayoría de las informaciones oficiales? La suspicacia se amplía ante, por ejemplo, el número de muertos en el terremoto de 1985, la votación de 1988, el número de policías judiciales involucrados en el narcotráfico, las promesas enérgicas y tremolantes de justicia, la seguridad de elecciones limpias, etcétera. Desde el gobierno de José López Portillo se añade a la Constitución de la República el Derecho a la Información, pero sólo como frase, sin reglamento que especifique la responsabilidad de las dependencias gubernamentales y castigue a la desinformación dirigida. Sin derecho a la información, el trabajo periodístico se mueve en el terreno resbaladizo de lo que se sabe cierto y resulta imposible probar documentalmente.

La política “de comunicación” del gobierno y el empresario exige omitir y distorsionar. Escasean las cifras que susciten confianza, las contradicciones de un día a otro son enormes en la misma Secretaría de Estado. La prensa, industria estratégica, vive la gran transformación. El viejo periodismo de intuición y bravura, o de inercia y corrupción, el de “la prensa nacional”, se diluye. Lo destierra la tecnología de punta y lo anulan el amarillismo, la venta de sensaciones efímeras, el crecimiento y las atenciones al analfabetismo funcional y el estímulo de los prejuicios, sórdidos o inofensivos.

XXVI. Ernesto Zedillo: 1994-2000

El 21 de agosto de 1994, Ernesto Zedillo gana las elecciones presidenciales derrotando al candidato del PAN, Diego Fernández de Cevallos, y al del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas. A partir del ejercicio del clientelismo, es muy explicable el voto

priista que cuenta con el gasto inmenso de compra-venta de los votos (Pronasol, Procampo), el manejo del miedo a la violencia del EZLN, la estrategia de intimidación (aparte de la pesadilla de los zapatistas en Palacio Nacional, la salida de capitales que desataría el triunfo de Cárdenas), el control de la televisión, las fallas de la oposición... Ante las evidencias de la ineficiencia, la corrupción y la impunidad del gobierno, ¿cómo se explica que, descontada la gran masa de votantes forzados que le hace decir a Zedillo: "Mi elección fue inequitativa pero legal", un sector de la población se pronuncie efectivamente por el PRI? Según creo, se pasa del voto de castigo de 1988 al voto de autocastigo en 1994, tras comprobar la ausencia de alternativas ante el Sistema. "Los despreciamos pero no logramos desprendernos de ellos."

El 21 de agosto parece reactivarse el "mito" salinista. Los analistas políticos y los periodistas de la Corte se deslumbran: se votó por la paz y la estabilidad, argumentan.

"La cultura del esfuerzo". Boceto de hemiciclo

Desde diciembre de 1994, el presidente Zedillo, infatigable, alaba sus (suyas de él) grandes aportaciones a la Historia y a nuestra prosperidad, y no admite compartir las aportaciones. No en balde declara el 23 de agosto de 1999: "Yo quisiera ser la persona que tuviera en sus manos, de manera exclusiva, la solución del problema de la UNAM." A él los Medios más bien le desinteresan, se ufana de su impopularidad (el primer Presidente que lo hace) y deposita su sexenio en la ortodoxia neoliberal y su culto de la macroeconomía. "Que las cifras vayan bien aunque a casi todos les vaya mal." ¿Qué significa esto? Demasiado; si se observa, por ejemplo, cómo al no dejar crecer la inflación se auspician con talento la pobreza y la miseria.

Para promover la candidatura de Colosio se lanza una campaña del *Do It Your Self*, con una etiqueta publicitaria: "Luis Donaldo y su grupo pertenecen a la Cultura del Esfuerzo, nadie les ha regalado nada, no vienen de la élite sino de la modestia de los recursos familiares y de la voluntad de aprovechar con trabajo las oportunidades que México (su régimen) ofrece." A Zedillo lo presentan y se presenta como la cima de la Cultura del Esfuerzo: de niño limpió zapatos, vendió aguas frescas, voceó periódicos; de joven estudia economía en el Politécnico, y luego —por su fe en la movilidad social— es burócrata oficial y le llama la atención a Carlos Salinas de Gortari, que si algo sabe es localizar lealtades a prueba. La Cultura del Esfuerzo hereda la tierra.

A los inquilinos del poder no necesariamente los distinguen en igual medida factores monetarios. (Si todos saquearan al mismo tiempo ya nada quedaría.) Lo usual en los funcionarios de "alto rango" es la gana de sueldos magníficos y abundancia de compensaciones. Este es su punto de vista: se merecen todo porque le prestan a la República su talento y la mentalidad dinámica tan escasa en el país de los nacos. A los juniors de las nuevas dinastías (casi todas las disponibles) o de las un tanto más antiguas, los articula la idea fija: el poder es asunto de herencias, las que reciben o las que ya transmiten. Y esto borra a tal punto el origen que a Zedillo no le aprovecha exhibir su niñez pobre. En rigor, la conciencia del privilegio es la verdadera formación de la élite. No se necesita más. Esta sería la fábula: "Yo me he formado observando e imitando a mi padre (o a ese padre ideal que es el jefe y amigo), y he tratado a sus amigos, y he construido mi propia red de complicidades, y he aceptado que la privatización del poder renueva a la nueva aristocracia."

“Los errores de diciembre” o “Cómo aprendí a amar el desprestigio y dejar de preocuparme por la crítica en los Medios y la opinión pública”

El hombre propone, Dios dispone y viene la estupidez de los jactanciosos y todo lo descompone. El derrumbe económico de fines de 1994, agudizado por las torpezas del secretario de Hacienda, Jaime Serra Puche, afecta severamente la envoltura popular del presidencialismo. Si un Presidente resulta tan incompetente (versión benévola), se vuelve el más falible de todos los mexicanos, no por ser el más autoritario, o el más proclive al saqueo, o el más demagogo, o el más cruel, o el más indiferente a las angustias del pueblo, que bien puede serlo, sino por resultar el más inepto. Se desbarata la ideología del único hombre libre y lúcido de la nación.

En un lapso brevísimo, de fines de diciembre a fines de marzo de 1995, se desnuda la brutal ineficacia del gobierno. Y se precipitan la devaluación, las altas tasas de interés, la inflación, la recesión, la insolvencia de pagos, la fuga de capitales, la cancelación de proyectos, el pánico financiero, la caída del poder adquisitivo (todavía más), las quiebras bancarias, la crisis de liquidez. Desaparece el prestigio de Salinas y no aparece el de Zedillo y se quebrantan las ilusiones de la unanimidad en todos sus niveles.

Ante las demandas de la oposición y de la opinión pública, el PRI, instruido para hacerlo débilmente, rechaza el juicio político y penal de sus próceres del día anterior, pero en la tibieza de sus defensas se cuelan el desencanto y la rabia de muchos priistas, y, también, la operación que ansía reconstruir la autoridad moral del régimen sobre el cadáver del prestigio del ex líder. Y los medios asisten al nacimiento de la conciencia priista. Así por ejemplo el gobernador del Estado de México Emilio Chuayffet (*La Jornada*, 4 de enero de 1995):

La gente irresponsable que en aras de su protagonismo devastó las reservas económicas de nuestro país, debiera tener una sanción moral enorme de repudio y rechazo. Se trata de mexicanos que no tuvieron empacho en hacer declaraciones o realizar conductas que afectaron [a la nación], porque ellos sabían el crédito sobre el que se basa la relación económica de México. Quienes nos pusieron hoy en la penosa tarea de reiniciar un plan económico de emergencia, que mucho va a costarnos a todos, deberían ser castigados penalmente, aunque, lamentablemente, ese tipo de conducta es difícil de tipificar [...]. Aquel que cierre ojos y oídos a la realidad y a los puntos de vista de un adversario político, está cometiendo el mismo crimen al que yo ya me referí.

Es nítida la referencia a Salinas, y a su alusión del primero de septiembre de 1994 a las protestas de diputados y senadores del PRD: “Ni los veo ni los oigo.”

En la tradición ya figura el ataque a los ex presidentes en los primeros meses de la administración siguiente (la “teofagia” inevitable” del “monoteísmo” priista). Pero a Salinas de Gortari le pasa lo inconcebible. Aunque la catástrofe económica también es, y en gran medida, responsabilidad del gobierno de Zedillo, la crítica de los Medios es devastadora al transparentarse los actos de torpeza y mala fe de Salinas, por ejemplo, posponer la devaluación con tal de garantizar el triunfo del PRI y no perjudicar su campaña en la Organización Mundial de Comercio. ¿Qué sucede? Que los Medios y el gobierno, por razones distintas, unifican el objetivo.

El presidencialismo entra en crisis, qué caso esperararlo todo del Presidente, cómo confiar ya en las promesas sexenales. Y el encono se multiplica en febrero de 1995, al detener la Procuraduría General de la República a Raúl Salinas

de Gortari, acusado de la autoría intelectual del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, ex cuñado de los Salinas y secretario general del PRI. Más que ningún otro hecho, el encarcelamiento de Raúl Salinas en la prisión de alta seguridad de Almoloya impulsa las libertades críticas y la demolición de los prestigios inmanentes. Si Carlos Salinas encarnó hasta el límite las atribuciones del presidencialismo, la institución misma padece conjuntamente la caída. Esta vez los hombres y las instituciones fallan al unísono.

En protesta por “la campaña de linchamiento moral”, que le atribuye a Zedillo, Carlos Salinas se declara en huelga de hambre en una colonia popular de Monterrey beneficiada por Pronasol. (Durante el día y medio de la huelga, Salinas viaja en avión particular a Toluca a ver a su familia. Lo suyo, de hecho, es un “paro de hambre”.) Los entrevistados, al preguntárseles su opinión sobre el ayuno de Salinas, contestan: “Que se muera, pero que antes devuelva lo que se llevó.” ¿Y dónde quedan el jolgorio y las porras y los niños que al paso del Presidente se levantaban como ofrendas florales, o alguna otra frase de locutor palpitante?

Los reportajes de investigación crecen a sesenta minutos por segundo. El PRD exige el juicio político y penal de Salinas. El PRI y el PAN se oponen, pero la protección al ex presidente es formal y escasa. La sociedad está mejor informada y el deterioro de la economía es palpable. Comienzan los reparos al Sistema desde dentro. Así, el senador Fernando Solana, el secretario de Relaciones Exteriores de Salinas: “Tampoco defiendo una política económica que reduce el crecimiento, que polariza en forma extrema el ingreso, que carece de instrumentos eficaces para modernizar y preservar la planta industrial del país y para crear empleos bien remunerados en el campo y en la ciudad y que, finalmente, deja prendidos con alfileres la estabilidad y el equilibrio macroeconómico” (*La Jornada*, 2 de enero de 1995).

La furia de la crítica no sacude seriamente al autoritarismo. Anacrónico por definición, el régimen no se contagia de fiebre renovadora alguna, espera las órdenes para convertirlas en ideas y localiza causas donde los demás verían gestos. Y a la clase política no la conmueve un fracaso que equivale a la hecatombe. “¡Se ve, se siente, tenemos Presidente!”, le gritan a Ernesto Zedillo como ante le gritaron a Carlos Salinas, mientras la credibilidad (no la fuerza) se extingue.

Desde su triunfo, Zedillo decide su estilo de gobierno: los 17 millones de votos a su favor depositados en su hombro derecho lo autorizan por seis años a hacer lo que le dé la gana. Ya votaron, ahora se aguantan. Por eso, en lo relativo a Chiapas, decide que el EZLN no dispondrá de ventaja alguna. El 9 de febrero de 1995 anuncia el descubrimiento de la conjura “subversiva”, revela la “identidad de Marcos” (es el ex profesor de la UAM Rafael Sebastián Guillén Vicente, militante de grupúsculos guerrilleros), informa de la detención de algunos de sus “cómplices” y está a punto de notificar el arresto del propio Marcos. Esto no sucede y de allí a noviembre de 2000 Zedillo obstaculiza al máximo cualquier avance en el diálogo. No soporta a los indígenas porque —su razonamiento es siempre previsible— no son modernos y, además, porque le han faltado el respeto a la máxima autoridad, él mismo.

A falta de carisma buenos son regaños

Demasiadas situaciones inesperadas, nuevas expectativas y formas de vida. La prensa atestigua el frenesí de la violencia urbana, la clausura de la movilidad social (el proceso ya viene de lejos pero Zedillo lo alienta), la profundización del desastre en Chiapas y Guerrero (los gobernadores Roberto Albores y Rubén Figueroa Alcocer son logros y promociones

de Zedillo), el acoso al gobierno perredista de la Ciudad de México, el incremento de la libertad de expresión, el horror inacabable del narcotráfico, el intento del clero y la derecha panista de reinstalar el tradicionalismo bajo la creencia de que cada siglo tiene su Edad Media, la crisis sin precedentes de la UNAM en 1999 con la huelga de diez meses y un Consejo General de Huelga que pasa del auge de su defensa de la educación gratuita al orgullo por la desintegración sectaria y los daños a la institución.

Lo anterior no es por supuesto la obra absoluta del presidente Zedillo. No crea el Sistema, no crea la derecha, no inventa el capitalismo salvaje, no proyecta el neoliberalismo, ni el clasismo ni el racismo. Es un hombre del Aparato, de facultades de decisión cada vez más restringidas. En alguna medida de él dependen la aplicación de un programa económico neoliberal, la decisión de no provocar otro 68, el desinterés monstruoso por la educación pública y la UNAM, la fe en las calidades redentoras de Fobaproa, y la insensibilidad social y política cuya demostración culminante es su estrategia en Chiapas.

*Fobaproa: la falta de límites del gobierno
y las limitaciones de la prensa*

El Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa) es, que se sepa, el mayor fraude cometido en la historia de México, al convertir la deuda privada de algunos bancos y numerosas empresas en deuda pública de todos los mexicanos. En 1990 Carlos Salinas crea el Fobaproa como un fondo de contingencia ante problemas financieros extraordinarios. Curiosamente, se instituye al tiempo que se anuncia la privatización de los bancos e instituciones de crédito, y su cometido es servir en caso de la insolvencia de los bancos por

incumplimiento de los deudores o retiro masivo de depósitos; en ese caso el Fobaproa (el Estado) asumirá las carteras vencidas y capitalizará a las instituciones financieras. En 1991 se privatiza la banca (dieciocho bancos se venden a la iniciativa privada en 37,800 millones de pesos).

En 1994-1995 ocurre la peor crisis económica en la historia contemporánea de México, se devalúa el peso, se elevan las tasas de interés, se sobreendeudan las empresas y familias, en tal forma que muchísimos dejan de pagar sus obligaciones a los bancos, en riesgo de declararse insolventes y caer en el colapso financiero. El gobierno de Ernesto Zedillo aplica el Fobaproa para absorber las deudas, capitalizar el sistema financiero y “garantizar el dinero de los ahorradores”.

En la versión oficial, el rescate bancario evita el colapso del sistema financiero, lo que habría llevado a la quiebra a una cadena de empresas y determinado la pérdida masiva de empleos, al obstaculizar el acceso al crédito y la disposición de depósitos. El gobierno asume 552,000 millones de pesos (que a la fecha, por los intereses, han crecido a más de 800,000 millones). Este dinero equivale al 40% del PIB de 1997, a dos terceras partes del presupuesto en 1998 y al doble de la deuda pública interna. Así se asume el rescate de los bancos y se le entrega al país una deuda inmensa para las próximas décadas.

En 1998, el PRD y su dirigente, Andrés Manuel López Obrador, difunden la lista de los principales beneficiarios del rescate bancario. Y denuncian: en los pasivos del Fobaproa se incluyen recursos que financian las campañas del PRI. Se informa: de los 552,000 millones de pesos en cuestión, la quinta parte se concentra en sólo 310 créditos que corresponden a decenas de empresarios que presuntamente se beneficiaron del Fobaproa. López Obrador, sostiene lo “inmoral e inconstitucional” de absorber en la deuda pública

la deuda de empresarios y banqueros, “algunos de ellos considerados entre los hombres más ricos del mundo y otros que formaron parte del comité de financiamiento del PRI” en la campaña presidencial de Ernesto Zedillo y de otros gobernadores del país, como Roberto Madrazo. Y se convoca a una consulta popular en la que participan cerca de tres millones de personas.

El gobierno justifica entusiastamente el rescate del sistema financiero. Nunca se investigan a fondo las denuncias contra el Fobaproa por auxiliar a los especuladores y porque las empresas intervenidas por el gobierno durante la crisis aún cotizan en la Bolsa Mexicana de Valores, tienen inversiones en el extranjero y son solventes, en una palabra.

El Congreso de la Unión aprueba asumir la deuda privada como deuda pública. El PAN y el PRI votan a favor de esa decisión, el PRD se opone. Hasta la fecha no se aplica el acuerdo parlamentario que obliga a los bancos a asumir parte de la deuda y castiga a los usufructuarios ilícitos del Fobaproa. La Cámara de Diputados contrata a un auditor externo que analiza las transacciones del rescate bancario y detecta irregularidades e ilegalidades, pero apoyado por el PRI y el PAN, el gobierno de Zedillo veta la difusión de los datos.

Entre los resultados difundidos a cuentagotas: la mitad de los 500,000 créditos en poder del Fobaproa pertenecen a unos 600 grandes empresarios y son mayores a 50 millones de pesos. Según los legisladores, en el estudio de esos créditos se podría identificar el presunto desvío de recursos. Aunque los legisladores impulsan el acuerdo que busca la recuperación del 30% del monto del Fobaproa, esto todavía no sucede.

En 2003 el Auditor Superior del Congreso identifica irregularidades en la adquisición gubernamental de pasivos provenientes de empresas en quiebra o suspensión de pagos,

de créditos en litigio y de cartera vencida adquirida con todo e intereses moratorios. La adquisición de este tipo de créditos no está autorizada en los programas aprobados por el Congreso y beneficia a personas y empresas con capacidad para liquidar sus cuentas.

Entre las instituciones con este tipo de irregularidades se encuentran Banamex, BBVA-Bancomer, Bital y Banorte. Las irregularidades en estos cuatro bancos superan los 45,000 millones de pesos que, según el Congreso, deberán ser descontados por la Secretaría de Hacienda y el IPAB (Instituto de Protección al Ahorro Bancario, sustituto del Fobaproa) de los pagarés de cada uno de estos bancos.

El 28 de abril de 2003, la Suprema Corte de Justicia de la Nación resuelve que la Secretaría de Hacienda y el IPAB deben descontar de inmediato siete mil millones al pagaré de Banamex, pese a la oposición de Vicente Fox, que pierde el litigio (Resumen de Jesús Ramírez Cuevas).

Fobaproa es el caso que mejor exhibe las limitaciones centrales de la prensa. Así cuente con analistas importantes, ni los diarios ni las revistas explican suficientemente el tema de Fobaproa ni insisten en el seguimiento a corto, mediano y largo plazo. Este rezago se explica en un periodismo centrado obsesivamente en lo político y carente de reporteros de formación económica. Por eso, Fobaproa queda como el gravísimo escándalo que sí es, pero se desdibuja como la prueba costosísima de la corrupción y la irresponsabilidad de los gobiernos de Salinas, Zedillo y Fox. Esto, hasta hoy.

XXVII. Los derechos humanos, Aguas Blancas y Acteal

Desde la década de 1980 la idea y la institucionalización de los derechos humanos se convierten en uno de los recursos principales de la sociedad, y en uno de los temas principales de la prensa, la radio y, en mucho menos medida, la televisión. Con una confusión tal vez inevitable (los derechos civiles y constitucionales suelen esgrimirse como derechos humanos, lo que implica la ignorancia o la disminución de las leyes), la causa de los derechos humanos ha modificado en forma extraordinaria a la sociedad y ha propiciado la todavía escasa cultura jurídica de que se dispone.

El gobierno de Salinas crea la Comisión Nacional de Derechos Humanos, y esto desata la formación de comisiones estatales, de la Ciudad de México, de grupos e iglesias. De hecho, buena parte de las movilizaciones de izquierda provienen de la defensa de los derechos humanos. Y entre otros, pero muy trágicamente, durante el sexenio de Zedillo ocurren dos hechos, las matanzas de Aguas Blancas y Acteal, que repercuten en el nuevo espacio concedido por la prensa a la violencia en y contra las comunidades.

Aguas Blancas. El 28 de junio de 1995, en el vado de Aguas Blancas, municipio de Coyuca de Benítez, Guerrero, un grupo perteneciente a la Organización Campesina de la Sierra Sur (OCSS), que se dirige a un mitin, es atacado salvajemente por policías del estado. Mueren 17 y muchos más resultan heridos. La orden de represión viene del gobernador Rubén Figueroa, enfurecido ante la movilización de campesinos desarmados.

La Suprema Corte de Justicia de la Nación emite una resolución el 23 de abril de 1996, donde se indica los res-

ponsables: “el gobernador Rubén Figueroa Alcocer; José Rubén Robles Catalán, ex secretario general de Gobierno; Antonio Alcocer Salazar, ex procurador general de Justicia; Rodolfo Sotomayor Espino, ex primer subprocurador de Justicia; Gustavo Olea Godoy, ex director de la Policía Judicial; Rosendo Armijo de los Santos, ex subsecretario de Protección y Tránsito; Adrián Vega Cornejo, ex fiscal especial; y Esteban Mendoza Ramos, ex director general de Gobernación; todos ellos del estado de Guerrero”. La resolución dictamina la responsabilidad de altos funcionarios públicos, y en algunos casos se ejercen las acciones penales correspondientes. No importa: el desenlace les favorece y todos resultan absueltos o con sentencias menores.

A pesar de la decisión judicial y de las recomendaciones de la CNDH y de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, no se procesa a los funcionarios involucrados. El Poder Judicial de Guerrero libera a 16 policías participantes directos en el crimen, entre ellos el subprocurador de Justicia del estado Rodolfo Sotomayor, acusado por los delitos de homicidio, lesiones y ejercicio indebido del servicio público, que permanece tres módicos años en prisión.

En las primeras semanas y meses, Aguas Blancas no le interesa demasiado a la prensa, que —sin estas palabras, con esta actitud— la considera uno más de los episodios de la violencia agraria, o que siente muy defendido por Zedillo al gobernador Figueroa. Y la resonancia verdadera del hecho ocurre meses después, al transmitir Ricardo Rocha en su programa de Televisa un video de la matanza, que se le entrega “por vía anónima”. La frialdad absoluta de los policías, y su indiferencia ante la cámara de video que los registra en el momento de asesinar, se complementa con los ayes de heridos y moribundos, con los campesinos agazapados y los cadáveres. Y sólo la exhibición del video activa a la prensa.

Acteal. Acteal es un paraje, algo todavía no pueblo, al borde de la carretera entre San Pedro Chenalhó y Pantelhó, en el municipio de Chenalhó, una de las zonas más pobres de la región pobrísima de Chiapas. Allí se refugian unas 325 personas, desplazadas por grupos paramilitares de filiación priista, que destruyen las viviendas y amenazan con matarlos. Son de comunidades vecinas, Quextic y Tzajalucum, y pertenecen al grupo Las Abejas, de cristianos no violentos, y que casi en igual proporción participan en las bases de apoyo del EZLN.

A la formación de fuerzas paramilitares en la región contribuyen grandemente elementos del Ejército Mexicano, deseosos de acelerar la contrainsurgencia. A los paramilitares se les protege, se les da su paga mensual y se les anima a destruir al "enemigo". El 21 de diciembre de 1997 deciden el ataque a Acteal. Según informa el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, participan en la reunión militantes priistas de seis comunidades.

Al día siguiente, cerca de las 10:30 horas, en la ermita de Acteal, al cabo de un ayuno de tres días, los desplazados rezan por la paz. En ese instante cerca de noventa personas, con armas de alto calibre y balas expansivas, irrumpen y asesinan a 45 personas (15 niños, 21 mujeres y 9 hombres). Hay 25 heridos. Casi todos los agresores visten de negro o de azul, y llevan paliacates rojos en la cabeza. Muchos huyen, los más indefensos perecen. Los disparos continúan hasta las seis de la tarde. Se trata literalmente de una cacería.

A las once de la mañana de ese día, el Centro de Derechos Humanos en San Cristóbal de las Casas recibe una llamada de Acteal. El encargado de la caseta telefónica avisa. Hay muchos disparos por el rumbo, manden ayuda. El sacerdote Gonzalo Ituarte le informa por teléfono al secretario de Gobierno de Chiapas, Homero Tovilla. El resultado del aviso: indiferencia, maniobras burocráticas, burla. El subse-

cretario Uriel Jarquín le comenta días más tarde a los Medios: “A las 11:30 horas tomé nota y le notifiqué que no teníamos ningún reporte en ese momento. Notificamos de inmediato a la Policía de Seguridad Pública que estaba destacada en el lugar para que verificara, no encontré ninguna evidencia de enfrentamiento, ninguna casa quemada, ningún problema en la región; nos lo reportó, reforzamos la vigilancia y estamos pendientes.”

A las seis de la tarde, Tovilla llama a la Diócesis de San Cristóbal: la situación está controlada y los policías estatales “sólo escucharon unos tiros”. A más de indiferentes, sordos. En la madrugada del 23 de diciembre, las autoridades recogen con prisa los cadáveres “antes de que lleguen los periodistas”. La policía chiapaneca respalda la operación.

Nada de *grupos paramilitares*. En las semanas siguientes a la matanza, la Procuraduría General de la República (PGR) detiene a más de sesenta personas, que terminan siendo noventa, sometidas a juicios de los que poco o nada se transmite y que permite la casi certeza: un buen número de los presos son inocentes. La PGR da su versión: “Fueron pleitos intrafamiliares e intracomunitarios”, la reedición de las reyertas entre Montescos y Capuletos, algo ajeno por completo al gobierno federal y al estatal, que en querellas de vecinos nunca intervienen. La técnica de autoexculpación es fantástica: “II. Estos conflictos pueden caracterizarse válidamente como intercomunitarios e incluso interfamiliares, dentro de un contexto de disputa constante por el poder político y económico, así como por la existencia de una diversidad religiosa y más recientemente de una división ideológica” (del boletín de prensa de la PGR, 26 de diciembre de 1997). Queda claro: así son los indios de vengativos, y así es la autoridad de exacta en su investigación: “VII. En agosto de 1996 fueron asesinados seis jóvenes en Pantelhó, población cercana al municipio de Chenalhó. La filiación de los occisos

no es clara, aunque algunos mencionan que eran priistas.” Con esto, es de suponerse, la matanza ya queda justificada (“explicada”, diría la PGR). El presidente Zedillo se declara, al día siguiente de la matanza, afectado y dolido, y luego se olvida del asunto para siempre. ¿Para qué recordarlo?

La indiferencia burocrática de la prensa ante Aguas Blancas se convierte en la preocupación ante Acteal. La abundancia de reportajes y artículos describe la conversión de la causa de los derechos humanos en asunto primordial en la relación entre la prensa y los poderes.

Linchamientos. Así continúe atendida a lo básico, y por razones de toda índole, a los acontecimientos en la zona del poder presidencial, a partir de la década de 1990 la prensa se ocupa crecientemente de la sociedad en sus espacios de conflicto, ya no como el pintoresquismo de la violencia que se registra durante dos días, sino como muestras de la descomposición social o, más precisamente, de la ausencia de controles que le devuelven a la conducta primitiva sus rutinas. Aunque al principio apenas convocan la atención, la cadena de linchamientos populares acrecentada desde la década de 1980 exhibe la falta absoluta de fe en la aplicación de la justicia, y el analfabetismo moral y jurídico de comunidades cuyo empoderamiento se da a través de la barbarie. Cada año se registra a un número alto de linchamientos por motivos que van de la violación de una joven al robo de un auto o la acusación de brujería. Y cada año la impunidad de las turbas califica el arrinconamiento efectivo del Estado de Derecho.

XXVIII. Las vicisitudes de la prensa

Todavía hay personas entre nosotros que tienen aires de venir de la crucifixión de Cristo, y otras que parecen preguntar. ¿Qué dijo? Y otras lo ponen todo por escrito bajo el título: “Los sucesos del Gólgota”.

KARL KRAUS,

Contra los periodistas y otros contras

Con muy escasas excepciones, la prensa mexicana del siglo XX se sujeta voluntaria e involuntariamente al control gubernamental y la idea mítica de ese control, y en la cobertura informativa de las “razones de Estado”, tan amplias como indefinidas, rigen las supresiones y el ocultamiento. Esto cambia, pero no con la rapidez deseada, y especialmente en las regiones, cuentan en demasía la censura empresarial y eclesiástica, cuyas ganas prohibidoras desbordan o por lo menos igualan el celo gubernamental. (Inténtese publicar en un buen número de estados algo no digamos en pro de la despenalización del aborto o de las grandes campañas de uso del condón, sino de mínima apertura en temas de vida cotidiana.) Se propician, y en gran escala, la mentira simple y directa, el manoseo y la tergiversación de los datos y los hechos, el linchamiento moral de los disidentes y los opositores, etcétera. El resultado en muchísimas publicaciones: la apatía, la inercia, el desencanto, el cinismo, la jactancia de los favoritos del poder.

La prensa y la represión

En julio de 1989, *Artículo 19*, una organización contra la censura con sede en Londres, publica un informe sobre medios informativos y censura en México a lo largo de las administraciones de Echeverría, López Portillo y De la Madrid. El informe señala los asesinatos de 51 periodistas en 18 años, y la continuidad de la violencia en el régimen de Salinas. ¿Cuántos de esos 51 casos son efectivamente por el odio a la libertad de expresión y los reportajes de investigación? Imposible determinar con exactitud el número de los sacrificados por la susceptibilidad gubernamental. A un buen número los asesina el narcotráfico (protegido por distintas autoridades políticas y policiacas), y a otros los victimiza el resentimiento de funcionarios ateniados a su impunidad. Como sea, en 1989 todavía se conserva algo del antiguo miedo reverencial a la letra impresa y se cree, parcial pero profundamente, en la incorporación de lo leído a la conciencia de los lectores.

Las supersticiones pre-tecnológicas demoran la indiferencia o el desdén gubernamentales ante la prensa, no obstante el conocimiento de hechos categóricos:

- la extensión del control sobre las publicaciones a partir de los negocios de sus dueños con el régimen o al amparo de las ventajas concedidas por el régimen;
- la fuerza de la autocensura, “la segunda piel” de la mayoría de los periodistas en las regiones y de un gran número en la Ciudad de México;
- los métodos coercitivos: el juego chantajista con la entrega y el cobro del papel de PIPSA, el amago de las auditorías, de las acusaciones por evasión fiscal, etcétera;
- la amenaza de boicot de los anunciantes;
- la falsedad evidente de la jactancia de “los tres millones de ejemplares” que tiran los 531 diarios del país. Las cifras verdaderas son bastante más bajas;

- la ventaja notoria de los noticieros de televisión y, acto seguido, de los noticieros de la radio, que alcanzan de golpe a millones o cientos de miles de personas.

Los datos duros

En *Derechos humanos en México. ¿Una política de impunidad?* (Planeta, México, 1991), America's Watch evoca algunos asesinatos de periodistas, que se añaden al de Manuel Buendía:

- El 22 de febrero de 1988 matan a balazos a Manuel Burguño, que ha denunciado vínculos entre funcionarios de Sinaloa y narcotraficantes. Uno de los tres presuntos responsables es detenido y escapa tiempo después.
- El 20 de abril de 1988 se asesina a tiros a Héctor Félix Miranda, "El Gato Félix", columnista y coeditor del semanario *Zeta* de Tijuana, que dirige Jesús Blancornelas. Félix suele burlarse salvajemente de los políticos y de las figuras "de sociedad" de Tijuana, y entre temas de escarnio se encuentra el dueño del Hipódromo Jorge Hank Rhon, hijo del político Carlos Hank González. Se detiene a Victoriano Medina Moreno y Antonio Vera Palestina, de la guardia de Hank Rhon, que confiesan y se retractan alegando tortura. El gobierno de Baja California interrumpe las investigaciones y no se indaga en los motivos del asesinato. Por años, el semanario *Zeta* sostiene una página que señala la responsabilidad de Jorge Hank. En 1998 atentan contra Blancornelas unos pistoleros de los hermanos Arellano Félix. Se le disparan más de cuarenta tiros. Él persiste en sus denuncias.
- No escasean en estos años los ejemplos de prepotencia de las autoridades: destrucción de libros y papeles, re-

porteros asaltados por policías, actos de intimidación que incluyen golpizas, espionaje telefónico, destrucción de cámaras fotográficas y rollos, asesinatos “por equivocación”.

La Opinión Pública

En 1922 el periodista y pensador político Walter Lippmann se da a conocer internacionalmente con *The Public Opinion*, un ensayo de repercusión histórica en América Latina. Debido a Lippmann (el alegato de Condorcet ya queda muy lejos), el término adquiere otra connotación, se vuelve indispensable en los sobreentendidos de las publicaciones y en poco tiempo significa lo opuesto a lo señalado por Lippmann. Él asegura:

A la teoría aceptada del gobierno popular la anima una creencia: hay un público que dirige el curso de los acontecimientos. Sostengo que *el público* es un simple fantasma. Es una abstracción. Al público de una huelga de ferrocarrileros lo pueden integrar los agricultores a los que los ferrocarriles prestan servicio; el público que sigue la suerte de los impuestos agrícolas puede incluir a los mismos ferrocarrileros en huelga. El público no es un cuerpo fijo de individuos, sino aquellas personas interesadas en un asunto y que pueden influir en su curso sólo si apoyan o se oponen a los actores.

De la organización conceptual de Lippmann se toma la idea de la opinión pública como el interlocutor de los poderes, lo que continúa las actitudes del federalismo de Jefferson y de la Revolución Francesa, y una vez hecho esto se procede a la inversa. A *La Opinión Pública* se le considera un todo, el

colectivo único que con el mismo nivel de atención sigue todos los asuntos de la República. Y se relegan o se ignoran las consideraciones críticas. A Lippmann le interesa la política a partir de un reconocimiento: una democracia sirve de manera efectiva a los intereses de sus ciudadanos sólo si ellos poseen un conocimiento informado y adecuado del mundo más allá de sus experiencias personales. Como apunta Matthew Weinshall (*Means, Ends and Public Ignorance in Habermas' Theory of Democracy*), a lo largo de su obra Lippmann le atribuye la falta de investigación sobre el nivel y la exactitud del conocimiento público a un hecho: a los defensores de la democracia les ha preocupado que al revelarse la incompetencia pública en materia de decisiones razonadas se vulnera la creencia en la dignidad unánime del pueblo. Según Lippmann, los defensores de la democracia tienden a olvidar muchos de los intereses fundamentales de la sociedad porque destacan en exceso, como un fin en sí mismo, el interés del pueblo en gobernarse y determinarse a sí mismo:

Pero como asunto de la simple experiencia, la autodeterminación es sólo uno de los muchos intereses de la personalidad humana. El deseo de ser el dueño del destino propio es un deseo vigoroso, pero uno debe ajustarlo a otros deseos igualmente fuertes, como la aspiración de un buen nivel de vida, de paz, de alivio de los agobios.

Lippmann está convencido: dado el desconocimiento generalizado de la política, estos otros intereses comunes pueden verse sacrificados por los partidarios de la democracia, que actúan como si la autodeterminación colectiva fuese el único bien existente... Por eso, arguye, si se va a determinar qué intereses importantes deben sacrificarse, conviene investigar

la naturaleza y el contenido de la opinión pública, la fuente de las decisiones políticas democráticas. En el tiempo siguiente a Lippmann, muy pocos consideran su tesis (“Es incorrecta la idea de la opinión pública como un consenso o una voluntad unificados y coherentes; es sólo una ilusión al servicio de políticos y de comentaristas políticos”). Y en la etapa actual, donde las encuestas (los *polls*) se erigen en la consulta infalible a la Opinión Pública, se olvida que en rigor se trata de una confluencia de puntos de vista diferentes y con frecuencia contradictorios, lo que Lippmann llama “las pinturas dentro de las cabezas de las gentes” en relación a los asuntos públicos.

¿De qué manera se concluye de las opiniones contrastadas el consenso que, según Lippmann, es en gran medida una ilusión? En *La opinión pública*, Lippmann afirma: para evitar conflictos y crear la apariencia de unidad, los políticos emplean declaraciones e ideas generales lo suficientemente vagas como para corresponder a diferentes tipos de personas o a una variedad de situaciones. Y la gente ha filtrado noticias incompletas de los acontecimientos a cargo de fuentes como la prensa o los amigos, lo que desemboca en estereotipos simplistas.

La gente usa estereotipos, según Lippmann, para imaginarse acontecimientos complejos e integrar nuevas informaciones en sus visiones del mundo. Al describir las fuentes y las funciones de los estereotipos, Lippmann anota:

La mayoría de las veces no vemos primero y luego definimos; definimos primero y luego vemos. De la grande y tumultuosa confusión del mundo exterior, seleccionamos lo que nuestra cultura ya ha definido para nosotros, y tendemos a percibir aquello ya seleccionado por nuestra cultura bajo la forma de estereotipo. Es económico y por tanto inevitable descansar

en estereotipos para comprender la realidad; requeriría un esfuerzo serio y demasiado tiempo desarrollar el entendimiento detallado y único de cada acontecimiento.

A lo largo de la Era del PRI, los gobiernos usan pródigamente los estereotipos, pero sin esforzarse, al ser la opinión pública un convencionalismo que se emplea a placer. A veces, al unificarse el rechazo de represiones o decisiones gubernamentales que perjudican a la mayoría, se producen movilizaciones que no queda más remedio de calificar de “opinión pública atenta”, a la que se complace en lo secundario (el retiro de medidas absolutamente impopulares, el cese de un funcionario o de un gobernador, el envío al Congreso de un proyecto de ley), y a la que se le niega lo principal: el castigo efectivo a los responsables de matanzas, fraudes, atropellos administrativos.

Los que disponen casi certificadamente de la posesión de puntos de vista (los Medios, los partidos políticos, las agrupaciones y las personas), participan de la ansiedad unitaria del régimen. Para ellos también, y muy especialmente para la prensa por la variedad temática a que se enfrenta a diario, la opinión pública es una sola, monolítica entidad, auscultable a simple vista, dotada de creencias que cualquiera interpreta con exactitud.

Según Phillip Converse (*The Nature of Belief Systems in Mass Publics*), los periodistas y los analistas mejor informados no perciben por lo común los niveles de ignorancia del público, porque frecuentan por lo común a quienes tienen sistemas de creencias similares. En México, además, ha crecido el desarrollo político de la élite porque la Era del PRI requería de la abolición de la complejidad, la derecha no se mueve fuera del esquematismo (lo opuesto a la moral y las buenas costumbres es el laicismo) y la izquierda política se

atiene a las consignas de fin de discurso, como la prevaleciente ahora: el régimen de Fidel Castro es el más democrático del mundo, porque el sistema de partidos y la democracia burguesa no funcionan. Como sea, así las reclamaciones izquierdistas de cambio “sean simplistas o colmadas de consignas, al demandar paz, trabajo, igualdad y respeto a los ecosistemas, despliegan valores más incluyentes y de largo alcance” (Jeffrey Scheur). Y en este campo perjudica cada vez más el manejo mecánico y adivinatorio de la opinión pública.

Las escuelas de Comunicación

En sus inicios, en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM se incluye la carrera de Prensa, con el fin de darle una formación académica a quienes serán estrictamente periodistas. Desde la década de 1970 la carrera de Comunicación o Ciencias de la Comunicación se vuelve una moda entre trabajadores de la radio y la televisión, funcionarios del Estado y la empresa privada a cargo de las imágenes corporativas y el diálogo con la sociedad (políticos, publicirrelacionistas, cineastas, videoastas). Las escuelas de Comunicación se extienden sin límite (en 2003 deben existir unas 250 en el país) y se prestan a demasiadas cosas: fraudes estrepitosos, formación muy irregular, cambios interminables de planes de estudio, construcción al infinito del dialecto de la “descodificación y la codificación”, creencia de la fusión inseparable entre la comunicación (la carrera) y la modernidad (el empleo bien remunerado, de preferencia ante las cámaras).

Con los egresados de Comunicación finalizan los días de los egresados de la Universidad de la Vida, lo que no se traduce ni en grandes ventajas ni en desventajas irreparables, sólo en el cambio inevitable. En las redacciones de los Medios, son

mayoría los egresados y, en número equiparable, de las egresadas de la carrera, que traen consigo técnicas, formaciones verbales y estilos cambiantes cada cinco o diez años. Ahora, abrumadoramente, el centro de Ciencias de la Comunicación es la informática y, mas exactamente, Internet.

La mercadotecnia:

Y conoceréis el spot y el spot os libertará

¿De qué se habla al mencionar el sitio primordial de la mercadotecnia y la publicidad? En su prólogo al libro de Francisco Ortiz, *Comprender a la gente. Por qué ganó Fox* (Aguilar, México, 2002), Jorge G. Castañeda, entonces secretario de Relaciones Exteriores, se entusiasma:

En los esquemas contemporáneos de la mercadotecnia se parte del principio de que el cliente tiene la razón y el producto debe adaptarse a sus necesidades. Con mayor razón deberá prevalecer este criterio cuando se trata de ofertas políticas que responden a problemas reales y demandas sociales concretas, desatendidas durante décadas [...]. Ese era el objetivo de la mercadotecnia política de Francisco Ortiz y su equipo, y hoy podemos decir que lo alcanzaron plenamente, como demostró el triunfo electoral de Vicente Fox.

¿Cuál es la experiencia de Ortiz previa a su papel de coordinador general de mercadotecnia de la campaña de Fox? Es director de Mercadotecnia de Procter and Gamble y sus productos: Head and Shoulders, Pantene, Pampers, Escudo, Camay, Ariel, Rápido y Don Máximo, entre otros. De allí pasa a Televisa como jefe de Mercadotecnia y finalmente acepta, “más puesto que un calcetín”, el ofrecimiento de Fox.

De allí a la conducción de la estrategia publicitaria que identifica lo fundamental, no hay sino un paso. Estos son, de acuerdo a Ortiz, los tres factores:

- a) El beneficio primario del producto, qué es lo que ese producto o esa persona le va a proporcionar al público objetivo —en función, obviamente, de lo que ese público espera.
- b) La razón por la que el consumidor va a creer en el beneficio que ofrece ese producto o esa persona.
- c) El tono y el carácter del mensaje publicitario.

En la campaña electoral del año 2000 no queda duda: la definición de publicistas y mercadólogos de lo contemporáneo y lo globalizado es el país de niños, capaces de ver en anuncios y videoclips el tono heroico del producto (¡La epopeya de los detergentes!). A la prensa le es difícil visualizar a los lectores que sobreviven a la puerilización nacional, ¿cómo oponerse con efectividad a la estrategia que deshumaniza a la política, considerándola tan sólo una pasarela de productos? ¿Quiénes son los interlocutores verdaderos de los Medios?

Ortiz, con el candor y la inocencia sin protección de los *born winners*, explica su Operación Triunfo y atribuye su proceder a lo que llama “disciplina procteriana, ese orden estructural que aprendí en Procter and Gamble”. Con instinto filosófico estudia a Fox, al tanto de que “cada producto tiene características únicas que lo hacen especial, y una buena campaña debe saber comunicar esos atributos”. Ortiz le compra a un publicista argentino varios de sus comerciales, “sobre todo uno al que nosotros bautizamos como *Tontos* y que en Argentina llamaban *Estúpidos*”, y la campaña —por si hace falta decirlo— “se dirigió más a las emociones y los sentimientos nacionalistas del pueblo que a los aspectos fríos

y emocionales”. Tal vez de allí la diferencia entre *Tontos y Estúpidos*.

Ortiz dirige su estrategia hacia su objetivo: los hombres y mujeres mayores de 18 años con credencial de elector. Y se concentra en descubrir lo que lee, ve o escucha ese público, elegido como destinatario principal: “La mayor parte de la audiencia televisiva se concentraba en las telenovelas o en los programas cómicos, un sector importante y nada despreciable porque genera opinión.” Y del conocimiento surge la decisión: sólo un día publicidad en los noticieros, el resto en telenovelas y programas cómicos. Del melodrama y el pastelazo a la concientización. Esto en medio de lo que, con notable eufemismo, confiesa Ortiz: “No se inventaron, sólo se potenciaron las virtudes que proyectaba Fox”. Pero el mensaje es otro: la opinión política surge de las reflexiones frente a la telenovela.

Ortiz tiene claro que un partido conservador, como el PAN, “en un país progresista como México nunca podría ganar”. Su imagen “sólo los mantendría en un papel opositor sin la posibilidad remota de alcanzar el poder”. Hay que modificarla, y para ello dialoga con el dirigente del PAN Luis Felipe Bravo Mena: “La visión de Bravo Mena para entender la campaña fue vital en todo el desarrollo. Una sola vez le presentamos la campaña y el anuncio de los ex presidentes y nunca más volvimos a verlo, porque ese día dijo: ‘Adelante, vamos a pegar’. Y ya no tuvimos que ir a presentarle al PAN ninguna otra cosa.”

Me he extendido en el recuento de la sabiduría mercadotécnica que impulsó a Fox, porque la prensa debe enfrentarse a diario a la visión de *pueblo, nación, comunidad o público* trazada por los publicistas. Desde hace unos años a la demagogia la sustituyen las trampas de la puerilidad profesional, y es cuestión ardua seguir confiando en el lenguaje de la crítica.

XXIX. México, 2 de julio de 2000: la caída del PRI

Zedillo es el último de los Tapados, la institución ignominiosa que se despide *sin la mínima autocrítica* y a la que reemplaza el sainete de las “elecciones internas” del PRI el 10 de noviembre de 1999. Ese día nadie contabiliza con rigor los diez millones de votos que se alegan, y la afluencia proclamada de votantes sigue siendo un misterio, porque en las ciudades simplemente no se observan. Sólo se advierte el reemplazo de un proceso ceremonial por otro, impulsado por el Presidente, organizado por la Maquinaria (el sinónimo de la eficacia del Viejo PRI), consagrado por la Cargada y, para descender a la anécdota, encumbrado en la residencia de Los Pinos por el doctor Zedillo, que reúne al triunfante Francisco Labastida y al perdedor Roberto Madrazo, que — en un gesto de audacia simbólica— se enyesa el brazo para no levantarle la mano a su rival. Los fotógrafos gastan rollos, los articulistas derrochan teorías y escepticismos, y la mayoría de los directores de las publicaciones se preguntan si tiene sentido seguir jugándose las por el PRI, al cabo la publicidad en serio va para la televisión.

A Zedillo le toca ya la etapa en que los Medios han leído demasiado sobre el sitio central de los Medios, y proceden en consecuencia. En especial, la radio consolida “el ágora acústico”, como dice sin énfasis un locutor. Se comienza a percibir que la liberación de las opiniones no trae consigo la liberación de los controles, pero eso no impide el gozo de los que hablan a las estaciones o participan en las mesas redondas, exploran con palabras alguna vez candentes la debilidad de la censura, critican al gobierno, se burlan de los políticos, le señalan al Presidente de la República sus

limitaciones. Y el alborozo de ejercer las libertades oscurece la moraleja: lo que se dice importa menos que lo que se ve, y lo que se ve traslada el poder de la censura al cuarto de edición de los estudios televisivos. Al fin y al cabo, la crítica ácida y la mentada de madre molestan cada vez menos porque lo sustancial se preserva: el monopolio de la violencia legítima es también el monopolio de la concesión de impunidad. Los millones de participantes en el público cautivo oyen en la mañana o en la tarde las explosiones libertarias, y aprueban o desaprueban desde la verdadera paciencia histórica, la exhibida en los embotellamientos. Pero el desahogo no es la catarsis.

“Una mentira repetida el tiempo suficiente se vuelve una creencia.” De acuerdo, pero en la Era de los Medios una creencia está sujeta a los rigores del zapping, del monitoreo inacabable.

El 2 de julio de 2000, el Partido Revolucionario Institucional y su candidato Francisco Labastida Ochoa pierden las elecciones presidenciales. Gana Vicente Fox del Partido Acción Nacional, de ideología muy conservadora. Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del Partido de la Revolución Democrática, de izquierda, queda en tercer lugar. Las cifras son: Vicente Fox, 15,988,000 votos (42.52%); Francisco Labastida, 13,567,385 votos (36.10%); Cuauhtémoc Cárdenas, 6,259,048 sufragios (16.64%). La votación total asciende a 37,603,923 votos, de la cual fueron nulos 789,838, que representan el 2.10% de la votación computada, y los candidatos no registrados obtienen 32,457 sufragios. La participación asciende al 63.96 % de los 58,782,737 ciudadanos que integraron la lista nominal.

El adjetivo más utilizado para sintetizar lo acontecido es *histórico*. Se hace historia al vencer el aparato de control electoral del PRI, sus mañas, su clientelismo, su utilización del presupuesto federal, su manejo de la mayoría de los

medios informativos. Se repite obsesivamente: no podíamos entrar al siglo XXI con el PRI en el poder. Y un organismo confiable, el Instituto Federal Electoral, determina el gran vuelco. Así de simple: el recuento efectivo de los votos elimina la mayoría de las tensiones. Y por eso, a las once de la noche del domingo 2 de julio, Labastida Ochoa admite su derrota: “Los resultados electorales del PRI deben llevar al Partido a los cuadros y dirigentes a una profunda reflexión: nuestro partido, en el que orgullosamente milito, le ha dado estabilidad y paz social al país y ha impulsado los grandes cambios, incluido por supuesto el de la democracia. Lo seguiremos haciendo desde cualquier posición.”

En su transcurso, el PRI (PNR / PRM) le da al país la estabilidad suficiente, la educación para las mayorías (aunque todavía en el año 2000 la estación terminal de la enseñanza para más del 50% de los estudiantes es el sexto año de primaria), la movilidad social selectiva, el acceso a la transformación tecnológica, las carreras, las presas, el agua potable, la pavimentación, en síntesis, la modernización parcial e irreversible.

El costo del PRI es enorme, e incluye la implantación de un poderosísimo sistema caciquil, la concentración de capital más grande de América Latina, la corrupción vastísima que limita o frustra muchísimas posibilidades de toda índole, el desprestigio amplísimo de la política, la incapacidad de renovación, la jactancia que es burla de cualquier propósito democrático (el líder obrero Fidel Velázquez, que dura 47 años en su cargo, afirma: “Llegamos con la fuerza de las armas, y no nos van a sacar con los votos”), la red de complicidades que hace las veces de sistema político, y la represión interminable a líderes campesinos, disidentes sindicales,

estudiantes democráticos, militantes de izquierda, críticos del caciquismo. La estabilidad se alimenta del crecimiento de la pobreza y la miseria, de la impunidad para corruptos y represores, de la destrucción de las funciones básicas del poder judicial, de la elevación del oportunismo al rango de visión primordial de la realidad, de la reducción (en lo posible) de los Medios a la condición de voceros.

A la prensa le toca observar en la campaña del año 2000 el ascenso irresistible de “la religión de la encuestas”, el atender a diario los dictámenes de la “escritura en la pared”. Por más reacios que se muestren, los periódicos saben que las encuestas son las ocho columnas alternas o porque encierran la verdad o porque su sola emisión “obliga a la realidad a comportarse de otra manera”, o porque ese día la noticia es que los encuestados (el verdadero sustituto de los votantes) reencauzaron sus criterios.

Entre los hechos característicos de la campaña del 2000, muy impulsados por la prensa, hallo los siguientes:

La posesión colectiva del punto de vista. Como nunca, se da en México el empoderamiento de personas y sectores, la democratización psicológica y cultural de la política. La propiedad de puntos de vista críticos sobre el poder, es, en su dimensión masiva, algo novedoso. Se disponía de quejas, protestas, rezongos, maldiciones, pero no de la relación directa entre la crítica y su operatividad mínima y máxima, el voto. En su Era, el PRI consigue que los propios ciudadanos no tomen en serio sus opiniones sobre economía, y política y esa resignación de pronto se transforma en la fe en una

premisa: para que se avance, necesitamos que se vaya el PRI. Esto prevalece sobre los debates en torno al neoliberalismo, el Banco Mundial, la derecha, los méritos intrínsecos de Fox, etcétera.

El aprendizaje de la ciudadanía. La Era del PRI no constituye de modo alguno una "dictadura perfecta". Es, sí, el aplastamiento perfeccionado de la voluntad social. Sin partidos que propongan vías de formación política, con la complicidad a ultranza de la mayoría de los medios informativos, las personas que deseaban ejercer su ciudadanía se forman como pueden, con recuerdos históricos, conversaciones enfebrecidas, disputas enconadas, etcétera. En las elecciones del 2000, y por así decirlo, la sociedad se forma a sí misma, es su propia tutora ideológica y política. Desde luego, intervienen el asombroso derroche de dinero, las vaguedades partidistas, el apoyo al PAN del clero católico, las formaciones de caciques y líderes sindicales, las coacciones del PRI, pero aún con todo esto, lo más destacado es el voto en contra del fatalismo y de las sensaciones de indefensión ante el PRI.

El desgaste de los referentes tradicionales. Un rasgo del 2000 es el reemplazo de *referentes*, una palabra de enorme divulgación. Los antiguos referentes son los obvios: líderes de opinión, intelectuales de prestigio, figuras sociales, políticos de nombradía. Pocos de ellos importan. En su lugar, el prestigio de la actitud distinta, beligerante, que la mayoría identifica con Vicente Fox. Lo más notorio es la inminencia de los liderazgos aún desconocidos en la que intervienen dirigentes sociales, académicos hastiados del cubículo, mercadólogos, diseñadores de imagen, encuestólogos, etcétera.

La presencia de las mujeres. En el año 2000 la participación femenina ha sido extensa. Se extingue la antigua subordinación y, como se prueba en cada partido, la habilidad, la disciplina, la eficacia, la capacidad de trabajo de las mujeres son definitivas en las campañas. Si bien están todavía subre-

presentadas en las direcciones de movimientos, partidos y administraciones públicas, las mujeres en la política son ya el hecho a partir del cual se construye la novedad del *cam-bio histórico*.

Los Medios. Un lugar común ya irrefutable: la prensa, más que ninguna otra instancia, alentó la derrota del PRI el 2 de julio de 2000. A los dueños de las publicaciones, a los directores, a los reporteros, les importó dejar que las noticias fluyeran y que se advirtiese la crítica. Aun si apoyaban al PRI y le daban las primeras planas a Francisco Labastida, no evitaban, ni podían hacerlo, la crítica. A la radio le conviene darle voz al hartazgo, e incluso la televisión no abraza como en 1988 la causa priista. El protagonismo de los Medios resulta el segundo gran personaje de 2000.

XXX. El 2 de julio: la fecha y sus pobladores más conspicuos

El 2 de julio de 2000 el presidencialismo se renueva. El vencedor, Vicente Fox Quesada, candidato del Partido Acción Nacional, difiere casi en todo del esquema de sus adversarios. Es —para decirlo en sus términos— bronco, echado para adelante, de habla popular en extremo, que concibe la Presidencia, de modo literal, como la posición gerencial más alta. A su llegada al poder el 1 de diciembre de 2000, el presidencialismo que se ha conocido es un conjunto inarmónico de ruinas: el Presidente ya no dispone de su aura (el “aura mediática” es asunto de rating y sólo avisa de la jubilación del carisma), el poder financiero es un poder alterno, la sociedad civil es una realidad no por azarosa menos presente en los momentos climáticos... El presidente Fox tiene le-

gitimidad, credibilidad y un tiempo de confianza a su disposición. No puede rehabilitar el presidencialismo clásico, pero tampoco puede renunciar a sus inmensas ventajas (la transición a la democracia dista de ser todavía la democracia). Y el fin del idilio entre una sociedad y su Presidente se vislumbra en una declaración presidencialista de Vicente Fox: “¡No me interesa la popularidad! Si así fuera, mejor la hacía de cantante, artista de cine o deportista. Yo estoy de Presidente de la República para ser responsable y hacer lo que el país demande... y esto de la popularidad ¡no me interesa en lo más mínimo!” (*La Jornada*, 13 de mayo de 2001).

*“No pudo haber dicho eso que usted dice que dijo,
porque sería tanto como haberlo dicho”*

A partir del 2 de julio de 2000, el ciudadano necesita refrendar su fe en la democracia. Y su primer descubrimiento es frustrante: esa fe debe pasar por la mercadotecnia y su “revolución de las expectativas.” Según los mercadólogos, los profetas mejor pagados del momento, la gente (que reemplaza al pueblo) depende de las expectativas, no de las realidades, y por tanto sólo al venir a menos las esperanzas, los problemas cobran vida con su carga de cóleras, impaciencias, exigencias. Gloriosamente, Fox define a los políticos: “Los candidatos nomás prometen, buscan votos y no resuelven las cosas.” No es cinismo ni Alzheimer electorero (en relación a su promesa del 7% de crecimiento anual del país, los quince minutos para solucionar Chiapas, etcétera); es tan sólo el activamiento de una vieja creencia: el poder de los ciudadanos no alcanza para obligar al gobierno a la memoria de sus palabras.

Doy a continuación un ejemplo seriado de fe en el olvido de la sociedad:

- en su campaña presidencial, Fox habla de “esa tontería” el Estado laico. Luego, asegura que sus palabras fueron mal interpretadas (en tres años ni él ni su equipo han emitido discursos o declaraciones que juzguen bien interpretados);
- el día de su toma de posesión, los diputados opositores vitorean a Juárez, y él se burla: “Sí, sí, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, Juárez, jóvenes”; en sus giras (un tanto unilaterales) al extranjero, se atiene al apotegma de “El respeto al derecho ajeno, etcétera”;
- en campaña, le entrega a los obispos católicos un decálogo de promesas, y tres días después asegura que fue mal interpretado;
- acude a granel en público a los símbolos de su fe, y en la visita de un Jefe de Estado se arrodilla y le besa el anillo pontificio; luego asegura no entender la crítica y dice que el Beso al Anillo ocurrió en un acto religioso y su genuflexión fue la de un creyente (el acto sucede en el Hangar Presidencial, al que un milagro declarativo convierte en la Basílica de Guadalupe);
- el 17 de febrero de 2003, en la residencia oficial de Los Pinos, se toma de la mano con sus compañeros de presidium y reza por la paz. Al mismo tiempo insiste en la condición laica del Estado (a estas alturas, si quiero entender el término *laico*, debo apartarme de la semántica dinamitada de Fox).

“Finalmente no es más que un persona como cualquiera”

El vocero presidencial Rodolfo Elizondo interpreta las contradicciones (por llamarles de algún modo) del presidente Fox: “Yo creo que hay momentos en los que el presidente

dice las cosas en plan de broma, en plan chusco y así se deberían tomar, y no cada palabra que dice volverla un mito, porque finalmente no es más que una persona como cualquiera” (entrevista de José Luis Rivas, *El Universal*, 24 de febrero de 2003). De acuerdo en casi todo, y en lo del “plan chusco”, ¿pero no haría falta un ayudante que al declarar el Presidente algo “jocoso” levantara un letrero: “El Jefe habla en broma”? Eso evitaría confusiones. Insiste Elizondo: “Fox es una gente bien intencionada, que quiere hacer lo mejor, y me parece que a veces creemos en las satanizaciones de cosas que finalmente no tienen importancia.” El azoro se extiende: “No sé por qué tiene que ver la gente tal maldad en un Presidente. Por eso digo que en ocasiones las cosas triviales tienen mucho más fuerza que las que de alguna manera deberían tener en su propio contenido.”

El reportero le pregunta a don Rodolfo:

“¿Qué piensa sobre lo dicho por el Presidente [a una mujer indígena que le informó de su analfabetismo y aseguró verlo en televisión] sobre qué bueno que no leen periódicos para estar más contentos?”

La respuesta del Vocero atraviesa la realidad (las citas textuales de don Vicente Fox) y alcanza la otra orilla, donde el conocimiento de la persona en cuestión es tan profundo que borra lo dicho y leído:

“La verdad que lo tomo como es. Yo creo que el Presidente nunca se puso a pensar que necesariamente esa frase iba a tener un análisis, de que el Presidente está en contra de la cultura y la educación, cuando su principal objetivo es precisamente impulsar la educación en este país. No creo que el Presidente con lo que dijo esté expresando que no le interesa que la gente no aprenda a leer. Finalmente es un poco la pimienta y la sal que existe en el propio Presidente.”

Los ciudadanos: debut con (algunas) probabilidades

En el repertorio del ciudadano intervienen los siguientes elementos (entre otros):

- Haberes cívicos más bien modestos, consecuencia de las respuestas rituales al autoritarismo, por ejemplo: la diatriba, la suspicacia, la resignación, la ira refrigerada. Ahora la gran novedad es la reclamación directa a los gobernantes.
- Saberes muy diluidos en torno a la historia posterior a la Revolución Mexicana. Cada generación suele ignorar lo padecido por las anteriores, con una excepción parcial: el 68. Por lo demás, no hay en rigor un registro colectivo del pasado trágico y amargo con sus matanzas, represiones, presos políticos, despolitización inducida, abnegaciones y sacrificios de los militantes de la izquierda (sobre todo) y de la derecha.
- Cultura jurídica armada de saldos informativos y nociones vagas y totémicas de la Constitución de la República y los códigos civiles y penales.
- Canales institucionales no muy fluidos para las protestas y las demandas de rectificación de actos de gobierno.
- Sistemas informativos personales y colectivos dependientes en gran medida del rumor, muy escasamente de la prensa y, entre conjeturas y desconfianzas, del análisis presuroso de las imágenes de la televisión.
- Graves dificultades para deshacerse de los yugos del clientelismo, que ha visto siempre en el ciudadano al marchante agradecido. Pero ya se avanza y se pasa de los regalos interesados de bicicletas, los refrescos y las tortas a las encuestas sobre la calidad del agradecimiento por las bicicletas, los refrescos y las tortas.
- Al admitirse sólo en mínimas dosis los conceptos abstractos, se prodiga la confianza en la anécdota, y sus poderes

de iluminación de la política. De tan repetidas, las frases sonoras, los ejemplos pintorescos y las anécdotas, forman el canon interpretativo. Por lo demás, si las anécdotas aspiran a la eficacia deben ser divertidas. En buena medida, la nueva cultura política se inicia en el disfrute del humor involuntario de los gobernantes. La risa “deconstruye” y, de acuerdo a sus ritmos, la impericia verbal de un alto funcionario se vuelve moda, si es lo suficientemente desbordada. Entonces sus declaraciones se siguen con avidez de coleccionista: “¿Ya oíste la última?”

- Juicios denigratorios sobre los partidos políticos, la caverna de lugares comunes en decadencia que llaman “programas” y “proyectos de nación”, su liderazgo y sus legisladores (de esta desconfianza generalizada se exceptúa el voto duro). Sin embargo, estos juicios, por más compartidos que estén, pueden no determinar la intención del voto al no disponer la crítica de alternativas convincentes.
- Ideas tajantes sobre la calidad y la eficacia del gobierno, que le conceden al ciudadano la oportunidad de sentirse superior a los que —con o sin esas palabras— considera sus victimarios.
- Sensaciones de inferioridad orgánica al enfrentarse el ciudadano con la burocracia, metafóricamente alojada en nueve círculos (sin las ilustraciones de Doré). “Abandona toda esperanza, tú que entras.”
- Certeza de habitar en un país periférico, que el 11 de Septiembre consolida y agrava.
- Creencia todavía prevaleciente de que la política es “asunto de hombres”. Esto se modifica positivamente en las dos últimas décadas, pero el machismo no ha perdido el control.
- Intensificación de los propósitos de enmienda individual y colectiva en lo relativo al ejercicio cívico. La resigna-

ción se transforma en el fastidio: “¿Para qué me intereso si todo va a seguir igual?”

- De modo desigual y combinado, la ciudadanía interioriza un nuevo vocabulario, con los grandes términos: *democracia*, *sociedad civil*, *diversidad*. El concepto *democracia* se va poblando de reclamaciones y jactancias, de querellas comunitarias y logorrea. Pronto es evidente que la sola limpieza electoral no basta y que, además, en materia de candidaturas no todos los ciudadanos son iguales. Los ricos son más iguales que el resto, y es impresionante el número de empresarios en altos niveles de la política. Y si algún vocablo admite innúmeras definiciones es *sociedad civil*. Sólo dispone de referencias más explícitas el término *diversidad*.

*La prensa luego del 2 de julio de 2000:
escenas y escenarios*

Del sistema de creencias

La derecha y el neoliberalismo insisten: la nación es una empresa y así debe gobernarse. El triunfo de Fox respalda el canje de enfoques sobre la administración federal: donde estaban las ventajas de la formación en las universidades públicas, se quiere exaltar la formación en la enseñanza privada. Y a la prensa crítica le toca insistir: el país no es una empresa comercial. Lo público y lo privado coexisten y se mezclan, pero la nación sólo es y puede ser pública, lo que impide la metamorfosis del Gabinete Presidencial en un Gran Consejo de Administración.

La banalización, el estilo de la revista *Hola*, por así decirlo, es contagiosa, y el casamiento del presidente Fox con la señora Marta Sahagún la promueve considerablemente. La

distorsión mediática del papel específico de la “Primera Dama” delata la nostalgia por la realeza o el Jet Set, nostalgia que desemboca en la puerilidad.

Vicente Fox, como los funcionarios de cualquier persuasión partidaria, cree apasionadamente en las encuestas, “la expresión válida de la democracia”, según ellos, la *única* lectura real de los políticos y los empresarios, a diario y cada semana. Antes, durante el auge del pasmo orgánico ante la Gran Figura, las encuestas son un recurso humorístico, si no con el sitio reservado a las votaciones, insuperable en el catálogo de chistes priistas, sí en el cultivo del sarcasmo. Al desvencijarse la pseudomonarquía presidencialista, las encuestas se adueñan del criterio colectivo y, en lo básico, equiparan a la política con la televisión: ¡Oh, si los Presidentes y los gobernadores fueran series de ochenta puntos de rating! Tal vez por eso una caída política se describe adecuadamente como la expulsión del Horario Estelar.

El entronizamiento de las encuestas oprime el valor de la ciudadanía. Al no existir los conductos institucionales de participación ciudadana en las decisiones de poder, *ciudadano* es aquel al que representan óptimamente las encuestas; si no lo cree así, vuelve a ser el espectador de lo inmodificable. Y al endiosar las encuestas, recurso indispensable de la vida contemporánea, técnica de consulta de apegos y rechazos, los políticos prescinden de su capacidad de información y análisis (nunca excesiva). ¿Ya para qué la quieren?

La encuesta es la gestoría no solicitada pero implacable. Cada mañana, los Altos Funcionarios convierten en dulcísimo espejismo las encuestas ordenadas por ellos.

La voz del pueblo es la voz de...

Siempre evito profetizar de antemano, porque es mucho mejor política profetizar ya que el acontecimiento tuvo lugar.

WINSTON CHURCHILL,
El Cairo, 2 de febrero de 1943

Al presidencialismo lo van sustituyendo la renovación abrupta de las formas (el desfiguro de la improvisación que reemplaza a los desfiguros de la falsa solemnidad), la crítica al pasado como exaltación del presente, y el estilo coloquial, nunca lo mismo que el estilo directo porque sí hay tal cosa como el barroquismo del refrán, con todo y víboras tepocatas. (Esta sustitución es la visible; la otra, más profunda, reemplaza el mito del Hombre Providencial por el conjunto de intereses financieros y políticos, más las decisiones desde Norteamérica.)

Se vive en la Edad de Oro de la Libertad de Expresión, frase que señala la cuantía de las libertades aplazadas y enfrenta la crisis de los partidos y la debilidad expresiva de la sociedad civil, sólo audible a través de las protestas. En este panorama los Medios hacen las veces de la sociedad política: denuncian, investigan, interpretan, llaman la atención sobre zonas neurálgicas, son la memoria inmediata y la memoria histórica de la sociedad apenas recuperada de la amnesia que decreta la Era del PRI. Y por eso, en gran parte de los Medios cunden las sensaciones redentoristas, sin que por eso sean infrecuentes la irresponsabilidad y los ejercicios de arbitrariedad.

La prensa cubre legión de causas sectoriales, de los grupos que toman la calle, las oficinas, las alcaldías, los latifundios, las carreteras (por un rato), y que a diferencia de las movili-

zaciones anteriores, surgidas de una izquierda convencida de triunfar durante el tiempo que tardaban en desalojarlos, le da oportunidad a sectores varios, entre ellos los muy irracionales de la ultraizquierda. Antes lo habitual era preguntarse: “¿Quién está detrás de los descontentos?”, lo que aún se dice, pero la pregunta nueva es la opuesta: ¿Quién está *delante* de la protesta? ¿Quién encabeza los nuevos movimientos? Se mantiene la tradición de la sospecha en torno a los móviles de la oposición, pero existen y siempre han existido los movimientos surgidos de la razón de sus demandas. Y su único interlocutor es la prensa.

“Más dura será la caída”

El 8 de julio de 1976, entre gritos y amenazas porriles, una asamblea encumbra a Regino Díaz Redondo, el insignificante director de *Últimas Noticias* al que la voluntad del presidente Echeverría vuelve director de *Excélsior*; en octubre de 2000 una asamblea lo derriba mientras él se envuelve en gritos pueriles: “Bola de rateros.” Las invectivas se extinguen en las invectivas, el aventurero se disuelve en el humo pandillero de sus orígenes. Al amparo de los poderes de la República —del Presidente a la televisión privada—, Díaz Redondo es el señor feudal del periódico durante 24 años de incondicionalidad con el régimen del PRI. Su caída, sustentada en acusaciones de malos y pésimos manejos, es una moraleja sin fábula.

En su paso por *Excélsior*, Díaz Redondo no se interesa por cubrir las apariencias. Circula sólo en los círculos del poder y no pretende respetabilidad. Algunos editorialistas y reporteros se preocupan por informar y analizar responsablemente, pero el diario alaba al régimen y desinforma en consecuencia. Vuelve con celeridad un articulista que salió con Scherer: Gastón García Cantú, convencido de pronto de

que *Excélsior* es el mejor periódico mexicano, y en la primera plana deambulan los artículos de funcionarios distinguidos, textos que ni siquiera tuvieron tiempo de leer. (En esto se anticipan a los lectores.)

¿Por qué se demora tanto la caída de Díaz Redondo? Parece inexplicable si se toma en cuenta el desprestigio que lo rodea, el rechazo de la comunidad cultural, la calificación unánime del 8 de julio como “el golpe a *Excélsior*”, el empecinamiento difamatorio del diario contra la izquierda y, en 1988, también contra la derecha. El odio a Cuauhtémoc Cárdenas, por teatral que sea, regresa a *Excélsior* a los tiempos de la Guerra Fría, y la alabanza a Carlos Salinas y Ernesto Zedillo podría merecer un estudio sobre la patología del adjetivo laudatorio. Eso, para no hablar de la pobreza informativa constante y de la “privatización” de las columnas.

Sin embargo, un espacio social normado por el cinismo y la intuición, no es demasiado problema durante un buen tiempo. Díaz Redondo y los suyos se despreocupan del asunto. Si el periódico persiste, da igual la falta de credibilidad. Continúa el acceso directo al poder (el terreno y el ultraterreno, son magníficas las relaciones de Díaz Redondo con el alto clero), no amenguan los anuncios. ¿Se necesita algo más?

Al declive de *Excélsior* lo acentúa el declive del PRI. Su unión es orgánica porque dependen del mismo sistema de confiabilidad: la falta de alternativas informativas y políticas. Éstas se multiplican y los lectores se desplazan a los medios críticos. Abandonado, *Excélsior* se atiene a la inercia de las suscripciones y a la seguridad última: todavía se les atiende en Los Pinos y alrededores, así los políticos lean las alabanzas periodísticas con la indiferencia ya exhibida de los santos ante el incienso. El derrumbe de Carlos Salinas sorprende a Díaz Redondo, incapaz ya de aprender nuevos lenguajes cortesanos.

En el año 2000 el acabóse. Son factores terminales las realidades de la quiebra financiera, las acusaciones de corrupción, la dependencia del PRI, la incorporación militante (en editoriales incluso) a la causa de Francisco Labastida, el éxodo masivo de los últimos lectores y el proyecto de venta que no toma en cuenta a los cooperativistas. Díaz Redondo y su grupo llegan a la asamblea derrotados de antemano, y con sólo el recuerdo vago de la autoridad de que dispusieron. Ésta falla en los primeros minutos y no hay nada más que hacer. Los efectos del 2 de julio también alcanzan un cacicazgo en ruinas, ya sólo sustentado en la lealtad convulsa al sistema que, sin metáforas, lo encumbró al abismo.

XXXI. Fox y la prensa

El estilo desenfadado al principio y rápidamente agrio del presidente Fox, su voluntad de contradecirse a diario, su olvido intemperante de lo que no está seguro si dijo, obligan a un enfrentamiento con los Medios, en especial la prensa. La respuesta obligada es la crítica frontal, antes aislada en el rezongo y devuelta muy pronto a una variedad de la impotencia. “Ya se puede decir lo que se quiera del Presidente y su gobierno, pero tampoco pasa nada. Ahora sí que en efecto ni nos ven ni nos oyen”, es la frase que resumiría la actitud.

Procedo a una breve antología de comentarios de Vicente Fox sobre los Medios, con énfasis en la prensa (en *Etcétera*, enero de 2003):

—El ejercicio matutino diario es la fórmula para aguantar vara, ser tolerante, optimista y que la crítica se me resbale.

Fox en vivo, Fox contigo, 19 de mayo de 2001.

—Existe un pequeño círculo rojo (periodistas, analistas, comentaristas, columnistas) que no representa a más de dos millones de personas en México... y tenemos un círculo verde, que son 98 millones de ciudadanos que piensan libre, que piensan en el cambio.

La Jornada, 6 de junio de 2001.

—Hoy, hasta el precio de las tortillas que se adquieren para la casa de ustedes es público, está en Internet, y qué bueno que la prensa lo haga saber a todo mundo, a qué precio compramos las toallas aquí en la casa de ustedes, eso es transparencia.

En alusión a la nota de *Milenio Diario* que calculó, según la Página Web de Los Pinos, el costo de cada toalla en la residencia en cuatro mil pesos.
19 de junio de 2001.

—Si han sido una ofensa las toallas de cuatro mil pesos las pago y listo. Las pago de mi bolsa.

23 de junio de 2001.

—Amigas... amigos de la prensa... ¡un saludo muy cariñoso! ¡Necesito que siga la luna de miel... no me divorcien!

La Jornada, 29 de junio de 2001.

—Sin meterme en enredos, yo creo que la información que sale en los noticieros, resulta positiva u objetiva y neutral. [Pero] cuando nos vamos a las plumas, ahí sí, nuestro bateo es bajísimo y tenemos que 70% acaso 80 son en contra mía, siempre criticando, siempre duro; [sólo] 20 o 25% nos hacen algún reconocimiento.

La Jornada, 5 de julio de 2001.

—Hemos estado bajo una metralla impresionante de ataques, por una sarta de babosadas que no tienen la menor importancia para nuestro país. También es muy importante que los ciudadanos sepan que este gobierno está bien sentado en la silla, que tiene proyecto. Esta semana se presentó el Plan de Energía, se presentó el Plan de Tecnología y francamente ahí es donde nos gustaría ver el periodismo: haciendo análisis profesionales, ahí sí que enjuicien, ahí sí nos gustaría escuchar sus críticas. Me parece que es donde vale la pena, no en las otras que son sólo de forma y que ciertamente no vale la pena ni siquiera ponernos a discutir.

Fox en vivo, Fox contigo,
3 de noviembre de 2001.

—Yo sé que los ciudadanos, quienes ven los medios, quienes los escuchan o quienes los leen, harán sus propios juicios y al final dejarán de leer aquellos periódicos que no les vienen, como yo ya dejé de leer una buena cantidad de periódicos, porque francamente me amargaban un poco el día. Y dejarán de leer aquellos que no les satisfagan dentro de la libertad de cada ciudadano.

Fox en vivo, Fox contigo,
31 de noviembre de 2001.

—Ni se crean que me van a tumbar a mí con críticas de periódicos y con eso al revés, voy a luchar y voy a luchar frontalmente por mi país, por todos los chiquillos y chiquillas de este México maravilloso, y vamos a ganar esta batalla, vamos a construir juntos un gran país, un país como lo queremos para nuestros hijos.

Fox en vivo, Fox contigo,
31 de noviembre de 2001.

—No sé si [las críticas] son una respuesta a que suspendimos totalmente todos los pagos que se hacían antes y que no correspondían a un espacio publicitario y que, sin embargo, se hacían a diestra y siniestra. Eso está suspendido y va a continuar suspendido.

Entrevista con Jacobo Zabłudovsky,
7 de noviembre de 2001.

—Yo ni me acongojo, ni me enojo, ni me molesto. Yo francamente veo mi responsabilidad de manera muy profesional, no tengo absolutamente nada contra los medios, al revés, más y más libertad que tienen de parte mía, lo que sí, al final, la libertad implica responsabilidad. Yo con los medios la llevo bien, aquí viven, donde estás sentado tú, por aquí desfilan todos, dueños, directivos, reporteros y como estamos platicando tú y yo, así platicamos, lo que pasa es que luego salen allá fuera y no sé que pasó.

Vicente Fox en entrevista con la revista
Negocios, diciembre 2001

—[...] la situación nacional no es como la pintan. Ciertamente tenemos problemas, como tienen todos los países, pero en nada se asemeja a lo que nos describen los medios de comunicación.

Durante una gira en Aguascalientes,
2 de febrero de 2002.

—Perdí la batalla en los medios de comunicación.

Programa *Zona Abierta*,
Televisa, 3 de enero de 2002.

—No les hagan mucho caso a los medios informativos, porque luego se avientan unos rollos muy grandes.

5 de noviembre de 2002.

XXXII. El ritmo de las transformaciones, la continuidad de (algunas de) las tradiciones

El costo elevadísimo del control

En *El periodismo en México: 450 años de historia* (Tradición, México, 1974), María del Carmen Ruiz Castañeda refiere la buena suerte de los cortesanos:

En 1888 el gobierno tenía treinta periódicos subvencionados en la capital, que requerían para su mantenimiento de unos cuarenta mil pesos al mes; veintisiete periódicos oficiales en los estados y casi toda la prensa del interior. Según un cálculo aproximado de *El Hijo del Abuzote*, al Estado mexicano le costaba sostener el aparato de propaganda oficial, tanto como los 248 diputados y los 56 senadores federales y los 27 legislaturas locales, o sea más de un millón de pesos al año. Al público le costaba otro millón de pesos sostener la prensa independiente.

En las primeras décadas de la Era del PRI el manejo de la prensa cuesta menos proporcionalmente, al ser siempre más onerosa la clase política que la fabricación de la imagen de los gobernantes. Luego, el auge de la televisión trastorna las jerarquías del gasto, y la televisión se lleva sin problemas el grueso de los recursos destinados a evitar el descontento y la protesta. En las campañas del 2003, Televisa y Televisión Azteca, sobre todo, recaudan cerca del 70% ciento de las prerrogativas económicas otorgadas por el Instituto Federal Electoral a los partidos.

Las variedades de la oferta

En dos décadas se modifica considerablemente el panorama de los diarios “nacionales”. Además de *El Universal*, *La Jornada*, *El Sol de México*, *Excélsior* y *unomásuno*, circulan *El Financiero*, fundado en 1981, dirigido por Rogelio Cárdenas y Rogelio Cárdenas Sarmiento; *Reforma*, fundado en 1993, dirigido por Alejandro Junco, Ramón Alberto Garza y, ahora, Lázaro Ríos; *Milenio*, fundado en 1999, dirigido por Federico Arreola y Carlos Marín; *La Crónica de Hoy*, fundado en 1996, dirigido por Pablo Hiriart, y *El Independiente*, fundado en 2003 y dirigido por Raymundo Riva Palacio y Javier Solórzano. En lo regional también se altera el paisaje de costumbres informativas y, por ejemplo, aparecen en Guadalajara dos diarios: *Público*, de la cadena periodística de *Milenio*, y *Mural*, de la cadena periodística de *El Norte* y *Reforma*. Y circulan también semanarios políticos: *Milenio Semanal*, *Época*, *Vértigo* y, en parte de su contenido, *Letras Libres*, *Nexos* y *Este País*.

Sin necesidad de acuerdos previos se genera un “espíritu de época” marcado por la imposibilidad de repetir el fervor presidencialista y gobiernista de las décadas de auge del PRI. Y la atención concedida a los fotógrafos, los diseñadores gráficos y algunos articulistas integra el panorama centrado en los reportajes de investigación y en un término, *la transición a la democracia*, guía del criterio periodístico. En vano el régimen del PRI protesta: “¿Cuál transición? Estamos en la democracia.” No es suprimible todo lo contenido en la idea de transitar a la democracia.

Son muchísimas las publicaciones involucradas en La Transición, y esto explica la fuerza de la prensa en el periodo inmediatamente anterior al 2 de julio de 2000. No sólo se

escudriñan reportajes y encuestas. Como sucedió con *El Universal* en la década de 1930 y con *Excélsior* en la década de 1960, pero ya no concentrados en un solo periódico, también se lee a varios articulistas de —por ejemplo— *El Universal*, *La Jornada* y *Reforma*, con el ánimo del que se enfrenta a un hecho noticioso. Ya en 2001 el encarnizamiento crítico se prodiga y lo que conmovería tiende a pasar inadvertido. Con rapidez, se derrumba la “religión” del presidencialismo, así persista lo esencial de sus poderes constitucionales y metaconstitucionales. Y la reducción de los efectos catárticos de la libertad de expresión admite una interpretación sencilla. Al rey lo alcanza la democratización de lo público; al reino de la impunidad no se le toca.

La crítica en televisión

Si todavía depende de la prensa la conformación de los puntos de vista políticos (hay la posibilidad más calmada o enfurecida de releer y discutir mentalmente reportajes y artículos, y algunas publicaciones suelen usarse como los nichos ideológicos del lector), la apertura en televisión, por más insuficiente que se le juzgue, contribuye vastamente a normalizar la mirada crítica de la sociedad. A la extinción de la Era del PRI, ese tiempo de la impensabilidad de las alternativas, ayudan también los debates televisivos y las estaciones en cable, y algo similar sucede con la radio. Es más eficaz de lo que se concede la difusión televisiva de lenguajes de la sociología y la ciencia política, y es notorio el vigor demostrativo de los noticieros de Joaquín López Dóriga, Carmen Aristegui, Ciro Gómez Leyva, Denise Maerker, Javier Solórzano, Adriana Pérez Cañedo, Javier Alatorre y Pablo Latapí, entre otros y destacadamente.

La identificación con el Primer Mandatario

En un régimen autoritario no hay nada más viejo que el periódico oficial y oficialista de mañana (lo muy previsible se avejenta con celeridad). Al ya verse obligados los gobiernos a respetar las libertades de expresión (tan irritantes para los funcionarios que para su desdicha no advierten las limitaciones de la crítica en medios regidos por la impunidad), la prensa, con su influencia disminuida por la televisión y, crecientemente, por Internet, insiste en su logro primero: ser el interlocutor más conspicuo de la política y el censor de sus mitomanías y degradaciones. (Los gobiernos no saben cómo dialogar efectivamente con la radio y la televisión.) Si es efímero el carácter de las noticias de interés público (“Y al día siguiente las ocho columnas amanecieron vueltas polvo de la memoria”), los cambios en el trato de la prensa con el poder son evidentes. Así, por ejemplo, el alejamiento de los estilos de los Presidentes de la República con mayor personalidad o mayor ambición protagónica. Verbigracia: Lázaro Cárdenas (el último en identificarse con la Historia), Miguel Alemán (el vocero autodesignado del Progreso Selectivo), Luis Echeverría (el “heraldo del Tercer Mundo” que no renuncia al autoritarismo) y Carlos Salinas (el emblema de la “modernización económica”). En cada uno de estos casos la prensa suele asumir con el tono sexenal, algo ya desde Zedillo simplemente imposible e indeseable. El ejercicio creciente de los niveles de autonomía no sólo proviene del hambre de legitimidad, sino de la exhibición de la grave ineficacia de los Presidentes.

La prensa de la izquierda, la prensa de la derecha

En lo tocante a las versiones periodísticas de su credo y sus programas, les sucede lo mismo a la izquierda y a la derecha políticas: descubren lo muy marginal de sus alcances. La Era del PRI, tan carente de rasgos ideológicos precisos, arrincona a las publicaciones de los sectores, grupos y partidos muy definidos, lo que es fundamental en la izquierda y casi accesorio en la derecha.

En la segunda mitad del siglo XX la izquierda sólo dispone de una publicación (*Política*), que corresponda fielmente a sus luchas y disponga de repercusión nacional. (En cuanto a las publicaciones de escasa circulación de una etapa, consúltese *La prensa marginal*, El Caballito, México, 1979, de Raúl Trejo Delarbre, que examina entre otras *La Voz de México, Oposición, Punto Crítico, Solidaridad* y *Por Qué*.)

A la prensa de la izquierda y a la de la derecha las limitan o las inutilizan la desconfianza generalizada a partidos y causas muy específicas, el recelo ante el comunismo o la mochería, el rechazo de las manipulaciones posibles o notorias y el tedio ante la prosa automática de los militantes. Y por eso, ambos sectores prefieren apoyar la prensa del *mainstream*, que ya juzgan más afín a sus proyectos.

La crítica a la prensa

En su Tercer Informe Presidencial (1979), José López Portillo, al hablar del Artículo Sexto constitucional, explica el propósito de su iniciativa del Derecho a la Información:

El derecho a la información y la libertad de expresión derivan del desconcierto cuando se deforma la realidad con la exageración; se aturde con el escándalo; se

azora con el sensacionalismo; se provoca con el morbo; se vende el temor como noticia; se extorsiona con el chantaje; se difama por difamar, se prestigia por desprestigiar; se calla por cobrar; se miente para argumentar y se calumnia para vivir.

Hago a un lado lo curioso de esta denuncia del jefe de un gobierno que subsidia generosamente a las publicaciones capaces de generar tal paisaje de escombros, y me centro en la descripción. ¿Qué permanece hoy de la prensa delatada por López Portillo? Queda lo no señalado por el Presidente y muy actuante desde siempre: la actitud de buen número de los dueños de las publicaciones que negocian en gran escala, y que usan como argumentos políticos sus feudos. Y queda un hecho: si bien la descripción es entonces justa en lo básico, se olvida también de un golpe de equilibrio: por drásticos que sean los efectos del escándalo, el sensacionalismo, el morbo y la mentira, males innegables de la prensa, palidecen ante las consecuencias de la impunidad, el escándalo mayor apenas afectado por las denuncias y sostenido directamente por los gobiernos. El director de *Siempre!* José Pagés Llargo afirma alguna vez: “En México se hace chocolate sin cacao y periódicos sin periodistas.” Puedo agregar: y también se hacen gobiernos sin gobernantes mínimamente calificados para tareas distintas al abuso de poder, la grisura burocrática y la concesión de impunidades.

La prensa y la perspectiva de género

No se aclara lo suficiente la lectura feminista de la prensa, al ser todavía escasa la relación de las mujeres con el poder y al perdurar el control machista en las publicaciones. No obstante eso, la perspectiva de género se va imponiendo, como

también la conciencia del significado del sexismo y la homofobia. Los feminicidios de Ciudad Juárez no llaman la atención al principio. Hoy es un hecho central de la prensa la cobertura crítica de la violencia contra las mujeres.

La publicidad

En 1981, el politólogo Rafael Segovia afirma:

De la misma manera que "inventó" a la burguesía nacional, el Estado mexicano ha sido el creador de la prensa contemporánea. Sin su ayuda constante, sin todo el dinero que ha gastado en la publicidad dada a la prensa, ésta no podría durar más que sus escasas reservas de papel. Si en México hay una prensa periódica es porque el Estado la apoya casi incondicionalmente y se muestra dispuesto a correr a ayudarla cuando la ocasión lo requiere. Más de un periódico ha sido creado con fondos del Estado y más de uno se ha salvado cuando el Gobierno Federal sustituyó la publicidad que le había sido retirada por los privados ("Prensa, verdad y progresismo", en *Razones*, 17 de mayo de 1981. Citado por Petra María Secanella, *El periodismo político en México*, Mitre, Barcelona, 1983).

En 2003 la situación es muy distinta, los gobiernos ya no son los anunciantes principales aunque sus aportaciones sean básicas, la publicidad del mercado es otro instrumento poderoso de la censura y de la independencia posible ante el régimen, y por razones obvias, los sistemas mediáticos se orientan más hacia el sector con posibilidades de consumo.

Internet

Muy insuficientemente estudiado, el veloz desarrollo de la informática y la centralidad del Internet en la vida cotidiana y en el proceso productivo, señala el fin de la prensa tal y como se le ha conocido. Internet es la presencia ubicua de la globalización y es el espacio interactivo del proceso informativo, tal y como se reiteró durante las semanas de la invasión de Iraq, cuando emerge la ciudadanía mundial opuesta al imperio y su avasallamiento militar. Si son inescapables los mercados financieros globales y las condiciones impuestas por la regulación global, también la sociedad civil del mundo entero ayuda a la comprensión de los procesos democráticos en cada país. En la era de los postnacionalismos, la nación sigue siendo la referencia central de las personas, ya no el absoluto sino el espacio de arraigo y desarrollo en medio de lo que Habermas califica de “la emergencia de la esfera pública de la globalización”.

México, D. F. agosto de 2003

Epílogo.**“Un éxito de librería de un solo día”**

“En esta perspectiva, el periódico es sólo una ‘forma extrema’ del libro, un libro vendido en escala colosal, pero de popularidad efímera. ¿Podríamos decir que es un éxito de librería de un solo día? La obsolescencia del periódico al día siguiente de su impresión —resulta curioso que uno de los primeros bienes producidos en masa haya prefigurado así la obsolescencia intrínseca de los bienes durables modernos— crea sin embargo, justamente por esta razón, esa ceremonia masiva extraordinaria: el consumo casi precisamente simultáneo (‘imaginario’) del periódico como ficción. Sabemos que las ediciones matutinas o vespertinas especiales serán consumidas abrumadoramente sólo a la hora y el día de su publicación. (Contrástese la situación del azúcar, cuyo uso se hace en un flujo continuo, no medido por el reloj; puede echarse a perder, pero no se vuelve obsoleto.) Resulta paradójica la significación de esta ceremonia masiva: Hegel observó que los periódicos sirven al hombre moderno como sustituto de las plegarias matutinas. La ceremonia se realiza en un intimidad silenciosa, en el cubil del cerebro. Pero cada comunicante está consciente de que la ceremonia está siendo repetida simultáneamente por miles (o millones) de otras personas en cuya existencia confía, aunque no tenga la menor noción de su identidad. Además, esta ceremonia se repite incesantemente en intervalos diarios o de medio día a través del año. ¿Cuál figura más vívida podrá concebirse para la comunidad imaginada, secular, de tiempo histórico? Al mismo tiempo, un lector de periódico, que observa réplicas exactas del suyo consumidas por sus vecinos en el metro, en

la barbería o en la vecindad, confirma de continuo que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida diaria. Como ocurriera con *Noli me tangere* (la novela del filipino José Rizal), la ficción se cuela silenciosa y continuamente a la realidad, creando esa notable confianza de la comunidad en el anonimato que es la característica distintiva de las naciones modernas.” (Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.)

Tiempo de saber se terminó
de imprimir en noviembre de 2003,
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno
núm. 162, Col. Granjas
Esmeralda, C.P. 09810, México, D.F.
Composición tipográfica: Fernando Ruiz.
Cuidado de la edición: Ramón Córdoba.
Corrección: Lilia Granados y Rafael Serrano.



Certificado No. 02-2082



La prensa mexicana ha sido con frecuencia el espejo complaciente de los poderes, y en contados casos su pesadilla recurrente. Los hombres del poder requieren de quien entierre escándalos, convierta apariencias en verdades y mantenga la ilusión de que se vive en una sociedad limpia, y hay cantidad de periodistas que no dudarían en vender sus almas para servirles de recaderos. No puede ser de otro modo en un país donde los gobiernos son la principal fuente de ingresos de la prensa, y donde han sido escasos los gobernantes mínimamente calificados para tareas distintas al abuso de poder, la grisura burocrática y la concesión de impunidades. No hay espejismo más conveniente para los poderosos que la lectura de los diarios. Este libro da cuenta puntual de la falsedad y del atropello a cargo de presidentes y secretarios de Estado; de la conversión del escándalo en industria del desquite efímero; de cómo el sistema sigue intacto, fascinado con su capacidad autorregenerativa. Es tiempo de saber.

